

Imaginario y moral en la construcción identitaria del Partido Revolucionario de los Trabajadores- Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP)

Autor:

Carnovale, Vera

Tutor:

Romero, Luis Alberto

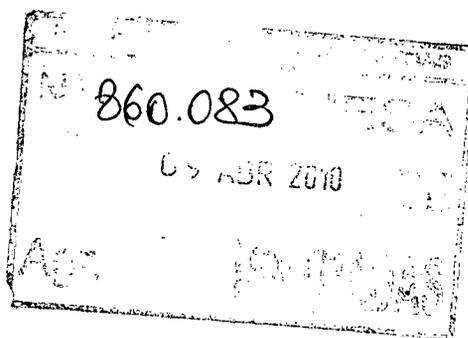
2010

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título en Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Historia

Posgrado

Tesis
14.5.14

Tesis 14.5.14



TESIS DOCTORAL

“Imaginario y moral en la construcción identitaria del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP)”

Doctoranda: Vera Carnovale ✓

Director de Tesis: Luis Alberto Romero

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires

Abril de 2010

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

ÍNDICE

Agradecimientos	5
Introducción	
I. Presentación del tema.....	8
II. Breve recorrido por la historia del PRT-ERP.....	9
III. Estado de la cuestión.....	14
IV. Hipótesis a sostener.....	40
V. Fuentes y problemas metodológicos.....	43
VI. Presentación de los próximos capítulos.....	51
Capítulo 1: Corrientes que confluyeron en el PRT	55
I. El marxismo latinoamericano en los tempranos sesentas.....	56
a. El carácter de la revolución.....	57
b. La lucha armada.....	61
II. El Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP).....	66
III. Palabra Obrera (PO).....	72
IV. Hacia la fundación del PRT.....	77
V. Hacia la ruptura (PRT-El Combatiente/ PRT-La Verdad).....	92
Capítulo 2: El PRT-ERP y la política en tiempos de “guerra”	101
I. Insurrección y guerra en la tradición revolucionaria.....	103
a. Insurrección.....	103
b. Guerra popular prolongada.....	106
II. La guerra revolucionaria del PRT-ERP.....	110
III. La línea partidaria y el problema de la militarización.....	127
a. La acción armada como creadora de conciencia.....	133

b. La acción armada en defensa del poder popular.....	141
c. La acción armada entre el combate final y la resistencia.....	149
Capítulo 3: Enemistad y moral.....	160
I. La figura del enemigo.....	161
II. Las ejecuciones perretistas.....	183
a. Empresarios.....	185
b. Represores.....	195
III. Venganza, guerra e identidad.....	206
IV. Entre la normativización y la guerra total.	
Las paradojas de la guerra revolucionaria.....	212
Capítulo 4: Hombres nuevos, héroes y mártires.....	224
I. El “Che” Guevara y el <i>hombre nuevo</i>	225
II. El <i>hombre nuevo</i> perretista: moral, heroicidad y martirio.....	231
III. Mandatos partidarios: alcances y límites.....	243
Capítulo 5: Disciplinamiento interno. Moral y totalidad.....	262
I. La disciplina partidaria.....	263
II. La proletarización.....	268
a. Intelectuales y obreros en la construcción de la vanguardia.....	268
b. Proletarizar la moral.....	271
c. Tensiones de la proletarización.....	279
III. Sexualidad y moral.....	290
a. “Amor libre” y revolución.....	291
b. El disciplinamiento de la sexualidad.....	295
IV. Un Partido Total.....	300
Conclusiones.....	310

Bibliografía	313
-Fuentes partidarias de edición periódica.....	313
-Bibliografía específica sobre el PRT-ERP.....	313
-Bibliografía de referencia sobre el período	315
-Bibliografía teórica y general de referencia.....	319
-Bibliografía referente al uso de testimonios orales.....	321

AGRADECIMIENTOS

Temo no ser justa en esta larga lista de personas a las que les debo mucho más que un agradecimiento. Pero el recorrido fue tan largo y sinuoso y encontró a lo largo del tiempo tantos interlocutores, que lo más probable es que sea inevitablemente injusta.

En primer lugar, agradezco la enorme generosidad de Luis Alberto Romero quien tras el fallecimiento de Oscar Terán, mi anterior director, se ofreció a acompañarme en la escritura de esta tesis doctoral. Su estímulo e intervención resultaron fundamentales para vencer mis odiosas inseguridades, “afinar la pluma” y concluir un proyecto de vieja data.

Gracias también a mis padres, sin cuyo apoyo incondicional me hubiera resultado imposible esta investigación.

Gracias a Horacio Tarcus, por los ajustes, las sugerencias, los préstamos epistolares y bibliográficos, en fin, por la ayuda y la impaciencia.

A Horacio Cattani, por alentarme siempre con sus minuciosas lecturas y sus enriquecedores mails.

A Ezequiel Adamovsky, mi amigo del alma, por sus disciplinadas observaciones tan propias y envidiables de su personalidad.

A Gabriel Rot y a Sergio Bufano, por la invitación a escribir en la Revista Lucha Armada, por el estímulo y, en el caso de Gabriel, también por los retos que me obligaron a leer viejos textos indispensables para los temas aquí tratados.

A Edi Weisz, por sus festejos siempre tan amables, por los préstamos de fuentes inhallables y por sus rápidas respuestas a mis consultas y solicitudes.

A Alejandro Cattaruzza y a Roberto Pittaluga, que en los tiempos tempranos de esta investigación, dieron cuenta de sus respectivas paciencias (de las cuales tantas veces abusé).

A Claudia Hilb, Hugo Vezzetti y Carlos Altamirano, porque en conversaciones informales me hicieron pensar, aprender.

A Beatriz Sarlo, por el préstamo de un libro fundamental.

A Pablo Pozzi y a Daniel De Santis, porque a pesar de nuestras respectivas ponderaciones de la experiencia perretista -a veces muy dispares, a veces no tanto- cada uno de ellos ha sido muy generoso conmigo: en la habilitación de documentos, en la

sugerencia de lecturas, en sus críticas y, por sobre todo, en un trato solidario que venció a las diferencias.

A Karin Otero, por compartir conmigo un horizonte de ideas y por esa vez que en Ushuaia me dijo, tras leer uno de los capítulos, que yo “hacía historia”.

A Lucía Brienza, por sus lecturas inteligentes y por las muchas charlas telefónicas de larga distancia en las que trató de convencerme de que yo tenía algo “interesante” que decir.

A Francis, por las ideas sagaces que me aportó y que temo no haber sabido emular.

A Yami, Vivi, Andre y Anna que supieron contenerme en épocas de crisis e incentivar me en tiempos de paz.

A Graciela, mi analista, porque me apuntaló para no tirar la toalla y me ofreció palabras para pensar a los otros y, también, para pensar mi propia mirada.

A Claudia Feld, porque en una charla en auto, con tono casi amenazante, me apremió a terminar mi tesis de una buena vez. Fue un apremio efectivo.

A mis siempre recordados entrevistados de las ciudades de Rosario y Mar del Plata que me abrieron las puertas de sus casas y de sus recuerdos cuando yo era, al decir de uno de uno de ellos, “una pibita de Buenos Aires”.

Los avances parciales de esta investigación atravesaron espacios de discusión colectiva. Después de cada uno de ellos volví a la escritura con aportes, rectificaciones, inquietudes, ideas. Por eso quiero agradecer también aquí a mis compañeros del Núcleo Memoria del IDES, a los de Memoria Abierta y a todos aquellos que impugnaron, y/o debatieron mis escritos en las Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, en las Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente y en las Jornadas de Partidos Armados de los Setenta.

Gracias, también, a los colegas de Uruguay, Chile y México (Aldo Marchesi, Claudio Pérez, Olga Ruiz, José Domingo Carrillo Padilla) por las lecturas, el estímulo, las propuestas.

Hay, además, tres agradecimientos particularmente difíciles de pronunciar para mí: a Dora Schwarzstein, a Enrique Tandeter y a Oscar Terán. Cada uno de ellos, con su estilo, me abrió una puerta, me ofreció una mirada, confió en la mía...y aunque aquí los evoque, debo decir que lamento no poder hacer justicia a lo mucho que les debo. Ellos han fallecido, pero yo los recuerdo. Ojalá pueda hacer por otros algo de lo que ellos

hicieron por mí. Supongo que es la manera más linda de recordar y, también, de agradecer.

Me resta un último agradecimiento, uno distinto y fundamental: a Gustavo, no sólo porque en los tramos más difíciles de la escritura intentó –con éxito variable– soportarme, sino sobre todo porque, en todo caso, supo cómo alentarme y hacerme feliz. A todos ellos, gracias. De verdad.

INTRODUCCIÓN

I. Presentación del tema

La investigación que aquí se presenta se ciñe a un aspecto específico de la historia del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (en adelante PRT-ERP): el del proceso de construcción identitaria de la organización y la subjetividad en él implicada.

El análisis de este proceso exige prestar particular atención al conjunto de formulaciones ideológicas, representaciones, valores y prácticas colectivas que, retroalimentándose, fueron delimitando las fronteras del grupo y sus rasgos particulares, conformando, al mismo tiempo, un sistema compartido de creencias y proyecciones que no sólo determinó la línea política de la organización sino que además –y quizás fundamentalmente- otorgó *un sentido* a los actos de sus integrantes.

Así, el estudio comienza atendiendo a las distintas corrientes político-ideológicas que nutrieron a la organización en su etapa formativa (1963-1968) para adentrarse luego en la identificación y el análisis de ciertas concepciones y figuras que poblaron su imaginario e impulsaron su accionar: *la guerra revolucionaria, el enemigo, el hombre nuevo*. Finalmente, explora la dimensión de las prácticas cotidianas y el funcionamiento interno del colectivo partidario prestando particular atención tanto a las tensiones allí manifiestas como a los dispositivos disciplinatorios destinados a conjurar las fuerzas centrífugas latentes.

Se trata, en definitiva, de una reconstrucción de la subjetividad y la perspectiva perretistas, de la lógica implicada en el accionar de la organización. Las razones de este recorte se sustentan en la expectativa de contribuir no ya a la *evaluación* sino al *entendimiento* de una organización que se erigió como uno de los protagonistas de los sangrientos enfrentamientos políticos que signaron los años setenta.

II. Breve recorrido por la historia del PRT-ERP¹

El Partido Revolucionario de los Trabajadores fue fundado en 1965 a partir de la confluencia entre el Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP), movimiento indoamericanista liderado por Mario Roberto Santucho, y Palabra Obrera, agrupación trotskista liderada por Nahuel Moreno².

En 1968, en vísperas de la realización de su IV° Congreso, un grupo de militantes identificados con Nahuel Moreno se escindió, conformando el PRT-La Verdad y conservando para sí el nombre del que hasta ese momento había sido el periódico partidario (La Verdad)³.

Por su parte, los militantes identificados con las posturas de Mario R. Santucho asumieron el nombre de PRT-El Combatiente (en adelante PRT), denominación claramente alusiva a la decisión de este último grupo de iniciar en lo inmediato la lucha armada como parte de su estrategia para la toma del poder (tema central, éste, de las disputas que determinaron la ruptura entre ambas corrientes)⁴.

El año 1970 representó un punto de inflexión importante en la historia de la organización. A mediados de ese año, el PRT celebró su V° Congreso. Allí, considerando que “la guerra civil revolucionaria ha comenzado en nuestro país [...] y que las Fuerzas Armadas del régimen sólo pueden ser derrotadas oponiéndoseles un ejército revolucionario”⁵ el congreso partidario dio carta de fundación al Ejército

¹ Gran parte de los tópicos que se presentan en este breve resumen de la historia partidaria se analizarán en los capítulos siguientes.

² Las características principales y las corrientes ideológicas que nutrieron a estas organizaciones, así como su proceso de unificación y posterior ruptura se presentarán en el Capítulo 1.

³ Hacia 1972 este mismo grupo conformará, con el aporte de una fracción del Partido Socialista Argentino encabezada por J. C. Coral, el Partido Socialista de los Trabajadores (PST).

⁴ No sería ésta, por cierto, la única escisión que sufriera el PRT a lo largo de su vida activa. Hacia mediados de 1970 (durante el proceso de realización del V° Congreso partidario e inmediatamente después) tienen lugar dos escisiones (Tendencia Comunista y Tendencia Proletaria o Milicia Obrera). Dos años más tarde, en 1972 otro grupo de militantes, liderado por Joe Baxter, militante de la Liga Comunista Francesa (miembro de la IV Internacional), daría lugar al PRT- Fracción Roja; en tanto otro grupo, partidario de un acercamiento al peronismo, conformaría el ERP 22 de agosto.

⁵ Resoluciones del V° Congreso y Resoluciones posteriores. Pub. del PRT, 1971, pág. 66.

Revolucionario del Pueblo (ERP). A partir de entonces -y hasta su derrota definitiva en 1977⁶- el PRT-ERP llevaría adelante una intensa y variada actividad política y militar⁷ que lo erigiría como la organización de la izquierda revolucionaria de mayor incidencia en el escenario político nacional fuera del peronismo y la más activa militarmente.

Si bien desde su propio surgimiento, adscribiendo al modelo leninista de organización, el PRT se postuló como partido clandestino de cuadros, estimuló, a su vez, la formación de distintos “frentes” – expresiones legales de sus alianzas y acuerdos con diversas agrupaciones políticas, gremiales y sociales así como con dirigentes independientes- con el objetivo de canalizar y orientar la movilización popular y alcanzar una mayor gravitación en la arena política nacional.

Los frentes más destacados que impulsó e integró el PRT-ERP fueron el Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS), que realizó seis congresos entre 1972 y 1974, y el Movimiento Sindical de Base (MSB), integrado por agrupaciones sindicales y comisiones internas. En el espacio de la cultura conformó el Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura (FATRAC) que nucleó a artistas e intelectuales entre 1968 y 1971, aproximadamente. A su vez, organizó la Juventud Guevarista (JG), agrupación de superficie del PRT para el reclutamiento de los jóvenes. Paralelamente, mantuvo una política activa de promoción y participación en organizaciones de solidaridad con los presos políticos y sus familiares: tal fue el caso, por ejemplo, de la Comisión de Familiares de Presos Políticos, Estudiantiles y Gremiales (COFAPPEG) y del

⁶ Se ha situado la derrota definitiva del PRT-ERP en 1977 porque es el año en que la organización dejó de actuar militarmente en el país y en que la dirección partidaria tomó la decisión de un repliegue que implicaba enviar al exterior a la mayor cantidad posible de cuadros y militantes. De todos modos, algunas aclaraciones podrían resultar pertinentes. En primer lugar, como se señalará más adelante, desde 1975 el PRT-ERP sufrió numerosas derrotadas militares y golpes represivos que dañaron severamente su capacidad operativa y que permitirían fechar su derrota hacia mediados de 1976 o incluso antes. En segundo lugar, y no obstante lo anterior, es cierto que la organización reconoció diversas formas de sobrevivencia a partir de entonces y hasta los primeros momentos de la década de 1980 (ya sea a través de las “prácticas de resistencia” de los militantes presos en las cárceles o de las actividades y debates de quienes partieron al exilio). De todos modos, desde 1977 la historia del PRT-ERP es, en gran medida, la historia de una disgregación.

⁷ El problema de la tensión entre “lo militar” y “lo político” se analizará particularmente en el Capítulo 2. La diferenciación aquí esgrimida entre la actividad militar y la política obedece a razones más operativas que teóricas o analíticas.

desempeño profesional de militantes perretistas en la Asociación Gremial de Abogados, creada a comienzos de 1971 y orientada, fundamentalmente, a la asistencia jurídica de presos políticos.

Al mismo tiempo, el PRT-ERP mantuvo una intensa actividad de “agitación y propaganda”, tanto a través de las tradicionales “volanteadas” en puertas de fábricas, facultades o barrios, como a través de su propia prensa que editó con sobresaltada pero importante regularidad, teniendo en cuenta que durante la mayor parte de su vida activa, la organización estuvo proscrita⁸. Según Pablo Pozzi, entre mayo y agosto de 1973 (es decir, durante el período de legalidad) la prensa partidaria alcanzó su punto más alto: *El Combatiente*, órgano de difusión del PRT, vendía alrededor de 21.000 ejemplares, en tanto *Estrella Roja*, órgano de difusión del ERP, alcanzó durante el mismo período la cifra de 54.000 ejemplares⁹. Por su parte, María Seoane estimó la tirada clandestina media de uno y otro en 10.000 ejemplares, aproximadamente¹⁰. Finalmente, Daniel De Santis, antiguo militante y editor de las compilaciones de documentos partidarios *A vencer o morir*¹¹, calculó a partir del acervo partidario por él reunido un promedio de un número mensual de *El Combatiente* para el período comprendido entre marzo de 1968 y julio de 1970; advirtiendo que, a partir de entonces, el promedio de números mensuales comenzó a ascender –no sin interrupciones– hasta alcanzar la cifra de 4 en los años 1975 y 1976¹².

⁸ Surgida en la clandestinidad durante la dictadura instaurada en 1966, gozó de un breve período de legalidad tras la asunción a la Presidencia de la Nación de Héctor Cámpora en mayo de 1973. Sin embargo, en septiembre de 1973, tras el asalto frustrado del ERP al Comando de Sanidad del Ejército en Capital Federal, la organización fue ilegalizada a través del decreto 1454.

⁹ Pozzi, Pablo: “Por las sendas argentinas”... *El PRT-ERP la guerrilla marxista*, Buenos Aires, Eudeba, 2001, pág. 187.

¹⁰ Seoane, María: *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Planeta, Buenos Aires, 1992, pág. 343.

¹¹ De Santis, Daniel: *A vencer o morir. PRT-ERP documentos*, tomos I y II, Buenos Aires, Eudeba, 1998-2000; De Santis, Daniel: *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP*. Documentos, tomo I, vol. 1, (Desde los orígenes hasta la fundación del ERP) y tomo I, vol. 2 (Desde el primer plan operativo militar hasta la respuesta a Cámpora), Buenos Aires, Nuestra América, 2004-2006.

¹² Quizás resulte pertinente agregar a estos datos los de la revista *Nuevo Hombre* y el diario *El Mundo* (segunda época). En sus orígenes, *Nuevo Hombre* fue un mensuario independiente dirigido por Enrique Walker (1091-1972). Desde 1972 fue dirigida por cuadros políticos del PRT: entre 1972-1973 su director

El PRT-ERP realizó, paralelamente, una gran cantidad de acciones militares de diversa envergadura, naturaleza y suerte: desarmes a policías, ataques a comisarías y puestos camineros, “expropiaciones” (de vehículos, de dinero, de alimentos), repartos de bienes de primera necesidad en barrios pobres, “ajusticiamientos” de represores y empresarios, secuestros extorsivos, atentados con explosivos, entre otras. Menos numerosos pero de mayor repercusión fueron los ataques a cuarteles y guarniciones militares (registrándose un total de siete entre febrero de 1973 y diciembre de 1975). Finalmente, dentro de este amplio abanico, a comienzos de 1974, el PRT-ERP estableció un frente militar en el monte tucumano, la “Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez”, que sería prácticamente aniquilado hacia 1976.

Ahora bien, cualquier recorrido por la historia del PRT-ERP no puede dejar de lado ni la dimensión de su crecimiento interno y de su gravitación en el escenario político nacional ni la contundencia irrefutable de su derrota.

Si nos remontamos a los orígenes de la organización en 1965 nos encontramos con dos pequeñas organizaciones de escasa influencia político-social (influencia por lo demás muy limitada geográficamente) y que no alcanzaban los 300 integrantes. Aún cinco años después, encontramos que fueron alrededor de 30 delegados en representación de un total de 200 ó 250 militantes en todo el país quienes en el congreso partidario aprobaron la fundación del ERP.

Hacia 1975, el panorama pareciera haber sido otro: María Seoane estimó que, hacia ese año, el PRT-ERP contaba con 600 militantes, 2000 simpatizantes activos y un área de influencia de más 20.000 adherentes¹³. Por su parte, Pablo Pozzi ha ofrecido, para el mismo año (que considera como el de punto máximo del desarrollo partidario) la cifra de entre 5000 y 6000 militantes y aspirantes¹⁴. También para la misma fecha, había logrado alcanzar una presencia orgánica en prácticamente todas las ciudades del país y,

fue Silvio Frondizi y desde fines de 1973 hasta finales de 1975, Rodolfo Mattarollo. Entre agosto de 1972 y noviembre de 1975 *Nuevo Hombre* tuvo una tirada promedio de 30.000 ejemplares. Por su parte, el diario *El Mundo* (segunda época), fue comprado por el PRT en 1973. Bajo la dirección de Manuel Gaggero desde entonces, alcanzó una tirada promedio de 100.000 ejemplares. Su clausura definitiva tuvo lugar en marzo de 1974

¹³ Seoane, María: op.cit., pág. 242.

¹⁴ Pozzi, Pablo: op.cit., pág. 23.

más importante aún desde sus propios objetivos, constataba un crecimiento aún pobre pero sostenido entre los trabajadores industriales¹⁵.

Paradójicamente, 1975 es también el año que marca el comienzo del fin, de un fin tan vertiginoso como definitivo y del que ciertas determinaciones partidarias no fueron del todo ajenas.

El recrudecimiento del accionar represivo legal e ilegal asestaba golpes cada vez más duros a la organización. Mientras la militancia perretista se encontraba cada vez más asediada en las ciudades –con el consecuente saldo de muertos, prisioneros y desaparecidos–, en Tucumán, la Compañía de Monte, cercada por las tropas del Operativo Independencia, acumulaba un creciente número de fracasos y derrotas. Y al tiempo que el PRT-ERP anunciaba con certera clarividencia que aquello era el preanuncio de una represión sin precedentes, emprendía la acción armada de mayor envergadura hasta entonces: el ataque al cuartel de Monte Chingolo, en diciembre de 1975. El frustrado ataque dejó un saldo aproximado de 80 guerrilleros muertos o desaparecidos (no sólo por los muertos en el combate sino también por la seguidilla de “caídas” producto de la infiltración que lo precedió y en la que la organización perdió importantes cuadros).

Tres meses después, el 24 de marzo de 1976, las Fuerzas Armadas encabezaban el último golpe de Estado de la historia argentina. Mientras ese miércoles amplios sectores de la población escuchaban con alivio el primer comunicado de la Junta Militar, Santucho escribía el editorial de *El Combatiente* desde cuya tapa alentaba “¡ARGENTINOS A LAS ARMAS!”¹⁶. Una semana más tarde, la reunión del Comité Central partidario era sorprendida por las fuerzas policiales y una docena de cuadros perdían allí la vida. Finalmente, la misma suerte correrían los más destacados miembros

¹⁵No contamos con datos ciertos para medir numéricamente este crecimiento en la clase obrera industrial. Hacia agosto de 1974 Santucho se lamentaba de que “la penetración orgánica en el proletariado fabril [...] alcanza a sólo a un 30 por ciento de obreros fabriles” (*El Combatiente*, 23 de agosto de 1974). Por su parte Pablo Pozzi, en coincidencia con Daniel De Santis, estima cercano al 45% el porcentaje de obreros fabriles y rurales en las filas perretistas. Lo que parece acertado suponer, en todo caso, es que a lo largo del período el PRT-ERP vio aumentar el número de sus militantes en cuerpos de delegados y comisiones internas.

¹⁶ *El Combatiente* N° 210, 31 de marzo de 1976

de la dirección partidaria (Mario Roberto Santucho, Domingo Menna y Benito Urteaga) el 19 de julio de 1976.

Lo que siguió fue, en gran medida, la historia de una agonía. El momento de las reconsideraciones políticas comenzaría varios meses después y adquiriría como epílogo, en un par de años, la disgregación partidaria¹⁷.

III. Estado de la cuestión

El problema de las organizaciones armadas revolucionarias de los años setenta ha suscitado –quizás más pronunciadamente en los últimos quince años– un interés creciente en espacios académicos, intelectuales y político-culturales¹⁸.

Este interés se ve reflejado en una abundante y muy heterogénea producción bibliográfica. Por fuera del campo académico se destacan –bien desde la literatura testimonial y ficcional, bien desde el ensayo político– un conjunto de narrativas que, con matices y tensiones, se debaten entre la reivindicación y la condena de la experiencia militante.

¹⁷ El cisma tuvo lugar hacia comienzos de 1979 en vísperas de la realización (en el exilio) del VIº Congreso. Lo que ya entonces comenzaba a ser nombrado como “derrota” exigía un debate en torno a la línea partidaria llevada adelante hasta entonces. Las posiciones “autocríticas” parecen haber ganado terreno. Quizás por eso, quizás porque no consideraran pertinente y legítimo la realización de un congreso partidario en condiciones de exilio y dispersión o quizás, también, porque en la revisión que se proponía se advertían reorientaciones ideológico-políticas importantes, lo cierto es, en todo caso, que un grupo de militantes liderados por Enrique Gorriarán Merlo decidió no acudir al evento e integrarse a la experiencia sandinista. El Congreso se realizó finalmente en mayo pero fue sucedido por tres años de purgas, rupturas y sangrías. Hacia 1982 la escuálida estructura partidaria en exilio decidió el “ingreso organizado” a la Argentina. Desde entonces, los militantes que siguieron identificándose con el PRT se abocaron a la tarea de “reconstrucción partidaria”, conformando un pequeño grupo político que, en la actualidad, mantiene el nombre de Partido Revolucionario de los Trabajadores.

¹⁸ Este interés no es privativo de nuestro país sino que puede hacerse extensivo a buena parte de América Latina, como lo muestra la nutrida producción bibliográfica sobre las experiencias del MIR chileno, la guerrilla de Carlos Marighella en Brasil, o la de Ernesto Guevara en Bolivia.

Dentro del campo académico hay un primer elemento que resulta pertinente destacar: las narrativas y los análisis -más allá de su potencia explicativa y de los aportes específicos que representen- parecen entrelazarse, también, con consideraciones de carácter más bien político y, a veces, ético. Dicho en otras palabras, las fronteras entre los interrogantes historiográficos y aquellos más propios del espacio político son, no pocas veces, permeables, porosas¹⁹.

En el presente recorrido bibliográfico me detendré en aquellas intervenciones que, por diversos motivos, representaron un aporte significativo y operaron como referentes directos de diálogo de los problemas específicos que aquí se tratan.

Me referiré, en primer lugar, a algunos trabajos que no han tenido al PRT-ERP como objeto de estudio específico pero que abordan, con distintos grados de generalidad, el problema de las organizaciones armadas; y, en segundo lugar, me ocuparé más detenidamente de aquellas intervenciones que han intentado narrar la experiencia perretista.

Hay una serie de tópicos comunes en los estudios sobre las organizaciones armadas; esta serie gira en torno al problema de la “militarización”, de su “reducción de la política a los términos de la guerra”, de su “ensimismamiento” en la lógica de la guerra, problema que estaría en la base de su progresivo “aislamiento” (fundamentalmente a partir de 1973 o 1974).

Un texto pionero es el estudio de Claudia Hilb y Daniel Lutzky²⁰ sobre la Nueva Izquierda (NI). Escrito en el contexto de la reapertura democrática de los ochenta, combina, en líneas generales, una notoria capacidad explicativa de la lógica binaria y las formulaciones autolegitimantes de la NI con un tono algo condenatorio. Los autores inscriben el surgimiento de la NI en un contexto de deterioro de los valores democráticos y de crisis del sistema político en su conjunto. Explican que en ese contexto el juego político y los mecanismos institucionales son considerados por la NI como un engaño, como una fachada. Así, a la mentira de la política la NI opondrá la verdad de la “guerra”. El lenguaje de la NI fue, en gran medida, “espejo de la sociedad

¹⁹ Las tensiones entre los abordajes historiográficos, políticos y éticos han quedado claramente de manifiesto en el debate originado a partir de la carta del filósofo Oscar del Barco publicada en la revista cordobesa *La Intemperie* a fines de 2005.

²⁰ Hilb, Claudia y Lutzky, Daniel: *La Nueva Izquierda argentina: 1960-1980*, Buenos Aires, CEAL, 1984

de la cual emergió: una sociedad en la que el otro era el enemigo”²¹. El problema, en todo caso, parece haber estado en que la NI “no pudo pensar la efectividad de otras formas de legitimación y representación que no fueran las de la guerra”²², problema que adquirirá mayor gravedad, primero, a partir de la reapertura de los canales institucionales en 1973 y, luego, tras el surgimiento de los grupos parapoliciales. Esta concepción “negadora de toda posibilidad de pensar lo político como campo de formulación de un consenso”²³ habría estado en la base de su progresivo asilamiento.

En una dirección similar se sitúa un primer trabajo de María Matilde Ollier²⁴. Basándose en el estudio de dos organizaciones del peronismo (Fuerzas Armadas Peronistas-Peronismo de Base y Montoneros) Ollier define al período estudiado como uno en el que la reducción de los términos de la política a los de la guerra alcanza su expresión más acabada. Su trabajo tiene muchos puntos de encuentro con el de Hilb y Lutzky. Despliega la lógica del pensamiento revolucionario con notable agudeza, inscribe el surgimiento de la guerrilla en el contexto de una cultura política autoritaria y encuentra en el cambio del escenario político-institucional de 1973 un punto de inflexión a partir del cual la guerrilla pasa a ser alimentada por su propia lógica de guerra, “despegándose así de las aspiraciones e inquietudes de quienes hasta ese momento le habían conferido justificación o legitimación”²⁵. Finalmente, apunta a la propia modalidad de “hacer política” del peronismo armado. Para Ollier, esta modalidad es, en realidad, “el desprecio hacia la política y las instituciones democráticas. Su objetivo: la desaparición de la política y su reemplazo –y no continuación– por la guerra”²⁶. Así, Ollier instala el problema del accionar de la guerrilla a partir de un postulado en el que política y violencia se presentan como términos excluyentes. La potencialidad de este postulado para pensar la continuidad e insistencia de la guerrilla en la actividad militar se tratará particularmente en el capítulo 2. Baste señalar, por el

²¹ Hilb, C. y Lutz, D.: op. cit. pág. 27

²² Hilb, C. y Lutz, D.: op. cit. pág. 26

²³ Hilb, C. y Lutz, D.: op. cit. pág. 12

²⁴ Ollier, María Matilde: *El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973)*, Buenos Aires, CEAL, 1986

²⁵ Ollier, M. M.: op. cit. pág. 75

²⁶ Ollier, M. M.: op. cit. pág. 79.

momento, su dimensión *prescriptiva*: antes que explicar los particulares sentidos políticos que los actores le atribuyeron al accionar armado, se los niega a partir de lo que se entiende que “*es*” o *debiera ser* la política (la búsqueda de consensos y negociaciones en el entramado de las relaciones institucionales y sociales).

También Richard Gillespie, en su exhaustiva, minuciosa y sólida reconstrucción de la historia de Montoneros²⁷ aborda, entre muchos otros, el problema del “militarismo” de esta organización, problema que, entiende, alcanza su cenit tras el pase de Montoneros a la clandestinidad (septiembre de 1974). La fórmula célebre de Carl von Clausewitz (la guerra es la continuación de la política por otros medios) volvió inaudibles, según Gillespie, las enseñanzas del combatiente republicano español exiliado en Latinoamérica, Abraham Guillén, allí donde éstas insistían en que “para ganarse el favor del pueblo se deben usar las armas en su favor”. Así, la lucha armada de Montoneros adquiriría una dinámica propia “que exigía saltos periódicos a niveles bélicos más altos”. Gillespie avanza muy bien en su fundamentación: tras un recorrido por la “escalada militar” de 1975 advierte que, por ejemplo, el comunicado de Montoneros sobre el ataque a la guarnición del Regimiento 29 de Infantería de Monte (Formosa) “no mencionó –como de costumbre– ningún objetivo *político* del ataque”²⁸. El operativo habría sido así un acto de demostración de fuerza con el único objetivo de conseguir armas y humillar al Ejército. Así, Montoneros se internaba en una escalada de acciones de envergadura creciente “prescindiendo del buen criterio político”²⁹. Gillespie no explicita claramente cuál sería ese “buen criterio” pero deja entrever la idea –también muy extendida– del *desvío* respecto de una *línea política correcta de tendrían que haber seguido*. La dificultad de Gillespie, más allá de la dimensión prescriptiva mencionada anteriormente, es que, al advertir que “el problema de los Montoneros como militantes políticos estaba en que sus actividades no pedían de las masas otra cosa que el aplauso”³⁰, afirma, al mismo tiempo, que las acciones guerrilleras que habían capturado la simpatía de la población (especialmente aquellas del tipo de Robin Hood) y que

²⁷ Gillespie, Richard: *Soldados de Perón*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987.

²⁸ Gillespie, R.: op. cit. pág. 246.

²⁹ Gillespie, R.: op. cit. pág. 249.

³⁰ Gillespie, R.: op. cit. pág. 249

perdieron su frecuencia después de 1974-1975, tampoco exigían más que ese reconocimiento. Algo similar podría decirse de los “ajusticiamientos” en venganza: si bien se registra su crecimiento en número al ritmo de la intensificación de los conflictos políticos, no debe olvidarse que fue precisamente una acción de este tipo la carta de presentación de Montoneros.

Atendiendo a la dimensión de las responsabilidades colectivas, Pilar Calveiro, en su ensayo *Política y/o violencia*³¹, se centra en aquella que le cupo a las organizaciones armadas. Su postulado principal es que es en la supresión de la política donde pueden encontrarse las claves de la derrota de las organizaciones revolucionarias armadas: “lo militar y lo organizativo asfixiaron la comprensión y la práctica políticas”³². Los jóvenes revolucionarios argentinos aprendieron de la sociedad de la que formaban parte el valor político de la violencia -advierde Calveiro- y bajo el influjo del foquismo militarizaron sus prácticas revolucionarias. Centrando su análisis en la experiencia de Montoneros, la autora también sitúa el punto de inflexión en 1974, con el pase a la clandestinidad de esta organización. Y entra en juego, entonces, la tesis bastante aceptada de un “proceso de militarización”. Calveiro se aventura en sus causas y destaca como vertientes principales e íntimamente entrelazadas: 1) el intento de construir un ejército popular que reuniera las mismas características que el ejército regular; y 2) la escalada represiva que fue obligando a abandonar un trabajo de base (trabajo que la autora encuentra particularmente significativo, al menos entre 1972 y 1974). “Atrapados” por los mecanismos políticos, militares y organizativos que asfixiaron su práctica, los montoneros encontraron finalmente su derrota y aniquilamiento. Volviéndose sobre la vida interna de la organización, describe aquellos mecanismos: la preeminencia de los lazos de autoridad en detrimento de los vínculos de compañerismo; la falta de participación de los militantes en la toma de decisiones; una construcción teórica cada vez más deficiente (contracara de un pragmatismo exacerbado); la prevalencia de la lógica revolucionaria (convicción del triunfo inexorable de la revolución) frente al “sentido de la realidad”, acompañadas por “falsificaciones” -

³¹ Calveiro, Pilar: *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70*, Buenos Aires, Ed. Norma, 2005.

³² Calveiro, Pilar: op. cit. pág. 23

intencionales o no- de la realidad por parte de las conducciones que exaltaban tanto las acciones propias como los fracasos del enemigo, el disciplinamiento del desacuerdo, y la inhabilidad de la conducción. Finalmente, completan el cuadro de aquel entrampamiento, la sensación de “no retorno” de los militantes, sensación que emanaba tanto del “compromiso de sangre con los compañeros caídos” como del hecho de saberse transgresores de principios éticos hasta entonces sostenidos (robar, secuestrar, matar, etcétera). Es en este último tramo donde el trabajo de Calveiro adquiere particular importancia en tanto el cuestionamiento del accionar guerrillero, cede paso al intento de explicar la subjetividad militante en él implicado.

En esta misma dirección (explicar la subjetividad militante), adquiere fundamental importancia un segundo trabajo de María Matilde Ollier³³. Publicado a fines de la década del noventa, se advierten sensibles reorientaciones en su enfoque y análisis. A partir de un conjunto de 23 testimonios de lo que Ollier denomina “sobrevivientes de la izquierda revolucionaria” y basándose en el *parallel comparative history method* (método de la historia comparada en paralelo) busca reconstruir el proceso de aprendizaje político-ideológico que dio lugar a la identidad revolucionaria³⁴. Ese proceso tuvo lugar en el entrecruce de lo privado, lo público y lo político. Analizando las historias de vida de sus entrevistados, Ollier advierte, en primer lugar, que la visión de la política como guerra fundada en el paradigma Amigo-Enemigo encuentra sus antecedentes en las imágenes políticas que los protagonistas aprendieron en sus vidas privadas y públicas (previo ingreso a la militancia). Estas imágenes serían: la política como confrontación, la política como antinomia y la política como persecución. En

³³ Ollier, María Matilde: *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*, Buenos Aires, Ariel, 1998.

³⁴ El método consiste en la yuxtaposición de las historias de vida para demostrar que los argumentos teóricos se aplican convincentemente a los múltiples casos. Los casos son seleccionados en vista a cubrir todas las posibilidades o representar a los subtipos y el punto de comparación es afirmar las similitudes entre todos ellos. En el trabajo de Ollier, si bien la muestra no puede considerarse representativa (la propia autora advierte respecto de sus límites), los fragmentos testimoniales citados fundamentan bien el recorrido explicativo. Por lo demás, los problemas teórico-metodológicos del uso de testimonios orales en la reconstrucción de las experiencias militantes se abordará en el apartado V. Fuentes y problemas metodológicos.

segundo lugar, la autora identifica una “estructura afectivo-valorativa temprana” cuyos ejes rectores son *justicia, libertad, verdad y moral*. El clima cultural de los sesenta y la movilización política de fines de la década pondrán a disposición de estos jóvenes –a través de espacios públicos y privados- un discurso revolucionario a partir del cual resignificarán imágenes y valores, produciéndose así una radicalización ideológica que, sumada a la vocación de intervención pública determinará el ingreso a las organizaciones de la IR (la radicalización política). Atendiendo ya a la experiencia militante, el texto de Ollier aborda, en primer lugar, la tensión dentro de las organizaciones entre la “lucha política” y “la lucha militar” y, en segundo lugar, explora una dimensión usualmente desatendida: la de las resistencias internas, la de las dudas, la de las oposiciones a la “lógica oficial”. En cuanto al primer punto, la tesis es conocida: la lógica de guerra –compartida por la IR y el Estado- desplazó a la política del escenario (“la política, convertida en asesinatos, guerra de aparatos, represión había ya claramente dejado de ser política”³⁵). En cuanto al segundo, Ollier destaca un eje común: la problemática que significaba el ejercicio personal de la violencia en un esquema militar de mando y obediencia, cuya consecuencia podía ser *matar/morir y/o mandar a morir*. La mística del héroe –figura central en el imaginario guerrillero- entra en colisión con la realidad cuando aparecen los miedos: el miedo a delatar, el miedo a morir, el miedo a matar o a mandar a morir. Esos miedos revelan, para Ollier, “un mundo emocional y valorativo que no está dispuesto a cualquier cosa con tal de ganar la partida revolucionaria”³⁶. Así, concluye la autora, si las organizaciones de la IR fueron derrotadas militarmente “desde afuera”, fueron debilitadas “por dentro” por una moral que ponía límites a la lógica de la guerra.

Finalmente, en el abordaje del problema del aislamiento de las organizaciones revolucionarias, hay un trabajo que representa un aporte particularmente destacable: el de Horacio Tarcus sobre lo que, significativamente, llamó “La secta política”³⁷. Si bien el escrito de Tarcus no es el resultado de una investigación específica y refiere a las

³⁵ Ollier, M.M.: op. cit. pág. 184

³⁶ Ollier, M.M.: op. cit. pág. 238.

³⁷ Tarcus, Horacio: “La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de los sagrado en la modernidad”, en *El Rodaballo*, año V, N° 9, 1998, Buenos Aires, pp. 23-33

“sectas políticas” en general, es decir, a un *modelo* de forma organizativa, ofrece, sin embargo, claves interpretativas de suma importancia para volverse sobre el estudio de la subjetividad implicada en la militancia de las izquierdas. El ensayo de Tarcus parte de la afirmación de que para atender a los problemas de la sectarización de la izquierda no alcanza con apelar a cuestiones de programas políticos o de querellas ideológicas sino que resulta indispensable, además, volverse sobre las formas organizativas. Éstas no sólo involucran a la política en su nivel discursivo: involucran a los mismos sujetos en la política, pues en la medida en que representan una forma propia de relación, de socialización y de legitimación de los sujetos, son productoras de subjetividad. Tarcus busca identificar los rasgos y reconstruir los dispositivos que hacen al “clima mágico” de lo que, en adelante, llamará la “secta política”, entendida ésta como “forma parcialmente secularizada de la secta religiosa”. Esos rasgos y dispositivos serían: a) una identidad rígida, cerrada, exclusiva; b) la sacralización del saber; c) prácticas rituales y ceremoniales; d) la estratificación interna y el culto al líder; e) la esperanza mesiánica (derrumbe definitivo del capitalismo y triunfo definitivo del socialismo).

La importancia de este texto es que permite buscar en los dispositivos cotidianos de la vida interna de una organización los lazos que anudaron pertenencia, identidad y acción. Contribuye, en definitiva a pensar el problema de la *impermeabilidad* de la subjetividad militante y sus certezas incommovibles³⁸.

Ya dentro del caso específico del PRT-ERP hay un elemento fundamental a considerar a la hora del estado de la cuestión: los primeros textos que alcanzaron un grado

³⁸ También el último ensayo de Hugo Vezzetti (*Sobre la violencia revolucionaria*, Buenos Aires, S XXI, 2009) explora la dimensión de la subjetividad guerrillera. Desde una enfática posición ética –de signo condenatorio– Vezzetti explora en dos de sus capítulos “una formación política y moral combatiente, una cultura revolucionaria de la violencia que llevó sus prácticas a un límite extremo” (Vezzetti, Hugo: op. cit.: pág. 136). Se advierte allí que la captura de todas las luchas en un imaginario de guerra total encontraba sus condiciones en la configuración guevarista de la acción política. En el gran motivo de la violencia revolucionaria se conjugarían un mito político (la violencia agudiza contradicciones), un mito epistemológico (es reveladora de la verdadera naturaleza de las relaciones de poder) y un mito moral (activa a los sujetos y saca lo mejor de ellos: coraje, sacrificio y heroísmo). Sin entrar en el terreno de los debates ético-políticos muchos de los aportes del ensayo de Vezzetti serán retomados en el capítulo 4 (“Hombres nuevos, héroes y mártires”).

importante de circulación fueron escritos por antiguos integrantes de la organización (Enrique Gorriarán Merlo, Julio Santucho, Luis Mattini, María Seoane). Sin mayores sorpresas, se advierte que estos relatos –a la par que intentan una historia general de la organización - se caracterizan, fundamentalmente, por debates y balances políticos.

La voluntad de buscar el punto exacto de “desviación” teórica y/o práctica que permita explicar la “derrota” o el “fracaso” del proyecto perretista, constituye un elemento nodal de aquellas narrativas y, de alguna manera, operó como pregunta de referencia en muchas de las intervenciones que les siguieron.

Así, resulta necesario presentar un recorrido por las respuestas que se han ofrecido a la cuestión de la “derrota” del PRT-ERP ya que éstas, aunque representen algún problema para la mirada del historiador (volveremos sobre esto más adelante) marcaron, de alguna manera, el pulso y el tono del debate.

Tan sólo a fines de facilitar la exposición se han “recortado” ciertos tópicos que aparecen más o menos reiteradamente en gran parte de las narrativas.

a. Los “errores” y “contradicciones” en la línea política

Fue Enrique Gorriarán Merlo, miembro de la dirección partidaria hasta 1979, quien primeramente incorporó las “autocríticas” realizadas por el propio PRT-ERP (1976 y 1979) en dos libros que constituyen un mismo relato de la historia partidaria³⁹. La intervención de Gorriarán asume gran importancia en el contexto de este repaso bibliográfico ya que, como se verá, muchos de los elementos que componen su balance fueron retomados en las intervenciones que le siguieron.

Bajo la forma de reportajes de tono didáctico e impregnada de una retórica que le fuera muy propia a la organización, la narrativa de Gorriarán tiene al desarrollo de las “luchas del pueblo” como eje articulador. La guerrilla setentista se presenta como la continuidad de un proceso de “resistencia popular a la oligarquía y al imperialismo” cuyas raíces se remontan a las guerras de independencia. Al calor de la intensificación de esas “luchas de resistencia” -y en tanto su expresión culminante- surgieron las organizaciones revolucionarias armadas cuyos objetivos comunes habrían sido el fin de los regímenes

³⁹ Gutiérrez, Roger: *Gorriarán. Democracia y Liberación*. Buenos Aires, Ed. Reencuentro, 1985 y Blixen, Samuel: *Treinta años de lucha popular. Conversaciones con Gorriarán Merlo*, Buenos Aires: Contrapunto, 1988.

represivos y la construcción de un socialismo menos definido que imaginado a partir de criterios de equidad social.

Dentro de esta narrativa se inscriben, quizás más fragmentariamente, las escenas y episodios que signaron la historia partidaria. En un tono que se debate entre la justificación y el auto cuestionamiento, el antiguo dirigente se aboca a la explicitación de los “errores” y pasos en falso que habrían determinado, junto con el accionar represivo ilegal, la derrota final del proyecto perretista. El primero de ellos fue la determinación de continuar el accionar armado durante el gobierno de Cámpora. Aunque Gorriarán entiende que los pronósticos que el PRT-ERP realizara en su momento sobre la suerte del gobierno peronista fueron acertados, advierte que aquella determinación generó confusión en amplios sectores sociales acerca de los verdaderos objetivos del PRT-ERP. En inseparable vínculo con lo anterior, señala un segundo fallido: el haber llevado adelante una “política de alianzas confusas”. La misma, producto de una simplificación excesiva de la estructura de clases argentina y su dinámica, se manifestó en la ausencia de un “Proyecto de Revolución Viable”. La “desviación militarista” se suma al conjunto de errores perretistas “limitando la incorporación del pueblo al ERP”. Esta “desviación” no está aquí referida a la impertinencia de los grandes gestos bélicos sino a prácticas cotidianas y extendidas en las que ante un determinado conflicto (barrial, laboral, etcétera) la acción militar de un comando acabó supliendo de hecho “el trabajo de organización y autodefensa de las masas”. Finalmente, el último e irreparable paso en falso fue la definición de una línea política “ofensiva” en medio del repliegue de masas que siguió a las jornadas de julio de 1975 y que pasara inadvertido por la dirección partidaria.

La inexperiencia de quienes integraban la organización, los esquematismos ingenuos que daban lugar a visiones simplistas del escenario político y social y la fuerza inmovible de la justeza de la causa habrían sido, dentro de esta narrativa, las fuentes quizás inevitables de aquellos equívocos.

En la misma línea argumentativa, se inscribe el texto de Irma Antognazzi⁴⁰. Historiadora y antigua militante del PRT-ERP, parte de la afirmación de que en “la memoria popular” ha sobrevivido la imagen de un PRT-ERP que habría sobredimensionado y hasta “absolutizado” la lucha armada. Según la autora, esta imagen estaría empañando el enorme esfuerzo partidario volcado hacia el trabajo político en distintos frentes de masas. Con el objetivo de iluminar esto último, Antognazzi destaca particularmente la experiencia del Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS) y del Movimiento Sindical de Base (MSB).

Uno de los problemas de Antognazzi es que su propia selección documental (conformada únicamente por un escueto puñado de fuentes partidarias) si bien está al servicio de explicar el conjunto de formulaciones ideológicas y estrategias políticas que sostuvo el PRT-ERP, iluminan poco y nada aquellas efímeras experiencias del FAS y del MSB, de modo que su relato se asemeja más a una reivindicación de lo proyectado por la organización que a un análisis de sus resultados. Por añadidura, en su propia estrategia argumentativa no puede dejar de admitir, paralelamente, que las “estrechas definiciones” partidarias en lo referente a potenciales alianzas sociales y políticas (y aquí pareciera retomar lo apuntado por Gorriarán Merlo) y, sobre todo, el continuado accionar del ERP durante el gobierno de Cámpora, “borraban con el codo” los incipientes avances políticos y obstaculizaban la concreción de sus propios planes (alcanzar la dirección política de amplias masas). Una errada apreciación de la realidad “material y subjetiva” del conjunto del pueblo (cuya expresión culminante fue “no haber previsto el reflujo de las masas”) estarían en la base de aquel fallido. Estos “errores” del PRT-ERP serían, finalmente, las causas centrales de su derrota.

Finalmente, el historiador Pablo Pozzi, ha retomado algunas de las figuras plasmadas en estas narrativas: la del “error”, la de las “contradicciones en la línea” y aún la de la “insuficiencia en el manejo del marxismo” para explicar la derrota perretista. Pero en tanto las inscribe en una estrategia interpretativa ligeramente distinta a las anteriores, nos referiremos a su intervención un poco más adelante.

⁴⁰ Antognazzi, Irma: “La lucha armada en la estrategia política del PRT-ERP (1965-1976)” en las IV Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia, Mar del Plata, 1993. El trabajo fue más tarde publicado, con el mismo título en *Razón y Revolución*, N° 3, invierno de 1997.

b. Concepciones erradas y “lastres” ideológicos

Un segundo tópico que en estas *evaluaciones políticas* vendría a explicar en buena medida la derrota de la organización es el de las formulaciones ideológicas fallidas, las conceptualizaciones erradas de los procesos políticos y los “lastres” morenistas⁴¹.

La primera intervención de este tipo la constituye el libro de Julio Santucho⁴² (hermano del líder del PRT-ERP) publicado en Argentina en 1988.

El objetivo explícito del autor es dar cuenta, a través de la historia del PRT-ERP, de ciertas particularidades del proceso sociopolítico argentino a lo largo del siglo XX. De esas particularidades aquella que le interesa poner de manifiesto es la naturaleza autoritaria de la cultura política argentina. Dentro de su narrativa, fue la crisis hegemónica abierta a partir de 1955 y el impacto de la revolución cubana y otros movimientos emancipatorios aquello que constituye el telón de fondo del surgimiento de las organizaciones revolucionarias, entre ellas, el PRT-ERP.

En su perspectiva y balance de la historia partidaria el autor destaca negativamente dos cuestiones clave que contribuyeron al fracaso del proyecto perretista: la concepción de “guerra revolucionaria” adoptada por la organización y la “absolutización” de la lucha armada, una de cuyas raíces teóricas fue la afirmación de postulados signados por un profundo desprecio por las llamadas condiciones subjetivas. Si la orfandad de tradiciones legitimantes locales (producto del posicionamiento de la nueva izquierda frente a la izquierda tradicional) favoreció, de alguna manera, la búsqueda de referentes en el escenario internacional, fue la traslación “mecánica” y “esquemática” de esas otras

⁴¹ La estigmatización del morenismo como elemento contaminante y fuente de “desviaciones” se remonta al período de la ruptura de 1968 y quedó plasmado en un documento partidario escrito por M. Santucho (“La lucha de clases en el seno del Partido”). En 1981 el historiador polaco Zbigniew Kowalewski basándose fundamentalmente en ese documento escribirá la historia de la etapa formativa de la organización. Así, su artículo replicará sin mediaciones la voz oficial de la corriente representada por Santucho en la que las posturas sostenidas por Moreno son presentadas como aquellas propias de la pequeño-burguesía. (Ver: Zbigniew Kowalewski: “La formación del Partido Revolucionario de los Trabajadores de Argentina” en *Estudios Latinoamericanos*, Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de Polonia, N° 8, 1981, pp. 37-63).

⁴² Santucho, Julio: *Los últimos guevaristas. Surgimiento y eclipse del Ejército Revolucionario del Pueblo*, Buenos Aires, Puntosur, 1988

experiencias (en especial la del “modelo castrista”) aquello que obturó la capacidad de comprensión de las particularidades de la realidad política argentina. Para el autor, esta suerte de miopía política obedeció a que en su constante búsqueda y continua evolución el PRT no logró desprenderse de los “dogmas sectarios y militaristas” que signaron su matriz ideológica original. Éstos estarían vinculados, por un lado, con un conjunto de legados guevarianos donde la apelación a la voluntad militante y al heroísmo parecía ser suficiente para la construcción de una alternativa revolucionaria; por otro, con cierto “lastre” de signo trotskista que no sólo habría impuesto cierta tendencia a teorizar “partiendo de las grandes generalizaciones” sino que además habría teñido de características sectarias a la organización. Siguiendo al autor, las teorizaciones perretistas cristalizaron en un “sistema dogmático y ultraizquierdista” (cuyas deficiencias pasaban inadvertidas en el clima insurreccional de la Argentina de los años 1969-1972) que resultó finalmente incapaz de dar cabida al cambio de estrategia radical que exigía el triunfo electoral del peronismo en 1973.

Tratar de explicar la línea política del PRT-ERP a partir de la propia configuración ideológica partidaria podría considerarse un aporte. Sin embargo, la potencialidad explicativa de un enfoque semejante hace aguas toda vez que se insiste en la figura del “error” y en la dimensión *prescriptiva* que esta figura implica. Esto es: que no se debería haber apelado a la concepción de “guerra revolucionaria”, que no se debería haber “trasladado esquemáticamente” los modelos de otras experiencias, que se debería haber “erradicado” las herencias trotskistas y guevarianas, que se tendría que haber cambiado la estrategia política en 1973⁴³. Es decir: la intervención de Santucho no explica la dinámica a partir del cual la organización *fue siendo y haciendo*, sino que denuncia aquellos aspectos que la habrían alejado de lo que *debería haber sido y de lo que debería haber hecho*.

⁴³ Es interesante señalar que el PRT-La Verdad, luego PST, desarrolló en la primera mitad de los años setenta una línea política de intervención electoral que el PRT juzgó como oportunista, electoralista e institucionalista.

La obra de Luis Mattini⁴⁴ (antiguo miembro de la dirección partidaria) constituye otro intento de reflexión autocrítica. Asume la forma de un relato sobre la historia del PRT-ERP, sustentado fundamentalmente en la memoria personal del autor y, eventualmente, en fragmentos de documentos partidarios.

En líneas generales, Mattini entiende el recorrido del PRT-ERP como un proceso “truncado de maduración política” evidenciado en un constante fracaso: el de constituirse en partido proletario. Para el autor, varios son los factores que, conjugándose, pueden dar cuenta de este fracaso. En primer lugar, si bien el partido pudo y supo combatir -y hasta “desenmascarar”- la presencia de sujetos, concepciones y tradiciones ideológicas de “nefasta” influencia (“espontaneísmo”, “foquismo”, “morenismo”, entre otros) sus bien intencionados postulados nunca llegaron a materializarse en una “correcta política de masas”. Gran parte de las razones del fallido recorrido pueden encontrarse en las falencias de los cuadros de dirección: tanto en su falta de experiencia en el movimiento de masas como en su pobre formación teórica. Esta pobreza, a su vez, reconoce un momento fundante: aquél que Mario Roberto Santucho llamó “revolución ideológica” (en rigor, período de enfrentamiento y “depuración” del morenismo) y que según Mattini devino en una suerte de “terrorismo ideológico” cuyo resultado no podía ser otro que una “castración ideológica”. Ésta estaría caracterizada por un desplazamiento de las re-formulaciones ideológicas de 1968 (que en términos de Mattini implicarían una superación del “marxismo-trotskyista”) en favor de una “moral combatiente” determinada sobre la marcha por el mundo de la praxis y la voz de la autoridad. En segundo lugar, y acordando con una interpretación ya enunciada por Julio Santucho, la línea política partidaria estuvo condicionada por un “error en la caracterización” del proceso político. Al pensar este proceso como “guerra revolucionaria” se alimentaba un militarismo que habría de tener consecuencias fatales [quizás sea oportuno señalar que la adopción del modelo de “guerra” tuvo lugar, precisamente, en 1968, momento que el propio Mattini juzga como de “superación” ideológica]. Así, el PRT pecó de “falta de política” al presentar la “guerra revolucionaria” como única alternativa en todas las coyunturas de la política nacional. En añadidura, paralelamente a su creciente militarización, la organización registraba una

⁴⁴ Mattini, Luis: *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a La Tablada*, Ed. de la Campana, Buenos Aires, 1996

afluencia masiva de nuevos militantes, afluencia que venía a confirmar la corrección de una línea política signada por la inquebrantable voluntad de acercamiento al movimiento de masas. De este modo, sostiene Mattini, el PRT-ERP no reflejó los puntos de vista del proletariado sino los de la “democracia revolucionaria”. Ésta sería un fenómeno propio de los países en vías de desarrollo y representaría los intereses de las masas trabajadoras no proletarias que en determinados momentos se nutren del ascenso del movimiento obrero.

Si la obra de Mattini constituye un destacado aporte por la nutrida información que ofrece, este aporte, al igual que el de J. Santucho, se ve opacado en tanto el conjunto de sus argumentaciones descansa sobre la *impugnación* de las concepciones ideológicas adoptadas por la organización y sobre el presupuesto de la existencia de una *línea política correcta*, derivable de una también *correcta* interpretación del marxismo-leninismo que habría conducido a la historia a un *final correcto*, a uno que le *correspondía*. A la noción del *equivoco* se le agrega aquí la figura de lo *incompleto*: la maduración *trunca*, la conformación ideológica *castrada*, la historia *frustrada*.

c. Insuficiencias, esquematismos y pobreza

Al conjunto de estos escritos se suma el trabajo del historiador Pablo Pozzi⁴⁵. La amplia variedad de temáticas que su libro aborda y el caudal de información que ofrece han hecho de este trabajo una de las referencias más consultadas en los estudios del PRT-ERP. En efecto, Pozzi reconstruye diversos aspectos de la historia de la organización (sus orígenes; las fracciones y tendencias internas; sus conjugaciones ideológicas, la posición partidaria frente al peronismo y a la democracia; la cultura militante; entre otros). Sobre algunas de estos abordajes volveremos más adelante. Por lo pronto, interesa destacar en este apartado ciertos tópicos que comparte la obra de Pozzi con las intervenciones anteriormente mencionadas.

El trabajo de Pozzi no deja de inscribirse en el terreno de un debate político en el que, como se ha señalado, predominan los interrogantes acerca de las causas de la derrota de la organización. Interviniendo, entonces, en ese debate, Pozzi se aleja de aquellos que cuestionan los lineamientos políticos generales del PRT-ERP para sostener que la

⁴⁵ Pozzi, Pablo, “Por las sendas argentinas”... *El PRT-ERP la guerrilla marxista*, Buenos Aires, Eudeba, 2001.

derrota se debió a una combinación entre lo que denomina “las debilidades” partidarias y las características de una represión tan sangrienta como inesperada. Otorga, entonces, un lugar destacado en su escritura a aquellas “debilidades”.

En principio, la “síntesis ideológica” que esbozó el PRT-ERP tuvo como manifestaciones primordiales el internacionalismo y el énfasis en la práctica militante y en la moral revolucionaria; pero, también, el “esquematismo” y el “mecanicismo teórico” que, junto con la escasa formación política de los militantes significó la incorporación acrítica de conceptos y teorías contradictorias “y comprendidas en forma superficial”. Se suma a lo anterior la juventud e inexperiencia de gran parte de la militancia (cuyo ingreso tuvo lugar a partir de 1973) que, empalmando con una tradición de izquierda más extendida, no sólo “confundía combatividad con conciencia” y compromiso [de la clase obrera] sino que, además, dificultaba la apreciación oportuna del “reflujo de masas”. Finalmente, y más importante aún, Pozzi encuentra en el PRT-ERP una “falta o insuficiencia en el manejo del marxismo” que generaba contradicciones permanentes en la línea política y que estaría en la base de las características que asumió la actividad militar perretista. Al respecto, difiere de los anteriores autores (allí donde entienden que el PRT-ERP “absolutizó la lucha armada”); para Pozzi “no hubo militarismo como tal”, lo militar no se impuso a lo político sino que tendió a “autonomizarse”. La separación entre ambos aspectos, militar y político, los llevó a desarrollarse por carriles distintos “donde a veces chocaban entre sí y a veces se complementaban”. El resultado habría sido la “impaciencia” que llevó a la organización, en el plano militar, “a acelerar los tiempos” más allá de los desarrollos políticos. Este cuadro de falencias conjugado con la represión, habría de poner fin a los sueños perretistas.

En concordancia con las intervenciones anteriores se destaca, entonces, la idea de “insuficiencia” (de marxismo, de tiempo, de experiencia) y, en consecuencia, vuelve a emerger aquí la figura de lo incompleto, de lo inconcluso, de historia trunca. Retroalimentándose con aquella insuficiencia, los hombres: sus dogmatismos, sus decisiones equívocas, sus interpretaciones erradas, sus faltas.

Llegados a este punto quizás sea pertinente hacer un pequeño comentario en torno al problema de los “errores”, de los “desvíos”, de los “esquematismos”, de las “pobrezas”

teóricas y las “insuficiencias de marxismo”, problema que se reitera, de alguna manera u otra, en todos los textos recién mencionados.

No se trata de desmerecer aquí la dimensión de los sujetos en el entramado de la historia; en absoluto. El conjunto de esta investigación aborda, precisamente, la dimensión de la subjetividad partidaria.

El problema se encuentra, más bien, en ciertas premisas subyacentes a estas intervenciones, premisas que no logran trascender los postulados generales del sistema de creencia de los propios actores.

Los revolucionarios partieron de la certeza de que su acción se inscribía en el escenario de una Historia inexorable que comenzaba a desplegarse para culminar en la sociedad socialista. Confiaron, además, en que el marxismo-leninismo constituía no sólo una herramienta para “leer objetivamente la realidad objetiva” sino, también, una “guía” infalible que ofrecía múltiples claves para operar sobre aquella realidad acelerando, así, el paso de la Historia. Fracasado su proyecto, es casi inevitable que se preguntaran *¿por qué no pasó lo que tenía que pasar? Si la revolución estaba destinada a triunfar y si sólo necesitaba de nuestra acción y sacrificio para su consagración, entonces, fuimos derrotados porque en algo nos equivocamos. ¿En qué?* A partir de allí, si se sostiene no tanto la “justeza de la causa” como, fundamentalmente, su sistema de creencias, no puede menos que encontrarse las razones del fracaso en las “lecturas pobres”, en las “insuficiencias en el manejo del marxismo” (la “guía”) que habrían determinado los “errores”, truncando o desviando, en consecuencia, una historia destinada a ser otra.

No es sorprendente que este esquema argumentativo alimente los debates y balances políticos entre los propios actores, pero debe admitirse que se vuelve pobre en la pluma del historiador allí donde se espera que éste contribuya a *explicar* a su objeto (*por qué actuaron como actuaron*) y no a *valorar* sus decisiones y rasgos particulares a partir de postulados y modelos ideales.

En esa otra dirección que intenta explicar la experiencia perretista en sus múltiples dimensiones los estudios existentes ofrecen una variedad de enfoques y abordajes.

Uno de de ellos remite al universo de los vínculos entre configuraciones ideológicas, imaginarios y formas organizativas. Se incluyen aquí los trabajos del historiador

Roberto Pittaluga (“Por qué el ERP no dejará de combatir”)⁴⁶ y el libro del sociólogo Eduardo Weisz: *El PRT-ERP Claves para una interpretación de su singularidad*⁴⁷.

Roberto Pittaluga analiza ciertas nociones y representaciones de la revolución tal como las formulara el PRT en la segunda mitad de la década de 1960 y primeros años de la siguiente. Es el período que va del inicio de las conversaciones entre el FRIP y Palabra Obrera en 1963 hasta el V Congreso del PRT (1970) aquél que concentra la atención del autor y en el que identifica un proceso de sedimentación de un conjunto de elementos políticos y simbólicos que configuraron una concepción de la revolución como “guerra revolucionaria”.

En su análisis de reconstrucción, Pittaluga encuentra en las representaciones contenidas en las formulaciones tempranas del FRIP un difuso componente insurreccionalista: la revolución pensada como explosión, como insurrección generalizada. Ese imaginario guardaba estrechas similitudes con aquel que habitaba la organización morenista (PO). Advierte el autor que este modelo insurreccional que combinaba el levantamiento masivo de los explotados con la acción oportuna de la elite de los revolucionarios (y que, en rigor, cristalizaba en el asalto al poder) se nutrió, fundamentalmente, de la plasmación simbólica que se hiciera de la revolución rusa.

Ahora bien, esta concepción de la revolución, no podía sino ser conmovida por las experiencias cubana, china y vietnamita. Así, en el caso particular del PRT, Pittaluga señala un proceso de reconfiguración de las concepciones de la revolución que si comenzó con la recepción de aquellas otras experiencias terminó por desplazar las perspectivas insurreccionalistas en favor de una nueva noción de revolución como guerra. La importancia de esa reconfiguración radica, para el autor, en sus consecuencias: a partir de la nueva constelación simbólica tuvo lugar un proceso de colonización de la palabra política por la jerga bélica; el militante fue recategorizado como combatiente, “la lucha” se transformó en “combate”. El lugar de actuación del partido, continúa, ya no estaba al final del proceso revolucionario en tanto guía (como

⁴⁶ Pittaluga, Roberto: “Por qué el ERP no dejará de combatir, ponencia presentada en las VIII Jornadas Interescuelas/ Departamentos de Historia, Salta, septiembre 2001.

⁴⁷ Weisz, Eduardo: *El PRT-ERP. Claves para una interpretación de su singularidad. Marxismo, internacionalismo y clasismo*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2006.

implicaba el imaginario insurreccionalista) sino en sus inicios, en tanto gestor. De tal modo, finalmente, las figuras centrales de aquel proceso ya no serían “las masas”, sino “los combatientes”.

Si bien en intervenciones anteriores se aludía a la adopción del concepto de “guerra revolucionaria” como causa del problema de la “absolutización de la lucha armada”, el trabajo de Pittaluga escapa a la tentación de catalogar aquella adopción como *equivoco*; tan sólo intenta pensar la trama que la imbricó con un conjunto de símbolos y representaciones partidarias de fuerte tenor bélico. En ese intento, el texto de Pittaluga gana, frente a los anteriores, en originalidad y capacidad explicativa. No obstante lo anterior, esta capacidad se ve algo debilitada allí donde concluye –al igual que otras intervenciones anteriormente mencionadas- que el devenir de aquel conjunto de símbolos y representaciones culminaron en un “reemplazo de lo político por lo militar”. Se ha advertido que esta temática específica se analizará en el Capítulo 2. De todas maneras quizás sea necesario señalar aquí que el problema de esta afirmación radica en la ausencia de alguna explicitación de los criterios teóricos o históricos que le permiten al autor establecer –para ponderar las prácticas de una organización armada- las fronteras entre lo que entiende como “político” y lo que entiende como “militar”. Por añadidura, podría esperarse un tratamiento documental más vasto para la fundamentación de esta hipótesis.

Por su parte, el libro de Eduardo Weisz, publicado a finales de 2006, constituye un sólido aporte para los estudios sobre la Nueva Izquierda (NI) en general y sobre el PRT-ERP en particular. Si en los relatos de antiguos militantes de la organización el morenismo ocupaba el lugar de “lastre”, de presencia-herencia contaminante de vicios del más amplio espectro (vicios que iban desde el “espontaneísmo” a la “charlatanería”) la mirada de Weisz sobre el morenismo, aunque también centrada en las huellas que aquella corriente dejó, marca un punto de inflexión. Al volverse sobre la impronta definitiva que la organización heredó de su etapa formativa (es decir, del período de diálogo y unificación entre el FRIP-Palabra Obrera) Weisz identifica no ya los *residuos* que denunciaba la historia oficial del PRT-ERP, sino aquellos componentes que harán a los núcleos centrales de su identidad política y organizativa. Así, nada más y nada menos que la adscripción a la tradición marxista-leninista, la concepción de Partido (y

sus consecuentes formas de organización y funcionamiento), el internacionalismo y el clasismo habrían sido elementos aportados *por el morenismo trotskista* a la corriente liderada por Santucho. Este aspecto particular del análisis de Weisz -el de la impronta que el paso por el morenismo dejó en la vida de la organización- forma parte de una perspectiva más amplia: la de los vínculos y los componentes específicos de Izquierda Tradicional (IT) y NI que se conjugaron en el PRT-ERP. Más precisamente, la de las formas específicas en que se fueron entrelazando tradiciones ideológicas y prácticas organizativas propias de la IT con conceptos e imaginarios propios de la NI y que cristalizaron, como advierte Michael Löwy en el prólogo del libro, en una “síntesis original y explosiva entre indigenismo y marxismo, guevarismo y trotskismo, socialismo y anti-imperialismo”. Y en la búsqueda de aquellos vínculos, el texto de Weisz gana en originalidad puesto que, en líneas generales, la historiografía de las izquierdas se ha centrado más en las descripciones y análisis de uno y otro “tipo ideal” (IT y NI) que en la identificación de herencias y articulaciones⁴⁸.

La reconstrucción de la particularidad perretista se sustenta sobre una nítida perspectiva histórica: la escritura se adentra en la historia de los vínculos, de las ambivalencias, de los debates, acercamientos y rupturas tanto entre el morenismo y la corriente de Santucho como de las fracciones que siguieron a la del PRT-El Combatiente y PRT-La Verdad (el ERP 22 y la Fracción Roja). Y al hacerlo, da cuenta así mismo de los contextos específicos de los posicionamientos de estas corrientes y fracciones en torno al tema de la lucha armada, del foquismo, de la vanguardia obrera, entre otros.

Atendiendo a las dinámicas reales del funcionamiento partidario, la obra de Weisz se adentra, también, en las formas en que el ideario y la teoría política (teoría política entendida tanto en su dimensión prescriptiva como en su dimensión de “uso” real y pragmático) contribuyeron a la construcción de un tipo de organización signada por la omnipotencia de la línea y la infalibilidad del dirigente, la estigmatización de la disidencia, el control y el disciplinamiento de las bases militantes.

Finalmente, debe señalarse que el trabajo está sólidamente fundamentado y documentado en lo que hace a sus hipótesis centrales (el conjunto de fuentes que trabaja

⁴⁸ Otra salvedad en esta dirección es el libro recientemente publicado de María Cristina Tortti: *El “viejo” Partido Socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

es nutrido y variado; y algunas de las fuentes que lo componen no han sido trabajadas con anterioridad –principalmente aquellas emanadas del morenismo).

Otro enfoque en estrecho vínculo con el anterior es aquel que aborda el interior de la organización, su cotidiano, su cultura.

Son los estudios de Pablo Pozzi aquellos que representan los aportes más destacados de este abordaje.

En 1996 se publica el artículo “Los perros. La cultura guerrillera del PRT-ERP”⁴⁹. Allí aborda el problema de la cultura militante que luego retoma en trabajos posteriores⁵⁰. El conjunto de fuentes sobre la que sustenta su investigación incluye un notable número de testimonios orales de antiguos militantes con distintos grados de jerarquía y responsabilidad en el interior de la organización; lo cual le permite a Pozzi acceder a zonas hasta ese momento poco exploradas de la experiencia perretista.

El conjunto de interrogantes que el autor se plantea al inicio de su artículo remiten al entrecruzamiento de diversos aspectos de la experiencia perretista tales como: la vida cotidiana de los militantes, las relaciones con la cultura popular y la problemática de género dentro de la organización. Partiendo de aquellos testimonios –y de “la más tradicional investigación de archivo”– el autor postula una serie de rasgos que conformaron una cultura peculiar, un “estilo partidario”. Esta cultura encontraba sus raíces en los propios orígenes de la organización en el noroeste argentino (más específicamente en la militancia del FRIP). Entiende Pozzi que la experiencia social y cultural de una primera camada de militantes, provenientes de las clases trabajadoras urbanas y rurales del noroeste, impuso un sello identitario a la organización. Para el autor este primer grupo militante reivindicaba aspectos de una cultura popular que aparecía opuesta a la porteña: “saber tomar mate”, “saber escuchar”, “ser negrito”. Añade que sólo después de 1973 ingresó al PRT-ERP una segunda camada de militantes y que este segundo grupo –si bien estuvo compuesto por un importante número de

⁴⁹ Pozzi, Pablo: “Los perros. La cultura guerrillera del PRT-ERP”, en *Taller. Revista de Sociedad, cultura y política*, vol.1, N° 2, noviembre, 1996

⁵⁰ Los lineamientos más generales de este artículo fueron retomados en Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro: *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*, Buenos Aires, Eudeba, 2000; y luego enriquecidos en varios capítulos de “*Por las sendas argentinas...*”.

obreros industriales- se caracterizó (fundamentalmente en Buenos Aires) por la presencia de estudiantes universitarios provenientes de las clases medias. Estos nuevos allegados no compartían la experiencia social ni las tradiciones culturales de los primeros y sin embargo adoptaron -quizás en forma un tanto impuesta- el “estilo” perretista. Si bien para el autor estas características culturales partidarias se tradujeron en sólidas lealtades, en un elemento de cohesión, de fortalecimiento del vínculo entre militantes, construyeron, al mismo tiempo, una tendencia homogenizadora –y hasta “asfixiante”– sobre la militancia. El “estilo partidario” terminaba por definir la vestimenta, el lenguaje, la marca de cigarrillos, las actividades de esparcimiento y demás. Ahora bien, esta tendencia homogenizadora contrastaba con otro tipo de relaciones -lealtades familiares, de género- que iban conformando en su despliegue una “estructura de poder paralela” dentro de la organización.

Un importante aporte de este artículo es su carácter pionero en el abordaje del proceso de conformación de la identidad y la cultura partidarias. Otro aporte, lo constituye el hecho de que, al atender tanto a las diferencias temporales y regionales como a las tensiones involucradas en aquel proceso, ofrece una imagen de la organización que escapa a las representaciones más monolíticas e idílicas.

Este primer acercamiento a la vida interna de la organización aparece complementado y enriquecido en su libro (*“Por las sendas argentinas...”*). Allí, a partir de 83 testimonios y conjunto de fuentes primarias partidarias reconstruye diversas dimensiones del interior de la organización (su composición social, sus estructuras organizativas, entre otras). Respecto de la cultura y el estilo militante, el morenismo habría aportado el modelo organizativo (tema que, como se expuso más arriba, Weisz retomó y desarrolló), “la orientación hacia la clase obrera” y “el énfasis en los clásicos del marxismo”.

Más espacio le dedica Pozzi a los componentes aportados por la militancia del FRIP: una suerte de valores tradicionalmente vinculados con el ideario cristiano. La combinación resultante sería “una conducta ética, cultural y moral a la que llamarían *la entrega de cuerpo y alma a la revolución y saber escuchar a las masas*”⁵¹. Estos componentes sumados a una marcada tendencia antiintelectual se tradujo en un estilo “hacedor” que, según Pozzi, los acercaba más al “obrero argentino medio, por lo general

⁵¹ Pozzi, Pablo: op. cit. pág. 132

reacio a las largas disquisiciones teóricas”⁵². Completando el cuadro, la principal herencia guevarista en la organización habría sido “el factor humano” y los valores asociados al “hombre nuevo” (volveremos sobre estos últimos temas en los capítulos 4 y 5).

El abordaje que realiza Pozzi de la vida interna de la organización, representa, sin lugar a dudas, su aporte más destacado —e inigualado, por cierto— y hace de su libro una obra de consulta obligada para los estudiosos del PRT-ERP.

De todas maneras, quizás sea pertinente señalar que la escritura está, en varias oportunidades, *adherida* a la palabra de sus testimoniantes, en otras, parece cautivada por lo que él mismo llamó “el folklore” militante.

Finalmente, hay un último conjunto de trabajos que interesa mencionar aquí por cuanto refieren a un problema específico de la subjetividad partidaria que también aborda esta investigación: el de la imposibilidad de la militancia perretista de *detenerse a tiempo o retroceder* aún, ante la sospecha de una derrota inminente.

De consulta obligada, la obra de la periodista María Seoane⁵³ se inscribe en el género biográfico⁵⁴. Reconstruye la “historia secreta y la historia pública” del máximo líder del

⁵² Pozzi, Pablo: op. cit. pág. 133

⁵³ Seoane, María: *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Planeta, Buenos Aires, 1992.

⁵⁴ No es ésta, por cierto la única biografía de Mario R. Santucho. Del periodista Eugenio Méndez, se encuentra, también, *Santucho. Entre la inteligencia y las armas*, Buenos Aires, Ediciones de La Toma, 1999. El texto se centra fundamentalmente en la actuación de Mario R. Santucho al frente del PRT-ERP y en la reconstrucción de algunos hitos que marcaron la historia de la organización. La narrativa se enmarca en una teoría conspirativa en la que la historia del PRT-ERP y de su líder forman parte de una trama más amplia: la del intento de dominación del “marxismo-leninismo internacional”. Dentro de este esquema, Santucho sería, desde 1961, el “agente de Fidel Castro” en Argentina. Méndez ofrece una imagen casi caricaturesca de la organización, de sus miembros y del propio líder, cuyos rasgos más sobresalientes serían la astucia, el autoritarismo, la omnipresencia, una tendencia a la manipulación emocional del otro y un injustificado odio al peronismo. Su reconocida obstinación y persistencia en la estrategia armada se deberían, en gran medida, a la imposibilidad de “romper los pactos internacionales” con Cuba. Los muchos equívocos fácticos del libro, la opacidad de su soporte documental y, más aún, su pobreza argumentativa lo vuelven poco recomendable.

PRT-ERP. El objetivo implícito en su narrativa es abordar la mutua implicancia y determinación de las dimensiones públicas y privadas de la experiencia perretista. A través de un heterogéneo y rico corpus de fuentes que incluyen documentos partidarios, correspondencia personal, testimonios de familiares, amigos y compañeros de militancia, antiguos funcionarios y personalidades del mundo político, Seoane realiza un minucioso recorrido por la vida íntima y política del Mario R. Santucho, por el itinerario de su formación, de su pensamiento y de sus actos. Así, la autora busca reconstruir los rasgos de una subjetividad que expliquen las definiciones de una política. En esa reconstrucción aparecen no sólo las contradicciones, pasiones y deseos de un hombre; emerge fundamentalmente el Santucho militante cuyo voluntarismo y obstinada tenacidad le impiden volver críticamente la mirada sobre sus propias determinaciones, detenerse o reorientar el rumbo aún frente a costosos y estrepitosos fracasos, aún frente a evidentes cambios en el contexto sociopolítico argentino.

En definitiva, es el Santucho militante el que en la obra de Seoane viene a dar buena parte de las explicaciones de la insistencia en una línea política que condujo finalmente a su propio trágico final.

El corpus documental sobre el que descansa su investigación es nutrido y heterogéneo. Por lo demás, tratándose de una antigua militante de la organización resulta destacable el hecho de que su escritura no haya replicado sustantivamente los tópicos centrales de la historia oficial partidaria.

Quizás su problema radique en que la autora naufraga en el que fuera su propio objetivo: el de dar cuenta de una experiencia colectiva que si bien tiene a Santucho como protagonista, es obvio que lo excede. La sombra del jefe guerrillero se proyecta, así, sobre el conjunto de hombres y mujeres que dirige y que construyen -al tiempo que son construidos por- un complejo entramado de relaciones personales, políticas y simbólicas que no puede reducirse nunca a la adhesión y cuasi omnipresencia de su líder. Más aún cuando en la propia reconstrucción de la historia partidaria que esta biografía ofrece no dejan de hacerse visibles las tensiones, las dudas, disidencias y sospechas en torno a esa suerte de mesianismo guerrillero que el propio Santucho encarna. Queda entonces por pensar las razones y las formas particulares en que la subjetividad y el pensamiento del líder se articularon con el imaginario y la subjetividad

del conjunto de la militancia dando lugar así a lo que en definitiva fue una experiencia colectiva.

Es en esta última dirección donde cobra fundamental importancia el trabajo de Ana Longoni⁵⁵. Ya desde el subtítulo de este texto, *La militancia revolucionaria como ética del sacrificio*, se deja entrever la clave interpretativa propuesta. La vida y muerte de Eduardo Favario -pintor y escultor, que poco después de finalizar “Tucumán Arde” ingresó al PRT y murió en un enfrentamiento con el Ejército en 1975 mientras realizaba ejercicios militares en una zona rural de Santa Fe- representan para Longoni la puerta de entrada hacia un modelo de militancia que se impuso en la izquierda revolucionaria de los setenta y que extendió como un mandato moral incuestionable el renunciamiento a la vida privada, a los ámbitos de pertenencia y de actividad específicos y terminó convirtiéndose en una renuncia a la vida misma. La interpretación de la autora no se ciñe exclusivamente a la militancia perretista sino que incluye a otras organizaciones político-militares de la época. A través del análisis de su corpus documental (cartas, diarios, dedicatorias, escritos del orden de lo privado y “hasta de lo secreto”) la autora encuentra indicios de una cierta conciencia entre los militantes de dichas organizaciones de que se dirigían irremediabilmente hacia una derrota aplastante y, en último término, hacia la propia muerte. A la afirmación de Longoni de la existencia de un quiebre profundo entre lo que se señala públicamente -una victoria segura y próxima- y lo que se percibe íntimamente -la proximidad de la muerte- le sucede la pregunta “¿por qué persistieron?”. *La política entendida como ética del sacrificio* es el gran referente a partir del cual la autora elabora una serie de reflexiones vinculadas, fundamentalmente, a lo que define como una “moral de la violencia” cuyas tópicos principales serían: “la ausencia del miedo a la muerte”; “la muerte del guerrillero alimenta la vida de la revolución”; “la inevitabilidad de la muerte”; “la política como guerra”; “el hombre nuevo” y “el mesianismo”.

Las claves de lectura que propone el artículo de Longoni representan un valioso y original aporte ya que exploran aquella dimensión difusa de la que emanaron mandatos colectivos en estrecha vinculación con el trágico final de esta experiencia militante.

⁵⁵ Longoni, Ana: “La pasión según Eduardo Favario. La militancia como ética del sacrificio”, en *El Rodaballo*, año VI, n° 11/12, 2000

Resta, sin embargo, pensar cuáles fueron los dispositivos de expansión de esa ética en el entramado partidario. Una ampliación del conjunto de fuentes –más allá de aquellas provenientes del espacio “de lo secreto”- resultaría iluminador en esa dirección. Pero más importante aún, resta explorar *qué ofrecía* esta ética sacrificial en el contexto del PRT-ERP para que la conciencia de una muerte inminente conviviera con la alegría y la militancia perseverante.

En el año 2003 Gustavo Plis-Sterenber⁵⁶, músico y antiguo militante de la Juventud Guevarista, publica su minuciosa investigación sobre el asalto al Batallón 601 de Arsenales “Domingo Viejobueno” de la localidad de Monte Chingolo. La obra es, en principio y como el propio título anuncia, la historia de una batalla, la más ambiciosa que tuviera lugar en la Argentina de los años setenta. Con la información obtenida a través de fuentes primarias y secundarias y de entrevistas a diversos actores (antiguos militantes, sobrevivientes del combate, ex conscriptos, vecinos del cuartel, entre otros) Plis-Sterenberg reconstruye con asombrosa meticulosidad cada una de las etapas y de los diversos aspectos del frustrado asalto: los objetivos, los preparativos, los participantes, la concepción táctica, el plan de ataque y su desarrollo frente por frente. Pero *Monte Chingolo* es mucho más que la historia de aquella trágica batalla, es también el relato de un tejido denso de acontecimientos, ideas y apuestas que intenta explicarla. La trama de la infiltración que decidiera la suerte del enfrentamiento se entrelaza con las historias de vidas de los combatientes, con sus certezas, con sus dudas y obediencias, con el destino de cada cuerpo, con cada final, aún el del “traidor”. Y a partir de los datos de esa extensa reconstrucción emerge, también, lo incomprensible de la decisión: la dirección partidaria en sobre aviso de la infiltración, los mapas con la ubicación de las “contenciones” cayendo en manos del Ejército, los informes de la propia inteligencia perretista advirtiendo la trampa tendida, jefes de pelotones que lo saben, cuestionamientos y planteos internos que en nada conmueven el plan trazado y, finalmente, las tropas, en su mayoría mal armadas y peor entrenadas, dirigiéndose confiadas y cantando a la batalla, donde, también cantando, habrán de “caer”.

⁵⁶ Plis-Sterenberg: *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2003.

Entonces, el lector no puede menos que hacerse la pregunta inevitable: ¿por qué? Y aunque muy probablemente ésa haya sido la pregunta que dio origen a su investigación, Plis-Sterenbergh no la plantea explícitamente. En compensación, cede la palabra a las voces autorizadas de la dirección partidaria; y así se afirma que la “sobreestimación” de la propia fuerza y la “subestimación del enemigo” estuvieron en la base de tan costosa determinación. Esta respuesta, devenida lugar común de la memoria militante, no alcanza a opacar, de todas maneras, la enorme tarea de reconstrucción del músico.

La cantidad y variedad de intervenciones en torno a la historia del PRT-ERP no se agota en este repaso bibliográfico. Hay muchas otras investigaciones –algunas de ellas en curso– que abordan aspectos de la historia de la organización que no han sido atendidas aquí: hay estudios de género, hay investigaciones de enfoque local o regional, hay trabajos sustentados desde el análisis del discurso, otros que han explorado la experiencia del PRT-ERP dentro de las cárceles. También hay vacíos importantes (por ejemplo, aquellos referidos a los vínculos entre el PRT-ERP y “el afuera”, esto es, sus relaciones con actores o movimientos sociales específicos)⁵⁷.

He preferido atender aquí a aquellas intervenciones que, de alguna u otra manera, por los aportes que representan y los interrogantes que plantean, participan más directamente en la delimitación de los problemas tratados en esta investigación.

IV. Hipótesis a sostener

Como ha sido señalado, la investigación que aquí presento aborda el proceso de construcción identitaria del PRT-ERP y la subjetividad en él implicada.

El análisis de este proceso exigió prestar particular atención al conjunto de formulaciones ideológicas, representaciones, valores y prácticas colectivas que,

⁵⁷ En este terreno, si bien hay algunas intervenciones que han intentado dar cuenta de estos vínculos, lo cierto es que, por el momento, éstas han optado por una estrategia metodológica sostenida casi exclusivamente en la perspectiva partidaria y, en consecuencia, iluminan poco los aspectos más “relacionales” de este problema. En ese sentido, quizás los estudios de caso puedan resultar más potentes para atender a la multiplicidad de actores, perspectivas, intereses y voluntades en juego.

retroalimentándose, fueron delimitando las fronteras del grupo y sus rasgos particulares, conformando, al mismo tiempo, un sistema compartido de creencias y proyecciones que no sólo determinó la línea política de la organización sino que además otorgó *un sentido* a los actos de sus integrantes.

Es innegable, dada la radicalidad de la experiencia estudiada y los debates en torno a ella, que las preguntas vinculadas a la actuación política del grupo funcionaron como referentes ineludibles de la investigación. Si me he vuelto sobre el proceso de construcción identitaria es porque entiendo que existe una fuerte lógica interna entre lo que los militantes del PRT-ERP *pensaron, proyectaron, creyeron* y aquello que efectivamente *hicieron* (al mismo tiempo que ese *hacer* nutrió sus ideas, sus representaciones y creencias). Para decirlo en otras palabras: no me he interesado tanto por los ajustes o desajustes entre su línea política y la realidad histórica, objeto de buena parte de la historiografía existente, como por la unidad entre su sistema de creencias y valores, por un lado, y su hacer, por otro.

De ahí, que haya renunciado a la noción de “error” como categoría explicativa⁵⁸, optando, en contraposición, por desplegar la perspectiva partidaria y reconstruir la trama de ideas, creencias, representaciones y valores que fueron determinando su accionar.

Si muchas de las intervenciones sobre el PRT-ERP que han intentado explicar el derrotero de la organización han encontrado en el pulso errático de sus hombres, en sus falencias, necesidades y miopías las causas del gran equívoco que torció una historia destinada a ser otra, mi investigación se orienta en dirección contraria.

Intento afirmar, más bien, que aquellos hombres actuaron en todo momento *precisamente* con aquello que portaban: un conglomerado de formulaciones y creencias -que no podía sino impulsar la acción armada de la organización- articulado con un

⁵⁸ Como he señalado en el estado de la cuestión, la figura del “error” deriva de una mirada prescriptiva y se encuentra presente en los abordajes que intentan narrar la experiencia perretista fundamentalmente en dos direcciones. Una de ellas se orienta hacia el cuestionamiento de la línea política llevada adelante y/o de las formulaciones ideológicas abrazadas por la organización (por ejemplo: *el error del PRT-ERP estuvo en las contradicciones de la línea; el error estuvo en no haber abandonado el guevarismo*, etcétera). La otra, remite a aquellas intervenciones que ponderan la experiencia del grupo sobreimprimiéndole conceptos y postulados que, en rigor, le son externos (por ejemplo: *no entendieron que la política es negociación y búsqueda de consenso*).

puñado de mandatos morales definitivamente irrenunciables en tanto hacían a su propio *ser* revolucionario.

La propuesta es, entonces, volver la mirada sobre esa articulación y sobre la subjetividad resultante buscando allí –y no en supuestos desaciertos o “desviaciones”– los elementos que contribuyan a explicar el recorrido perretista.

Se trata, en definitiva, de adentrarse más profundamente en las razones y la racionalidad de hombres y mujeres que hallaron en las consignas “*hasta vencer o morir, por una Argentina en armas, de cada puño un fusil*” el sentido total de sus vidas y de sus muertes.

En términos generales, las principales hipótesis de trabajo son:

-que fue la dimensión del pensamiento ideológico (en particular aquellas nociones propias del maoísmo y del guevarismo que la organización abrazó) aquello que determinó, en primera instancia, la línea política partidaria, especialmente, en relación con la actividad armada;

-que aquellas formulaciones ideológicas, articuladas con la dimensión de la experiencia y de las prácticas a las que daban lugar, nutrieron de componentes bélicos al imaginario colectivo de la organización;

-que de ese imaginario se recortaron dos figuras que operaron como referencias identificatorias centrales: el “enemigo” y el “hombre nuevo”;

-que estas figuras determinaron la proyección de un “nosotros” sustentada fuertemente en la dimensión de la moral;

-que los valores morales postulados en aquella proyección dieron lugar a mandatos y prácticas que guardan estrecha relación con el recorrido del colectivo partidario.

Finalmente, quizás sea necesario señalar que esta investigación es tributaria de tradiciones disciplinares. En términos generales, se encuadra en la historia política. Sin embargo, por un lado, en tanto apunta a reconstruir el ideario del grupo, apela a lecturas y esquemas interpretativos de la historia de las ideas, de su circulación y recepción.

Por otro lado, en tanto implica el análisis de fenómenos imaginarios y representaciones colectivas (y sus específicos vínculos con la dimensión de la experiencia y las prácticas)

está inspirado en los enfoques e interrogantes de los estudios de los imaginarios sociales y los estudios culturales.

V. Fuentes y problemas metodológicos

La investigación se ha sustentado sobre el análisis tanto de fuentes partidarias de época como de fuentes orales (testimonios de antiguos miembros del PRT-ERP).

Gran parte de este acervo documental se encuentra preservado en archivos públicos y otra en archivos privados (ya sean éstos de antiguos militantes de la organización y/o de estudiosos de la guerrilla en la Argentina).

Los archivos públicos consultados son:

-Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeCInCI)

-Archivo Oral de Memoria Abierta

Las fuentes partidarias de época conforman un nutrido corpus compuesto por publicaciones partidarias periódicas, declaraciones publicadas en contextos específicos (resoluciones del Comité Central y del Comité Ejecutivo, proclamas, solicitadas, volantes), documentos partidarios destinados a la circulación interna (boletines internos, cartas) y textos destinados a la formación política, teórica y/o moral de la militancia.

Las publicaciones periódicas consultadas son:

Norte Revolucionario (órgano de difusión y propaganda del FRIP);

Palabra Obrera (órgano de difusión y propaganda de PO);

La Verdad (órgano de difusión y propaganda del PRT hasta 1968 y, tras la ruptura de ese año, de la corriente morenista, PRT-La Verdad);

El Combatiente (órgano de difusión y propaganda del PRT desde 1968);

Estrella Roja (órgano de difusión y propaganda del ERP);

Las fuentes orales utilizadas en la investigación conforman un conjunto de 37 testimonios de antiguos militantes del PRT-ERP que suman más de 140 horas de grabación⁵⁹. La muestra constituida intenta dar cuenta de experiencias diversas tanto en

⁵⁹ La mayoría de las entrevistas analizadas aquí (43 de 47) fueron realizadas por mí.

lo referente a niveles. “de compromiso” y responsabilidad en el interior de la organización como en lo referente a espacios y ámbitos particulares de militancia.

En el entrecruzamiento analítico de fuentes partidarias de época y los testimonios reunidos se han rastreado las marcas de una subjetividad colectiva, de un universo de sentidos compartidos y, también de las tensiones íntimas e intersubjetivas a que la experiencia perretista dio lugar.

A continuación se resumirán las potencialidades y límites que acarrea el uso de testimonios orales en la reconstrucción de la experiencia guerrillera.

Debe señalarse, en primer lugar, el aporte que el testimonio supone en relación con la información específica que es capaz de ofrecer.

En el marco de enfrentamientos políticos que asumían formas cada vez más dramáticas y radicalizadas, gran parte de la experiencia de la militancia se ha desplegado en contextos de clandestinidad o atendiendo a estrictas reglas de seguridad. Es esperable, entonces, que diversos aspectos vinculados a esa experiencia no se registraran en documentos de ninguna índole.

Por otro lado, ese mundo de relatos, normativas y discursos que emana de la documentación partidaria no puede ser considerado en ningún caso como abarcador total de la experiencia y la subjetividad militante. Resulta evidente que la información allí contenida y los “hechos” allí narrados, muchas veces, son presentados con la evidente intención de exaltar las virtudes emuladas en la militancia (por no mencionar lo que voluntariamente callan de la vida interna de estas organizaciones).

Finalmente, el proceso de construcción de la identidad perretista no puede reducirse nunca a la dimensión tan formativa como prescriptiva de la discursividad emanada de la instancia colectiva de la organización. Debe atender, a su vez, a la dimensión de la experiencia los miembros que la integran, de sus conflictividades, proyecciones, identificaciones y sentires.

Ahora bien, las características propias de las fuentes orales imponen recaudos metodológicos específicos al tiempo que plantean problemas epistemológicos difíciles de saldar.

Se trata, en principio, de una fuente sustentada sobre la memoria. Ésta no es un receptáculo inmediato y especular de las experiencias vividas, sino más bien “un activo

proceso de creación de significados”⁶⁰. Tomando en cuenta la extraordinaria capacidad de la memoria de simbolizar, y el hecho de que la memoria no es equivalente a los recuerdos, sino que se constituye primeramente por lo que rechaza, tomar distancia de los testimonios, hacer aparecer las divergencias, los olvidos, los silencios, en fin, agregarle a la memoria la contrapartida de un análisis crítico resulta indispensable.

Al estar el testimonio sustentado sobre la memoria surge la necesidad primera de pensar el problema de su *veracidad o credibilidad*. La forma de afrontar este problema depende, en cada caso, del tipo de información que se está buscando en el testimonio. En términos generales, todo testimonio debe ser contrastado con otro tipo de documentación para determinar su credibilidad; es decir, se debe “triangular” las declaraciones sobre ciertos hechos con otro tipo de evidencia documental. Sin embargo, esta afirmación general no resuelve definitivamente los problemas que se afrontan al abocarse al estudio de la experiencia guerrillera. Como ya ha sido mencionado, una porción importante de la información contenida en los testimonios refiere, justamente, a fenómenos no contemplados en la documentación contemporánea. En esos casos, no hay mayores alternativas que contrastar diversos testimonios entre sí; y en este punto los resultados pueden resultar muy variados. A veces, el investigador cuenta con un conjunto de relatos que, evidenciando o no opiniones distintas sobre un mismo acontecimiento, coinciden en los datos que aportan para su reconstrucción. Otras veces, es precisamente la disparidad de perspectivas de los testimoniados lo que permite – como cuando se logran reunir las piezas de un rompecabezas– acercarse al acontecimiento, reconstruirlo en sus múltiples manifestaciones.

Debe señalarse también, que el paso del tiempo y la experiencia social del entrevistado han intervenido en la construcción de su recuerdo –y es en este sentido que no podemos hablar de un “recuerdo puro”–. Sin embargo, no es menos cierto que muchos entrevistados son capaces de distinguir su pensamiento pasado de su pensamiento presente, objetivando a aquél como diferente del actual. No son pocas las situaciones de entrevista en las que tiene lugar un “ejercicio de memoria” a través del cual el entrevistado puede “desandar” el recorrido de su recuerdo, quizás historizarlo, establecer sus puntos de inflexión o identificar sus contradicciones.

⁶⁰ Portelli, Alesaandro, op. cit, pág. 45

Ahora bien, no obstante, estos ejercicios de memoria, por sugerentes que resulten, no equivalen a desconocer el “punto ciego” que constituye esa zona siempre difusa y lábil que separa la experiencia vivida de lo que se recuerda y se puede narrar de ella.

Toda experiencia personal se encuentra inmersa en un sistema de valores compartidos, en una “constelación de sentidos” colectiva en la que diversos aspectos de la existencia se tornan o aparecen como “naturales”. Esta “naturalización” impide que los sujetos se expliquen permanentemente a sí mismos en las razones de sus actos, conductas y aún elecciones. La distancia temporal habilita un grado de extrañeza necesaria que le ayuda a los sujetos a verse en perspectiva y contexto permitiendo así, en el mejor de los casos, intentar explicarse o, al menos, pensarse. Esta es una ventaja que ofrece el tiempo y, por tanto, la fuente oral. Sin embargo, ante determinadas preguntas en apariencia sencillas (por ejemplo, cómo decidió ingresar a la militancia; por qué ser militante; por qué persistió a pesar de sus propios desacuerdos o dudas) muchos entrevistados parecen realizar un esfuerzo de introspección y reflexión, otorgando respuestas que presumiblemente no hubieran dado en el pasado –en rigor, lo más probable es que no se hubieran formulado aquellas preguntas– y que parecieran no ser suficientemente satisfactorias para ellos mismos. El marco de referencias culturales y simbólicas en el que la experiencia tuvo lugar difiere sensiblemente de aquel en el que el testimonio se despliega; y, en cierta medida, narrar lo vivido, explicarlo, volverlo inteligible en un nuevo escenario se asemeja mucho a un esfuerzo de “traducción” (y, aún, de traición). Si se piensa en el horizonte de sentidos de militancias políticas que tuvieron lugar en un contexto hegemónico sensiblemente distinto al actual ¿cómo transmitir aquellos sentidos a través de una palabra desplegada en un marco cultural y simbólico tan distante?

Las estrategias para transitar aquel esfuerzo narrativo difieren en cada caso y, por tanto, requieren lecturas y esquemas interpretativos particulares. Es posible aventurar, sin embargo, que la referencia a ciertos acontecimientos puntuales, que podrían llamarse “anécdotas condensadoras de sentido” es una de las estrategias más usuales (no necesariamente voluntarias). Estas anécdotas podrían definirse como aquellos episodios protagonizados por los entrevistados capaces de remitir y, sobre todo, representar los variados sentidos -y aún la significación última- que hoy reconocen en sus experiencias pasadas: de ahí que se constituyan en soportes de la transmisión.

En esta dirección, Portelli afirma que las fuentes orales ayudan “a ir más allá de la materialidad visible del acontecimiento atravesando los hechos para descubrir su significado”⁶¹. Uno de los problemas radica, sin embargo, en la dificultad de escudriñar las temporalidades implicadas en todo proceso de significación. ¿Es posible pensar en sustratos de una significación pasada que permanezcan inalterados en la significación presente?

Se superpone a este problema, otro nada menor ¿Qué aspectos o dimensiones específicas de la significación contenida en una narrativa testimonial exceden la subjetividad individual constituyendo huellas de aquella “constelación de sentidos colectiva” a la que se alude más arriba?

Se admite, en principio, la imposibilidad de un acceso directo a la experiencia pasada. Y, sin embargo, es innegable que aún adulterado por nuevos y/o recoloreados sentidos todo recuerdo conlleva marcas de aquella experiencia que evoca, aún los estereotipados. Cuando las personas recuerdan, por ejemplo, un día cualquiera de su experiencia carcelaria o un día cualquiera de los primeros tiempos de militancia no evocan necesariamente un día concreto y particular, correspondiente a una fecha precisa, sino, probablemente, un día “tipo” que condensa los aspectos representativos de la misma.

Entonces, más que un acceso directo a las experiencias del pasado las fuentes orales pueden ofrecer *claves interpretativas* para pensar diversas dimensiones de esas experiencias, ausentes, opacas o esquivas en otro tipo de documentación.

Aquello que los testimonios permiten inferir orienta la mirada en la búsqueda de contrapuntos y correspondencias en otras fuentes; y estas correspondencias –por indirectas que resulten– ofrecen parámetros para establecer verosimilitudes, plausibilidades e interpretaciones que exceden tanto el terreno de la memoria individual como el de los hechos materiales narrados. En todo caso, es evidente que la mayor riqueza de un testimonio sobreviene cuando se tiene la posibilidad de ponerlo en diálogo con otras fuentes, estableciendo así no sólo correspondencias y grados aceptables de verificación sino, sobretudo, nuevos interrogantes y lecturas a partir de los cuales revisitarlos.

⁶¹ Portelli, Alesandro: “Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli”, en *Historia, antropología y fuentes orales*, núm. 1, Barcelona, pág. 6.

Otro problema que afronta el uso de fuentes orales en la investigación es el de la *representatividad*. ¿Cuántos testimonios deben reunirse para alcanzar una muestra representativa de un determinado fenómeno? ¿Cuán representativo es un testimonio o en qué grado representa con fidelidad aceptable una experiencia colectiva pasada? Al igual que cuando se trata de otro tipo de documentación, éstas son preguntas difíciles de responder.

En algunos casos, y buscando alcanzar la dimensión cuantitativa de la representación, puede apelarse a lo que se ha denominado en el campo de la historia oral “punto de saturación”: allí donde las respuestas de los distintos entrevistados comienzan a coincidir o a repetirse, puede suponerse que se ha alcanzado una muestra con grados aceptables de representatividad. No obstante, este “punto de saturación” no resuelve en forma definitiva los problemas teórico-metodológicos que se afrontan.

En principio, porque es poco probable que un conjunto de entrevistados ofrezca las mismas respuestas para todos y cada uno de los aspectos de las experiencias que se intentan reconstruir. Pero, más importante aún, porque algunas veces se busca dar cuenta, justamente, de la dimensión de las subjetividades individuales –en las cuales no se busca ni se esperan homogeneidades– y el desafío consiste, en todo caso, en explicar cómo y por qué cada una de esas subjetividades se articularon e implicaron conformando y dándole particularidad a una experiencia colectiva; cómo intervinieron en la construcción de una subjetividad colectiva que, a su vez, las produjo.

Puede suceder, entonces, que un grupo reducido de testimonios ofrezca algún tipo de información que, nuevamente, devenga en clave de lectura del proceso estudiado. Qué grado de representatividad se le debe otorgar es una discusión que excede las fronteras de lo cuantitativo:

“Los entrevistados son seleccionados no porque representen alguna norma estadística abstracta, sino porque tipifican procesos históricos. Así, las preguntas a formular son relativas al concepto de un historiador de un proceso histórico (es decir: su propia concepción de la historia) y a la relevancia de la información acopiada para ese proceso particular. Las cuestiones reales son historiográficas, no estadísticas”⁶²

⁶² Grele, Ronald: “Movimiento sin meta: problemas metodológicos y teóricos en la historia oral”, en Schwarzstein, Dora (comp.), *La historia oral*, Buenos Aires, CEAL, 1991, pp. 123-124.

Es posible aún, que un conjunto de testimonios no pueda considerarse “representativo” de la media con la que se cuenta (que difiere, además, de la media que probablemente existió) y, sin embargo, permita postular interpretaciones explicativas de procesos poco inteligibles desde otros abordajes. Pero en estos casos, y quizás más excluyentemente que en otros, el soporte y articulación con otras fuentes y el diálogo con otros enfoques resulta imprescindible para la construcción de aquellas interpretaciones y su eventual comprobación.

Llegando a este punto, entonces, resulta imperioso volver la mirada sobre las modalidades de intervención del investigador en la construcción del testimonio.

A diferencia de otras fuentes históricas, las fuentes orales no constituyen registros contemporáneos e inmediatos de acontecimientos y fenómenos, sino que son fruto de una creación posterior a ellos, creación emanada de la voluntad del investigador. Tanto el entrevistado como el entrevistador participan de su construcción. Me interesa particularmente aquí centrarme en la participación del historiador en esa construcción; y esto porque muchas veces, la extensión de esta práctica disciplinar ha implicado un acercamiento ingenuo al testimonio y cierta “sacralización” del mismo que encuentra su origen en la vieja ilusión explícita o implícita de “darle voz a los que no la tienen”. A la hora de repensar los recaudos metodológicos que el uso de fuentes orales amerita, la intervención de la propia subjetividad del historiador es un aspecto fundamental a considerar.

Son varias las modalidades de esta intervención y, algunas de ellas, no son exclusivas de la historia oral. En el largo proceso de una investigación que incluye testimonios, el historiador interviene en la selección de los entrevistados, en aquello que pregunta y en aquello que no pregunta, en la forma en que lo hace, en los fragmentos que selecciona y en el uso e interpretación que a ellos les da. Su subjetividad e ideología —entendida ésta en sentido amplio— están implicadas en cada uno de estos momentos.

Es innegable, al mismo tiempo, que toda práctica historiográfica conlleva implícita una politicidad determinada. Este reconocimiento no nos exime, sin embargo, de atender los supuestos epistémicos y rigores metodológicos que configuran el campo disciplinar. La poca atención que estos aspectos han recibido llevó muchas veces a desestimar —o

sencillamente olvidar— ciertos rigores metodológicos que necesariamente deben estar presentes en toda investigación.

En el estado actual del uso de testimonios en la reconstrucción de la experiencia guerrillera, los problemas referidos a las modalidades de intervención del historiador se han tornado particularmente visibles. Podemos mencionar algunos de ellos, tan sólo a modo de ejemplificación.

Una de las formas más inmediatas de esta intervención está constituida por aquello que se pregunta y la forma en que se lo hace. Es necesario admitir que las hipótesis del historiador juegan un rol fundamental, esto es esperable. Sucede, sin embargo, que muchas veces la formulación de las preguntas lleva implícita un grado de inducción que “fuerza” la respuesta, obligando al entrevistado a pensar su experiencia en términos en que quizás no lo hubiera hecho espontáneamente. Esto sucede no sólo con las preguntas que se responden con “sí” o con “no”, también con otras que parecen evidenciar el gesto de ir hacia el testimonio esperando confirmar allí, a través de la literalidad de la palabra, una verdad que se conoce a priori.

Las palabras y las fórmulas verbales para designar determinados fenómenos contienen, inevitablemente, una cierta valoración de los mismos, una manera determinada de concebirlos. El riesgo de incluir estas valoraciones en las preguntas es que operen como referencias inevitables de las respuestas y luego se lean las experiencias que éstas narran a partir de marcos referenciales que —con independencia del margen de desaciertos o coincidencias— le son externos.

En otros casos, es la falta de una intervención más directa en las preguntas lo que conlleva el riesgo de obtener un testimonio más bien representativo del estado actual de las memorias colectivas. Sucede, muchas veces, que sobre determinados acontecimientos han circulado ciertas representaciones sociales que culminan imponiéndose en la memoria de los entrevistados (y en su discurso). En esos casos, es usual que el relato desplace a la primera persona del singular en favor de un “nosotros” o alguna fórmula impersonal. Ante estas situaciones es esperable que, a través de nuevas preguntas, se pueda “despejar” del discurso de los entrevistados (en la medida de lo posible) aquello que éstos tienen de “injerencias” de discursos públicos.

Estos problemas teórico-metodológicos guiaron, de alguna manera, la selección y uso de fragmentos testimoniales en la presente investigación.

Los fragmentos aquí utilizados fueron seleccionados a partir de los siguientes criterios:

- cuando representan puertas de entrada a los significados de determinadas experiencias
- cuando esos significados han encontrado contrapuntos, correspondencias y articulaciones bien en otros testimonios bien en las fuentes de época
- cuando ofrecen información que, por su naturaleza, no se esperable hallar en otras fuentes de época.
- cuando con independencia del tema al que refieran resultan representativos respecto del punto de saturación.

VI. Presentación de los próximos capítulos

CAPÍTULO 1:

Corrientes que confluyeron en el PRT

Este capítulo aborda el análisis de las principales corrientes político-ideológicas que nutrieron al PRT. En tanto el surgimiento de esta organización se inscribe en el contexto más general de los cambios sufridos por las izquierdas latinoamericanas tras la Revolución Cubana, el capítulo se inicia con un recorrido por las características generales del marxismo latinoamericano en los tempranos sesenta, atendiendo especialmente a los cambios referidos a la “caracterización de la revolución” y a “la lucha armada” como estrategia para la toma del poder.

A partir de allí, se centra en la etapa formativa del PRT; y lo hace partiendo de la historia y de las características de las dos organizaciones que hacia 1965 le dieran origen: el Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP) y Palabra Obrera (PO). En tercer término se atiende al proceso de acercamiento y unificación de ambas organizaciones para, finalmente, adentrarse en el proceso de ruptura que tuvo lugar en 1968 entre la corriente liderada por Mario R. Santucho y aquella encabezada por Nahuel Moreno.

CAPÍTULO 2:

El PRT-ERP y la política en tiempos de “guerra”

Este capítulo tiene por objetivo hallar claves explicativas de la línea política partidaria, en especial de la así llamada “militarización”.

A tal fin, analiza, en primer lugar, el abandono por parte de la corriente liderada por Mario R. Santucho de la estrategia insurreccionalista de la toma del poder y la adopción del modelo asiático de *guerra popular prolongada* (cambio tuvo lugar en el IV Congreso partidario, contexto de la ruptura con el grupo liderado por Nahuel Moreno). A partir de entonces, el concepto de *guerra popular prolongada* se articuló sin mayores tensiones con aquellos postulados guevaristas que, por un lado, permitían inscribir la revolución en una contienda de escala continental y mundial y, por otro, afirmaban que la acción armada de los revolucionarios creaba las *condiciones subjetivas* para la revolución.

En segundo lugar, tras objetar aquellas intervenciones que en sus análisis de la experiencia guerrillera postulan una diferenciación excluyente entre *violencia y política*, el capítulo aborda la relación entre la actividad política y la actividad militar del PRT-ERP entre 1968 y 1976, pesquisando particularmente el sentido que el colectivo partidario le otorgó a la acción armada en las distintas coyunturas políticas en las que actuó.

CAPÍTULO 3:

Enemistad y moral

Todo proceso identificatorio, ya sea éste individual o colectivo, no puede obviar el lugar que ocupa *el otro* como referente indispensable. Y en esa relación referencial se advierte un movimiento de asimilación (*asemejarse a*) y otro de diferenciación (*ser distinto de*).

Para una organización que inscribe su actuación en un escenario postulado como guerra, la enemistad participa indefectiblemente en la construcción identitaria del grupo: el “enemigo”, en tanto *otro referente*, interviene en la definición de un *nosotros*, no sólo en lo que a rasgos particulares respecta sino también en lo relativo a la delimitación de un accionar.

Este capítulo, se orienta, en primer lugar, a la identificación de las acepciones de “enemigo” implicadas en la subjetividad partidaria. En segundo lugar, analiza las

ejecuciones selectivas llevadas a cabo por la organización, no sólo en tanto prácticas directamente ligadas a aquellas acepciones de enemistad; sino también en tanto acciones que permiten advertir las modalidades que asumieron, en el proceso de construcción identitaria de la organización, los movimientos de asimilación y, más enfáticamente, los de diferenciación respecto del “enemigo”.

Finalmente, a partir de ciertas nociones de Carl Schmitt se analizan los alcances y límites que para los militantes del PRT-ERP tuvieron las implicancias propias de la *guerra revolucionaria*, especialmente en relación al acto de matar.

CAPÍTULO 4:

Hombres nuevos, héroes y mártires.

Dentro del universo de referencias que intervino en la construcción identitaria del PRT-ERP, sobresalió una figura central que se erigió como modelo ideal y, en consecuencia, como modelo de conducta: el *hombre nuevo*. Se trató de un figura matizada por valores éticos-morales y de ella derivaron un nutrido conjunto de mandatos partidarios.

En tanto en el imaginario revolucionario el *hombre nuevo* estuvo claramente identificado con el “Che” Guevara, este capítulo presenta, en primer lugar, una síntesis de los significados y atributos que tenía esta figura para Guevara, prestando particular atención a las formas en que en sus escritos –y aún en su propia biografía- el *hombre nuevo* parecía fundirse con el *sacrificio* y con el *deber ser* del *guerrillero*.

En segundo lugar, se analizan los sentidos particulares que la militancia perretista le atribuyó al *hombre nuevo*, especialmente allí donde éste parecía anudar “virtudes proletarias”, sacrificio, heroicidad y martirio.

Finalmente, se presentan los mandatos partidarios emanados de aquel modelo ideal, al tiempo que se atiende a las tensiones que conllevaron aquellos mismos mandatos para los militantes de la organización.

CAPÍTULO 5:

Disciplinamiento interno. Moral y totalidad.

Partiendo del análisis de las características propias del modelo leninista de organización (particularmente de aquellas referidas a la valoración de la jerarquía y la disciplina partidaria) este capítulo se centra, en primer lugar, en la exploración de los sentidos y

los mecanismos que asumieron dos formas de homogenización y disciplinamiento interno: “la proletarización” y el control de la vida privada y aún íntima de los militantes. Ambas prácticas participaron del proceso de construcción identitaria de la organización en tanto se asentaron sobre principios inscriptos en lo que, se entendía, era la nueva moral revolucionaria. Estas formas de disciplinamiento no carecieron de fisuras y tensiones; antes bien, el capítulo da cuenta de los malestares presentes en la militancia frente a estas prácticas que, en muchos casos, participaban de la puesta en acto del esquema punitivo partidario.

Finalmente, se explora el tipo de subjetividad emergente en una organización modelada por las figuras de la *moral*, la *disciplina*, la *adherencia* y la *totalidad*; una subjetividad finalmente sometida a la semántica de la revolución, en donde los cuerpos y las almas debían fundirse en un todo sin fisuras.

CAPÍTULO 1

Corrientes que confluyeron en el PRT

La fundación del Partido Revolucionario de los Trabajadores en 1965 se inscribe en el contexto más general de los cambios sufridos por las izquierdas latinoamericanas tras la experiencia de la Revolución Cubana.

De esos cambios, interesa destacar aquí fundamentalmente aquellos vinculados con el fin de la hegemonía de los partidos comunistas alineados con la URSS y la emergencia de un conjunto de organizaciones políticas que adscribieron a un *modelo de revolución* acorde con los postulados del castrismo-guevarismo. Algunas de estas nuevas organizaciones –como la que aquí se analiza– se nutrieron del aporte trotskista, corriente que también se había visto conmovida por la experiencia cubana¹.

El presente capítulo se inicia con un recorrido por las características generales del marxismo latinoamericano de los tempranos sesentas, atendiendo especialmente a los cambios referidos a la “caracterización de la revolución” y a “la lucha armada” como estrategia para la toma del poder.

A partir de allí, se centra en la etapa formativa del PRT; y lo hace partiendo de las características de las dos organizaciones que hacia 1965 le dieran origen: el Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP) y Palabra Obrera (PO). En tercer término, este capítulo atiende al proceso de acercamiento y unificación de ambas organizaciones para, finalmente, adentrarse en el proceso de ruptura que tuvo lugar en 1968 entre la corriente liderada por Mario R. Santucho y aquella encabezada por Nahuel Moreno.

¹ En Chile, por ejemplo, un grupo de militantes trotskistas participaron de la fundación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en 1965; en Bolivia, el Partido Obrero Revolucionario (POR) de González Moscoso y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Inti Peredo colaboraron estrechamente entre 1969 y 1971, e incluso alcanzaron a fusionar parcialmente sus estructuras militares.

I. El marxismo latinoamericano en los tempranos sesenta

Desde mediados de la década de 1930 y hasta la Revolución Cubana el marxismo latinoamericano estuvo caracterizado por la preeminencia de partidos comunistas alineados con la dirección soviética. Una de las características de esta corriente que interesa mencionar aquí fue su adhesión a la teoría de la *revolución por etapas*.

Esta teoría se alimentaba de un “esquema evolucionista de los sucesivos modos de producción, tal como fuera codificado por Stalin en 1936, según el cual el comunismo primitivo, las sociedades esclavista, feudal, capitalista y socialista constituyen etapas sucesivas e ineludibles en la historia de los pueblos”².

En consecuencia, la teoría de la *revolución por etapas* sostenía que aquellos países en los que el capitalismo convivía con “relaciones feudales” o “semifeudales” de producción –como postulaba que eran los de América Latina- necesitaban, antes de alcanzar la meta final del socialismo, atravesar por una *etapa previa*: aquella correspondiente a la realización de una transformación de tipo *nacional-democrática* (antiimperialista y antifeudal). A tal fin, desde el punto de vista programático, esta corriente impulsaba un esquema de alianzas políticas que expresara el *bloque de las cuatro clases* motoras de ese primer cambio: proletariado, campesinado, pequeña burguesía y burguesía nacional³. De este modo, la construcción del socialismo para el continente quedaba relegada a una etapa futura mediata.

La Revolución Cubana, no podía menos que poner en jaque a esta teoría. Y no solamente porque parecía demostrar que la *lucha armada* era una vía eficaz para la toma del poder (volveremos sobre este punto más adelante), sino además porque:

“mostraba la posibilidad objetiva de una revolución que combinara tareas democráticas y socialistas en un proceso revolucionario *ininterrumpido*.”

² Tarcus, Horacio: *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, Ed. El cielo por asalto, pág. 171. La “teoría de la revolución” por etapas reforzó la tesis del “feudalismo iberoamericano”. Esta última –sostenida por autores de inspiración marxista a comienzos del siglo XX- postulaba que el atraso económico de América del Sur se debía al carácter feudal que había asumido la colonización en el sur del continente.

³ La estrategia de los “frentes populares”, sancionada oficialmente por el VII Congreso del Comintern en 1935 (tras el fracaso de la estrategia insurreccionalista) y reforzada sensiblemente a partir del acercamiento EEUU-URSS durante la Segunda Guerra Mundial, fue expresión de esta teoría.

Estas lecciones – eminentemente contradictorias respecto de la orientación de los partidos comunistas hacia el cambio pacífico y la alianza con la burguesía industrial para un desarrollo democrático, progresista y nacional del capitalismo- estimulan evidentemente la aparición de corrientes marxistas inspiradas en el ejemplo cubano”⁴

Y una de los rasgos principales de estas nuevas corrientes será, efectivamente, una caracterización de la revolución distinta a la sostenida por el comunismo desde mediados de la década de 1930.

a. El carácter de la revolución

En la vasta tradición marxista, toda estrategia revolucionaria debía sustentarse en un análisis de las características generales de la estructura social, económica y política del país en cuestión. Estas características determinaban, a su vez, el “carácter de la revolución”, es decir, los contenidos, modalidades y alcances que ésta debía tener.

Tras la experiencia cubana la pregunta en torno a *cómo debía ser la revolución en América Latina*, comenzó a responderse a partir de una fórmula cada vez más extendida: debía ser *antiimperialista y socialista simultáneamente*.

Esta caracterización determinaba, en lo inmediato, un esquema de alianzas en el que era secundario cuando no nulo, el rol reservado a las burguesías nacionales. Éstas estaban, se entendía, atadas irremediabilmente al poder del imperialismo. En palabras del “Che” Guevara:

“Las burguesías nacionales se han unido al imperialismo norteamericano, en su gran mayoría, y deben correr la misma suerte que éste en cada país. [...] Esto sucede en el marco de una lucha fundamental que englobará necesariamente, en el curso de su desarrollo, *a todos los explotados y a todos los explotadores*. La polarización de fuerzas antagónicas de adversarios de clase es, hasta ahora, más veloz que el desarrollo de las contradicciones entre explotadores por el reparto del botín”⁵.

⁴ Löwy Michael: *El marxismo en América Latina. (De 1909 a nuestros días)*, México, Ediciones Era, 1982, pág. 48.

⁵ Ernesto “Che” Guevara: “La guerra de guerrillas: un método”, en Ernesto Che Guevara: *Obras Completas*, tomo 3, Buenos Aires, Ediciones CEPE, pág. 31.

Dicho más claramente: “las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo –si alguna vez la tuvieron- y sólo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; **o revolución socialista o caricatura de revolución**”⁶.

No era ésta, por cierto, una caracterización *nueva* de la revolución para América Latina. Antes bien, reconocía antecedentes en algunos pensadores revolucionarios de los años veinte, principalmente, en la obra de José Carlos Mariátegui.

Si bien, como señala Horacio Tarcus, el pensador peruano es tributario del “diagnóstico feudal” -allí donde sostenía que la colonización española del Perú había configurado una economía “semifeudal” en la que las modernas formas capitalistas convivían con las formas feudales sobrevivientes (el latifundio y la servidumbre)- lo que interesa destacar aquí es que la corriente representada por Mariátegui rechazaba aquel modelo que otorgaba a las burguesías nacionales un lugar y un rol en el proceso histórico que pondría fin al capitalismo. Para el pensador peruano, señala Löwy, las burguesías latinoamericanas habían llegado demasiado tarde al escenario de la historia. En el marco de las características que había asumido la expansión capitalista en el continente, estaban inevitablemente condenadas a la dependencia, a la sumisión al poder económico, político y militar del imperialismo. La única vía para acabar con la dominación “semicolonial” de la metrópoli norteamericana y la hegemonía de los monopolios multinacionales, era la ruptura con el propio sistema capitalista, la vía al socialismo. En consecuencia, cualquier tipo de alianza con las burguesías –por momentáneas o tácticas que éstas se plantearan- no podía menos que atentar contra la autonomía política y programática del proletariado. En palabras de Mariátegui:

“la vanguardia del proletariado y los trabajadores conscientes, fieles a su acción dentro del terreno de la lucha de clases, repudian toda tendencia que signifique fusión con las fuerzas u organismos políticos de las otras clases. Condenamos como oportunista toda política que plantee la renuncia momentánea del proletariado a su independencia de programa y acción”⁷.

La hipótesis político-social decisiva de Mariátegui es que no existía en el Perú, como nunca había existido, una burguesía progresista, con una sensibilidad nacional, que se proclamase liberal y democrática. En consecuencia:

⁶ Ernesto “Che” Guevara: “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, abril de 1967.

⁷ Mariátegui, José Carlos: “Sobre un tópico superado”, *Amanauta*, N° 28, enero de 1930.

“Cualquiera sea el sesgo que siga la política nacional, y en particular la acción de los elementos con que hasta ayer habíamos colaborado identificándonos en apariencia –hemos descubierto ahora que era en apariencia- los intelectuales que nos hemos entregado al socialismo, tenemos la obligación de reivindicar el derecho de la clase obrera a organizarse en un partido autónomo”⁸

En síntesis, para Mariátegui, en el continente sometido a la dominación de los imperios, ya no había lugar para un capitalismo independiente. La revolución latinoamericana sólo podría ser una revolución socialista, que incluyera objetivos agrarios y antiimperialistas.

Tras la Revolución Cubana, estas nociones [el carácter simultáneamente antiimperialista y socialista de la revolución y la autonomía programática y organizativa del proletariado] serán recuperadas por los marxistas revolucionarios latinoamericanos. Más importante aún para el caso que nos ocupa, aquellas nociones se articulaban bien con la corriente inspirada por las ideas de Trotsky en América Latina.

En su célebre obra *La revolución permanente*, León Trotsky cuestionaba las premisas que sostenía el programa stalinista de “socialismo en un solo país” cuya contracara era, para los países “atrasados” en su desarrollo capitalista, la ya mencionada “teoría de la revolución por etapas”.

Desde su exilio en México, el viejo líder afirmaba no sólo que “en un país económicamente atrasado, el proletariado puede llegar al poder antes que en un país capitalista avanzado” (bastaba recordar la experiencia rusa); más importante aún, el proceso revolucionario, por definición, no podía reconocer “etapas” detenidas en el tiempo sino que implicaba, por sus propios objetivos, agentes motores y condiciones de posibilidad, un proceso *ininterrumpido* que debía trocar a toda revolución burguesa en socialista. Fundamentando sus aseveraciones en un análisis del desarrollo de la revolución rusa, advertía:

“La victoria completa de la revolución implica la victoria del proletariado.

Esta última implica, a su vez, el carácter *ininterrumpido* de la revolución

⁸ Mariátegui, José Carlos: Carta a Eudocio Ravines, publicada en R. Martínez de la Torre, *Apuntes para una interpretación marxista de la historia social del Perú*, Ed. Peruana, Lima 1948, t. II, pág 335; citado en Löwy, M: op. cit. pág. 20

[...] La dictadura del proletariado aparece no *después* de la realización de la revolución democrática [...]. La dictadura del proletariado aparecía como probable y aun inevitable sobre la base de la revolución burguesa, precisamente porque no había otra fuerza ni otras sendas para la realización de los objetivos de la revolución agraria. Pero, con ello mismo, se abrían las perspectivas para el trueque de la revolución democrática en socialista [...] La revolución permanente aparece expuesta [...] como una revolución nacional que lleva al proletariado al poder, y abre con ello la posibilidad de la transformación de la revolución democrática en socialista. La revolución no es un salto dado aisladamente por el proletariado, sino la transformación de toda la nación acaudillada por el proletariado”.⁹

Para América Latina, la problemática común del trotskismo en los años que aquí se analizan, pueden sintetizarse esquemáticamente en los siguientes puntos:

- a) rechazo de la doctrina de un feudalismo latinoamericano y, en contraposición, caracterización de la economía colonial del pasado y de las estructuras agrarias del presente como “esencialmente” capitalistas;
- b) crítica del concepto de *burguesía nacional progresista* y de la perspectiva de un posible desarrollo capitalista independiente para los países latinoamericanos;
- c) análisis del fracaso de las experiencias populistas como resultado de la dependencia estructural, de la naturaleza política y social de las burguesías locales;
- d) descubrimiento del origen del retraso latinoamericano no en el feudalismo o en obstáculos precapitalistas al desarrollo económico, sino en las características del propio desarrollo capitalista dependiente;
- e) en conclusión, la imposibilidad de una vía democrática nacional para el desarrollo económico y social de América Latina y la necesidad de la revolución socialista como única respuesta realista y coherente al subdesarrollo y a la dependencia.

En Argentina, Milcíades Peña (intelectual de influencia en la organización que aquí nos ocupa) apelará a la teoría trotskista del *desarrollo desigual y combinado*, según la cual, convivían en América Latina formas feudales o semif feudales de explotación con

⁹ Trotsky, León: *La revolución permanente*, 1930, en: www.marxists.org [consultado por última vez en octubre de 2009]

bolsones de relaciones capitalistas de producción que le otorgaban, finalmente un contenido capitalista a las sociedades del continente.

En su impugnación a Rodolfo Puigróss, por entonces historiador del Partido Comunista que sostenía que la estructura feudal de España al momento de la Conquista había impreso un carácter también feudal a las estructuras económicas de las colonias, sostenía que:

“La forma que reviste la relación entre las colonias y España tiene, indudablemente, en lo jurídico, un acentuado color feudal. Pero, bajo esa forma jurídica el contenido económico-social de las colonias gira en torno a la producción para el mercado y la obtención de ganancias –lo cual da a ese contenido un decisivo carácter capitalista, pese a todos los matices feudales que lo envuelven”¹⁰

Lo importante a apuntar, en todo caso, es que en aquellas miradas retrospectivas sobre la colonización latinoamericana se jugaba, en rigor, el problema de la transición del capitalismo al socialismo. En el contexto abierto por la Revolución Cubana y, más aún, tras la declaración de su *carácter socialista*, no resulta extraño que la noción de una *transición por etapas* haya perdido terreno frente a la de una revolución *ininterrumpida*.

b. La lucha armada

El problema de la lucha armada estuvo ineludiblemente ligado al de la toma del poder desde los primeros impulsos revolucionarios inspirados en el ideario marxista. Fue, en consecuencia, un problema extensamente debatido en el mundo de las izquierdas.

En América Latina, sin embargo, fue la experiencia de la Sierra Maestra aquello que instaló a la lucha armada como materia urgente de debate. Y esto, porque el triunfo del Ejército Rebelde y, más aún, la retórica de los líderes de la Revolución, parecían indicar que, con independencia de las *condiciones objetivas y subjetivas* (tan extensamente

¹⁰ Peña, Milciades: *Antes de mayo, formas sociales del trasplante español al Nuevo Mundo*, Ed. Fichas, Buenos Aires, 1973, pp. 53-54. Señala Horacio Tarcus que el texto fue escrito entre 1957-1959. Publicado por primera vez en 1961, alcanzó su mayor difusión en la segunda mitad de la década del sesenta. Las ideas de Peña serán retomadas por Nahuel Moreno en *Sobre la revolución latinoamericana* (1962). Para un estudio pormenorizado por el pensamiento de Milciades Peña y sus vínculos con Nahuel Moreno, ver: Tarcus, Horacio: op. cit. pp. 161-310.

discutidas en el marxismo), la acción decidida de un grupo de hombres armados podía garantizar el triunfo revolucionario.

Así se refería Guevara al legado que la experiencia cubana ofrecía al continente:

“En nuestra situación americana, consideramos tres aportaciones fundamentales que hizo la Revolución Cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América; son ellas: Primero: las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército. Segundo: **no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas.** Tercero: en la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo”¹¹.

Esos serían los puntos nodales de la naciente *teoría del foco*: a) se puede triunfar sobre cualquier ejército, b) no hay que esperar a que estén dadas todas las condiciones (éstas pueden ser creadas), c) la guerrilla debe ser rural.

La *teoría del foco*, popularizada por los escritos del propio Guevara primero y de Régis Debray después en su célebre texto *¿La Revolución en la revolución?* (1966), fue objeto de interminables debates en el continente.

Los postulados del foquismo quedaron plasmados en varios textos de Guevara, principalmente en *La guerra de guerrillas* (1960) y *Guerra de guerrillas: un método* (1963).

Sostenía allí Guevara que la guerra de guerrillas era fundamentalmente un método para lograr un fin ineludible: la conquista del poder político. Haciéndose eco de las polémicas del momento en torno a la pertinencia y posibilidad de replicar la gesta cubana en otras partes del continente se preguntaba si ese método, el de la guerra de guerrillas, era una “fórmula única” para la toma del poder en todo el continente, si era sólo una fórmula predominante o, simplemente, una más entre tantas otras.

Eran estas preguntas tan sólo retóricas: inmediatamente se advertía que la guerra de guerrillas era *la vía correcta* para el continente y que existían argumentos centrales que determinaban “la acción guerrillera en América como eje central de la lucha”¹².

¹¹ Ernesto “Che” Guevara: “La guerra de Guerrillas” en Ernesto Che Guevara: *Obras Completas*, tomo II, Buenos Aires, Ediciones CEPE, 1973, pág. 27

¹² Ernesto Guevara: “Guerra de guerrillas: un método”, en Ernesto Che Guevara: op. cit. pág. 26.

El más destacado de esos argumentos –y que determinaba, a su vez, las características específicas de la acción guerrillera era que:

“aceptando como verdad que el enemigo luchará para mantenerse en el poder, hay que pensar en la destrucción del ejército opresor; para destruirlo hay que oponerle un ejército popular enfrente. Ese ejército no nace espontáneamente, tiene que armarse en el arsenal que brinda su enemigo, y esto condiciona una lucha dura y muy larga, en la que las fuerzas populares y sus dirigentes estarían expuestos siempre al ataque de fuerzas superiores sin adecuadas condiciones de defensa y maniobrabilidad. En cambio, el núcleo guerrillero, asentado en terrenos favorables a la lucha, garantiza la seguridad y permanencia del mando revolucionario. Las fuerzas urbanas, dirigidas desde el estado mayor del ejército del pueblo, pueden realizar acciones de incalculable importancia. La eventual destrucción de estos grupos no haría morir el alma de la revolución, su jefatura, desde la fortaleza rural, seguiría catalizando el espíritu revolucionario de las masas”¹³

Guevara no dejaba de advertir que pretender realizar este tipo de guerra sin el apoyo de la población era “el preludio de un desastre inevitable”. La guerrilla en tanto *vanguardia combativa del pueblo* debía contar con el apoyo de las masas campesinas y obreras de la zona en la que actuara. Sin esas premisas, insistía, no se podía admitir la guerra de guerrillas. No obstante la advertencia, cabe señalar que ese apoyo, en los escritos de Guevara, podía conquistarse a través del ejemplo de la conducta guerrillera en la zona; lo cual volvía a situar en la acción del guerrillero, el impulso motor del proceso revolucionario. “Político-militar es la lucha, así hay que desarrollarla y así hay que entenderla”.¹⁴

El castrismo-guevarismo planteaba, por lo demás, la necesidad de una revolución en constante profundización: “revolución que no se profundice constantemente es revolución que regresa”. Y esa profundización no podía concebirse en el limitado espacio de las fronteras interiores de cada país. La guerra revolucionaria por el

¹³ Ibid. pág. 26

¹⁴ Ibid. Pág. 29

socialismo era, desde el comienzo, una guerra antiimperialista y, en consecuencia, se desarrollaba a escala continental –cuando no mundial.

“La lucha será a muerte entre todas las fuerzas populares y todas las fuerzas de represión [...]. A la unión de las fuerzas represivas debe contestarse con la unión de las fuerzas populares. En todos los países donde la opresión llegue a niveles insostenibles, debe alzarse la bandera de la rebelión, y esta bandera tendrá, por necesidad histórica, caracteres continentales. La cordillera de los Andes está llamada a ser la Sierra Maestra de América, como dijera Fidel, y todos los inmensos territorios que abarca este continente están llamados a ser escenarios de la lucha a muerte contra el poder imperialista”¹⁵.

La fuerza “creadora” que Guevara le atribuía al foco se extendía, también a escala continental: la iniciación de la guerra revolucionaria en un país, contribuía a “crear nuevas condiciones” en los países vecinos. Así, el impulso armado revolucionario se desperdigaría por el continente entero hasta la derrota inexorable y final del imperialismo. Sería, sin embargo, una guerra larga y costosa:

“Habíamos predicho que la guerra sería continental. Esto significa también que será prolongada; habrá muchos frentes, costará mucha sangre, innumerables vidas durante largo tiempo. Pero, algo más, los fenómenos de polarización de fuerzas que están ocurriendo en América, la clara división entre explotadores y explotados que existirá en las guerras revolucionarias futuras, significan que, al producirse la toma del poder por la vanguardia armada del pueblo, el país o los países que lo consigan, habrán liquidado simultáneamente, en el opresor, a los imperialistas y a los explotadores nacionales. Habrá cristalizado la primera etapa de la revolución socialista; estarán listos los pueblos para restañar sus heridas e iniciar la construcción del socialismo”¹⁶

Los primeros años de la década del sesenta parecían corresponderse con los postulados guevarianos cuando Latinoamérica fue escenario de un salpicado florecer de guerrillas, en su mayoría, rurales. En Venezuela, surgían las Fuerzas Armadas de Liberación

¹⁵ Ibid, pág. 27.

¹⁶ Ibid., pág. 30

Nacional (FALN), dirigidas por Douglas Bravo y el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR), dirigido por Américo Marín. En Guatemala, Turcios Lima conducía las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre se internaba en la Sierra de las Minas conquistando a campesinos; su comandante, Marco Antonio Yon Sosa, proclamaba “a todas las masas de América Latina [...] que Guatemala está en pie de lucha por el socialismo, con las armas en la mano y Guatemala no fallará”¹⁷ En Colombia, Fabio Vázquez Castaño lideraba el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y Manuel Marulanda Vélez (“Tirofijo”) las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. “Desde las montañas del Perú milenario, con las armas a la mano y con la fe revolucionaria fortalecida”¹⁸ Luis de la Puente Uceda, al mando del Movimiento de Izquierda Revolucionaria del Perú, iniciaba las acciones guerrilleras en la Sierra Central; y lo hacía con un manifiesto programático de contenido socialista. También se organizaba en Perú el Ejército de Liberación Nacional, dirigido por Héctor Béjar y, en Nicaragua, lo hacía el Frente Sandinista de Liberación, al mando de Carlos Fonseca.

Antes de finalizar la década de 1960 la mayoría de esos movimientos guerrilleros habrían de fracasar total o parcialmente. Algunos de ellos, incluso, sin haber logrado animar lazos de solidaridad alguno con campesinos y explotados, como el caso del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), liderado por Jorge Masetti en Argentina.

Pero en todo caso, el avance de la Revolución Cubana y el surgimiento de aquellas guerrillas, fue leído por muchos como el indicador preciso de un inicio: aquel en que una “gran humanidad”, la de los oprimidos, la de los postergados, había ingresado definitivamente y por fin, en los senderos de una historia inexorable que comenzaba a desplegarse. Y esos senderos, se sabía, llevaban el sello del sacrificio de sangre.

Y así lo alentaba, también, el líder cubano en la Segunda Declaración de La Habana (4 de febrero de 1962):

“Ahora esta masa es la que empieza a entrar definitivamente en su propia historia, la empieza a escribir con su sangre, la empieza a sufrir y a morir. Porque ahora, [...] se empieza a estremecer este mundo lleno de razones, con

¹⁷ En Gilly, Adolfo: *La senda de la guerrilla (Por todos los caminos/2)*, Editorial Nueva Imagen, México, 1986, pág. 88

¹⁸ Carta de Luis de la Puente a Adolfo Gilly, agosto de 1965, citado en Gilly, Adolfo, op. cit., pág. 156

los puños calientes de deseos de morir por lo suyo [...] Ahora, sí, la historia tendrá que contar con los pobres de América, con los explotados y vilipendiados de América Latina, que han decidido empezar a escribir ellos mismos, para siempre, su historia [...] Porque esta gran humanidad ha dicho “¡Basta!” y ha echado a andar. Y su marcha de gigantes ya no se detendrá...”

En el acercamiento entre las dos organizaciones que confluyeron en el PRT (FRIP y PO) la problemática asociada a la necesidad de iniciar la lucha armada, se revelaría, con el correr del tiempo, como punto de tensión.

II. El Frente Revolucionario Indoamericanista Popular

El FRIP fue fundado en Santiago del Estero el 9 de julio de 1961 por una treintena de militantes santiagueños y tucumanos dirigidos por los hermanos Asdrúbal y Francisco Santucho. Hasta 1964 el líder de la nueva organización sería Francisco René Santucho, y a partir de entonces, será la figura de Mario Roberto aquella que irá adquiriendo una preeminencia cada vez mayor.

La historia del FRIP encuentra sus orígenes en la librería “Dimensión” de la capital provincial. Se trataba de algo más que una librería; era, en gran medida, un centro de discusión política y actividades culturales. A partir de enero de 1956, la librería publicó una revista del mismo nombre que se editaría ocasionalmente hasta mayo de 1962 (ocho números en total). Librería y revista, ambas bajo la dirección de Francisco René, se convirtieron pronto en eje articulador de una red de vínculos que se extendía por el noroeste del país, principalmente por Salta y Tucumán –ciudad en cuya Universidad Mario Roberto lideraba el Movimiento Independiente de Estudiantes de Ciencias Económicas (MIECE).

Un recorrido por las páginas de la revista *Dimensión* permite reconocer de inmediato las nociones, postulados y lecturas de la historia de América Latina, que aparecerán más tarde plasmadas en los tempranos documentos del FRIP: la particularidad de la experiencia americana, el lugar central que en ella ocupaban las masas campesinas e indígenas, el reclamo de atención a una “autenticidad” propiamente americana que

rechazaba la pertinencia de análisis, formulaciones programáticas y políticas basadas en modelos abstraídos de la experiencia europea.

En el primer número de la revista, en un artículo titulado “Lo Andino y lo amazónico en la infraestructura argentina”, Francisco René Santucho, explicaba que en “en el ámbito geográfico de lo que hoy constituye la República Argentina, los pueblos indígenas estaban diseminados, formando parcialidades culturales”. De ellas, destacaba fundamentalmente dos:

“la unidad regional del norte y noroeste argentino, integrada por el aglutinante influjo del común denominador quichua y la del noreste o litoral, de prosapia guaraní. Al cabo de cuatro siglos transcurridos desde la conquista, ellas siguen estando presentes como fuertes expresiones regionales argentinas, contribuyendo con los tonos más altos a destacar una legítima y auténtica personalidad nacional, resistiendo también al <<separatismo>> argentino de la patria grande indoamericana, a que una ciega política europeizante nos ha estado conduciendo y persiste en conducirnos [...] Sin subestimar la importancia de las otras regiones del país [...] hemos de centrar nuestro estudio sobre las dos expresiones regionales antedichas, por la preponderancia lograda dentro de nuestro marco nacional y el significado especial que el destino parece conferirles”¹⁹

El reclamo por el reconocimiento de la autenticidad de una “personalidad” tan regional como indoamericana, se inscribía, también, en una lectura de la historia nacional signada por el conflicto Interior-Buenos Aires. De alguna manera, aquel conflicto no dejaba de ser una manifestación más del drama de la subordinación económica, política y, sobre todo, cultural de América a Europa. Un declarado federalismo se sumaba así, al indoamericanismo del grupo.

“La sofocación del país, la supeditación del país esencial y vasto, a los intereses o miras de los empresarios de la absorbente factoría capitalina, debe ser superada, mediante medidas adecuadas de resistencia y contraposición, planeadas, ellas sí, en una línea de concreciones, que en ningún momento pierdan de vista el alcance y la significación de la antinomia, que no tiene, volvemos a repetirlo, un sentido puramente

¹⁹ *Dimensión*, año 1, N° 1, enero de 1956.

económico, político, o institucional [...] sino que está referida a la múltiple escala de la dual cultura continental [...]. Somos nosotros mismos y nos sujetamos (en función de los americanos) a un eje de propio desenvolvimiento, o en su defecto, seguimos fluctuando en torno a un eje extraño, pendientes de la quilla de los barcos ultramarinos que arriban a nuestro puerto. El drama de la subordinación americana al occidente, se proyecta así peculiarmente dentro de Argentina, a través del aludido dilema interior-Buenos Aires”²⁰

En julio de 1961 impulsada por Francisco René se realizó una reunión en Santiago del Estero en la que se decidió conformar el Frente Indoamericanista Revolucionario Popular. Según el boletín de la nueva organización:

“el grupo de gente que ahora –por medio del FRIP- se ha lanzado decididamente a la acción política por la desaparición de las injusticias, por el desarrollo integral de la provincia, tuvo su origen en una inquietud, en una preocupación por conocer las raíces de los males que nos aquejan [...] Poco a poco [...] va naciendo en el grupo un ansia de acción, un ideal que determina una voluntad: la de participar, a la par del pueblo trabajador, en la hermosa lucha por la felicidad de nuestros hermanos, por un Santiago, por una Argentina, por una América Latina en que reine la hermandad y el desinterés, en donde desaparezcan los explotadores, donde el norteamericano o el europeo que recibamos no sea el representante de ningún monopolio”²¹

Al mismo tiempo, en su declaración de principios afirmaba que:

- a) la inferioridad de los latinoamericanos era consecuencia de la opresión económica que padecían desde la colonización española;
- b) el atraso de Latinoamérica era consecuencia de la deformación estructural causada por la dominación imperialista;
- c) en Argentina, como en el resto del continente, las castas explotadoras resultaban cómplices conscientes o inconscientes del yugo imperialista;

²⁰ *Dimensión*, año 1, N° 3, junio de 1956.

²¹ “Algo sobre el FRIP”, en FRIP, Boletín Mensual del Frente Indoamericanista Popular, N° 1, octubre de 1961; citado en Pozzi, Pablo: op. cit, pág. 45

d) la aceptación de la libertad política sin tener en cuenta la opresión económica significaba legalizar el sistema de explotación;

e) las luchas por las transformaciones revolucionarias tanto en Argentina como en América Latina era un deber histórico de las nuevas promociones

Un recorrido por los primeros boletines del FRIP permite afirmar que las nociones allí expresadas se inscribían menos en el universo marxista que en una tradición revolucionaria, americanista y antiimperialista. Más aún, en su primer boletín, al referirse a la Revolución Cubana el FRIP declaraba: “La revolución cubana merece la solidaridad de los patriotas latinoamericanos y en ese sentido nos pronunciamos, desvirtuando la acusación de comunista que le atribuye el imperialismo”

En indudable que Víctor Raúl Haya de la Torre fue, a lo largo de la historia de la conformación del grupo, una de las figuras de mayor gravitación (al menos durante esta primera etapa).

Según Julio Santucho, el propio nombre escogido era reflejo de la influencia de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), fundada en 1924 y liderada por Haya de la Torre. El rasgo quizás más sobresaliente del pensamiento de Haya de la Torre –y presente en los escritos tempranos del FRIP, era el indigenismo antiimperialista. El transfondo de la ruptura entre Mariátegui y el aprismo, fue, de hecho, cierta absolutización de la especificidad de América Latina sostenida por el APRA. En palabras de Michael Löwy:

“Al hablar de la especificidad de América Latina, los apristas [...] critican a Mariátegui por no haber entendido la diferencia entre las sociedades industriales europeas y la sociedad indoamericana, esencialmente agraria, y de haber inventado así, el mito de un proletariado latinoamericano de vocación revolucionaria”²²

Esta preocupación por el componente *indígena* en la revolución latinoamericana – integrada en una retórica de fuerte tenor telúrico- resulta particularmente visible en los boletines tempranos del FRIP. Es de destacar en este sentido que los primeros números incluían largas consignas en quichua; por ejemplo:

“Llajtaicu ckarecka, mana cananta, lamcaylla llamcan, mana paypaj inatapas ckaas. Tarpuy cachun, hacha cachun, caña cachun, quiquinllami tucuy:

²² Löwy, Michael, op. cit. pág. 13

ckolcke imacka, sucunallapajmi, atuchajcunallapaj; paypajcka, mana aicapas. Chay tucuytacka, sujyachinataj cachun. Nami tucucunampaj alli. Llajtaicu ckaricuna: nockaicuan cusayachis, sujllayas sinchiyananchispas. Sujlla atun callpa sayacoj casajcu!

Traducción: El hombre de nuestro suelo, en indebida forma, trabaja y trabaja, sin que de ellos nada vea para sí. Sea la siembra, el hacha o la caña, todo resulta igual: el dinero y lo demás, es siempre para otros, para los poderosos solamente: nunca para él. Propongámonos para que todo eso cambie. Ya es hora de que concluya. Hombres de nuestra tierra: uníos, incorporaos a nosotros, para que unificados nos fortifiquemos. Seamos una sola gran fuerza que haga frente y que resista”²³

La nueva organización creció lentamente nucleando activistas en las provincias del noroeste (especialmente en Santiago del Estero, Tucumán y Salta). Hacia 1963 había conformado una “Secretaría Ideológica” y comenzaba a editar el periódico *Norte Revolucionario*.

Ese mismo año la nueva Secretaría publicó el documento, escrito probablemente por Francisco René, *Lucha de los pueblos indoamericanos. Antiimperialismo e integración*. A lo largo de las muchas páginas de este documento que se proponía historizar la lucha de los pueblos indoamericanos desechando las versiones “universalistas” que buscarían inscribirla en modelos fundamentalmente europeos, sobresale el esfuerzo por destacar la particularidad americana y, en consecuencia, la necesidad de una doctrina propia.

“El pensamiento político de América Latina sigue aún supeditado al curso de la historia o de la realidad social europea, entonces, la alternativa diversa del acontecer indoamericano en gran medida se le escapa. Tanto por la vía de la titulada **izquierda**, como por la vía de la titulada **derecha**, se canaliza la distorsión ideológica de nuestra realidad.

El sentido del acontecer americano, básicamente está dado por su propia historia; en esa relación de hechos, a partir desde su génesis más remota, pueden descubrirse causas y factores que hacen a la inteligibilidad de su

²³ *Boletín Mensual del FRIP* N° 2, noviembre de 1961.

proceso sin descalificar nada de lo que en él encuentra; precisamente el error de los teóricos universalizantes es *su ver desde Occidente*”²⁴

A pesar de cierta primacía del pensamiento indoamericanista en este documento, se observa, hacia el final del mismo, una inclusión tenue y ligera de vocablos hasta entonces ausentes, tales como “movimiento obrero” y “proletariado”.

Paralelamente, la palabra “indoamericanos” es reemplazada por “latinoamericanos” y, finalmente, aparecen ciertas afirmaciones vinculadas, indudablemente, al comienzo de la radicalización del grupo.

“Estando así las cosas, las posibilidades de acción de los sectores revolucionarios y del movimiento obrero, se presentan extremadamente restringidas dentro del marco legal, y expuestas a las peores condiciones. Los partidos tradicionales de izquierda, por una serie de limitaciones y por su misma composición, no ofrecen garantía de salida a las masas ni se muestran a la altura de las exigencias de la lucha latinoamericana actual. Más bien, nuevas organizaciones, o grupos, que interpretan el contenido avanzado de las últimas etapas del proceso, son los que manifiestan mayor capacidad revolucionaria. No sólo en lo que se refiere a los métodos de lucha que vienen desarrollando y enriqueciendo, sino también porque aparecen actuando sobre el impulso nuevo de crecientes capas sociales (campesinas y del proletariado de provincias, por ejemplo) que se rebelan sobre las condiciones insoportables del trabajo en ingenios, obrajes, empresas mineras, compañías fruteras, petroleras, etcétera”²⁵

Es plausible postular que la inclusión de aquellos términos señalados más arriba fuera una marca del acercamiento del grupo a la izquierda marxista. O, en todo caso, si bien no se trataba de una inclusión particularmente enfática, no dejaba de *abrir la puerta* a un diálogo con aquella izquierda, diálogo a partir del cual el protagonismo de la revolución comenzaba a desplazarse de las masas campesinas e indígenas al proletariado.

²⁴ *Lucha de los pueblos indoamericanos. Antiimperialismo e Integración*, edición preparada por la secretaria Ideológica del Frente Indoamericanista Popular (FRIP), Norte Argentino, 1963.

²⁵ *Lucha de los pueblos indoamericanos*, op. cit.

En efecto, hacia 1963, el FRIP comenzaba a tejer un vínculo orgánico con la organización trotskista Palabra Obrera. Y lo hacía poco tiempo después de que Mario Santucho regresara de un largo viaje en el que había tenido la oportunidad de conocer la experiencia de la Revolución Cubana.

III. Palabra Obrera

Los orígenes de Palabra Obrera (PO) reconocen antecedentes bastante más lejanos en el tiempo que los del FRIP y se remontan a la conformación de una corriente trotskista en Argentina a comienzos de la década de 1930 tras la fundación de la Cuarta Internacional.

A los fines de presentar una historia del PRT, se parte aquí de finales de la década de 1950, momento en que, más precisamente en 1957, el Partido Obrero Revolucionario (POR) creó el Movimiento de Agrupaciones Obreras (MAO). Fue ésta una corriente sindical pensada como un acuerdo entre el trotskismo y los activistas gremiales política o ideológicamente afines que apuntaba a impulsar la independencia política de los trabajadores.

La experiencia del MAO llevó al POR al replanteo acerca de las estrategias y posicionamientos frente al movimiento peronista. El eje del planteo era si la estructuración de una corriente clasista podía llevarse a cabo *por fuera* del peronismo o si, por el contrario, implicaba el ingreso de los militantes trotskistas a las agrupaciones gremiales peronistas con el fin de orientarlas *desde su propio campo político*. Estas consideraciones concluyeron, finalmente, en el diseño de una política “entrista” en el peronismo.

El mismo año de su fundación, el MAO comenzó a publicar la revista *Palabra Obrera* bajo la dirección de Ángel Bengochea (“el Vasco”). Finalmente, en agosto de 1959 esta corriente dio carta de fundación, a través de su Primer Congreso, a una organización que tomó el nombre de la revista dirigida por Bengochea: Palabra Obrera. Ángel Bengochea y Nahuel Moreno serían, hasta el año 1963 en que se produjo la separación del primero, sus referentes más destacados.

La intensa actividad política en el ámbito sindical –que, como se ha señalado, estaba signada por la estrategia entrista- había llevado a esta corriente a un grado de desarrollo bastante importante no sólo en los cordones industriales del Gran Buenos Aires y el Litoral. También, había alcanzado una visibilidad e influencia importantes en los ingenios azucareros tucumanos ya desde 1959, especialmente a partir de la huelga organizada por la Federación Obrera de Trabajadores de la Industria Azucarera (FOTIA) ese año (volveremos sobre este aspecto más adelante).

Más interesante de destacar aquí, por cuanto su relación con la historia del acercamiento entre el FRIP y PO, es, por un lado, la caracterización del proceso revolucionario que esta última organización postulaba y, por otro, el acercamiento a la naciente corriente castrista en el continente.

Retomando a Milcíades Peña y a la ya mencionada teoría del *desarrollo desigual y combinado*, Nahuel Moreno llamaba la atención sobre la combinación de las distintas estructuras productivas en el continente: capitalistas y pre-capitalistas. En consecuencia, dada la existencia de relaciones capitalistas de producción, la revolución, por democrática que se propusiera desde sus inicios, no podía menos que devenir en socialista en un proceso político *ininterrumpido*. Y la experiencia cubana no hacía más que consolidar esta tesis del trotskismo. De ahí, las posibilidades empáticas entre morenismo y castrismo.

De todas maneras, es indudable, que el acercamiento entre ambas corrientes reconoció caminos más sinuosos, que no fueron ajenos a los que varios autores han considerado como fruto del pragmatismo morenista respecto de la apreciación de la lucha armada en un contexto continental convulsionado por los avances de procesos revolucionarios inspirados en el ejemplo cubano.

Si se explora las formas en que el morenismo evaluó la Revolución Cubana, se advierte un recorrido que va de la impugnación al reconocimiento entusiasta. Ya sea por las relaciones entre Fidel Castro y el gobierno norteamericano, ya fuera por el carácter “pequeño-burgués” de la dirección del Ejército Rebelde, lo cierto es, en todo caso, que durante los primeros meses de la experiencia castrista, prevalecía en el grupo de Moreno la desconfianza hacia el proceso cubano. Pero un año más tarde, la evaluación era otra. Desde las páginas de *Palabra Obrera*, se exclamaba:

“Se ha abierto un nuevo método de lucha en América: la guerrilla [...]. El hambre y las persecuciones de este gobierno de patronos nos llevará indefectiblemente a la guerrilla como única salida [...] Alguna vez hemos dicho que las guerrillas simbolizan cierta desesperación; pero ocurre que en estos momentos comienza a empalmar con lo que siente el pueblo”²⁶

Estas posiciones, nuevas para la corriente, estaban acompañadas por una nueva caracterización del régimen cubano. Luego de la declaración del carácter socialista de la revolución, el régimen de Castro fue caracterizado como “estado obrero”, con una dirección revolucionaria no burocratizada.

Pocos meses más tarde, desde las páginas de *La Revolución Latinoamericana* (cuya tapa había sido ilustrada con un brazo empuñando un fusil) Moreno advertía:

“el marxismo occidental, llevado por circunstancias objetivas, se olvidó de la lucha armada [...]. Las armas del marxismo occidental eran meramente intelectuales: propaganda, agitación y teoría... Y la teoría de la guerrilla ha tenido el valor histórico de replantear la necesidad de la lucha armada. Ha sido el soplo vivificante imprescindible. Hemos comprendido que la lucha armada es un método permanente de las masas y los revolucionarios, y que siendo la técnica más compleja e importante de la lucha de clases, debemos dominarla y aplicarla tanto o mejor que las otras técnicas convencionales: agitación, propaganda, etcétera”²⁷.

No obstante lo anterior, en ese mismo documento, Moreno realizaba algunas precisiones respecto de la relación lucha armada-guerrilla que adquieren importancia –atendiendo a la ruptura que sobrevendría en 1968:

“Es un hecho indiscutible que está planteada la lucha armada. Pero ella debe encararse de distintas formas: una forma debe adquirir cuando hay huelgas generales u ocupaciones de fábricas, otra cuando hay sindicatos campesinos u ocupaciones de tierras, y otra cuando no pasa nada de eso. Muy

²⁶ Citado en González, Ernesto (coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, tomo 3, vol. 1, pág. 134.

²⁷ Moreno, Nahuel, *La revolución Latinoamericana*, Ediciones PO, Buenos Aires, 1962, pág. 72

rápidamente debemos despejar el error de confundir guerrilla con lucha armada, y perfeccionar la aplicación de todas las formas de esta última”²⁸

Al conmemorarse el cuarto aniversario de la Revolución, las páginas de *Palabra Obrera* exclamaban:

“El 26 de julio se celebró un nuevo aniversario de la formación del Movimiento 26/7 que llevara las masas cubanas al poder instaurando el primer Estado Obrero Latinoamericano. Su nacimiento y desarrollo es un gran aporte a la experiencia revolucionaria. De origen social de clase media, el Movimiento 26/7 supo elevarse a la condición de partido revolucionario en virtud de la toma de conciencia de la heroica dirección cubana de Fidel Castro, que supo elaborar el programa democrático más sentido por la mayoría de la población y especialmente sus campesinos superexplotados y ligarse a ellos para representarlos políticamente y conducirlos a la victoria. Palabra Obrera saluda al Movimiento hermano, a la Revolución Cubana y a su dirección revolucionaria haciendo votos por la extensión continental de los estados obreros y populares”²⁹

Entretanto, la organización observaba con particular interés el desarrollo de la movilización en los ingenios azucareros tucumanos. Más aún, entendía que la provincia atravesaba por una situación prerrevolucionaria y con posibilidades de lucha armada.

Ya desde 1959 Palabra Obrera había comenzado a enviar cuadros a Tucumán, entre ellos, Ángel Bengochea y Hugo Santilli quienes rápidamente lograron captar la adhesión de dirigentes importantes de la industria azucarera, como Leandro Fote, del ingenio San José, quien encabezaba las lucha contra el cierra de los ingenios.

La anulación de las elecciones en la provincia de Buenos Aires en las que triunfara Andrés Framini fue decisiva para el futuro de la organización. A partir de entonces, Palabra Obrera consideró que la situación de Tucumán (prerrevolucionaria y apta para el inicio de la lucha armada) se habría extendido a todo el país, por lo que convocaba a

²⁸ Moreno, Nahuel: op. cit.: pág. 59

²⁹ *Palabra Obrera*, año VI, N° 343, 29 de julio de 1963

“iniciar acciones armadas, y a actuar desde fuera del movimiento de masas para golpear sobre él”³⁰

En abril de ese año, Palabra Obrera decidió enviar un contingente de cuadros a Cuba para recibir instrucción militar. Quién o quiénes tomaron esa decisión es aún materia de debate. Para quienes después de la ruptura de 1968 (entre Santucho y Moreno) se alinearon en la corriente santuchista, la decisión es atribuida a Moreno. Para quienes después de esa ruptura se alinearon con Moreno, éste estaba preso en Perú al momento de aquella decisión. Más aún, señalan que, de regreso al país, Moreno planteó que el fin de ese viaje no debía ser el entrenamiento militar sino conseguir apoyo del régimen cubano para el proceso campesino que en Perú encabezaba en aquél momento Hugo Blanco³¹. Señalan, además, la preocupación de Moreno por la gravitación de una incipiente actividad militar en la organización.

“¿Cómo se difundieron las ideas de la guerrilla? Hacia 1959 viajó a Buenos Aires el teórico anarquista español Abraham Guillén, que sostenía que la guerra política había que continuarla con la guerrilla. Sus ideas se desparramaron en Palabra Obrera, y hacia 1961, con la misma facilidad con que se había condenado la revolución cubana, Nahuel Moreno comenzó a defenderla. En febrero de 1962, Bengochea viajó a La Habana con un grupo de hombres que ya planteaban la necesidad de abrir la brecha de la legalidad a fuerza de tiros, luego de la proscripción de Framini. En los meses anteriores a su regreso con el grado de comandante guerrillero en 1963, Palabra Obrera entra en una etapa de febril preparación militar. No se sabía bien para qué, pero la mayoría de los militantes hacían prácticas de tiro y

³⁰ “La situación nacional después de las elecciones del 18 de marzo”, documento aprobado en un plenario de marzo de 1962, citado en González, Ernesto (coord.): El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina, tomo 3. Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana, vol. 1 (1959-1963), Buenos Aires, Ed. Antídoto, 1999, pág. 274.

³¹ Entre 1961-1962, aproximadamente, Hugo Blanco, militante trotskista, dirigió uno de los mayores movimientos campesinos de la historia continental del siglo XX: las ocupaciones de tierra por los sindicatos campesinos del valle de la Convención. El dirigente trotskista trató también de organizar una milicia campesina para defender al movimiento contra los propietarios terratenientes y la policía; pero la represión de las Fuerzas Armadas desarticuló a los sindicatos campesinos y detuvo, entre otros dirigentes del movimiento, a Hugo Blanco.

cursos de explosivos. Moreno es detenido, y cuando sale de la cárcel se aterra porque ve que la clandestinidad que imponía la militarización arruinaría el incipiente trabajo político en el movimiento obrero”³².

De todas maneras, ya de regreso Moreno en la Argentina, en una proclama de solidaridad con este movimiento –que para comienzos de 1963 se encontraba ante la inminencia de ser derrotado por la represión - Palabra Obrera alentaba:

“La Revolución Cubana ha señalado el camino a los pueblos latinoamericanos. Sólo la acción armada de las masas puede llevarlos a su liberación de la oligarquía y el imperialismo. Ese es el gran mérito del castrismo, que en Latinoamérica adopta formas y méritos diferentes de acuerdo a las características de cada país. [...] Creemos que en el Perú están dadas todas las condiciones para que, en el corto plazo, mediante la lucha armada del pueblo, siguiendo las huellas de Cuba, se liquide a la oligarquía y al imperialismo. América latina ha comenzado su segunda independencia. Los días del imperialismo están contados”³³

Pocos meses después, derrotada ya la experiencia de Hugo Blanco en el Perú, la prensa partidaria “además de rendirle homenaje como abanderado de la lucha de liberación nacional”, advertía que el factor principal de su derrota había sido la falta de un “Partido revolucionario sólido que respaldara su acción en todo Perú...”³⁴

Es en este contexto que Palabra Obrera y el FRIP comenzaron a entretener relaciones orgánicas con vistas a la conformación de un partido que oficiara de vanguardia de la revolución.

IV. Hacia la fundación del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)

³² Testimonio de Raúl Moiragui, dirigente de Palabra Obrera, citado en Seoane, María: op. cit, pág. 298.

³³ “Ha llegado la hora de los pueblos. Hugo Blanco dirige la revolución peruana” en *Palabra Obrera* N° 246, 31 de enero de 1963

³⁴ *Palabra Obrera*, año VI, 341 [¿junio?] de 1963

Se ha señalado anteriormente, que al momento de los primeros contactos entre FRIP y PO, el FRIP estaba caracterizado más por su indoamericanismo que por claras definiciones de izquierda. En este sentido varios son los autores que le atribuyen al contacto del grupo con el morenismo su adscripción ideológica al universo marxista. Eduardo Weisz, por ejemplo, ha señalado con énfasis que el marxismo-leninismo llegó al grupo del norte de la mano del morenismo y que la impronta de esta corriente durante la etapa formativa del PRT habría de prolongarse durante toda la vida activa del PRT-ERP.

De todas maneras, es indudable que el grupo norteño actuaba en un espacio de circulación de nuevas ideas revolucionarias ya provenientes de diálogos con el marxismo, ya matizadas por el mismo. Y la dimensión biográfica resulta particularmente iluminadora en este aspecto. María Seoane advierte que a partir de su experiencia universitaria, Mario Santucho:

“solía definirse como *nacionalista de izquierda* y no tardó en vincularse, mediante las actividades que organizó en la universidad, con una vertiente marxista que intentaba analizar la cuestión nacional y de la que formaron parte intelectuales como Silvio Frondizi y Jorge Abelardo Ramos. De origen trotskista, ambos eran críticos del stalinismo y de la izquierda tradicional expresada en el Partido Comunista y en las diferentes variantes del socialismo de Juan B. Justo”³⁵

Por su parte, Pablo Pozzi, enmarca el encuentro de ambas corrientes en un contexto más general de auge de la conflictividad política en los ingenios azucareros:

“la evolución de la Revolución Cubana hacia el socialismo, como el desarrollo de las luchas sociales en los lugares donde el FRIP centraba su trabajo político y el contacto con el trotskismo fueron forzando definiciones”³⁶

También son varios los autores que han señalado que este acercamiento a Palabra Obrera estuvo acompañado por tensiones internas en el FRIP. Según Julio Santucho, el sector encabezado por Francisco René “se oponía con uñas y dientes a la fusión con PO y a la creciente influencia de las ideas trotskistas”, en tanto aquellos que comenzaban a

³⁵ Seoane, María: op. cit. pág. 37

³⁶ Pozzi, Pablo: op. cit. pág. 48

enfilarse tras Mario Roberto “se sentían cada vez más atraídos por la versión morenista del trotskismo que, apelando a los principios del leninismo, se adaptaba a los lineamientos básicos del castrismo”³⁷

El momento en que comenzó el acercamiento entre ambas organizaciones es uno signado por la conflictividad en el interior de Palabra Obrera, a raíz de la adopción por parte de Ángel Bengochea del *foquismo*.

En efecto, a comienzos de 1963, Ángel Bengochea regresó al país luego de su viaje por Cuba y propuso el lanzamiento de un foco guerrillero en la provincia de Tucumán. Moreno se opuso decididamente y la ruptura entre los dos dirigentes trotskistas se precipitaría en cuestión de semanas, antes que FRIP y PO sellaran su primer lazo orgánico³⁸.

Resulta interesante señalar el posicionamiento de Santucho en este conflicto. En primer lugar, porque el problema respecto del inicio inmediato de la lucha armada definiría la ruptura entre morenistas y santuchistas cinco años más tarde. En segundo lugar, porque tras aquella ruptura, la *historia oficial santuchista* se esforzará en demostrar que la búsqueda de una estrategia para el inicio de la lucha armada formó parte de los acuerdos iniciales entre ambas organizaciones.

Tanto Julio Santucho como Luis Mattini –exponentes de la corriente liderada por Mario Santucho– señalan que éste se opuso de inmediato a las proyectos de Bengochea, por considerarlo prematuro. Julio Santucho, por ejemplo, recuerda:

“Según él, sin el respaldo y la dirección del partido, todo grupo guerrillero estaba condenado al fracaso. Además, se oponía enérgicamente a que jóvenes dirigentes obreros como Leandro Fote dejaran sin conducción las luchas políticas y sindicales del proletariado azucarero en un momento de auge como ese, con lo que condenarían a las luchas de masas a la dispersión y a la espontaneidad. Su argumento de fondo era que el foco significaba el paso de la lucha económica de masas a la lucha militar de vanguardia **sin salir del terreno de la espontaneidad**. En ese momento era necesario, en

³⁷ Santucho, Julio: op. cit. pág. 50.

³⁸ Inmediatamente después de la ruptura, Ángel Bengochea organizaría las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional. Un año más tarde moriría al estallar accidentalmente un explosivo casero en un departamento de la calle Posadas.

cambio, transformar la lucha económica en lucha política, porque solamente a través de ella habría sido posible preparar las condiciones para el desarrollo de la lucha militar”³⁹

Por su parte, Mattini agrega un elemento a ser considerado particularmente aquí: la necesidad de un partido unificado:

“Santucho experimentó su primera experiencia de lucha ideológica contra la tendencia de Bengochea quien reflejaba los puntos de vista de un sector de la democracia revolucionaria en su concepción claramente militarista [...] Sin embargo el enfrentamiento principal con Santucho no era a propósito de la lucha armada –una cuestión táctica estratégica que los unía- sino en la necesidad del ‘*Partido del Proletariado*’ y en donde Santucho era intransigente. Bengochea, quien pese a su decisión revolucionaria no pudo escapar al espontaneísmo, mamado en el sindicalismo trotskista, superaba a éste cuando se decidía a actuar, pero pasando al otro polo del espontaneísmo, al de la acción paternalista de la vanguardia iluminada. Asqueado por su experiencia en el morenismo, por la burocratización del Partido y su idea general de la burocratización en todos los partidos obreros e incluso en el campo socialista, llegó a la conclusión de que la organización del Partido, por su propia naturaleza, conducía al burocratismo.”⁴⁰

En efecto, Ángel Bengochea, desestimaba la construcción del Partido revolucionario como paso primero e indispensable para el lanzamiento de la “guerra revolucionaria” (cuya vanguardia, entendía, era la guerrilla). A su regreso de Cuba, dictó una conferencia titulada “Guerra de guerrillas” en la que afirmaba:

“la guerra revolucionaria es la que se plantea la conquista revolucionaria del poder a través de la incorporación de los sectores más pobres de la población a esa guerra partiendo de un foco primero. [...] En cuanto a lo que se refiere al rol del Partido, queda claro que interpretamos que la construcción del Partido revolucionario, no puede darse como receta para antes, el momento o para después de la toma del poder. Para nosotros, la construcción del partido revolucionario, es un producto también de la lucha

³⁹ Santucho, Julio: op. cit. pp. 43-44. El destacado corresponde al original

⁴⁰ Mattini, Luis: op. cit. pp. 35-36

por la toma del poder [...] Entonces no se trata de subestimar el rol del Partido, pero sí se trata de no hacer del partido un fetiche incapaz, pretendiendo que la lucha de clases y la lucha antiimperialista se detenga hasta que nosotros tengamos nuestro partido lo suficientemente pulimentado”⁴¹

De todas maneras, es indudable que la alusión de Mattini (allí donde señala que “el enfrentamiento principal con Santucho no era a propósito de la lucha armada –una cuestión táctica estratégica que los unía”) se relaciona con el intento partidario posterior a la ruptura con Moreno de situar la convicción de la necesidad de la lucha armada en los propios orígenes del acuerdo FRIP-PO.

En rigor, años más tarde, al evocar aquel acuerdo y plasmarlo en un relato oficial del PRT, se dirá:

“Dicho acuerdo tenía como base ideológica la aceptación del marxismo y como fundamento político la perspectiva de la construcción de un partido revolucionario obrero. Contribuyó al acuerdo el punto de vista similar de ambos grupos de que para encarar la lucha armada –considerada como la única vía para la toma del poder- era necesario construir previamente un pequeño partido revolucionario. Este acuerdo correspondía a la situación del momento en que la vanguardia discutía cómo comenzar la lucha armada y proliferaban las corrientes putchistas”⁴²

Por su lado, tanto Ernesto González como Pablo Pozzi se han inclinado a pensar que fue más bien el rechazo del foquismo y la necesidad de una organización revolucionaria única los puntos de contacto indiscutibles entre ambas organizaciones.

⁴¹ Ángel Bengoechea: “Guerra de guerrillas”, 1963, en De Santis, Daniel: *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP. Documentos*, tomo I, vol. I (Desde los orígenes hasta la fundación del ERP), Nuestra América, Buenos Aires, pp. 77-78

⁴² “Resoluciones del V° Congreso y de los Comité Central y Comité Ejecutivo Posteriores, pp. 24-25, Ed. PRT, 1973. En este sentido resulta interesante la aseveración de Mattini de que “la causa inmediata del acercamiento parece ser la coincidencia en el empleo de la lucha armada como la vía revolucionaria para la Argentina y América Latina por cuanto la fracción trotskista con la que el FRIP establece alianza propiciaba a la sazón la vía guerrillera” (Mattini, Luis, op. cit. pág. 33).

Las fuentes secundarias sitúan en el invierno de 1963 el acuerdo de Frente Único FRIP-PO, en tanto la única fuente primaria que se ha localizado, fecha aquel acuerdo en julio de 1964. Una vez más merece la pena destacarse que el documento firmado –al menos el que se reprodujo en el órgano oficial del FRIP- no hace alusión alguna a la lucha armada.

“El 17 de julio ppdo. ha sido firmado entre el FRIP y Palabra Obrera un acuerdo para realizar un trabajo común, de Frente Único, trabajo que está llevándose adelante satisfactoriamente. El acuerdo es el siguiente: ‘Entre los compañeros [...] por el FRIP y Nahuel Moreno por Palabra Obrera, en nombre de las direcciones máximas de las respectivas organizaciones [...] llegan al siguiente acuerdo:

1) Declarar a) que es objetivo de ambas organizaciones el lograr al más corto plazo posible un partido único de la revolución argentina; b) que el paso previo indispensable para lograr ese objetivo es la formación transitoria de un frente único fraternal entre ambas organizaciones; c) que ambas organizaciones se consideran mutuamente afines en cuanto a principios, perspectivas revolucionarias, ligazón con el movimiento obrero y estructura organizativa [...]”⁴³

El resto del documento se centraba en los pasos a seguir, de tipo más bien organizativos, a fin de concretar la alianza.

Es cierto que por aquellos meses Moreno manifestaba una postura de reivindicación de la Revolución Cubana y su influencia en el continente; pero es cierto también que, al analizar las experiencias de Tacuara y del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) en Salta, sostenía una evaluación más bien negativa. Ambos emprendimientos, entendía,

“constituyen el reflejo de la impaciencia y la desesperación, que se da en el seno de la pequeño burguesía desvinculada por otra parte del movimiento obrero [...]. Esta impaciencia por quemar etapas; por reemplazar la presencia del movimiento obrero o campesino, organizado y correctamente dirigido, por guerrillas urbanas o rurales, los ha conducido al fracaso, por lo menos temporarios de sus planes [...]. Nosotros creemos que esta forma

⁴³ *Norte Revolucionario* N° 16. Órgano oficial del Frente Revolucionario Indoamericanista Popular, Norte Argentino, noviembre de 1964.

indiscriminada de querer aplicarla [a la guerrilla] subestimando el peso y concentración de nuestro movimiento obrero, no teniendo en cuenta que las grandes masas aún no han agotado su experiencia sobre la democracia formal [...] resulta errónea, puesto que aparece como ajena y desvinculada de las reales necesidades de los trabajadores argentinos [...] Cuando los trabajadores comprueben que tienen cerradas las puertas de las libertades democráticas y que la represión le impedirá luchar por sus reivindicaciones inmediatas, ellos mismos apelarán al método de la acción directa para liquidar al régimen. Entonces será el momento de discutir si tienen aplicación práctica las guerrillas”⁴⁴

En septiembre de 1964, dos meses después del accidente que les costara la vida a Bengochea y Santilli, Moreno escribía “Dos métodos frente a la Revolución cubana”⁴⁵.

El largo texto tenía la explícita intención de cuestionar varias de las premisas planteadas por el Che Guevara en tres de sus escritos más célebres: *La guerra de guerrillas*, *Guerra de guerrillas: un método* y *La excepcionalidad de la revolución cubana*.

Luego de reconocer que la Revolución Cubana había sido el acontecimiento más importante del siglo XX latinoamericano por marcar “el comienzo de la revolución socialista en nuestro continente”, Moreno anticipaba aquella explícita voluntad. Y, aunque advertía que lo hacía “de rodillas, como pidiendo perdón” ya que su admiración, respeto y reconocimiento hacia Guevara y Fidel Castro “no tienen límites”, lo cierto es que el tono general del texto era el de una crítica implacable que no escatimaba siquiera sarcasmos y “chicanas”.

La afirmación de la cual partía el documento y aquello que, en última instancia, fundamentaba su escritura y publicación, era que “Nuestro acuerdo principista con el castrismo no nos impide, sin embargo, advertir que desde la revolución cubana el movimiento revolucionario latinoamericano ha sufrido una serie de derrotas colosales”⁴⁶. En el origen de aquellas derrotas se encontraba la “categórica y peligrosa afirmación” de Guevara que postulaba que la guerra de guerrillas era el único método viable para la revolución en el continente, afirmación “a consecuencia de la cual han

⁴⁴ *Palabra Obrera*, año VI, N° 359, 6 de abril de 1964

⁴⁵ El texto fue publicado en la *Revista Estrategia* N° 2, 3° Época, Septiembre de 1964, pp. 33-84.

⁴⁶ Moreno Nahuel: “Dos métodos frente a la revolución latinoamericana” en *Estrategia*, op. cit. pág. 34.

muerto y siguen muriendo los mejores luchadores de vanguardia pequeño burgueses latinoamericanos”⁴⁷.

A partir de allí, Moreno cuestionará prácticamente punto por punto todas las premisas desarrolladas por el Che Guevara en los textos mencionados.

Un eje central del cuestionamiento morenista era la generalización “abstracta” de Guevara respecto de la realidad latinoamericana. El comandante de la Revolución Cubana obviaba, según Moreno, las particularidades políticas, económicas, sociales y subjetivas de cada país, ofreciendo para realidades muy dispares un mismo método general y mecánico: la guerra de guerrillas.

“Guevara ignora u olvida la más sencilla de las verdades marxistas: que el método de lucha armada de cada país latinoamericano sólo podrá ser precisado previo estudio concreto de cada uno de ellos. Todo lo que sea ignorar este método es reemplazar al marxismo por dogmas, por recetas que serán todo lo honestas y revolucionarias que se quiera, pero total y completamente inútiles. Aunque quien la haga, haya dirigido una revolución”⁴⁸.

Dentro de esta impugnación general al pensamiento guevarista, Moreno hacía hincapié en algunos postulados en particular. Uno de ellos era el rol de vanguardia atribuido por Guevara al campesinado en los procesos revolucionarios del entero continente. “Nunca se plantea la menor posibilidad de que esa situación pueda variar de país a país”, protestaba Moreno, señalando las enormes diferencias de las estructuras económico-sociales de los países latinoamericanos.

Pero no se trataba sólo de llamar la atención sobre el movimiento obrero organizado y combativo en países como Argentina o Bolivia y del papel de las organizaciones sindicales en la “lucha de masas” del continente; ni aún de insistir en que la “clase explotada a la vanguardia de la revolución latinoamericana cambia de país a país y de etapa a etapa”. En rigor era el entero sistema de razonamiento de Guevara aquello que se impugnaba:

“El verdadero argumento guevarista es técnico y no social. El apela al campesinado y al campo por ser la clase y la zona ideales para la guerrilla.

⁴⁷ Moreno, Nahuel, op. cit.: pág. 35.

⁴⁸ *Ibidem*: pág. 43

Es decir, la guerrilla y la lucha armada no están al servicio del movimiento de masas del país, de su dinámica, sino por el contrario, el movimiento de masas y los lugares geográficos, al servicio de la guerra de guerrillas. El campesinado es la clase de vanguardia porque eso será mejor para el desarrollo de la guerrilla, no porque lo sea en realidad”⁴⁹.

Otro punto que concentraba la crítica de Moreno era que, a su entender, Guevara no señalaba en ninguno de sus escritos la necesidad de una “política revolucionaria”. Era cierto, admitía, que Guevara tenía un objetivo revolucionario –la toma del poder por los trabajadores, previa destrucción de las fuerzas armadas reaccionarias. Pero una política “científicamente revolucionaria”, señalaba Moreno, debía sintetizarse en un programa, y éste debía ser elaborado por un partido de vanguardia con el fin de “educar, elevar a los trabajadores con su grado de conciencia y organización, a las tareas revolucionarias”. Así, ante el conjunto de falencias de Moreno encontraba en la propuesta guevarista, se preguntaba:

“¿Tienen algo de raro entonces los fracasos guerrilleros en Perú o en nuestro país? ¿Qué tiene de misterioso que caigan heroicos militantes revolucionarios contrabandeando armas y organizando la guerrilla en Salta? ¿Acaso no lo han hecho de acuerdo a la ortodoxia de Guevara, alejados del pueblo, sin contacto con los campesinos y los obreros y sin el apoyo de ningún partido? [...] La existencia de esa política revolucionaria, de las consignas que siente el movimiento de masas, sintetizadas en un programa revolucionario, junto con el partido que las vaya llevando a cabo en íntima ligazón con los trabajadores y sus organizaciones, es la condición previa a toda acción revolucionaria, principalmente a la lucha armada. De lo contrario, cualquier acción, por pequeña que sea, se transforma en una aventura”⁵⁰.

Hacia el final del documento, la escritura de Moreno se volvía categórica: “nosotros creemos que la concepción guevarista es la verdadera causa teórica de los fracasos”. Y, finalmente, en oposición a la entera propuesta de Guevara, se recomendaba:

⁴⁹ Ibid.: pág. 52

⁵⁰ Ibid.: pág. 55

“unirse todos los revolucionarios en un partido único en cada país para adoptar un programa revolucionario que nos permita trabajar dentro de las organizaciones de los trabajadores, para desde ahí organizar la toma del poder con los métodos de lucha armada adecuados al grado de desarrollo y conciencia del movimiento de masas de ese país. Y por si no se nos entiende podemos decir qué es lo que no hay que hacer: aceptar el **honesto pero criminal consejo de Guevara de organizar un grupo guerrillero alejado del pueblo trabajador**”⁵¹.

Era, en definitiva, ese “honesto pero criminal” consejo que estaba provocando en el continente entero “heroicas y trágicas aventuras” que sembraban “el camino de la derrota”.

Se desconoce el grado de circulación que este texto de Moreno tuvo entre la militancia tucumana. Se lo menciona aquí puesto que permite advertir que al momento del primer acercamiento entre FRIP y PO, Moreno no escatimaba objeciones frente a lo que parecía ser más impulso “desesperado” que una acertada decisión inmersa en un contexto de auge de masas.

No obstante esta evaluación morenista, es plausible suponer que hubo algún tipo de acuerdo en torno a la pertinencia de la lucha armada, por vago o explícito que este acuerdo hubiera sido (aunque también es probable que la falta de precisiones en torno a la estrategia específica que esa lucha armada asumiría o bien haya operado en favor de presupuestos o bien se debiera a una voluntad de tipo pragmática para no entorpecer el acercamiento entre ambas organizaciones).

Por su parte, también en 1964, el FRIP editaba un folleto titulado *El proletariado rural detonante de la revolución argentina*. Aunque el folleto fuera luego desestimado por la corriente morenista, interesa destacar aquí que en él se observan ciertos cambios respecto de los escritos anteriores de la organización. Estos cambios evidencian la incorporación de una terminología claramente marxista y una caracterización de la estructura productiva argentina afín a las posturas trotskistas. Esta caracterización se articulará, por un lado, con un modelo de toma de poder vagamente insurreccionalista (volveremos particularmente sobre este punto en el Capítulo siguiente) y, más importante aún, con la idea de socialismo.

⁵¹ Ibid.: pág. 83. El resaltado es mío.

El documento estaba organizado según varias “tesis”. La primera de ellas, se titulaba “La Argentina es un país semicolonial, pseudoindustrializado”⁵²; en tanto la segunda, llevaba como título la extensa afirmación de que:

“La burguesía nacional en su conjunto es incapaz de luchar por la liquidación de la dependencia de nuestra patria, por un desarrollo nacional independiente. Sólo sectores minoritarios –la pequeño y mediana burguesía industrial- pueden jugar un papel de aliados circunstanciales del proletariado, pueden ser arrastrados circunstancialmente por el proletariado en la lucha antiimperialista”.

Finalmente, a través de otro conjunto de tesis, el documento afirmaba que era el proletariado azucarero aquél que se convertiría en vanguardia de la revolución argentina, y que:

“Sólo un partido revolucionario estructurado sobre esa base social, con una férrea organización, dirección centralizada, completa independencia ideológica y organizativa, estará en condiciones de llevar al pueblo a la victoria, liquidar al imperialismo, al capitalismo, la explotación del hombre por el hombre y abrir a la Argentina, a Indoamérica, el brillante futuro a una sociedad socialista”⁵³

Se observa entonces que en este folleto quedaban plasmaban las orientaciones predominantes en el marxismo latinoamericano tras la Revolución Cubana: aquellas que impugnaban una evolución histórica para la América Latina similar a las consideradas “europeas o clásicas” y la necesidad del tránsito por una etapa “democrático-burguesa”. En la línea de esa impugnación se negaba toda potencialidad revolucionaria a la burguesía nacional. Por sus intereses dependientes del imperialismo, ésta no tenía lugar en la lucha por una revolución antiimperialista que abriera las puertas al socialismo.

Lo importante a destacar aquí es que, a pesar de este énfasis del FRIP en el protagonismo indiscutido del proletariado rural en el proceso revolucionario

⁵² Es probable que los conceptos “semicolonial” y “pseudoindustrializado” le hubieran llegado al FRIP bien de la mano del morenismo, bien en forma directa a través de la lectura de las revistas *Estrategia* y *Fichas* de Milcíades Peña. El primero de los términos proviene del acervo leninista, en tanto el segundo, es creación de Peña.

⁵³ *El proletariado rural detonante de la revolución argentina. Tesis políticas del FRIP*, editado por la Secretaría Ideológica del FRIP, Norte Argentino, 1964.

(protagonismo que sería impugnado por Palabra Obrera quien, adhiriendo a una versión más clásica del marxismo, le otorgaba ese protagonismo al proletariado industrial de las grandes urbes), lo cierto es que ambas organizaciones compartían un universo común de ideas: el carácter antiimperialista y socialista de la revolución, el descrédito por el lugar que en esa revolución podía jugar la burguesía nacional, y la necesidad de la construcción de una organización única y centralizada, que condujera al proletariado revolucionario.

Por supuesto que el universo de acuerdo incluía, también, aspectos más bien pragmáticos. Como señala Pablo Pozzi:

“los morenistas estaban convencidos de que en la disputa ideológica podrían lograr que los militantes del FRIP se hicieran trotskistas [...] En comparación, Palabra Obrera era una organización que debía tener entre cuatro y cinco veces el tamaño del grupo norteño, con una tradición política consolidada y una cantidad de cuadros formados tanto en la teoría como en la práctica. En cambio el FRIP era una organización más laxa, menos orgánica que aparentaba poder ser absorbida sin mayores problemas”⁵⁴

Por su parte, Santucho veía en Palabra Obrera un instrumento casi soñado para proyectar la experiencia regional del FRIP al orden nacional, hacia los grandes centros de trabajadores industriales.

Así, el 31 de enero de 1965 representantes del FRIP y de PO se reunieron,

“como culminación del trabajo de Frente Único entre ambas organizaciones, [...] y dejaron constituido el Comité Central del nuevo Partido Revolucionario [...]. Este paso constituye una de las más importantes conquistas de la clase obrera argentina que da así un salto cualitativo en la solución de su mayor problema: la falta de la organización política, del Partido Revolucionario que sea capaz de conquistar para ella el poder político y liquidar la dependencia del país, la explotación del hombre por el hombre y abrir el camino para la construcción de la Argentina Socialista”⁵⁵

⁵⁴ Pozzi, Pablo: op. cit. pág. 60.

⁵⁵ “Se constituyó el Partido Unificado de la revolución”, *Norte revolucionario* N° 18, año IV, 16 de febrero de 1965, órgano quincenal del Partido Unificado (Ex FRIP-PO).

Perduraban aún algunas diferencias entre ambas organizaciones: la política de entrismo en el peronismo llevada adelante por Palabra Obrera y la reivindicación del trotskismo. El FRIP rechazaba ambos puntos. Respecto del segundo (la reivindicación del trotskismo) no se han localizado fuentes primarias que fundamentaran el rechazo. En cuanto al entrismo en el peronismo, el FRIP había determinado, en noviembre de 1964 que:

“El FRIP, como organización revolucionaria que centra su trabajo en la clase trabajadora, busca aliarse profundamente a los obreros peronistas, es decir que lo que nos interesa del peronismo son los sectores obreros, especialmente los activistas del movimiento obrero. Ellos son nuestros compañeros de lucha y es por eso que nos damos una táctica de acercamiento al peronismo.

Teniendo en cuenta entonces la situación actual del peronismo, la crisis por la que atraviesa, sus sectores o tendencia internas, y considerando también el criterio preponderante en el seno del FRIP, el Ejecutivo Ampliado resuelve mantener respecto al peronismo nuestra táctica actual, es decir, independencia completa, trabajo desde fuera del movimiento de los aspectos positivos del peronismo [...]. Se resolvió también aceptar y aconsejar la participación individual de nuestros militantes en algunas organizaciones del peronismo como la Juventud y las 62, pero bajo la disciplina de nuestra organización, con conocimiento de nuestros órganos directivos, y sin que los compañeros que trabajen en la juventud o en las 62 nieguen ni oculten su militancia en el FRIP”⁵⁶.

Finalmente, el 25 de mayo de 1965 se llevó a cabo el Primer Congreso del Frente Único FRIP-Palabra Obrera, formándose el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) que adoptó la caracterización de “marxista-leninista”. La nueva organización, tendría también su órgano oficial de difusión periódica: *La Verdad*.

En cuanto a los puntos de tensión mencionados, el primero de ellos fue solucionado de inmediato: Palabra Obrera aceptó abandonar su política de entrismo en el peronismo. Respecto del segundo, la solución fue menos clara. Aunque el tema no parece haberse discutido demasiado en el Congreso, lo cierto es que la nueva organización no incluyó

⁵⁶ *Norte Revolucionario*, N° 17, año 3, diciembre de 1964

la denominación de “trotskista” como aspiraban los morenistas, pero, en cambio, adhirió como filial argentina a la IV Internacional (adhesión que, según las fuentes secundarias, fue aceptada con desgano por la corriente del FRIP).

Más importante aún, el PRT nació con neto predominio del sector morenista en los órganos de dirección y Nahuel Moreno era elegido Secretario General de la nueva organización.

Con relación al problema de la lucha armada, resulta interesante volverse sobre los dos documentos emanados del Congreso. El primero comenzaba anunciando que “la revolución latinoamericana ha entrado en su cuarta oleada ascendente superando un corto período de retroceso de casi todo el año 1964”. El primer período, advertía, se había caracterizado por el auge del castrismo, la radicalización de las masas pequeño-burguesas y el surgimiento en su seno de una vanguardia que “se plantea” la lucha armada. El segundo período, sin embargo:

“al mismo tiempo que hacen crisis, objetivamente, las primeras organizaciones y la metodología castristas, comienza a ascender lentamente el movimiento de masas. Con este telón de fondo la vanguardia revolucionaria hace importantísimas experiencias subjetivas, particularmente sobre el período de la subestimación de la lucha de las masas explotadas como consecuencia de una SOBREESTIMACIÓN del rol de la técnica guerrillera”⁵⁷

La tercera etapa, era aquella signada por el fracaso de la experiencia de Hugo Blanco en Perú y la premisa que le correspondía era: “EL MOVIMIENTO DE MASAS NO PUEDE AVANZAR MÁS SIN DESARROLLAR PARTIDOS REVOLUCIONARIOS”⁵⁸. Se planteaba entonces una “doble necesidad: sostener por una lado el presente del movimiento de masas (tareas de defensa) y preparar el futuro: el asalto al poder”.⁵⁹ Ese asalto exigía no sólo “tareas de defensa” sino, además, el “trabajo” en los ejércitos “para destruirlos desde dentro”⁶⁰.

⁵⁷ Primer Congreso del Partido Unificado FRIP-PO: “Documento Latinoamericano N° 1” (mayo 1965), pág. 1. Las mayúsculas corresponden al original.

⁵⁸ Primer Congreso del Partido Unificado FRIP-PO: op. cit. pág. 5. Las mayúsculas corresponden al original.

⁵⁹ *Ibid.*, pág. 5

⁶⁰ *Ibid.*, pág. 5

Quedaba claro, hasta aquí, la necesidad de la construcción de un partido revolucionario, la de sostener la movilización de masas y, también, la de preparar tareas no sólo ofensivas para la toma del poder. Ahora bien, más adelante, el documento advertía que: “LAS CORRIENTES CASTRISTAS PEQUEÑO-BURGUESAS ya prácticamente no existen [...] EL GUERRILLERISMO ha sufrido tremendos golpes y está en franco retroceso”⁶¹

Más enfático pareciera ser el segundo documento. Allí se vieron plasmadas algunas aseveraciones que permitirían suponer que, en caso de que hubiera habido efectivamente un acuerdo en torno al problema de la lucha armada, éste no implicaba el lanzamiento de la actividad guerrillera. En todo caso, podría aceptarse que el acuerdo fue lo suficientemente vago o ambiguo como para que cada una de las partes – adoptando criterios más bien pragmáticos- se reservara para sí el contenido del mismo.

“En la anterior tesis hemos insistido en lo que para nosotros es una verdad de perogrullo: no hay la menor posibilidad de triunfo de la revolución sin lucha armada. Nuestra discusión con los putchistas y guerrilleros no tienen nada que ver con ese principio evidente para todos los revolucionarios. El problema es cómo se debe dar ese proceso de lucha armada. Los hechos de Santo Domingo han confirmado varias de nuestras tesis fundamentales en nuestra polémica con Guevara y los putchistas. La primera: que sin movimiento de masas previo no puede haber lucha armada.

Esta es una resultante y no un principio”⁶²

Parece evidente que las precisiones o definiciones en torno a “cómo se debe dar ese proceso de lucha armada” quedaban por debatirse. Y serían esas definiciones las que, en menos de tres años, impondrían la separación definitiva entre las filas de Santucho y las de Moreno.

⁶¹ *Ibid.*, pág. 7. Las mayúsculas corresponden al original.

⁶² Primer Congreso del Partido Unificado FRIP-PO: “Documento Latinoamericano N° 2” (mayo 1965), pág. 9

V. Hacia la ruptura (PRT-El Combatiente/ PRT-La Verdad)

En las elecciones de renovación parlamentaria de 1965, la nueva organización impulsó a través de la FOTIA un acuerdo con el peronista Francisco Riera, por entonces líder de la Acción Provinciana (AP). Desde las páginas de *Norte Revolucionario*, bajo el título “Diputados Obreros al Parlamento Capitalista” se explicaba, así, el sentido del acuerdo:

“Con alborozo señalamos que la línea de nuestra organización de llevar candidatos obreros en la mayoría de los puestos provinciales con un programa revolucionario, se está cumpliendo. [...] Independientemente de que Acción Provinciana lleva a la cabeza de sus listas a un representante de la patronal provinciana como Riera, [...] el hecho fundamental que da un contenido clasista y revolucionario a este proceso, lo constituye la elección de candidatos por Asamblea de Ingenios y el programa levantado [...] Somos conciente de que Acción Provinciana está lejos de ser un partido de la clase obrera. Somos concientes de que el pequeño núcleo de candidatos clasistas es una minoría [...] Pero todo ello es oscurecido por el surgimiento de una vanguardia pequeña, heterogénea pero pujante y clasista que refleja los intereses de la clase obrera y demás sectores explotados. Por la intervención de esa vanguardia en las luchas políticas, sin creer *‘que las elecciones puedan solucionar ninguno de los problemas de fondo que tenemos los trabajadores. Convencidos que se necesitan otros métodos para cambiar nuestra situación pero sí creyendo que podemos aprovechar estas elecciones para hacer conocer esos métodos y las medidas que son necesarias para solucionar el hambre y la miseria de los trabajadores de Tucumán y del país’* como reza la declaración de San José [...] **¡UTILICEMOS LA TRIBUNA PARA PLANTEAR A FONDO LOS PROBLEMAS!**”⁶³

La AP fue finalmente la fuerza mayoritaria en los comicios y obtuvo varios diputados, entre ellos Leandro Fote. Tras el triunfo, se insistía en la independencia política de los nuevos legisladores respecto de la AP:

⁶³ *Norte Revolucionario*, N° 19, año IV, 9 de marzo de 1965. El resaltado corresponde al original

“Los 9 compañeros que han sido electos legisladores, han sido elegidos por los trabajadores azucareros [...] Entonces se deben a ellos, son diputados y senadores de FOTIA, de los trabajadores azucareros, no de Acción Provincialiana. Por eso sostenemos que los legisladores obreros de FOTIA deben formar su propio bloque independiente de todos los políticos burgueses, incluso los de la misma Acción Provincialiana”⁶⁴

La experiencia, sin embargo, duró poco: culminó en frustración cuando catorce meses después el general Onganía encabezaba un nuevo golpe de Estado.

En agosto de ese mismo año, un decreto de Onganía cerraba once ingenios azucareros en la provincia dejando un saldo aproximado de 40.000 desempleados. Entre agosto de ese año y julio del año siguiente, los trabajadores tucumanos resistieron el cierre de los ingenios y, en muchos casos, esa resistencia asumió la forma de enfrentamientos con la policía. Hacia fines de 1966 comenzaba a primar la orientación en el PRT de organizarse y armarse para enfrentar la represión policial.

“El cierre de once ingenios azucareros en Tucumán suponía la destrucción de la economía regional y provincial. De ellos dependía el 80% de los pobladores económicamente activos y el 75% del PBI de la provincia. La desesperación social, sumada a las ya difíciles condiciones de atraso, se expresó en las manifestaciones de protesta a las que se sumó la FOTIA. El 12 de enero de 1967 Santucho participó de las columnas de obreros del ingenio San José que marchaban, junto con otros, y debían concentrarse en el ingenio Santa Lucía. [Intervino la Policía ya la Guardia de Infantería, refriega, los activistas lanzaron bombas incendiarias. Represión. Muere Hilda Guerrero de Molina. Contraataque de la multitud]. Cuenta la memoria militante que al día siguiente Santucho escuchó los pedidos reiterados de los obreros de que se consiguieran “ametralladoras para la lucha a muerte contra la dictadura”⁶⁵

Resulta verdaderamente difícil comprobar si, en efecto, fueron los trabajadores quienes “pedían armas” a los militantes perretistas. En todo caso, es evidente que esa memoria militante que menciona Seoane, se hizo eco del relato volcado en la historia oficial de la

⁶⁴ *Norte Revolucionario* N° 20, año IV, 23 de marzo de 1965

⁶⁵ Seoane, María: op. cit., pp. 88-89

organización, escrita algunos años más tarde por las plumas santuchistas. Si la necesidad de iniciar o no en lo inmediato la lucha armada fue el elemento divisor de aguas entre Moreno y Santucho, habiéndose consumado ya la ruptura, Santucho intentará otorgar legitimidad a su opción inscribiendo la irrupción de la voluntad armada en una larga historia de luchas proletarias:

“En los últimos meses de 1966, la base obrera de la regional Tucumán comienza a plantear la necesidad de la lucha armada. Los compañeros que hacían este planteo venían de varios años de lucha pacífica, predominantemente sindical: habían dirigido importantes movilizaciones obreras y sufrido finalmente una brutal derrota en ese terreno, pese a haber comenzado a utilizar crecientemente violentos. El planteo de la lucha armada irrumpe en el PRT, no a través de estudiantes e intelectuales revolucionarios influidos por la experiencia de otros países. Surge de la experiencia directa de las masas obreras argentinas y es incorporado al partido por su vanguardia, que ha recorrido previamente el camino de la lucha pacífica, que ha comenzado por huelgas corrientes, por la participación en elecciones, que ha pasado a la ocupación de fábricas con rehenes, a las manifestaciones callejeras violentas, hasta que, cerradas todas las posibilidades legales con la asunción de Onganía, se orienta correctamente hacia la guerra revolucionaria”⁶⁶

En todo caso, aquello que sí resulta evidente es que el golpe de Estado y la agudización de la crisis económica y social en la provincia precipitaron de alguna manera en la organización la convicción de la necesidad de iniciar la lucha armada.

No fue ésta, sin embargo, una convicción compartida por todos. Si bien al parecer la mayoría partidaria se inclinó por esta opción, Nahuel Moreno y un sector minoritario que con él se identificaba, mantuvo reservas y ambivalencias que hacia 1968 desembocarían en una negativa, en la confrontación y, finalmente, en la ruptura.

De todas maneras, aquellas categóricas afirmaciones Nahuel Moreno en el ya citado texto *Dos métodos frente a la Revolución Cubana*, contrastan notoriamente con otros

⁶⁶ “La lucha de clases en el seno del Partido” en Resoluciones del V Congreso y posteriores, PRT, 1971.

posicionamientos del propio Moreno, principalmente a partir de la conformación de la OLAS⁶⁷.

Entre el 31 de julio y el 10 de agosto de 1967 se realizaba en La Habana la primera reunión de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). El PRT había pedido sin éxito su incorporación formal al Comité Nacional Organizador del organismo en junio de ese mismo año. No obstante, apoyó enfáticamente al nuevo organismo:

“La lucha contra el burocratismo dentro de la propia Cuba, los discursos de Fidel desenmascarando la conducción oportunista de la conducción cubana y de la propia URSS con respecto a la burguesía latinoamericana, el mensaje del Che Guevara abriendo perspectivas para la discusión y el llamado a la formación de una Internacional Latinoamericana, que se esboza en la creación de la OLAS, son parte de los hechos decisivos que favorecen un cambio de perspectivas hacia la estructuración de una dirección revolucionaria a escala americana [...]. De ahí que, partiendo de que ‘el deber de todo revolucionario es hacer la revolución’, no podemos menos que solidarizarnos total y absolutamente con la Primera Conferencia de la OLAS”⁶⁸

Finalmente, luego de realizada la conferencia la OLAS daba a conocer una proclama en la que sostenía:

“que la lucha armada constituye la línea fundamental de la Revolución en América Latina; que las demás forma de lucha deben servir y no retrasar

⁶⁷ Quizás sea pertinente señalar que hacia 1967 se estaba produciendo un fuerte acercamiento entre el castrismo y la IV Internacional. Este acercamiento quedaría cristalizado hacia 1969 en el IX Congreso de este organismo que proclamó la orientación hacia la lucha armada y hacia la integración de las organizaciones trotskistas en la OLAS. Sin embargo, a comienzos de la década de 1970, la IV Internacional tomará distancia del castrismo y realizará una autocrítica. Para este tema particular y los posicionamientos de Nahuel Moreno al respecto, ver González, Ernesto: op. cit. pp. 187-195 y Weisz, Eduardo: op. cit. cap II.

⁶⁸ Proyecto de resolución de 1967 sobre Latinoamérica, preparado para el Tercer Congreso del PRT, citado en González, Ernesto (coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina, Tomo 3, Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana*, vol 2 (1963-1969), Buenos Aires, Ed. Antídoto, pp. 190-191

el desarrollo de la línea fundamental, que es la lucha armada; que para la mayoría de los países del continente, **el problema de organizar, iniciar, desarrollar y culminar la lucha armada constituye hoy la tarea inmediata y fundamental del movimiento revolucionario [...]**; que la guerrilla –como embrión de los ejércitos de liberación- constituye el método más eficaz para iniciar y desarrollar la lucha revolucionaria”⁶⁹.

Según afirma Ernesto González el PRT apoyó la declaración de la OLAS y llamó a construirla como “organización de masas”. Agrega, que este apoyo no significaba un acatamiento de su política sino que el PRT se pondría bajo su disciplina militar:

“Nuestro ‘entrismo’ en la OLAS no debe ser necesariamente a su organización política, sino a su aparato militar. Nuestro partido tiene la obligación de inscribir como su tarea militante número uno el formar un aparato técnico rígidamente disciplinado a la OLAS para las tareas técnicas que la OLAS le ordene dentro de su estrategia armada de lucha por el poder. Otro significado de nuestro ingreso a la OLAS no puede haber”⁷⁰.

Sin embargo, cuando en 1973 Moreno realice una evaluación de ese período dirá:

“la dirección cubana, con el estado cubano detrás, se lanzaba a desarrollar con todas sus fuerzas la guerra de guerrillas en América Latina como defensa al muy posible ataque que le iba a llevar a cabo el imperialismo [esto abría] una etapa de guerra civil continental [...] era participar activamente y en primera línea en esa guerra civil promovida por los cubanos, para combatir la orientación netamente guerrillera [...] en esa guerra se enfrentaba nuestra clase con la clase enemiga. Sin embargo, los cubanos, impactados por el fracaso del Che, cambiaron completamente su estrategia de impulsar la revolución en América Latina, sea con la estrategia que fuere. Empezaron a aproximarse a la URSS y a su política de coexistencia pacífica”⁷¹

⁶⁹ “Declaración General de la Primera Conferencia Latinoamericana de Solidaridad”, 1967, en Löwy, Michael, op. cit., pág. 295. El destacado es mío.

⁷⁰ Nahuel Moreno: “La Revolución Latinoamericana, Argentina y nuestras tareas. Documento interno, noviembre de 1967. Citado en González, Ernesto (coord.): op. cit., pág. 192

⁷¹ “Sobre la posición de la Cuarta Internacional ante la OLAS”, en Moreno, Nahuel: *Un documento escandaloso*, Boletín de informaciones internacionales, N° 13. PST, Buenos Aires, 1973.

La mención a estos acontecimientos –la muerte del Che Guevara y el acercamiento de Cuba a la URSS- es interesante.

Para aquellos nucleados alrededor de Santucho, el acercamiento de Cuba a la URSS no parece haber sido considerado un problema. Después de todo, aunque gran parte de sus militantes provinieran del trotskismo, al parecer, habían aceptado de mala gana la incorporación al organismo internacional –y no faltarían muchos años para que la organización se alejara definitivamente de la Cuarta Internacional y, siguiendo los pasos cubanos, se acercara a la URSS.

En el caso de Nahuel Moreno podría suponerse que para él, la reorientación de Cuba hacia el gigante del este no podía menos que implicar la pérdida de las aristas más revolucionarias de la isla y-eventualmente- el inicio de un proceso de burocratización homologable al sufrido por la URSS tras la muerte de Lenin y la asunción de Stalin.

Algo similar ocurre con la muerte de Guevara en Bolivia: podría suponerse que este acontecimiento reforzó las viejas resistencias de Moreno a la “técnica guerrillera del foco”. Pero en rigor, las palabras de Moreno citadas más arriba tienen el problema de ser retrospectivas. Hacia fines de 1967 Moreno seguía, entusiasta, la línea de la IV Internacional que por entonces alentaba la integración a la OLAS.

En los meses sucesivos a la muerte de Guevara en Bolivia, las páginas de *La Verdad* reivindicaron una y otra vez su figura como “héroe y mártir de la revolución permanente”. Asimismo, Ernesto González afirma que la intención de Moreno por aquel entonces era integrarse a la “guerra civil continental” cuyo epicentro estaría en Bolivia; por lo demás, agrega, sostenía que cualquier estrategia de lucha armada que se diera el PRT no podía pasar sino por la OLAS.

Para Santucho y sus seguidores, en cambio, la muerte de Guevara no haría más que acrecentar la voluntad de iniciar la acción armada en Tucumán. Esta voluntad se asentaba sobre la certeza de que, a diferencia de lo postulado por Moreno –allí donde señalaba que el movimiento de masas en la provincia había sido derrotado- el proletariado azucarero del norte era el único sector que no se encontraba derrotado y que, en consecuencia, podía capitalizar las crecientes simpatías revolucionarias de jóvenes, obreros y estudiantes.

Este enfrentamiento en torno al lanzamiento inmediato de la lucha armada en el país tuvo lugar, por lo demás, en medio de un clima interno de hostilidades mutuas: las

acusaciones cruzadas giraron alrededor del “aburguesamiento” y “burocratización” de unos, de la “militarización” de otros, de las conformaciones de “frentes antimorenistas” y “camarillas rupturistas”.

En enero de 1968 el Comité Central del PRT se reunió por última vez con vistas a los preparativos del IV° Congreso partidario al cual, finalmente, la corriente de Moreno no asistió, abandonando el partido.

Tras la ruptura, esta última corriente adoptó el nombre de PRT-La Verdad. Por su parte, los santuchistas, realizaron el IV° Congreso los días 25 y 26 de febrero y optaron por el de PRT-El Combatiente, nombre que a partir de entonces tuvo la prensa partidaria. Según su primer número, dedicado por entero al relato del desarrollo del Congreso partidario, en ese Congreso estuvieron representados el 70% de los militantes con que contaba el PRT “antes de la ruptura de la camarilla pequeño burguesa”⁷². El Congreso funcionó con una “presidencia honoraria” integrada por los

“mártires revolucionarios Ernesto Guevara, León Trotsky, Ángel Bengochea y Nguyen Van Troi [...] León Trotsky y Ángel Bengochea son símbolos revolucionarios para nuestra propia corriente: el trotskismo. El primero continuador en el mundo occidental de la tradición revolucionaria del marxismo-leninismo y depositario durante el largo período de retroceso de las masas occidentales del internacionalismo proletario y de la lucha contra la burocracia. El segundo fue el dirigente de nuestro propio partido que más abnegadamente intentara preparar e iniciar la lucha armada contra el régimen capitalista en nuestro país. Nuestro comandante Che Guevara es la máxima expresión revolucionaria individual que han dado las masas latinoamericanas”⁷³

Se explicaba también desde las mismas páginas de *El Combatiente* que a lo largo de 1967 el PRT había vivido internamente un “proceso de asimilación” de los aportes del castrismo, “dirección auténticamente revolucionaria”. Esa “asimilación” fue denominada por Santucho “revolución ideológica”. Y esa “revolución” se había manifestado en el planteo interno de una serie de preguntas que el IV° Congreso estaba destinado a responder:

⁷² *El Combatiente* N° 1, 6 de marzo de 1968

⁷³ *El Combatiente*, N° 1, 6 de marzo de 1968

“¿Cuáles eran los aportes del castrismo a la teoría de la revolución? ¿Qué estrategia de poder reclamaban las nuevas condiciones históricas para los partidos y direcciones que se decían revolucionarias? ¿Qué significados tenían los planteos castristas y guevaristas sobre la necesidad de preparar a la clase y su vanguardia para la lucha armada? ¿De qué modo nuestro partido se insertaba en el proceso abierto de la revolución latinoamericana? ¿Cómo podíamos plantear el enfrentamiento contra el régimen sin que ese enfrentamiento no fuera para la clase y su vanguardia una derrota más, un suicidio o una aventura? ¿Qué métodos de lucha cotidiana debíamos plantear a los obreros concientes enfrentados a la patronal y a la dictadura para que, sin ser barridos por la represión, pudieran fortalecerse en las fábricas [...]. ¿Qué tipo de partido, exactamente, necesitamos ahora, para hacer posible el cumplimiento de las nuevas y gigantes tareas?

Estas preguntas, propias de quienes se proponen hoy hacer la revolución, tomar el poder, y liberar a los trabajadores mediante el socialismo, eran justamente las preguntas que los militantes del PRT esperábamos formularnos y respondernos en el IV° Congreso partidario [...] Este Congreso es el que acaba de realizarse, el que ha dado respuestas a esos interrogantes y el que ha armado a los militantes con las herramientas esenciales para cumplir con su deber fundamental, el deber de hacer la revolución”⁷⁴

Como se expondrá en el próximo capítulo, las “respuestas” del IV° Congreso partidario implicaron una verdadera reorientación político-ideológica, principalmente respecto de aquellos aspectos que definían “la estrategia para la toma del poder”.

Y partir de entonces, ambas corrientes (aquella liderada por Nahuel Moreno y aquella identificada con Mario Santucho) seguirían rumbos muy distintos.

Los militantes morenistas, alineados tras algún período de conflictividad con el trotskismo internacional -que hacia comienzos de la década de 1970, como se señaló anteriormente, se autocriticará por haber apoyado entusiastamente la experiencia cubana y, en consecuencia, la lucha armada en el continente- fundarán en 1972, con el aporte de

⁷⁴ El Combatiente, N° 1, 6 de marzo de 1968

una fracción del Partido Socialista Argentino encabezada por J. C. Coral, el Partido Socialista de los Trabajadores (PST).

Por su parte, las huestes de Santucho, "los combatientes", mantendrán la denominación de PRT y en 1970, en el Vº Congreso partidario, fundarán el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), organización militar bajo la dirección política del PRT (a partir de ahora PRT-ERP).

De allí en más, y en muy pocos años, el PRT-ERP se erigiría como una de las dos organizaciones guerrilleras más activas de la Argentina.

Los capítulos que siguen se centran en el análisis de diversas dimensiones de la experiencia de esta organización, comenzando por aquella que, tras su derrota, se convirtió en blanco extendido de las críticas: la línea partidaria y el problema de la llamada "militarización".

CAPÍTULO 2:

El PRT-ERP y la política en tiempos de “guerra”

Un partido de combate se caracteriza por eso mismo, porque combate, y en esta Argentina que está en guerra, la política se hace en lo fundamental armada, por lo tanto, en cada lugar donde el Partido esté presente en las masas se deben impulsar las tareas militares. Combatir, formar el ejército en la práctica de la lucha armada: quien no pelea no existe.¹

El análisis de la línea política y la práctica partidarias –entendiendo que éstas fueron tanto parte del proceso de construcción identitaria de la organización como, al mismo tiempo, su resultante– exige prestar particular atención a la caracterización del proceso revolucionario que hiciera el PRT-ERP: esto es, a aquella noción que dio forma y tiempos a la revolución en el imaginario perretista, determinando sus características y orientando en consecuencia el accionar partidario.

Como ya ha sido expuesto en el estado de la cuestión, Roberto Pittaluga, retomó los señalamientos de Julio Santucho y Luis Mattini respecto de la importancia del concepto de “guerra” en la definición de la línea partidaria².

En líneas generales puede decirse que lo que analiza allí Pittaluga es el proceso por el cual se configuró en el imaginario perretista una concepción de la revolución como “guerra revolucionaria”. Señala el autor que en las representaciones tempranas del FRIP puede identificarse un difuso componente insurreccionalista. Tomando un texto

¹ *Resoluciones del V Congreso y de los Comité Central y Comité Ejecutivo Posteriores*, Buenos Aires, PRT, 1973, pág. 71.

² Pittaluga, Roberto: “Por qué el ERP no dejará de combatir”, ponencia presentada en las VIII Jornadas de Interescuelas/ Departamentos de Historia, Salta, 2001.

emblemático de esa organización (“El proletariado azucarero tucumano, detonante de la revolución”, 1964), advierte:

“Si lo que se precisaba era el detonante, era porque se presuponía un ‘combustible’ ya acumulado: la revolución era pensada así como explosión revolucionaria, como insurrección generalizada”.

Ese imaginario, por su parte, guardaba estrechas similitudes con el que habitaba la organización morenista Palabra Obrera: la huelga general revolucionaria, era la forma predominante a través de la cual se proyectaba la escena de la revolución. Este modelo insurreccional que combinaba el levantamiento masivo de los explotados con la acción oportuna de la elite de los revolucionarios (y que, en rigor, debía cristalizar en el asalto al poder) se nutrió, señala el autor, de la plasmación simbólica que se hiciera de la revolución rusa.

Ahora bien, esta concepción de la revolución, advierte Pittaluga, no podía sino ser conmovida por las experiencias cubana, china y vietnamita. Así, en el caso particular del PRT, el autor señala un proceso de reconfiguración de las concepciones de la revolución que si comenzó con la recepción de aquellas experiencias terminó por desplazar las perspectivas insurreccionalistas en favor de una nueva noción de revolución como guerra. La importancia de esa reconfiguración radica en sus consecuencias: a partir de la nueva constelación simbólica tuvo lugar un proceso de colonización de la palabra política por la jerga bélica; el militante fue recategorizado como combatiente y “la lucha” se transformó en “combate”, concluye Pittaluga. El lugar de actuación del partido ya no estaba al final del proceso revolucionario en tanto guía (como implicaba el imaginario insurreccionalista) sino en sus inicios, en tanto gestor.

Partiendo de estos aportes el presente capítulo intenta, en primer lugar, ofrecer algunas precisiones en torno a las figuras de la insurrección y de la guerra revolucionaria, por ser las principales figuras a las que explícitamente apeló el PRT-ERP a lo largo de su historia. En segundo lugar, se propone ampliar el análisis de la presencia de componentes propios de cada una de ellas en el ideario perretista.

Finalmente, a partir de una ponderación de la actividad armada y no armada del PRT-ERP y del rol que éste le atribuyó a la lucha armada en los distintos momentos de lo que entendía era el proceso revolucionario en marcha, se propone problematizar la extendida idea de un “proceso de militarización” que estaría evidenciado en el desplazamiento de

“lo político” a favor de “lo militar”; o, dicho en otras palabras, de “la política” a favor de “la violencia”.

I. Insurrección y guerra en la tradición revolucionaria

a. Insurrección

Tras el triunfo de la revolución rusa, fue el modelo insurreccional de la toma del poder por parte del proletariado industrial aquel que más ampliamente se extendiera por el mundo de las izquierdas.

Este modelo combinaba la sublevación de masas con la acción organizadora y guía del partido de cuadros. El acontecimiento que daba forma al inicio de la sublevación era la huelga general revolucionaria.

El esquema de acción delineado por Lenin –conforme a los sucesos de octubre de 1917- y retomado por el programa del VI Congreso de la Internacional Comunista (celebrado en Moscú a mediados de 1928) establecía que ante una situación revolucionaria, cuando las masas están en estado de fermentación, la acción del partido debía centrarse en el lanzamiento de consignas cada vez más enérgicas y, paralelamente, en la organización de acciones de masas (asimiladas éstas, generalmente, a las huelgas) ³. El punto culminante de dicha combinación era la huelga general de concierto con la insurrección armada contra el poder de la burguesía.

Al perseguir la destrucción del aparato gubernamental y la toma del poder, el modelo insurreccional apelaba, necesariamente, a “lucha armada”, es decir, exigía un plan militar. Sin embargo, tanto Lenin como aquellos dedicados a sistematizar la teoría insurreccionalista, procuraron diferenciar esta estrategia del blanquismo⁴ enfatizando la

³ Para el leninismo la existencia de una situación revolucionaria estaba determinada por una serie de condiciones tanto objetivas como subjetivas entre las que se destacaban: la imposibilidad para las clases dominantes de mantener íntegramente su dominación, el descontento e indignación de las clases oprimidas (esto es, la idea extendida de que *ya no se puede vivir como en el pasado*) y un aumento sensible de la actividad de las masas.

⁴ El blanquismo es una doctrina revolucionaria que debe su nacimiento al comunista revolucionario francés Augusto Blanqui (1805-1881). Sustentado en la confianza del papel creador de la violencia la táctica blanquista consistía en hacerse en el momento propicio del poder, por medio de una organización

obligada supeditación y circunscripción del accionar armado al contexto del auge de masas. Citando a Lenin, en *La insurrección armada* de A. Neuberg⁵, se advertía que:

“Para ser coronada por el éxito la insurrección debe apoyarse no en un complot, ni en un partido, sino en la clase avanzada [...] La insurrección debe apoyarse en el empuje revolucionario del pueblo [...] debe estallar en el apogeo de la revolución ascendente [...] cuando son más fuertes las vacilaciones de los enemigos”⁶

Y, más adelante, concluía:

“La insurrección en el sentido amplio de la palabra no es, naturalmente, una operación puramente militar [...] es un poderoso movimiento revolucionario, un poderoso impulso de las masas proletarias contra las clases dominantes [...] Es una lucha activa y resuelta de la mayoría activa

armada, secreta, fuertemente organizada y centralizada. La representación de la revolución en el blanquismo se asimilaba, entonces, a un complot militar. Si bien el leninismo heredaría de aquella corriente el postulado de la necesidad de una organización preparadora y conductora del proceso revolucionario –así como la idea de un “revolucionario profesional”– centraría el blanco de sus críticas en la desconsideración de Blanqui respecto de la imprescindibilidad de condiciones objetivas y subjetivas sin las cuales toda insurrección se vería frustrada. En palabras de Lenin: “Para poder triunfar, la insurrección debe apoyarse no en una conjuración, no en un partido, sino en la clase más avanzada. Esto en primer lugar. La insurrección debe apoyarse en el *auge revolucionario del pueblo*. Esto en segundo lugar. La insurrección debe apoyarse en aquel momento de viraje en la historia de la revolución ascensional en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos débiles, a medias, indecisos, de la revolución. Esto en tercer lugar. Estas tres condiciones, previas al planteamiento del problema de la insurrección, son las que precisamente diferencian *el marxismo del blanquismo*” (Lenin, *Marxismo e insurrección*, 1917, en: www.marxistis.org). Para una reevaluación de esta figura y esta corriente en una clave no leninista, ver Bernstein, Samuel: *Blanqui y el blanquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1975.

⁵ Neuberg A. fue el nombre colectivo ficticio con que se publicó *La Insurrección armada*, obra conjunta del Estado Mayor del Ejército Rojo y la KOMINTERN, cuya primera edición data de 1928. Esta obra fue publicada en diversos idiomas, principalmente en Europa durante los primeros años de la década de 1930. En Argentina fue publicada por la Ed La Rosa Blindada en 1972. Emilio Jáuregui, asesinado en junio de 1969 en Buenos Aires, fue el responsable de la corrección. La edición local de 1972 se basó en la primera edición española, aparecida en Madrid en 1932, bajo el sello de la Editorial Roja.

⁶ Neuberg, A.: *La insurrección armada*, Buenos Aires, Ed. La Rosa Blindada, 1972, pág. 56

en el momento decisivo. Las operaciones militares de la organización de combate deben coincidir con el apogeo del movimiento del proletariado”⁷

En cuanto a la organización de las fuerzas militares del proletariado, *La insurrección armada* aconsejaba la conformación de la “guardia roja” [entendida ésta como pequeños grupos organizados a nivel de fábrica] “por todas partes a la vez” en la situación inmediatamente revolucionaria, postergando la formación de unidades más grandes para el momento posterior a la toma del poder. Se explicaba, a continuación, que las características específicas de las operaciones que lleva consigo la insurrección difieren sensiblemente de la de los ejércitos regulares:

“En primer lugar, no hay una línea de frente determinada entre los beligerantes [...] Amigos y enemigos no están separados territorialmente [...] En segundo lugar [...] el proletariado no poseerá aún un verdadero Ejército rojo regular, organizado y equipado”.⁸

Se entendía que la construcción de una fuerza militar equiparable o superior a la de las fuerzas armadas enemigas tendría lugar *en el transcurso de la insurrección*, ya que

“La misma situación de proletariado como fuerza atacante, la situación política general, favorable a la insurrección [...] favorecen objetivamente la obtención de esta superioridad”⁹

Es necesario apuntar que la planificación de la insurrección –pensada en el esquema leninista que se configura a partir de abril de 1917 como un *arte*¹⁰– no podía menos que implicar la “preparación” militar de cuadros en el seno del partido. A tal fin, éste debía contar con un Comité Militar Revolucionario (cuya función y responsabilidad principal fuese el adiestramiento de cuadros, la planificación de las acciones militares y el abastecimientos de recursos materiales). Lo importante a destacar aquí, en todo caso, es que en el modelo insurreccionalista la actuación efectiva de las fuerzas militares se inscribían en el contexto de una situación revolucionaria, entendida ésta como un período de “auge de masas”, de ciclo de sublevaciones parciales pero ascendentes en su radicalidad y desafío político y que implicaba, por lo demás, la desorganización y

⁷ Neuberg, A.: op. cit., pág. 65.

⁸ Neuberg, A., op. cit. pág. 200.

⁹ Neuberg, A., op. cit. pág. 201.

¹⁰ Lenin, *Marxismo e insurrección*, 1917, en www.marxists.org

debilitamiento de las fuerzas enemigas. Es decir, a diferencia de otros modelos como la teoría del foco o la guerra popular prolongada, la lucha armada se circunscribía a la etapa final de la confrontación entre clases con vistas a la toma del poder estatal. Era, de alguna manera, expresión y consecuencia, a la vez, del momento en que dicha confrontación, por su agudeza “se transforma en guerra civil abierta”¹¹. Dicho en otras palabras, la guerra civil revolucionaria, desde la perspectiva leninista, remitía a ese período de enfrentamiento final entre “dos partes del pueblo”; escena emergente a partir del movimiento insurreccional. La lucha armada no era, entonces (como lo sería en otras expresiones de la voluntad revolucionaria) ni la usina que alimentaba el proceso revolucionario, ni la principal forma de lucha hacia la toma del poder. Era la modalidad final e imprescindible que acompañaba el alzamiento de las masas, pero supeditada a los otros “procedimientos esenciales [...]: la influencia educadora y organizadora del socialismo”¹².

Por último, y partiendo de las experiencias de las insurrecciones europeas de principios del siglo XX, el planteo insurreccionalista preveía que el desarrollo de la “guerra civil” tendría lugar principalmente en las ciudades (donde se concentraba el proletariado industrial) para luego expandirse territorialmente, a partir de la consolidación del poder proletario en los principales centros políticos y económicos, hacia el campo.

b. Guerra popular prolongada

Las experiencias de las revoluciones china y vietnamita habrían de ofrecer a las izquierdas, especialmente aquellas de los países del Tercer Mundo, un nuevo modelo estratégico para la toma del poder¹³.

Una estructura económico-social signada por la presencia de una población abrumadoramente campesina, sometida en gran medida a relaciones de dominación precapitalistas (caracterizadas en el mundo comunista como “feudales” o “semifeudales”) y el combate contra un enemigo colonialista o invasor determinaron en

¹¹ Lenin, La guerra de guerrillas, 1906, en www.marxists.org

¹² Lenin, op. cit.

¹³ Quizás no sea en vano señalar que este nuevo modelo emergió en parte porque la estrategia insurreccionalista aplicada por la Internacional Comunista fracasó reiteradamente; al tiempo que tras la Guerra Fría, las directivas de la Kominform dejaron de los partidos comunistas hacia la “toma del poder”.

estas experiencias la conjunción entre *guerra de liberación* y *guerra revolucionaria*. Esta conjunción no podía menos que implicar una estrategia alternativa a la insurreccional; y esa estrategia recibiría el nombre de *guerra popular prolongada*. Así lo explicaba el General Vo Nguyen Giap, conductor de las fuerzas de liberación vietnamitas:

“la guerra de liberación del pueblo vietnamita para poder crear condiciones de victoria, debía ser *una guerra de prolongada resistencia especialmente difícil*. Toda concepción nacida de la impaciencia que pretendiese una victoria rápida hubiera sido un grave error. Había que aplicar resueltamente la estrategia de la resistencia prolongada [...] preservar y aumentar poco a poco nuestras fuerzas, hostigando y destruyendo progresivamente las del enemigo. Era preciso acumular millares de pequeños éxitos para llegar a una gran victoria. A este precio podíamos modificar paso a paso la correlación de fuerzas, pasar de la inferioridad inicial a la superioridad y obtener la victoria final. Muy pronto nuestro partido supo caracterizar esta guerra: guerra del pueblo y guerra prolongada”¹⁴

Una de las características fundamentales de la guerra popular prolongada era que, en tanto suponía la confrontación bélica con un enemigo técnicamente superior, su propio desarrollo implicaba la construcción de una fuerza militar que iría “de lo pequeño a lo grande, de lo débil a lo fuerte” a través “de mil batallas tácticas”, como advertían la máximas del líder chino, Mao Tsé Tung.

El crecimiento del “Ejército del Pueblo” estaba necesariamente ligado a la consolidación (por sinuosa y zizgueante que ésta fuera) del control territorial, cuyo sentido iba del campo hacia la ciudad, momento crucial éste en el cual, recién entonces, tendría lugar el llamado a la insurrección general.

En resumidas cuentas, la “guerra del pueblo” no era más que la vía o la forma para una paulatina “acumulación de fuerzas” políticas y militares (identificadas con “la nación” y “el pueblo” simultáneamente) hasta acusar una clara superioridad de fuerzas respecto del enemigo. La figura de la guerra no evidenciaba, como en el modelo

¹⁴ Giap, Vo Nguyen: *Vietnam liberado. Guerra del pueblo-Ejército del pueblo*, Ediciones La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1971, pp. 40-41.

insurreccionalista, la etapa culminante de la situación revolucionaria signada por el auge de masas; sino que era su propio motor, y el Ejército –aunque bajo la dirección del partido– su gran protagonista.

El crecimiento “de lo pequeño a lo grande” tenía un claro correlato en las modalidades del enfrentamiento bélico. La “guerra del pueblo” atravesaba necesariamente varias etapas que expresaban tácticas de combate específicas acorde con la correlación de fuerzas. Comenzaba bajo la forma de guerra de guerrillas para transformarse gradualmente en una guerra de movimientos (forma de combate en que comienzan a evidenciarse principios de la guerra regular) que en su etapa final se combinaba parcialmente con la guerra de posiciones.

La sucesión de estas etapas no podía menos que exigir la transformación del “Ejército del Pueblo” en un verdadero ejército regular. Nuevamente en palabras del general Giap:

“Importa proseguir, activa y firmemente, sobre la base de un fortalecimiento continuo de la conciencia política, la transformación progresiva del Ejército popular en un ejército regular y moderno [...] Para elevar la capacidad combativa del ejército, para lograr una fuerte centralización del mando y una coordinación estrecha entre las diferentes armas, es indispensable poner en vigor *reglamentos propios de un ejército regular*”¹⁵

En el transcurso de su crecimiento –y como condición del mismo– el “Ejército Popular” incorporaba a sus filas la población de los territorios que funcionaban como “teatro de operaciones”. Esta incorporación adquiría modalidades y sentidos variados según la etapa de la guerra de la que se tratase, las características de la población, etcétera. En su conjunto, se materializaba en la construcción y consolidación de una base de apoyo local que favorecía tanto la subsistencia del ejército como el refuerzo de su capacidad operativa (ya sea a través del simple reclutamiento, de la constitución de unidades de retaguardia, de inteligencia o logística, etcétera). En definitiva, era esta base de apoyo lo que permitiría al “Ejército del Pueblo”, en palabras de Mao Tse Tung, “moverse como pez en el agua”.

Ahora bien, a diferencia de un ejército regular moderno identificado con un Estado-Nación, el “Ejército del Pueblo” no sólo se erigía como representante de una nación

¹⁵ Giap, Vo Nguyen, op. cit. pág. 78

ocupada sino que también, y fundamentalmente, como ejecutor de las tareas revolucionarias emanadas del “interés de clase”. De ahí, de su carácter eminentemente político, la estipulada supeditación del ejército al partido, supeditación cristalizada en la célebre fórmula “la política manda al fusil”. Pero en tanto la revolución asumía la forma de una guerra prolongada motorizada por el Ejército y en tanto las masas campesinas se incorporaban a él a partir de su expansión territorial, el Ejército “forjado en la línea política del partido” debía necesariamente llevar a cabo “un perseverante trabajo político sobre sus hombres”¹⁶, erigiéndose, en consecuencia, en el educador político de las masas.

“La dirección del Partido es la clave que garantiza al ejército las condiciones que le permitirán mantener su carácter de clase y realizar su tarea revolucionaria. Para el Ejército es fundamental. Debe realizarse en el terreno político: llevar la línea y la política del Partido al ejército a fin de hacer de éste el instrumento fiel del Partido en la realización de las tareas revolucionarias. Debe realizarse en el plano ideológico: inculcar al ejército la ideología de la clase obrera, el marxismo-leninismo, hacer de la ideología marxista leninista la guía de nuestro ejército en todas sus acciones y su único pensamiento directriz”.

Para las organizaciones revolucionarias de distintas partes del mundo la apelación al modelo insurreccionalista de la toma del poder o al de la guerra popular prolongada (por mencionar sólo estos dos modelos) no podía menos que conllevar sensibles diferencias tanto en lo relativo a definiciones político-organizativas, como en lo referente al establecimiento de sus estrategias políticas y militares, y, finalmente, respecto de aquellas implicancias que, desde la dimensión de lo simbólico, delinearon las subjetividades partidarias.

Es de suponer que la apelación a una u otra estrategia estuvo determinada en cada caso por las condiciones sociales, económicas, demográficas y políticas de cada país en donde aquellas organizaciones se plantearan la disputa del poder; o, al menos, de la caracterización o lectura que de dichas condiciones realizaran los revolucionarios.

¹⁶ Giap, Vo Nguyen, op. cit. pág. 48

No sería en vano señalar, sin embargo, que, probablemente, en la definición de algunas estrategias operaran ciertas certezas y voluntades previas que, descansando bajo la nómina de las “aplicaciones creadoras”, impulsaran la adopción de una u otra aún cuando las condiciones históricas particulares no resultaran asimilables a aquellas que habían dado origen al modelo adoptado.

II. La guerra revolucionaria del PRT-ERP

Como ha sido señalado en el Capítulo 1, el FRIP, caracterizaba a la Argentina como un país “semicolonial” y “seudointindustrializado”. La seudointindustrialización, se entendía, había acentuado “desniveles regionales”: los “islotos industriales” de Buenos Aires y el Litoral coexistían con formas de explotación colonial o semicolonial en las industrias primarias del Interior. Conforme a la teoría trotskista del “desarrollo desigual y combinado”, el capitalismo argentino había conformado un numeroso proletariado rural que, sometido a formas extremas de explotación, había alcanzado, en los primeros años de la década de 1960 y especialmente en los ingenios azucareros, “el método más avanzado de combate espontáneo de la clase obrera argentina: la ocupación de fábricas”¹⁷.

El abrumador componente *proletario* de la estructura económico-social argentina, no podía menos que orientar la mirada del FRIP hacia el modelo insurreccional. La insistente advertencia de la necesidad de una organización de vanguardia que trabaje en el terreno sindical e indique “una estrategia revolucionaria llevando a la clase obrera a una abierta lucha contra el régimen”¹⁸ da cuenta de la apelación a la táctica insurreccionalista. Al mismo tiempo, el factor de los “desniveles regionales” obligaba a la organización revolucionaria a buscar nuevos ajustes para aquel modelo.

“La existencia en el país de zonas económicas netamente diferenciadas, origina distintas relaciones de producción [...]. Estos desniveles regionales

¹⁷ *Norte Argentino*: “El proletariado rural detonante de la revolución argentina. Tesis Políticas del FRIP”, 1964 (Tesis VI: “El proletariado rural, con su vanguardia, el proletariado azucarero, es el detonante de la revolución Argentina”).

¹⁸ *Norte Argentino*, op. cit (Tesis VI).

plantean a la vanguardia problemas tácticos, programáticos y formas de trabajo político que deben medirse cuidadosamente para el posterior planteo de la táctica insurreccional”¹⁹

A los ojos del FRIP era la escena de un proletariado *rural* combativo en contraste con un proletariado urbano sometido a estructuras sindicales burocráticas aquello que finalmente impondría particularidad al caso argentino. La Tesis IV (“La burocracia sindical centralizada en Buenos Aires es el principal obstáculo para el desarrollo del proletariado y debe enfrentársela sobre la base del movimiento obrero del interior”) afirmaba que la existencia de sectores privilegiados en el seno de la clase obrera, concentrados en los grandes núcleos industriales habían favorecido la consolidación de un poderoso aparato burocrático. Por añadidura [recordemos que este documento es anterior a la fusión del FRIP con Palabra Obrera],

“la inexistencia de un partido revolucionario capaz de someter la lucha económica a una lucha política revolucionaria, capaz de llevar al proletariado a superar las limitaciones de las reivindicaciones puramente económicas, también ha favorecido el fortalecimiento de la burocracia”²⁰

En consecuencia, si en la tradición insurreccionalista era el proletariado industrial urbano el actor que, asumido en “clase para sí”, conduciría los destinos de la revolución, en la “adaptación” que de aquella hiciera el FRIP, atendiendo a las particularidades del caso argentino, el “detonante” de esa revolución sería el “proletariado rural con su vanguardia, el proletariado azucarero”²¹ (Tesis VI).

Por su parte, Palabra Obrera, fiel a la tradición trotskista, encontraba en la Revolución de Octubre el modelo a seguir y, por tanto, sostenía una estrategia insurreccionalista “clásica”. De ahí, que hubiera concentrado sus esfuerzos militantes en el trabajo sindical —especialmente en el ámbito de los obreros industriales de Buenos Aires— a través de diversas tácticas que iban de la propaganda política al entrismo²². En el imaginario morenista, el accionar político de la vanguardia sobre el proletariado industrial y sus

¹⁹ *Norte Argentino*, op.cit. (Tesis V: “En la República Argentina el eslabón más débil de la cadena es el Norte Argentino”).

²⁰ *Norte Argentino*, op. cit. (Tesis IV)

²¹ *Norte Argentino*, op. cit. (Tesis VI)

²² Como se verá en el Capítulo 5, la táctica entrista significaba el ingreso de los militantes trotskistas a las agrupaciones gremiales peronistas con el fin de incidir u orientar en sus posicionamientos políticos.

sindicatos permitiría que la agudización de la crisis económica desembocara en crisis revolucionaria y se produjera entonces la huelga general que derribaría el poder de la burguesía.

El proceso de diálogo y fusión entre FRIP y Palabra Obrera ha sido analizado en Capítulo 1, al igual que la ruptura de 1968 entre la corriente morenista (PRT-La Verdad) y la liderada por Mario R. Santucho (PRT-El Combatiente). Interesa señalar aquí que, aunque no contemos con evidencias suficientes para afirmar que la tensión entre la definición por una vanguardia revolucionaria conformada por el proletariado azucarero del Norte argentino o por un proletariado industrial concentrado en Buenos Aires y el Litoral se disipara completamente tras la unificación, lo cierto es, en todo caso, que la figura de una revolución proletaria por vía insurreccional fue uno de los elementos que conformaron el mapa de los acuerdos. Es probable también que la expectativa de “sumar” las influencias de una y otra organización en ambas regiones haya contribuido a debilitar aquella tensión.

Los motivos de la ruptura de 1968 entre ambas vertientes implicaban, necesariamente, un abandono de la estrategia insurreccionalista por parte de la corriente liderada por Santucho. En efecto, ese mismo año, en el famoso “Libro Rojo”, escrito con vistas a la celebración del IV° Congreso partidario al que la corriente de Moreno finalmente no asistió, se hacía una explícita desestimación de aquella estrategia²³. Bajo el título

²³ El apodado “Libro Rojo”, se titulaba, en realidad, *El único camino hacia el poder obrero y el socialismo*, constaba de 5 capítulos: 1) “El marxismo y la cuestión del poder”; 2) “¿Tenía nuestro Partido una estrategia de poder?”; 3) “Relaciones entre la revolución mundial, regional y continental”; 4) “Nuestra estrategia y tácticas nacionales deben partir de las características de nuestra revolución”; y 5) “Las tareas y organización del Partido”. El texto fue escrito en el contexto de la ruptura entre la corriente representada por Moreno y aquella liderada por Santucho. De ahí que esta última plasmara en el propio título del libro (*El único camino...*) su propia determinación de organizar en lo inmediato la actividad militar. El texto recibió el nombre de “librito rojo” por el color de sus tapas; aunque la denominación puede ser leída también como un código de militancia que emulaba “el libro rojo de Mao”, un texto, también de tapas rojas, que reunía las máximas del líder chino. Los autores del “librito rojo” firmaron bajo los seudónimos de: Sergio Domecq, Carlos Ramírez y Juan Candela. Según advierte Helios Prieto (Juan Candela), integrante por aquel entonces de la dirección partidaria, este documento “fue el resultado de una larga negociación que se produjo, muchas veces a los gritos, entre Santucho y yo, en un departamento que compartíamos en calle Lavalleja con Corrientes, entre noviembre de 1967 y febrero de 1968. No hay una sólo línea en ese documento que haya sido escrita por Sergio Domec [...]. Cuando por

“¿Tenía nuestro Partido una estrategia de poder?” el capítulo 2 del texto estaba dedicado casi en su totalidad a cuestionar la posición insurreccionalista sostenida aún por Moreno y que, ahora, se consideraba “espontaneísta”.

“El método que ‘preconizábamos’ para disputar y tomar el poder era la huelga general insurreccional [...]. Esta ‘preconización’ de la huelga general insurreccional, es el canto más alto que se ha entonado al espontaneísmo en la historia del marxismo”²⁴

Y más adelante, dictaminaba:

“Nuestro Partido ha carecido hasta la fecha de una estrategia de poder correcta. Hemos venido sustentando la errónea concepción de que el poder se lo tomará por una insurrección urbana espontánea en cuyo curso tomaríamos la dirección del movimiento de masas, el proletariado se armaría y en un período relativamente corto accederíamos al poder. Nuestro Partido debe autocriticarse de tal concepción espontaneísta...”²⁵

Una “estrategia de poder correcta”, se explicaba, no podía tener como referencia histórica la experiencia de la revolución rusa. Y esto porque aquella experiencia había tenido una característica específica que había posibilitado el triunfo de la insurrección: el ejército zarista estaba combatiendo en el frente en una “guerra injusta” y se encontraba, por tanto “en plena descomposición”. En contraste, decenas de otras insurrecciones urbanas habían sido aplastadas “debido a la debilidad relativa de la población insurreccionada, frente a un sólido ejército burgués o frente a la intervención imperialista”²⁶.

fin el documento estuvo acabado, Sergio nos pidió, más bien nos suplicó, a Santucho y a mí, que lo hiciéramos aparecer como firmante, cosa que, tanto a Santucho como a mí, nos pareció políticamente conveniente para sumar fuerzas para ganar el Congreso; aceptamos. Las tormentosas discusiones que sostuvimos Santucho y yo durante todos esos meses dieron como resultado que yo redactara un documento en el cual, para mantener unido el frente anti-Moreno, hice muchas concesiones a Santucho” (Helios Prieto: Correo privado a Horacio Tarcus, Barcelona 22 de julio de 2008). Volveremos sobre este punto más adelante.

²⁴ *El único camino hasta el poder obrero y el socialismo*, Ed. El combatiente, 1969, pág. 36.

²⁵ *El único camino...: op. cit.*, pág. 38.

²⁶ *Ibidem*, pág. 33.

La experiencia soviética, advertía el PRT, no se repetiría, no al menos en una América Latina dominada por un imperio que había aprendido rápidamente la lección de la revolución cubana y no se dejaría sorprender por segunda vez. Y la intervención militar de los EEUU en Santo Domingo, se recordaba, estaba allí para demostrarlo.

En añadidura,

“los revolucionarios no podemos contar ya con las guerras inter-imperialistas como importante factor para la victoria de la revolución que tanto favoreciera a las revoluciones rusa, china y de Europa Oriental”²⁷

Sin un enemigo “en plena descomposición” y ante la evidencia histórica de decenas de insurrecciones urbanas sofocadas “debido a la debilidad de la población insurreccionada”, lo que urgía, entonces, como tarea imprescindible e impostergable para los revolucionarios perretistas era precisamente la construcción *desde el vamos* de una fuerza militar que, en su gradual crecimiento, fuera capaz de enfrentarse, en primera instancia, al ejército burgués y, eventualmente, a una invasión imperialista.

Desestimada la replicabilidad de la experiencia soviética, la palabra perretista evocará, los “aportes teóricos y programáticos” de las revoluciones triunfantes china y cubana, “a saber:

- a) que no hay otro camino para la toma del poder que la lucha armada
- b) que la lucha armada no se inicia como corolario de una insurrección popular triunfante, sino que puede comenzar como reacción defensiva de las masas y de su vanguardia, en circunstancias del más pronunciado retroceso
- c) que la construcción del ejército revolucionario, sin el cual es hoy día imposible la toma del poder, es una tarea a realizar en el campo, en zonas sociales y geográficas favorables, yendo de lo pequeño a lo grande, de lo débil a lo fuerte”²⁸

En resumidas cuentas, para la corriente liderada por Santucho, el inicio en lo inmediato de la lucha armada y la construcción de un ejército revolucionario eran las únicas posibilidades que se abrían para la revolución en Argentina. Y detrás de esa construcción “a realizar en el campo [...] yendo de lo pequeño a lo grande” resonaban los ecos de la *guerra popular prolongada*.

²⁷ Ibid., pág. 22.

²⁸ Ibid., pág. 33.

La adopción de una estrategia de poder alternativa a la insurreccional y que enmarcara las determinaciones partidarias en torno a la lucha armada encontraba su fundamentación teórica en el “Libro Rojo”. El capítulo 1 (“El marxismo y la cuestión del poder”) intentaba sistematizar y presentar en forma de aportes acumulativos el pensamiento de los “grandes dirigentes y teóricos del marxismo revolucionario” al respecto. Se presentaba, entonces –en una apelación que ha sido considerada en más de una oportunidad como un uso pragmático cuando no instrumental de la teoría²⁹–, un recorrido por algunos escritos de Engels, Lenin, Mao Tse Tung, Trotsky y por otros emanados del castrismo. En ese recorrido, las citas escogidas de Lenin (cuando no las interpretaciones que de ellas hacía el PRT), opacaban las otrora pertinencias de la vía insurreccional, resaltando, en cambio, aquellas nociones que otorgaban al proceso revolucionario el carácter de guerra prolongada.

En efecto, se extraían allí textos del líder ruso (especialmente *La guerra de guerrillas de 1906*) en los que éste aludía al concepto de guerra para referirse no sólo a la experiencia de la revolución rusa sino, también, a otras venideras:

“Es completamente natural e inevitable que la insurrección revista las formas más altas y complicadas de una larga guerra civil extensiva a todo el país, es decir, de una lucha armada entre dos partes del pueblo. Esta guerra no podemos concebirla más que como una larga serie de grandes batallas separadas unas de otras por períodos de tiempo relativamente largos, y una gran cantidad de pequeños encuentros librados a lo largo de esos intervalos”³⁰.

Más aún, se insistía en que Lenin había advertido claramente acerca de la necesidad de postergar el llamado a la insurrección al momento culminante de un largo proceso:

²⁹ Eduardo Weisz, por ejemplo, sostiene que “en la escisión entre teoría y praxis que caracterizó a gran parte del marxismo del siglo XX, las corrientes políticas han frecuentemente interpretado el trabajo teórico como utilización de citas de los clásicos para demostrar –con su autoridad– la corrección de la política defendida. En *El único camino hacia el poder obrero y el socialismo* [...] se hará una lectura, a nuestro entender completamente sesgada, de algunos artículos de Lenin en los que el dirigente ruso habla de guerra de guerrillas [...]. Se citan aquellas partes que concuerdan con la política cuya corrección pretende por este medio demostrarse y no se hará referencia a aquellas partes de estos artículos que contradigan lo que se quiere demostrar” (Weisz, Eduardo: op. cit., pp. 50-51).

³⁰ *El único camino...* pp. 14-15.

“Podemos decir que los elementos tácticos que Lenin agrega a la concepción clásica (tácticos porque son subordinados a la estrategia de guerra civil prolongada) son los siguientes: a) el ya conocido planteo de la necesidad de un fuerte partido centralizado, clandestino y dirigido por profesionales, b) que la lucha armada se libra en todas las etapas, tanto en las ‘grandes batallas’ como en las épocas de retroceso bajo la forma de ‘una gran cantidad de pequeños encuentros’ y c) la necesidad para la victoria de la revolución, de un ejército revolucionario, organizado a partir de la preparación militar del propio partido y la creación de destacamentos armados del proletariado [...] el llamado a la insurrección general sólo debía hacerse cuando hayan ‘madurado las condiciones generales de la revolución’, cuando se ‘hayan revelado en formas definidas el estímulo y la disposición de las masas a la acción’, cuando ‘las circunstancias exteriores (objetivas) hayan desembocado en una crisis evidente’...”³¹

No es en vano señalar que la selección y lectura de los escritos leninistas parecen haber estado guiados por una convicción y voluntad previa (la pertinencia y necesidad de iniciar la lucha armada en la Argentina). Y si bien es innegable que toda lectura es *activa* e implica un proceso de significación subjetiva, o, dicho en otras palabras, que toda lectura parte de un contexto general y un marco conceptual que determinan la interpretación del texto, no puede dejar de advertirse que la edición de las citas leninistas plasmadas en *El único camino...* incluía omisiones –y agregados– que no podían menos que implicar lineamientos políticos distintos a los que el texto, en rigor, ofrecía.

No se trata aquí de postular interpretaciones certeras o inequívocas de los escritos leninistas, sino de dar cuenta de la lectura y el uso que de ellos realizaba la dirección partidaria. Resulta entonces oportuno volver sobre el texto de Lenin, *La guerra de guerrillas* y confrontarlo con las citas escogidas por el documento perretista.

La primera omisión fundamental que se advierte en este documento respecto del texto del líder ruso es que, escrito en 1906, se refería a la guerrilla ya desatada a partir de la insurrección de diciembre de 1905. Respondiendo a las acusaciones que asimilaban los actos de guerrilla a la tradición blanquista y anarquista, Lenin enfatizaba:

³¹ *Ibid.* pp. 15-16.

“la relación de la nueva forma de lucha con la insurrección que estalló en diciembre y que madura de nuevo [...]. La extensión de la lucha de “guerrillas”, precisamente después de diciembre, su relación con la agravación de la crisis no sólo económica, sino también política, son innegables. El viejo terrorismo ruso era obra del intelectual conspirador; ahora, la lucha de guerrillas la mantiene, por regla general, el obrero combatiente o simplemente el obrero sin trabajo [...]. El ejemplo de los letones demuestra perfectamente que el método, tan común entre nosotros, de analizar la guerra de guerrillas al margen de las condiciones de una insurrección, es incorrecto, anticientífico y antihistórico. Hay que tener en cuenta esta atmósfera insurreccional [...]. La lucha de guerrillas es una forma inevitable de lucha en un momento en que el movimiento de masas ha llegado ya realmente a la insurrección y en que se producen intervalos más o menos considerables entre “grandes batallas” de la guerra civil”³².

No había en el texto original mención alguna a la idea de que “la lucha armada se libra en todas las etapas”, como afirma *El único camino...*; tampoco se aseveraba que debía impulsarse esta forma de lucha “en las épocas de retroceso bajo la forma de una gran cantidad de pequeños encuentros”. Sí se refería, por cierto, a grandes y pequeñas batallas libradas en forma intermitentemente durante el período de la guerra civil; pero ésta se entendía, precisamente, como la forma de confrontación configurada a partir del contexto insurreccional. Si se restituye el párrafo inmediatamente anterior al que citaba *El único camino...* (aquél que comenzaba advirtiendo “es completamente natural e inevitable...”) se advierten mayores precisiones respecto de aquel contexto:

“Es, pues, completamente natural e inevitable que en una época semejante, **en una época de huelgas políticas en escala nacional**, la insurrección no puede adoptar la antigua forma de actos aislados, limitados a un lapso de tiempo muy breve y a una zona muy reducida. Es completamente natural e inevitable que la insurrección tome formas más elevadas y complejas de una guerra civil prolongada y que abarca a todo el país, es decir, de una lucha armada entre dos partes del pueblo. Semejante guerra no puede concebirse más que como una serie de pocas grandes batallas, separadas unas de otras

³² Lenin, *La guerra de guerrillas*, en www.marxists.org

por intervalos relativamente considerables y una gran cantidad de pequeños encuentros librados durante estos intervalos”³³.

En una organización donde la palabra de los referentes históricos del marxismo asumía el valor de *verdad* y guía para la acción, las omisiones y agregados señalados, por deliberados o inadvertidos que hayan sido, venían a ratificar a los ojos de la dirección partidaria la corrección de una determinación previa y, al mismo tiempo, la fundamentaban y legitimaban ante el colectivo partidario. Dicho de otro modo, en las palabras editadas de Lenin la corriente santuchista confirmaba, en un contexto de ruptura con el morenismo, aquello que quería demostrar, a saber: que la revolución asumiría la forma de guerra prolongada; que, en consecuencia, las huestes revolucionarias debían prepararse militarmente para esa guerra y que, finalmente –y de eso se trataba– esa preparación exigía la construcción de un ejército revolucionario que se iría templando en el propio transcurso de la guerra.

De ahí que se concluyera:

“Lenin consideraba que la insurrección triunfaría después de una guerra civil prolongada [...]. En el transcurso de la guerra [...] el proletariado iría adquiriendo fuerza y experiencia, iría formando un partido fuerte, templado en la acción [...] y, a la vez, un ejército revolucionario templado tanto en las ‘grandes batallas’ de las épocas de auge revolucionario, como en la ‘gran cantidad de pequeños encuentros’ librados en los largos períodos de retroceso revolucionario”³⁴

En suma, así como el leninismo había significado una *apropiación* de Marx (el llamado “marxismo-leninismo”, en el cual las tesis de Lenin se proyectaban sobre el pensamiento de Marx), la emergencia de la teoría de la guerra popular prolongada no operó como ruptura con el leninismo sino su relectura en tanto eslabón necesario.

Bajo el manto de esta certeza (la necesidad de construcción de un ejército revolucionario) no es sorprendente la evaluación que el documento realizaba del “aporte”

³³ Lenin, *La guerra de guerrillas*, 1906

³⁴ *El único camino...* pág. 15.

teórico del trotskismo en cuanto a la “cuestión del poder”. Haciendo referencia al escrito de León Trotsky *Nuestro Programa Transitorio*³⁵ cuestionaba:

“Nuestro Programa Transitorio [...] yerra en la apreciación de cuáles son las formas de lucha adecuadas y las etapas futuras de la revolución. Es decir: subestima el papel del campesinado, ignora el papel de la guerra de guerrillas como método de construcción del ejército revolucionario en el campo, y no plantea el carácter de guerra revolucionaria civil –de carácter prolongado– que tendría la revolución en los países agrarios, coloniales y semicoloniales”³⁶

En contraste, se destacaba del trotskismo el hecho de haber desarrollado “del modo más perfecto” las tareas transitorias del proletariado entre las que se encontraba “la creación de destacamentos armados y milicias obreras, como embriones del futuro ejército proletario”³⁷.

En resumidas cuentas: a Lenin se lo rescataba íntegramente, buscando referencias a la guerra de guerrillas; a Trotsky se lo reivindicaba sólo parcialmente, por las referencias a las “milicias obreras” en el Programa de Transición; al tiempo que se aceptaba la crítica que los maoístas, los vietnamitas y los cubanos hacían al trotskismo: la subestimación del campesinado, de la guerra civil y de las guerrillas³⁸.

Si aquello que había quedado irresuelto en los textos de los líderes de la Revolución de Octubre se vinculaba con la construcción del ejército “en el campo” y el papel destacado del campesinado en la estrategia de poder, la mirada perretista debía volverse, necesariamente, sobre otras experiencias y teorías en las que aquellas dos deudas se encontraran exitosamente saldadas.

De ahí que, a continuación, *El único camino...* evocara algunas enseñanzas del teórico por excelencia de la guerra revolucionaria: Mao Tse Tung.

³⁵ Probablemente se trate de *El Programa de Transición: la agonía mortal del capitalismo y las tareas de la IV Internacional* (1938).

³⁶ *El único camino...* pág. 17.

³⁷ *Ibidem*, pág. 17.

³⁸ Esta reivindicación parcial de Trotsky parece haber sido ante todo un acuerdo entre los tres firmantes del texto: Domecq y Prieto que provenían del trotskismo y Santucho para quien esa corriente era demasiado equiparable al “morenismo”.

Del conjunto de esas enseñanzas interesa destacar la siguiente: el partido y el ejército rojo deben aprovechar la vastedad del territorio chino y establecer “bases” en los territorios más alejados, menos accesibles para el enemigo y desde allí organizar el poder revolucionario. Pero, en tanto el enemigo es muy poderoso y el ejército rojo es débil y pequeño, “la revolución será una guerra prolongada”. La escena final de este proceso era el ejército campesino (o popular) rodeando las ciudades y tomándolas “llamando a la insurrección”³⁹.

Si en Lenin, sintetiza el “Librito Rojo”, la guerra prolongada era un espiral ascendente, con alzas del proletariado urbano, en Mao esta guerra puede representarse con una línea zigzagueante y quebrada, también ascendente. El Ejército rojo iría creciendo cuantitativamente en “mil batallas tácticas”.

“Mao y el maoísmo continuaron desarrollando el marxismo-leninismo, creadoramente, con la teoría de la guerra revolucionaria popular, de la necesidad de un ejército revolucionario para derrotar al ejército contrarrevolucionario [...] en un proceso prolongado, donde las fuerzas revolucionarias parten de lo pequeño hacia lo grande, de lo débil hacia lo fuerte, mientras la fuerzas contrarrevolucionarias van de lo grande a lo pequeño, de lo fuerte a lo débil y donde se produce el salto cualitativo de la insurrección general, cuando las fuerzas revolucionarias han pasado a ser más fuertes”⁴⁰

El modelo insurreccional de la toma del poder y el de la guerra popular prolongada habían surgido de experiencias históricas sensiblemente dispares. El grado de desarrollo del capitalismo, la preeminencia de un proletariado industrial urbano en un caso o del campesinado en otro, la existencia de un ejército burgués “en descomposición” o el enfrentamiento a un poderoso enemigo invasor, habían determinado el establecimiento de una u otra estrategia. Más aún, éstas se habían pensado como alternativas, siendo las condiciones particulares de cada país las que, en definitiva, determinarían la pertinencia de una u otra.

Sin embargo, ya sea porque tras la ruptura de 1968 una importante cantidad de cuadros que provenían del morenismo se alinearan con Santucho, ya sea porque existía un

³⁹ Ibid., pág. 20.

⁴⁰ Ibid., pág. 21.

amplio consenso acerca de que las características estructurales de la Argentina configuraban la existencia de un numeroso proletariado industrial urbano (exigiendo en consecuencia para la organización de vanguardia un trabajo sistemático sobre sus filas) o quizás por ambas cosas a la vez, lo cierto es que en la definición de la estrategia político-militar del PRT parece haber primado una lógica del *todo suma*.

La tensión mencionada anteriormente –aquella que implicaba una definición entre el proletariado urbano y el proletariado rural del norte como clase conductora del proceso revolucionario– se resolvería por vía de la complementación. Bajo el “pragmatismo” evidenciado en esa complementación es que puede entenderse la queja perretista de que “el maoísmo y el trotskismo se ignoraron mutuamente”, al tiempo que se dictaminaba que

“la tarea teórica principal de los marxistas revolucionarios es fusionar los aportes del trotskismo y el maoísmo en una unidad superior que significará un retorno pleno al leninismo”⁴¹

Por su parte, Helios Prieto, aquél que negociara “muchas veces a los gritos” con Santucho el contenido de *El único camino...* sintetiza así los acuerdos políticos implicados en “aquel retorno pleno al leninismo”:

“Acepté la inclusión del apartado titulado MAOISMO [Cáp. 1: ‘El marxismo y la cuestión del poder’], redactado por Santucho [...] bastante alejado de la valoración que yo ya hacía entonces del maoísmo [...]. Quien tenga el estoicismo necesario para leer hoy el documento, si lo hace con atención, podrá ver en él la yuxtaposición de dos concepciones: una foquista aunque disfrazada de maoísmo y otra de ‘partido-obrero-armado’ racionalizada como marxismo-leninismo-trotskyismo. El resultado final, tal como ha quedado registrado para la trágica historia de las sectas armadas argentinas, fue un acuerdo político entre ambas partes: Santucho y la regional Tucumán emprenderían la guerrilla rural mientras que yo –y Domec– dirigiríamos ‘el partido armado’ que acompañaría las luchas del movimiento obrero en el resto del país”⁴²

⁴¹ Ibid. pág. 21.

⁴² Helios Prieto: Correo privado a Horacio Tarcus, Barcelona 22 de julio de 2008.

La alusión a una concepción foquista resulta oportuna, no porque el PRT la reivindicara en forma explícita sino porque remite a la corriente revolucionaria que, tras la Revolución Cubana, oficiara de referencia para determinar las características particulares que asumirá la guerra revolucionaria en la Argentina y sus etapas, determinando, en consecuencia, las tareas inmediatas de los revolucionarios.

Aquellas características se presentaban como la resultante de un “método de análisis” que la organización emulaba, y que, entendiendo que la “revolución socialista es internacional por su contenido y nacional por su forma”, partía del “estudio” de la situación del capitalismo y de la lucha revolucionaria a escala internacional para culminar en el análisis de las condiciones económicas, políticas y subjetivas de la Argentina. Era ese análisis el que le permitía a la organización “establecer las bases de una estrategia de poder” que determinara, en definitiva, la línea partidaria:

“Del estudio de la situación de conjunto podemos formarnos una idea clara de las etapas y fases de la guerra revolucionaria, de las tareas principales y secundarias de cada etapa, de su duración aproximada, de sus características políticas y militares y de la forma y condiciones en que se producirá la toma del poder por la revolución”⁴³.

El castrismo fue el marco de referencia fundamental de aquel análisis⁴⁴. En primer lugar, dados “los esfuerzos de la dirección cubana por llegar a esa unidad superior”⁴⁵ que permitía a la teoría marxista asimilar e integrar tanto los componentes del trotskismo como los del maoísmo. En segundo lugar, porque al identificar al imperialismo como sistema mundial y última etapa del capitalismo ofrecía la posibilidad de inscribir la lucha revolucionaria local en una estrategia regional y continental al tiempo que centraba a los países del Tercer Mundo como el escenario privilegiado de los cambios venideros.

Desde esta perspectiva, la contradicción fundamental para las fuerzas revolucionarias no se situaba –como profesaba el comunismo alineado con la URSS–, entre campo capitalista y campo socialista sino entre el imperialismo y los movimientos de

⁴³ *El único camino...* op. cit. pág. 11.

⁴⁴ El PRT-ERP no establecía diferenciación alguna entre “castrismo” y “guevarismo” puesto que entendía que esa diferenciación “es falsa” (*El único camino...* pág. 22).

⁴⁵ *El único camino...* pág. 21

liberación nacional. Esto y la naturaleza mundial de la confrontación sentenciaban la imposibilidad del socialismo “en un solo país” al tiempo que determinaba –como ha sido tratado en el capítulo 1– el simultáneo carácter *socialista y antiimperialista* de la revolución.

En su dimensión continental y mundial la estrategia propuesta por el castrismo era, como había alentado el Che Guevara “la creación de dos, tres muchos Vietnam”⁴⁶ ya que como ante el avance de procesos revolucionarios era de preverse la intervención militar imperialista “si los focos de guerra se llevan con suficiente destreza política y militar se harán prácticamente imbatibles...”⁴⁷

Ahora bien, la forma concreta política y militar que asumiría la estrategia continental, debía construirse, se insistía, a partir de las condiciones particulares de cada país y región. No obstante, las enseñanzas del castrismo eran inapelables en un punto: “el principal pilar” de la guerra revolucionaria “está constituido por los ejércitos guerrilleros”⁴⁸. Y llegados a este punto, a ojos del PRT, la discusión en torno a la relación entre partido y ejército se tornaban –ante la realidad latinoamericana donde se advertía la inexistencia de partidos revolucionarios fuertes– secundaria cuando no llanamente estéril, “tan inútil como la vieja discusión del huevo y la gallina”⁴⁹. En definitiva, la construcción de un partido centralizado de cuadros y la de un ejército revolucionario popular no podían pensarse como tareas diferenciadas y consecutivas. Eran ambas tan urgentes como simultáneas:

“La tarea de construcción del partido y construcción de la fuerza militar para los verdaderos revolucionarios, van indisolublemente ligadas. Donde no existen partidos revolucionarios habrá que crearlos como fuerzas militares desde el comienzo. Donde existen y son débiles, habrá que desarrollarlos pero transformándolos en fuerzas militares de inmediato, para que puedan responder a las exigencias que plantea una estrategia político-militar de poder en esta época. Para responder a esta necesidad es que el castrismo

⁴⁶ Guevara, Ernesto “Che”: “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental, 1967

⁴⁷ *El único camino...* pág. 22.

⁴⁸ *Ibid.*, pág. 24.

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 25-26.

plantea la unidad político-militar de la dirección revolucionaria ya que, **en nuestra época la política y el fusil, no pueden ir por separado**⁵⁰.

La larga búsqueda selectiva de *El único camino...* por las diversas tradiciones marxistas debía, finalmente, concluir en la determinación de una estrategia de poder “adecuada” para la Argentina y, en consecuencia, de las tareas partidarias.

Tras un análisis de las condiciones económicas, sociales y políticas del país se arribaba a una serie de conclusiones que, en definitiva, plasmaban las principales nociones rescatadas de aquella búsqueda. Así se sintetizaban:

“1) La revolución argentina es socialista y antiimperialista, es decir, permanente; 2) [...] La clase obrera y el pueblo deberán librar una guerra prolongada para derrotar a la burguesía y al imperialismo e instaurar un gobierno revolucionario, obrero y popular; 3) la revolución es obrera y popular por su contenido de clase, por ser el proletariado industrial su vanguardia y por ser sus aliados la pequeño burguesía urbana en todo el país y el proletariado rural y el campesinado pobre en el norte; 4) dado el carácter de clase y el carácter armado de la revolución éste requiere ser dirigida por un partido y un ejército revolucionarios; 5) en su primera etapa la lucha armada será esencialmente guerra civil y se irá transformando paulatinamente en guerra nacional antiimperialista; 6) por varios motivos la guerra tendrá carácter prolongado [...]; 7) [...] la guerra revolucionaria tomará un carácter cada vez más regional y continental [...]; 8) en esta etapa de la revolución mundial y continental para el triunfo de la revolución en Argentina se requerirán un fuerte partido y ejército revolucionario, la incorporación masiva de la clase obrera y el pueblo a la lucha revolucionaria, la extensión continental de la revolución y una crisis total del imperialismo a escala mundial”⁵¹

A partir de estas consideraciones las tareas partidarias centrales que establecía el IV° Congreso del PRT quedaban determinadas por dos ejes principales y simultáneos, a saber: la preparación de la lucha armada y la consolidación de una línea de agitación y propaganda “de alto nivel político sobre la vanguardia política del movimiento

⁵⁰ Ibid. 26.

⁵¹ Ibid. pp. 51-52.

obrero”⁵² que superara la dimensión sindical y “economicista” que, desde la perspectiva de la corriente santuchista, la había caracterizado hasta entonces.

Estos dos ejes prioritarios implicaban, a su vez, la identificación de “lugares fundamentales de trabajo” que concentraran los esfuerzos militantes. Estos lugares serían:

“el proletariado fabril y, en especial, el de las fábricas y ramas industriales de mayor concentración (metalúrgicos, carnes, textiles, azucareros, automotores) [...]. Para el Norte, consideramos lugar fundamental de trabajo, además del proletariado fabril, el proletariado rural y el campesinado pobre”⁵³

Es de destacar que, a partir de entonces, ambas tareas y ambos “lugares de trabajo” concentraron efectivamente (quizás como acuerdo entre ex morenistas y ex fripistas) los esfuerzos militantes.

Y aunque el IVº Congreso hubiera desestimado explícitamente la estrategia insurreccionalista, el establecimiento de una política de agitación y propaganda de “alto nivel político” y la identificación de los grandes centros fabriles como lugares privilegiados de actividad pueden advertirse como permanencias-herencias de componentes propios de aquella estrategia ante la contundencia de una estructura económico y social que no podía obviarse por completo.

Sin embargo, la caracterización del proceso revolucionario como *guerra prolongada*, la certeza de que la lucha armada debía desarrollarse no sólo en los períodos de auge de masas “cuando la insurrección asume la formas de una guerra civil” (como rezaban los escritos leninistas) sino también “bajo los períodos de reflujo”, la centralidad que en esa guerra ocupaba la construcción de un ejército revolucionario que se desarrollara “de lo pequeño a lo grande”, tanto en las ciudades como en los territorios rurales, en fin, aquellas concepciones que conjugaban la tradición maoísta con el legado guevariano (cuyo postulado central aseveraba que la acción armada de los revolucionarios crea las condiciones subjetivas para la revolución), harían que aquellos otros componentes quedaran opacados por la práctica armada.

⁵² Ibid., pág. 68.

⁵³ Ibid. pág. 73.

Y en tanto “la política y el fusil no pueden ir por separado”, la línea política partidaria intentaría darle un desenvolvimiento simultáneo:

“la comprensión y explicitación de que la lucha armada y no armada de las masas, pacífica y violenta, en todas sus variadas y complejas manifestaciones, es parte inseparable de la guerra popular revolucionaria; que tiene carácter decisivo la permanente vinculación y convergencia, mutuo apoyo, interinfluencia, de la lucha armada y no armada, de las operaciones militares con las manifestaciones, huelgas, ocupaciones de fábricas”⁵⁴

El desarrollo simultáneo de “todas las formas de lucha”, en sus manifestaciones pacíficas y violentas, legales, semilegales o clandestinas, no se llevarían a cabo sin mayores tensiones y aún –a ojos extrapartidarios– contradicciones severas que terminarían entorpeciendo el avance de las fuerzas revolucionarias. Pero el análisis que de las distintas coyunturas políticas hacía el PRT y los pronósticos de ellos derivados – en muchos casos corroborados por el curso de los acontecimientos– no hacían más que ratificar la certeza de que “en esta Argentina que está en guerra la política se hace, en lo fundamental, armada”

Finalmente, y atendiendo a la dimensión de la subjetividad colectiva, se advierte que la caracterización del proceso revolucionario como “guerra” no podía menos que determinar que las distintas tramas de la discursividad partidaria quedaran sensiblemente implicadas en una semántica bélica. Palabras, símbolos, imágenes y mandatos propios de una cultura atravesada por la figura de la guerra ocuparon un lugar decisivo en el proceso de construcción identitaria de la organización.

A continuación, se abordará el problema del así llamado “proceso de militarización”, atendiendo, particularmente, al rol y sentido que el PRT-ERP le otorgó a la lucha armada en las distintas coyunturas políticas en que actuó.

⁵⁴ *Resoluciones del V Congreso*. op. cit. 9

III. La línea partidaria y el problema de la *militarización*.

Como ha sido expuesto en la Introducción, los balances de distintos dirigentes y militantes dieron lugar –con algunas excepciones y matices– a un conjunto bastante homogéneo de críticas de lo que había sido la actuación del PRT-ERP. Estas críticas se concentran, fundamentalmente, en determinados posicionamientos políticos y prácticas de la organización que estarían evidenciando un “proceso de militarización”.

Ahora bien ¿a qué se debió ese “proceso de militarización”? ¿Cuáles fueron sus causas? En gran parte de las intervenciones que han abordado la experiencia perretista las respuestas se centran en la dimensión de los sujetos; esto es: en sus interpretaciones desacertadas o “insuficientes” (de la realidad nacional o de la teoría marxista, por ejemplo) en su escasa experiencia política, en su pobre formación teórica, en su aplicación y/o réplica “esquemática” de conceptos y experiencias históricas lejanas en tiempo y espacio.

Esta idea de una creciente militarización fue dando lugar a una aseveración bastante extendida y aceptada: el desplazamiento de “la política” fue la contracara de la intensificación del accionar armado. La violencia armada y la política se presentan, desde esta perspectiva, como términos claramente diferenciables o aún excluyentes. Quizás la intervención más resonante en esa dirección sea la de Pilar Calveiro en su ensayo *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70*. Allí, anticipado desde el propio título del libro (*política y/o violencia*) se presenta el postulado principal del mismo: la intimidad entre ambos términos estuvo signada menos por la tensión y la imbricación que por el desplazamiento de uno en favor del otro. Es finalmente en la supresión de la política, en su abandono, donde pueden encontrarse las claves de la derrota de las organizaciones revolucionarias armadas: “Lo militar y lo organizativo asfixiaron la comprensión y la práctica política”⁵⁵. Para la autora, entre el surgimiento de las organizaciones armadas y su derrota final, hubo desplazamiento, reemplazo y supresión: “la lucha armada comenzó siendo la máxima expresión de la política primero, y la política misma más tarde”⁵⁶.

⁵⁵ Calveiro, Pilar: *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70*, Buenos Aires, Norma, 2005, pág. 23.

⁵⁶ Calveiro, Pilar, op. cit., 129.

Por su parte, Pablo Pozzi ha ofrecido respecto al problema de la “cuestión armada” una versión ligeramente distinta pero coincidente, en todo caso, con aquellos enfoques que sobreimprimen a la experiencia perretista un postulado –y poco discutido– divorcio entre “la política” y las armas:

“lo militar no guió lo político, pero sí tendió a autonomizarse [...] no hubo militarismo como tal (lo militar guiando a lo político) lo que hubo fue una autonomización de los aspectos militares de la organización. La separación entre ambos aspectos, militar y político, los llevó a desarrollarse por carriles distintos donde a veces chocaban entre sí y a veces se complementaban”⁵⁷.

En el presente apartado se propone abordar el problema de la llamada “militarización” partiendo de la premisa de que la diferenciación-oposición entre *violencia* y *política* se torna *poco productiva* a la hora de analizar la experiencia perretista puesto que no alcanza a explicar las causas de aquella “militarización”.

No debe olvidarse que los fenómenos aquí abordados no remiten a *cualquier tipo de violencia* sino a aquella vinculada directamente a las *disputas por el poder*; se trata, precisamente, de una *violencia política* sustentada en la certeza de su propia imprescindibilidad.

Ofrecer ambos términos (*política* y *violencia*) como finalmente excluyentes implicaría postular que es posible una política sin violencia y una violencia sin marcas políticas; o, dicho de otro modo, que la violencia, en tanto *régimen de medios* puede independizarse de los *fines políticos*, al tiempo que éstos pueden prescindir de medios violentos⁵⁸. No se trata aquí de afirmar lo contrario, ello ameritaría un extenso debate teórico que

⁵⁷ Pozzi, Pablo, op. cit. 271

⁵⁸ Hannah Arendt afirma que “Nadie consagrado a pensar sobre Historia y Política puede permanecer ignorante del enorme papel que la violencia ha desempeñado siempre en los asuntos humanos”, y, al mismo tiempo advierte: “la verdadera sustancia de la acción violenta es regida por la categoría medios-fin cuya principal característica, aplicada a los asuntos humanos, ha sido siempre la de que el fin está siempre en peligro de verse superado por los medios a los que justifica y que son necesarios para alcanzarlo” (Arendt, Hannah, “Sobre la violencia” en Arendt, Hannah: *Crisis de la República*, Ed. Taurus, España, 1999, pp. 112-116). Finalmente, resulta oportuno señalar que lo que Arendt sitúa como opuesto a la violencia no es la *política* sino el *poder*; y al respecto, concede: “Nada resulta tan corriente como la combinación de violencia y poder, y nada es menos frecuente como hallarlos en su forma pura y por eso extrema” (Arendt, Hannah, op., cit., pág. 149).

escapa a las posibilidades de la presente investigación. Sí se trata, en cambio, de analizar **la particularidad del vínculo entre violencia y política** en la historia del PRT-ERP. Y hacerlo a partir de una ponderación que evalúe la preeminencia o supeditación de cada uno de ellos (es decir, si hubo *más política* que violencia o *más violencia* que política) nos enfrentaría a problemas tanto teóricos como históricos de difícil resolución.

Especulemos: ¿qué es lo que determina el carácter *más o menos* político de una acción armada? La “expropiación” de un camión de alimentos, por ejemplo, ¿es un acto *más político* que un “ajusticiamiento”? El secuestro extorsivo de un ejecutivo de una empresa en conflicto o el desarme de un policía ¿son *más políticos* que un asalto a un cuartel?

Si medimos *lo político* a partir de las reacciones del “afuera”, es decir, de la recepción que de una determinada acción tiene lugar en distintos sectores de la población ¿es la llamada “simpatía de las masas” aquello que determina el carácter político de la acción armada? ¿O debemos medir la dimensión política de una acción a partir de la reconfiguración en las relaciones de fuerza que ésta produce? Haciendo caso omiso de las dificultades metodológicas que afrontaríamos para medir “la simpatía de las masas” y optando, en consecuencia, por dar crédito a algunos testimonios, nos encontraríamos con que un mismo tipo de acción armada, los “ajusticiamientos”, por ejemplo, generaron reacciones y consecuencias dispares en momentos distintos. Podría señalarse que esas disparidades tuvieron lugar en función de quién era la persona “ajusticiada” y cual el marco político-coyuntural en el que se llevó a cabo la acción, pero ello no aclararía demasiado el panorama en tanto la decisión de a quién “ajusticiar” –en general, y a excepción, quizás, de las ejecuciones indiscriminadas– no responde a estrategias netamente militares sino que se orientan por la búsqueda de efectos políticos⁵⁹. Algo

⁵⁹ El análisis de los “ajusticiamientos” llevados a cabo por el PRT-ERP se presentará en el Capítulo 3. De todas maneras, un acontecimiento relatado por un entrevistado resulta iluminador de la dificultad de ponderar el carácter *más político* de este tipo de acciones a partir de la “simpatía de las masas”. Recordando que “en general eran aprobados”, Daniel de Santis, evoca un episodio ocurrido en la provincia de Córdoba en el año 1974. “Te cuento una que políticamente fue equivocada pero para que veas el efecto inmediato que produjo [...] habían volteado a Obregón Cano [...] estaba la derecha fascista gobernando Córdoba y había una situación bastante efervescente en el movimiento obrero y cuentan los militantes cordobeses que había un ambiente de Cordobazo, que se palpitaba eso en el ambiente. Bueno,

similar podría decirse de los secuestros extorsivos de ejecutivos de empresas en conflicto. Algunos de ellos fueron “festejados” probablemente a causa del éxito obtenido en las negociaciones, en tanto otros, al entorpecer el diálogo entre los trabajadores y la patronal, provocaron rechazos de envergadura.

¿Se reduciría, finalmente, la dimensión política de un acto armado al sentido de su oportunidad? Si optáramos por una respuesta afirmativa, el problema no estaría ya en el tipo de acciones y prácticas, ni aún en su frecuencia y envergadura, sino en los contextos particulares en los que éstas tienen lugar.

Ahora bien, el ideario revolucionario postulaba que la “orientación de masas” que debían tener las acciones armadas quedaba determinada no sólo por la “simpatía” de las masas sino, además, por el grado de movilización de las mismas. Y aquí entonces nos enfrentamos a un problema no menor: en principio, los índices de movilización de la sociedad argentina no parecen haber registrado cambios abruptos hasta después de las movilizaciones que siguieron al “rodrigazo” (julio-agosto de 1975), momento en el que sí, entonces, se registra un sensible “reflujo”. Paralelamente, en el caso del PRT-ERP es el período que va de 1973 a 1975 no sólo aquel en que se verifican acciones de mayor envergadura y una creciente regularización de sus fuerzas militares⁶⁰, sino también aquel en que parecen verse redoblados los esfuerzos partidarios en los llamados “frentes de masas” y los intentos por acordar alianzas “legales” con distintos agrupamientos sociales y políticos en pos de lo que organización denominó una “democratización” de la confrontación política. Por añadidura, es precisamente el período que va de 1973 a

se llamó a un paro con movilización. Y bueno, estaban los preparativos, las concentraciones previas a marchar hacia el centro en todos los lugares de trabajo...En la usina de Villa Reboll, estaban los de Luz y Fuerza preparándose para salir, y un compañero que había sido obrero, que compartió incluso la sección de trabajo con Tosco, un compañero que era un chico, un pibe, ahí tendría 22, 23 años (y que Tosco en una carta habla de él diciendo ‘ese es pollo de mi gallinero’); y este compañero era muy buen combatiente, de lo mejor [...]. Y bueno, iba en un auto, un Peugeot, con un equipo militar del ERP, para acompañar la movilización. Entonces pasa frente a la usina de Villa Reboll, estaban todos los obreros ahí, y hay un patrullero, vigilando. Entonces da la vuelta y cuando viene, sale por el agujero del Peugeot del techo y los aniquila ahí con un FAL. Y los obreros aplaudían, era un festejo de los obreros. Al otro día lo agarró Tosco y lo re cagó a pedos porque abortó lo que venía después”. (Daniel de Santis, 23 de junio de 2008. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta).

⁶⁰ La regularización del ERP se expondrá en el Capítulo 3

1975 el de mayor crecimiento del PRT-ERP, lo que a ojos de la propia organización vendría a confirmar la pertinencia y oportunidad de su línea política.

Llegados a este punto, resulta necesario admitir que abordar el accionar perretista a partir del postulado de un “proceso de militarización” –o de una “autonomización de lo militar”– sin ser necesariamente equívoco es poco explicativo.

La intensificación del accionar armado del PRT-ERP –fundamentalmente a partir de 1974– y el lugar central que en su imaginario y discursividad ocuparon las figuras bélicas son, a estas alturas, fenómenos innegables⁶¹. Pero si se rechaza la idea –y aquí se hace en forma contundente– que aquello se debió a una particular predisposición a la violencia, a una inclinación deliberada por el uso de las armas o a la locura que éstas acarrearán– no puede dejar de plantearse, entonces, algunos interrogantes.

¿Cuáles fueron las raíces de aquella intensificación del accionar armado perretista? ¿Cuál era el sentido del vínculo entre política y violencia que se configuraba en su imaginario? ¿Qué rol jugaban las armas revolucionarias en el devenir histórico? ¿Cómo se articulaban con las tareas “legales”? ¿Por qué no se retrajo la actividad militar ante el mencionado “reflujo” de masas? ¿Por qué éste no fue advertido, o lo fue sólo tardía y parcialmente?

La expansión simultánea de “todas las formas de lucha” –armadas y no armadas, pacíficas y violentas, legales y clandestinas– fue una constante en la historia de la organización. La constitución de alianzas políticas y “frentes de masas” en distintos espacios (Frente Antimperialista por el Socialismo, Frente Antiimperialista de los Trabajadores de la Cultura, Movimiento Sindical de Base, Tendencia Antimperialista Revolucionaria, etcétera), la compra del diario *El Mundo* y la publicación de la revista *Nuevo Hombre*, sus esfuerzos concentrados en comisiones internas, gremios, sindicatos y centros de estudiantes, entre otras cosas, dan cuenta de la línea partidaria en materia de formas legales de disputa política. Junto a ellas, la organización desplegó –e intensificó– un amplio abanico de acciones armadas.

⁶¹ Se acepta aquí el postulado de una intensificación del accionar armado a partir de 1974 porque, a partir de entonces, se registran acciones “de mayor envergadura” tales como: concentración de ataques a cuarteles, la puesta en práctica de una “represalia indiscriminada” contra integrantes de las Fuerzas Armadas y la apertura de un frente militar en Tucumán (la Compañía de Monte). Finalmente, es a partir de entonces que tiene lugar una “regularización” de sus fuerzas, a partir del establecimiento de “Grados y Reglamentos en el ERP”.

Los objetivos inmediatos de estas acciones no resultan inequívocamente diferenciables. Algunas pueden distinguirse por el objetivo pragmático o inmediato de abastecer la infraestructura partidaria (“expropiación” de armamento, de medicamentos y materiales quirúrgicos y sanitarios, de dinero para la manutención de los militantes clandestinizados o los preparativos de otras acciones, etcétera). Otras, con independencia de su tipo y envergadura, fueron de alguna manera acciones de *propaganda armada*, en tanto buscaban inscribir a la organización en la escena pública y erigirla ante el movimiento de masas como alternativa política (tal es el caso, por ejemplo, de los repartos de alimentos, la toma de fábricas y localidades con arengas, la colocación de explosivos con volantes, etcétera). Los asaltos a cuarteles y guarniciones militares o policiales podrían situarse en el cruce de ambos objetivos en tanto representan no sólo la posibilidad del aprovisionamiento de armas sino también la de demostrar la *audacia guerrillera*, el poder de fuego de la organización y “la debilidad del enemigo”. En otras acciones, como la toma de rehenes o los secuestros extorsivos de ejecutivos de empresas en conflicto, parece haber primado la voluntad más específica de torcer las negociaciones en favor de los trabajadores; aunque es innegable que en ambos casos se busca, además, la repercusión política en el movimiento de masas (por no mencionar que los secuestros extorsivos conllevan siempre el objetivo del abastecimiento).

En todo caso, como a lo largo del período en el que el PRT-ERP actuó las coyunturas políticas se vieron sensiblemente alteradas (tanto en lo referente al marco institucional, como a la “relación de fuerzas” y, finalmente, al accionar de la represión legal e ilegal) se vuelve imprescindible –a la hora de dilucidar la lógica implicada en una línea partidaria que tras la derrota se ha tornado para tantos incomprensible cuando no descabellada- explorar los sentidos que los revolucionarios perretistas otorgaron, a partir de su propio ideario, a la lucha armada. Hacerlo, nos obliga a un recorrido exhaustivo por distintos documentos partidarios escritos entre 1968 y 1976. Es necesario advertir, en principio, que a lo largo de todos esos años la discursividad partidaria, al tiempo que postulaba que “la política se hace, en lo fundamental, armada”, prescribía una práctica militar “con orientación de masas” y, por tanto, fue particularmente insistente en que:

“la lucha armada y la formación de nuestro ejército debe ir [...] de las pequeñas acciones a las más complejas procurando que estén ligadas a las necesidades y simpatías de las masas”⁶².

El correlato organizativo de esta orientación sería la supeditación del Ejército al Partido, supeditación cristalizada en la fórmula “la política manda al fusil”.

No se trata aquí de evaluar si finalmente esto fue así o no. Sí se trata de admitir, en cambio, que **en el imaginario perretista** la acción armada adquirió sentidos estrechamente vinculados a lo que la propia organización, en su autoproclamado rol de **vanguardia**, determinaba eran “las necesidades de las masas” en una guerra revolucionaria que, si en 1968 se preveía cercana, tras el Cordobazo se consideraba ya iniciada.

Anticipando en parte los resultados del mencionado recorrido por la documentación partidaria podemos agrupar aquellos sentidos a partir de tres ejes (no necesariamente consecutivos en términos cronológicos): a) la acción armada como creadora de conciencia; b) la acción armada en defensa del “poder popular” y c) la acción armada entre el combate final y la resistencia.

La invitación, en definitiva, es a volver la mirada sobre las formulaciones político-ideológicas centrales, sobre sus connotaciones, sentidos e implicancias más profundos. Porque en ellos, como se intentará dar cuenta, quedaban **anudados con lazo indisoluble** violencia y política, vanguardia y conciencia, guerra y revolución. Y entonces es probable que la llamada *militarización* haya sido, en gran medida, no una “desviación” ni una “insuficiencia” (de comprensión de la política o del marxismo), sino más bien el resultado más o menos fiel de aquellos sentidos o, aún, del propio ideario revolucionario que los forjó.

a. La acción armada como creadora de conciencia

Tras el naufragio de la experiencia del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) en Salta y, más aún, tras la derrota de las tropas del Che Guevara en Bolivia, la “teoría del foco”, que tan ampliamente circuló tras la epopeya de Sierra Maestra, fue puesta en cuestión o directamente desestimada por aquellos dispuestos a incluir la lucha armada en una

⁶² *El único camino...* op. cit. pág. 51.

estrategia de poder. Sin embargo, fue el postulado taxativo de Régis Debray en *¿Revolución en la Revolución?* -aquél que otorgaba al Ejército Guerrillero la dirección militar y política del proceso revolucionario- aquello que en los últimos años de la década de 1960 era puesto en cuestión (también por el PRT).

Pero de la figura y del pensamiento del Che Guevara emanó un legado que habría de habitar el ideario perretista hasta la derrota final de la organización: **la acción armada de los revolucionarios crea las condiciones subjetivas para la revolución.**

La conjunción entre la figura de la vanguardia y el legado guevariano no podía menos que traducirse en una lógica autoafirmante de la voluntad armada. Sin haber conformado aún el Ejército partidario, el IV° Congreso advertía:

“en muchas ocasiones, las formas de lucha necesarias para enfrentar un nuevo período, son tomadas con cierto retraso por las masas debido al peso de la inercia de la etapa anterior. La misión del revolucionario, entonces, es tratar de difundir y organizar a las masas en las formas de lucha más adecuadas a cada etapa de la revolución”⁶³.

Y si la lucha armada no debía circunscribirse únicamente a los períodos de auge revolucionario sino que podía iniciarse aún en períodos de “reflujo” eso se debía, precisamente, a su capacidad de desarrollar las fuerzas subjetivas:

“vamos ahora a estudiar el estado de la clase obrera, para ver de qué punto debemos partir para iniciar la lucha armada revolucionaria, en el curso de la cual se desarrollarán las fuerzas subjetivas necesarias para su futuro y lejano triunfo”⁶⁴.

Como ya se ha señalado, el Cordobazo fue para el PRT la señal inequívoca de que “la guerra civil revolucionaria ha comenzado en nuestro país”. De ahí, que el V° Congreso partidario (1970) diera carta de fundación al ERP. En las resoluciones del evento estipulaba:

“la guerra revolucionaria se asienta sobre dos concepciones básicas: el desarrollo de lo pequeño a lo grande y la incorporación de las masas a la guerra en un proceso dialéctico [...] el objetivo militar de la lucha es

⁶³ Ibid., pág. 12.

⁶⁴ Ibid, pág. 58.

secundario frente a los objetivos políticos, **se busca en cada acción armada movilizar y educar a las masas**”⁶⁵.

Más adelante, establecía que las células partidarias debían tener como preocupación fundamental en el terreno militar “la aplicación de una línea de masas” al tiempo que debían contribuir a ella “aportando informes y transmitiendo la opinión y el estado de ánimo de las masas a **fin de lograr su movilización con operaciones de propaganda armada**”⁶⁶

Dos meses más tarde, el nuevo ejército realizaba su primera acción: la toma de la Comisaría N° 24 de la ciudad de Rosario. En la proclama correspondiente explicaba:

“esta acción y nuestras operaciones posteriores tienen un objetivo principal, **el despertar la conciencia popular**, mostrar a todos los patriotas el camino revolucionario”⁶⁷

No le resultaría difícil al PRT-ERP encontrar en el curso de los acontecimientos la confirmación de sus propias certezas. Desde 1969 la movilización popular no hacía más que incrementarse y tanto el ciclo de rebeliones que siguieron al Cordobazo como el surgimiento y accionar de varios grupos guerrilleros hacían tambalear la dictadura militar instaurada en 1966. Si el estallido cordobés había forzado la renuncia del Ministro de Economía, Adalberto Krieger Vasena, el secuestro y fusilamiento del general Pedro E. Aramburu había puesto fin a la Presidencia del general Onganía. Paralelamente, en barrios, universidades y fábricas, las audacias guerrilleras, muchas de ellas de signo justiciero, convocaban crecientes simpatías; y las organizaciones político-militares comenzaban lentamente a nutrir sus filas. Hacia marzo de 1971 el PRT-ERP ratificaba:

“la experiencia nos está confirmando que la aplicación consecuente de la línea del V° Congreso lleva a la participación de nuevos sectores sociales en la lucha armada, al apoyo activo del conjunto del pueblo explotado”⁶⁸.

⁶⁵ *Resoluciones del V Congreso y de los Comité Central y Comité Ejecutivo Posteriores*, Buenos Aires, PRT, 1973, pp. 73-74. El resaltado es mío.

⁶⁶ *Resoluciones del V Congreso*, op. cit. pág. 86.

⁶⁷ “Al Pueblo Argentino”, *La Tribuna de Rosario*, 20 de septiembre de 1970, en De Santis, Daniel: *A vencer o morir. PRT-ERP Documentos*, tomo I, Buenos Aires, EUDEBA, 1998, pág. 182. El resaltado es mío.

No obstante, la nueva coyuntura despertaba alerta en la organización. Las disputas dentro de las Fuerzas Armadas en torno a qué estrategia política adoptar para retornar a niveles aceptables de gobernabilidad se hacían evidentes. La salida del gobierno del general Roberto Marcelo Levingston y su reemplazo por un general de alto perfil político como Alejandro Agustín Lanusse (marzo de 1971) permitían prever una salida electoral negociada (con los partidos políticos en general y con el peronismo en particular) en el corto o mediano plazo. En esa salida, la autoproclamada vanguardia revolucionaria creía enfrentarse a riesgos que podían obstaculizar el desarrollo de la conciencia política de las masas; y, en tanto dinamizadora de conciencia, la acción armada venía a conjurarlos. En las Resoluciones del Comité Central de marzo de 1971, el PRT advertía:

“en la situación actual de ensanchamiento de las posibilidades legales y semilegales, la tendencia a recuperar los sindicatos y encauzar por ellos las luchas reivindicativas y transformarlas en políticas [...] engendra el riesgo del sindicalismo, el reformismo político y aventurerismo sindical [...]. La manera de contrarrestar ambos [...] es con la presencia y desarrollo de nuestro Partido, con la acción armada del ERP dentro de la fábrica y en relación con la lucha sindical”⁶⁹

Apenas cuatro meses después, en julio de 1971 el gobierno del general Lanusse convocaba al Gran Acuerdo Nacional. El GAN proponía un compromiso entre las principales fuerzas políticas a fin de restablecer de modo negociado las reglas del juego electoral. La convocatoria no hizo más que enardecer las alarmas perretistas: representaba para la organización un hábil intento de la burguesía “y su partido político, la casta militar” por erigir vallas de contención al auge revolucionario. Canalizado hacia “la farsa electoral”, ese auge corría el riesgo de perderse en falsas opciones que “desviarán” a las masas del camino de la guerra revolucionaria, única vía “hacia el poder obrero y el socialismo”.

“El GAN es un recurso de la dictadura con que ésta pretende lograr una amplia base popular, reconciliarse con los partidos burgueses populares, con

⁶⁸ “Resoluciones del Comité Central de marzo de 1971” en *Resoluciones del V Congreso...* op. cit. pág.

156

⁶⁹ *Ibidem*, pág. 155.

el objetivo contrarrevolucionario de aislar a la guerrilla y a la vanguardia clasista, para reprimirla con mayor eficacia e intentar detener así el naciente proceso de guerra revolucionaria”⁷⁰

La consecutiva pulseada entre la dictadura y Perón –que culminaría finalmente con el retorno del líder al país– representó para el PRT-ERP un “acuerdo interburgués” dentro de la estrategia contrarrevolucionaria: para salvar al capitalismo argentino “Perón se ofrece como candidato para liderar las fuerzas burguesas frente al peligro revolucionario”⁷¹. Pero el objetivo del GAN era un “intento irrealizable”: el vínculo entre las organizaciones armadas y el movimiento de masas (especialmente en sus expresiones clasistas) había llegado, a entender de la organización, “a un punto en que su destrucción es imposible”. Por lo demás, el gobierno que resultara de las elecciones, obligado a mantenerse dentro de los márgenes de un capitalismo en crisis, sería incapaz de solucionar las expectativas de las masas. De ahí que:

“la continuidad de la lucha armada y no armada [...] no se interrumpirá ni por este proceso electoral ni por el Gobierno que surja de él. El proceso electoral no presenta opción progresista alguna, sino que se perfila en su condicionamiento como limitado a distintas variantes burguesas”⁷².

Tras el retorno de Perón, el Comité Central del PRT-ERP resolvía, en diciembre de 1972, asentar la actividad partidaria sobre cinco pilares fundamentales: 1) La táctica electoral; 2) la actividad en el frente sindical; 3) frente único; 4) las operaciones militares y la construcción del ERP; 5) la edificación y consolidación del Partido.

Desde la perspectiva perretista, una “táctica correcta” de intervención activa en el proceso electoral reconocía fundamentalmente dos opciones: la participación o el boicot. En la tradición leninista, la pertinencia de una u otra opción quedaba determinada por el auge de masas. Admitiendo los límites infranqueables para el desarrollo de las fuerzas revolucionarias dentro de los marcos de la democracia burguesa, si el auge de masas había llegado a su punto culminante se planteaba el boicot, de lo contrario, la organización de vanguardia debía participar del proceso electoral a fin de aprovechar los resquicios legales para intensificar la propaganda

⁷⁰ *El Combatiente* N° 67, 28 de febrero de 1972.

⁷¹ *El Combatiente* N° 67, 28 de febrero de 1972.

⁷² *El Combatiente* N° 67, 28 de febrero de 1972.

revolucionaria en el movimiento de masas. La tradición trotskista, en este terreno, postulaba la participación mediante la presentación de candidatos obreros.

Aunque la dirección partidaria advertía que las resoluciones del Comité Central de diciembre de 1972 en este terreno “serán comunicadas verbalmente por razones de seguridad”, sí publicaba para el colectivo partidario que:

“si la táctica votada por el CC logra concretarse, nuestra intervención electoral podrá ser muy amplia, si ello no es así, lo más probable es que debamos ir al boicot, aunque con pocas perspectivas. De todas maneras, en todos estos meses, hasta la farsa electoral y más allá de ella, debemos intensificar el trabajo legal con la línea de los Comité de Base, ampliar de esta manera nuestra relación con las masas, combinar este trabajo con la propaganda armada...”⁷³

Es plausible suponer que aquella determinación comunicada “verbalmente” remita a la presentación de un fórmula electoral, lo cual indicaría que la táctica a seguir ya había sido determinada. Daniel De Santis relata que un tiempo antes, una de sus tareas había sido llevar tabicado a Silvio Frondizi a una casa operativa donde Benito Urteaga (por entonces a cargo del partido) le propuso integrar la fórmula *Tosco Presidente-Silvio Frondizi Vicepresidente*.

“Y Silvio aceptó, ‘estoy muy de acuerdo’, dijo, ‘incluso con el orden’”

-¿Y por qué finalmente no lograron presentar esa fórmula?

“Porque Tosco no aceptó. Porque le parecía que era dividir al movimiento obrero...y además porque nosotros teníamos mucha debilidad [...] salvo en algunas localidades, no sacamos la personería electoral. Pero teníamos bastante avanzado los trámites”⁷⁴

Diversos testimonios afirman que la línea de los “comités de base” y las perspectivas de la participación electoral generaron en la mayoría de los ámbitos, muy poco debate. Pero allí donde los hubo, surgieron algunas resistencias internas de alcances e intensidades dispares según las zonas, los frentes y las regionales. Muchos militantes entendían la decisión de la dirección como una forma de claudicación: participar de las

⁷³ “Resoluciones del Comité Central de diciembre de 1972” en *Resoluciones del V Congreso...*, op. cit., pág. 223.

⁷⁴ Daniel De Santis, 23 de junio de 2008. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

elecciones implicaba, para ellos, abandonar la lucha armada y ésta era, en definitiva, la verdadera opción revolucionaria.

“En ese momento yo venía con {el piñón} fijo. Y el Partido al contrario: tenía en su línea una apertura democrática, que había que trabajar... Me acuerdo que hubo una discusión sobre ‘los Comités de Base’. Y tal es así que había un Boletín Interno que había llegado y había alrededor de eso una gran discusión porque en el periódico había salido – no sé si en el periódico o en el Boletín Interno – que un gobierno democrático convenía mil veces más que una dictadura. Y no, nosotros nos encerrábamos en que los dos eran burgueses [...]. O sea, no salíamos de esa postura: eran dos formas de dominación burguesa, digamos, la democracia y la dictadura [...]. Para nosotros eso significaba que había que seguir adelante con la lucha armada”⁷⁵

Como señala Pablo Pozzi, “el PRT-ERP contaba con varios sectores internos cuya percepción de lo electoral distaba mucho de ser homogénea”⁷⁶. Estaban aquellos cuadros, explica, que desencantados de la política nacional y la esterilidad de la participación electoral se orientaban casi exclusivamente por la intensificación del accionar militar. Otros, se inclinaban por una participación en los comicios sustentada sobre una amplia política de alianzas. Y, finalmente, se destacaban aquellos cuadros que proponían una combinación de “distintas formas de lucha” dentro de las cuales se proponía la participación electoral con candidatos obreros. En todo caso, concluye Pozzi, “a diferencia de los cuadros, gran parte de a base partidaria no se planteó ninguno de esos dilemas [...] la vasta mayoría sentía una profunda desconfianza por lo que e visualizaba como la *política burguesa*”⁷⁷. Esta desconfianza encontraba su razón de ser no sólo en fundamentos ideológicos sino también, y quizás fundamentalmente, en la propia experiencia histórica de la democracia argentina.

En todo caso, la participación electoral, tal como había sido postulada, no implicaba en absoluto el abandono del accionar armado; “todas las formas de lucha” podían y debían

⁷⁵ Miguel, 8 de abril de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁷⁶ Pozzi, Pablo: op. cit. pág 336.

⁷⁷ Pozzi, Pablo: op. cit. pág. 337.

desplegarse simultáneamente: “intensificar el trabajo legal” y “combinar este trabajo con la propaganda armada”. Así, lo explica Daniel:

-¿Cómo fue la discusión sobre los Comités de Base?

“Hubo varias discusiones [...]. Hubo una minuta, me acuerdo, de un compañero, creo que era el Chanchón Rípoda, que planteó ‘*el Negro se cagó, tiró la toalla*’ (porque planteaba esto de participar de las elecciones). Pero en realidad, nosotros en ningún momento contraponíamos participar de las elecciones con continuar la lucha armada. Eran dos formas de lucha que incluso se podían dar simultáneamente. De hecho, era lo que estábamos proponiendo [...]. Entonces están los que dicen ‘*el Negro se cagó*’, están los que dicen ‘*no, hay que hacer los Comités de Base*’, [...] bueno, y se dan esas discusiones ahí. Pero el grueso del Partido logra encarrilarse con la línea que bajaba Santucho y el resto de los compañeros de la dirección. No participamos de las elecciones no porque no quisiéramos, no participamos de las elecciones porque no pudimos.”

-Ahora Daniel, cuando vos leés los documentos de esta época hay un fuerte énfasis en lo de “la farsa electoral”? ¿Cómo se conjuga aquel intento de participación con lo de la “farsa”?

“Bueno, que fuera una farsa electoral no quiere decir que no se tuviera que participar. ¿Para qué llamaron a las elecciones? Para desviar al movimiento revolucionario [...]. El que se dio cuenta de esto fue Lanusse: ‘*hay que frenar la ofensiva, hay que desviar, meter a las masas en las elecciones y sacarlas de la guerra revolucionaria*’. Y Perón obviamente estuvo totalmente de acuerdo en eso [...]. Nosotros no entramos en el engaño [...]. Ahora, nosotros decíamos: ‘*a ese pueblo que va a votar tenemos que llegar con la propaganda de los revolucionarios*’. Farsa en ese sentido, desviar al pueblo de la revolución. Nosotros íbamos a las elecciones para llevar la propaganda revolucionaria. No hay ninguna contradicción [...]. Sacamos el *voto programático* como la alternativa menos mala”⁷⁸

Se trataba, en definitiva, de aprovechar los resquicios legales para expandir y consolidar el trabajo legal y estrechar, así, la ligazón con esas masas que concurrían festivamente a

⁷⁸ Daniel De Santis, 23 de junio de 2008. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

las urnas. Pero para el PRT-ERP la participación electoral no desmentía el carácter esencialmente fraudulento de los comicios ni los límites que el propio parlamentarismo imponía a la causa de los oprimidos. Si los planes de la burguesía eran “desviar” al pueblo de la guerra revolucionaria, su vanguardia debía, acompañándolo, desenmascarar el engaño y recordarle que era precisamente esa guerra la verdadera opción para sus esperanzas. Y lo haría intensificando la lucha armada. Ante la “farsa electoral”, el sentido atribuido a las acciones militares era precisamente aquel que enlazaba *acción armada* con *conciencia revolucionaria*. Las armas esclarecían, demostraban, recordaban.

“el condicionamiento del GAN y la ausencia total de una opción genuinamente popular exige **la continuidad del accionar armado**. Este accionar debe ser intensificado en el próximo período [...] poniendo especial acento en las acciones de masas y realizando también acciones de envergadura [...]. Las operaciones de envergadura servirán **para demostrar al pueblo** la fuerza y la decisión de la guerrilla de **colocar en forma destacada ante los ojos de las masas**, en momentos previos a la farsa electoral, la verdadera salida, la salida de la guerra revolucionaria, **para recordar a las masas** que su lucha trasciende por completo el episodio electoral”⁷⁹

b. La acción armada en defensa del poder popular

El 11 de marzo de 1973 la fórmula del FREJULI, encabezada por Héctor J. Cámpora y Vicente Solano Lima ganaba las elecciones con más del 49% de los votos. Después de casi 18 años de proscripción, el peronismo retornaba al poder.

Para el PRT-ERP, la llegada del peronismo al poder -y la consecuente lucha interna que esto desencadenaría en el movimiento- culminaría indefectiblemente en lo que la organización denominó la “facistización” del peronismo. Era indiscutible que el nuevo gobierno -dentro del cual la *Tendencia* ocupaba varias bancas, gobernaciones y ministerios- surgía de la voluntad popular. Pero más indiscutible resultaba para el PRT-ERP que el abandono de las armas facilitaría el avance de las fuerzas reaccionarias.

⁷⁹ “Resoluciones del Comité Central de diciembre de 1972” en *Resoluciones del V Congreso y...op. cit.*, pp. 226-227. El resaltado es mío.

En abril de 1973 la organización hacía pública su decisión de no abandonar la lucha armada. Así fundamentaba su determinación:

“el gobierno que el Dr. Cámpora presidirá representa la voluntad popular. Respetuosos de esa voluntad, nuestra organización no atacará al nuevo gobierno mientras éste no ataque al pueblo ni a la guerrilla. Nuestra organización seguirá combatiendo militarmente a las empresas y a las fuerzas armadas contrarrevolucionarias [...]. La experiencia nos indica que no puede haber tregua con los enemigos de la Patria, con los explotadores, con el ejército opresor y las empresas capitalistas expoliadoras. Que detener o disminuir la lucha es permitirles reorganizarse y pasar a la ofensiva”⁸⁰

El 25 de mayo, Héctor Cámpora asumía la Presidencia de la Nación en un clima de intensa algarabía popular. Para amplios sectores que habían acompañado hasta entonces la movilización popular, la llegada de Cámpora al poder parecía anunciar la inminencia de un tiempo de transformación social. Pero la llamada “primavera camporista” habría de durar tan sólo 49 días. En la masacre de Ezeiza primero y en la renuncia de Héctor Cámpora después –con el consecuente avance de la derecha del peronismo en el gobierno- el PRT-ERP no dejaría de encontrar signos confirmatorios de su propio pronóstico. En la misma dirección podía leerse el fracaso de la experiencia chilena: luego de un largo período de *boicot*, las Fuerzas Armadas, encabezadas por el general Augusto Pinochet, derrocaban, en septiembre de 1973, el gobierno de Salvador Allende, derrumbando así la viabilidad por tantos sostenida de “la vía pacífica al socialismo”. Ambas experiencias -o, mejor, la lectura que de ellas se hacía- parecían indicar que las armas debían estar ahora, más que nunca, al servicio de la defensa del poder popular. Al referirse a la decisión perretista de continuar con la lucha armada durante el gobierno de Cámpora, Rodolfo Mattarollo explica:

“la racionalidad que le encontrábamos a las posiciones del PRT se basaba en la fascistización progresiva del gobierno peronista, la Triple A, el ascenso de López Rega... Lo que fue la sucesión de Cámpora... la salida de Cámpora del gobierno y de Esteban Righi como ministro del Interior con su discurso de que había que prácticamente volver a quemar los instrumentos

⁸⁰ “Por qué el ERP no dejará de combatir. Respuesta al Presidente Cámpora”, proclama, 13 de abril de 1973.

de tortura como después de la Asamblea de 1813... Bueno, entonces a Cárpora-Righi los sucede 'el yerno', como se lo llamaba, Lastiri [...]. Y, para que a Lastiri se lo nombre presidente se lo manda a Díaz Bialet, que era el presidente del Senado, a Argelia en una extraña excursión. Entonces ahí veíamos toda una conspiración que efectivamente existía para abrirle paso a un Perón [...] que había hecho de López Rega el personaje principal de su gobierno. Entonces, decididamente, en esta situación encontrábamos una racionalidad en la posición del PRT. Contra esa racionalidad se volvía que la gente no entendía, evidentemente”

-Y cómo impacta la caída de Salvador Allende en este tema en particular?

“Bueno, ahí, de alguna forma, parecería que entonces los partidarios de la lucha armada tenían razón. No se podía hacer la revolución por la vía pacífica [...] era la demostración de que decididamente había un solo camino. Entonces eso también impactaba a favor de mantener una estrategia de guerra popular prolongada que parecía la única viable”⁸¹

Durante la presidencia interina de Raúl Lastiri, pocos días antes de las elecciones que le dieran el triunfo abrumador a la fórmula Perón-Perón, el ERP asaltó sin éxito el Comando de Sanidad del Ejército en Capital Federal. Cuatro meses después, en enero de 1974, atacó la guarnición militar de Azul, en la provincia de Buenos Aires. Este acontecimiento, superponiéndose a los conflictos que asolaban al peronismo, reforzó las presiones de la derecha y del propio Perón, precipitando la renuncia del entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires, Oscar Bidegain (figura clave dentro de la *Tendencia*), y la del bloque de ocho diputados nacionales por la Juventud Peronista. La esfera de influencia y alianzas del PRT-ERP también sufriría el cimbronazo: según Armando Jaime, uno de los referentes máximos del sindicalismo clasista y aliado del PRT “el ataque de Azul fue el comienzo del fin del FAS”⁸².

Pero desde el punto de vista de la historia interna de la organización, el año 1974 representó un verdadero punto de inflexión. Después de seis años de insistencia en la necesidad de un ejército popular que creciera “de lo pequeño a lo grande”, templándose

⁸¹ Rodolfo Mattarollo, 15 de noviembre de 2003. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

⁸² Armando Jaime, julio de 2008. Primer encuentro con el Archivo Oral de Memoria Abierta.

en “mil batallas”, tanto en la ciudad como en el campo, y a sólo cuatro años de su fundación, el ejército del pueblo abría un frente militar en el monte tucumano. Y al tiempo que veía engrosar sus filas en un verdadero “engorde”, su capacidad operativa se expandía al punto de parecer exigir una regularización de fuerzas. Las etapas descritas por los teóricos de la guerra prolongada se cumplían. Más importante aún, al menos desde la documentación partidaria, era la persistencia de un altísimo grado de movilización popular. A los ojos del PRT-ERP se configuraba una indiscutida situación revolucionaria.

En agosto de ese año, Santucho presentó al colectivo partidario un documento considerando por muchos⁸³ como la obra más acabada y madura de su pensamiento: *Poder burgués, poder revolucionario*.

Nos detendremos particularmente en este documento por varios motivos. En primer lugar, porque a pesar de ser 1974 el año que estaría indicando el comienzo de una *militarización* en el PRT-ERP (fundamentada en parte en los hechos arriba mencionados) lo cierto es que en este documento hay un notorio énfasis en la noción de que el poder popular se construía fundamentalmente a partir de la movilización de masas. En segundo lugar, porque si un año y medio antes la apertura electoral era enfáticamente catalogada de “farsa”, aquí, sin ser particularmente reivindicada, adquiría el status de forma legítima de lucha. En tercer lugar, porque se proponía no ya al ejército revolucionario sino a un “frente antiimperialista”, expresión de acuerdos políticos “por arriba” y la movilización de masas “por abajo”, como fuerza dirigente del proceso revolucionario en curso. Las armas cumplían ahora –sin dejar de advertirse su hasta entonces rol de dinamizador de conciencia- la función de reaseguro de un poder revolucionario ya conquistado. Un extenso aunque fragmentado recorrido por el documento da cuenta de lo antedicho:

“El carácter fraudulento, engañoso, de toda elección y de todo parlamento no quita que la clase obrera [...] deba ingeniarse para intentar utilizar el parlamento con fines revolucionarios. Una política revolucionaria debe saber usar todo tipo de armas, incluso aquellas que han sido creadas y son usadas con ventaja por la burguesía como el parlamentarismo [...] para avanzar en la movilización de masas [...].

⁸³ Véase, por ejemplo, Pozzi Pablo: op. cit y Mattini, Luis: op. cit.

A partir del Cordobazo [...] nuestro pueblo tiende a insurreccionarse localmente, tiende a movilizarse aquí y allá, tomar sectores de ciudades y poblaciones, erigir barricadas y adueñarse momentáneamente de la situación rebasando las policías locales y provinciales [...].

El momento en que la toma del poder puede ya materializarse es denominada por el marxismo-leninismo crisis revolucionaria, que es la culminación de la situación revolucionaria, el momento del estallido final [...]. Pero entre el inicio de una situación revolucionaria y su culminación en crisis revolucionaria [...] se desarrolla el poder dual, es decir que la disputa por el poder se manifiesta primero en el surgimiento de órganos y formas de poder revolucionario a nivel local y nacional, que coexisten en oposición con el poder burgués [...]. De esta forma las fuerzas revolucionarias se van organizando y preparando para la insurrección armada, para la batalla final por el poder [...].

El desarrollo del poder dual está en todos los casos íntimamente unido al desarrollo de las fuerzas militares del proletariado y el pueblo porque no puede subsistir sin fuerza material que lo respalde [...]. No hay posibilidades de avanzar sólidamente en el desarrollo del poder local sin constantes avances en la unidad y movilización más amplia de las masas populares. Este es un problema crucial que será resuelto mediante una sabia combinación de avances en la movilización política de masas por abajo con una correcta política de acuerdos entre las distintas organizaciones obreras y populares [...] garantizando la íntima vinculación de las fuerzas políticas y militares clandestinas con el conjunto del pueblo trabajador [...].

La unidad y movilización patriótica de todo el pueblo requiere la construcción de una herramienta política orgánica que la centralice, organice, impulse y oriente. Es el Ejército político de las masas, el Frente Antiimperialista que es necesario organizar en el curso mismo de la movilización, como propulsor y resultado de la intensa actividad política, legal, semilegal y clandestina de las más amplias masas populares [...].

Como parte del ejercicio soberano del poder por el pueblo en determinadas zonas, se crearán milicias de autodefensa obreras y populares [...]. La

formación de milicias de autodefensa [...] exige una política prudente, reflexiva, consistente. Los espontaneístas, con su irresponsabilidad y ligereza característica gustan plantear sin ton ni son ante cada movilización obrera y popular por pequeña y aislada que sea, la formación inmediata de milicias de autodefensa [...] pero [éstas] por su amplio carácter de masas sólo pueden surgir de una profunda y total movilización del pueblo en zonas de guerrilla o zonas liberadas”⁸⁴

¿Preeminencia de lo militar sobre lo político? No resulta tan sencillo afirmarlo; no al menos si prestamos atención a ciertos elementos que, sin duda, le otorgan el tono general al documento: el reconocimiento de la legalidad institucional, la combinación de movilización de masas “por abajo” con acuerdos políticos “por arriba” como fórmula garante del avance revolucionario, las fuerzas militares como respaldo material de la movilización popular, la advertencia sobre la “irresponsabilidad y ligereza” de los “espontaneístas” en este terreno.

Otros documentos y gestos partidarios se orientan en la misma dirección. En un Boletín Interno de ese mismo septiembre, por ejemplo, se estipulaba:

“es necesario así, pasar a construir audazmente el Partido [...] en las **barriadas, villas y poblaciones donde el trabajo legal es el eje de las tareas del Partido**”⁸⁵

Veinte días más tarde, ante la convocatoria del gobierno de Isabel Perón a una reunión multisectorial, el PRT-ERP hizo una propuesta pública de armisticio. El objetivo de esa propuesta era doble:

“1. Convertirla en una consigna permanente de lucha por la legalidad. 2. Demostrar a los sectores intermedios, principalmente a los políticos honestos, la flexibilidad y racionalidad de nuestra política como una forma más de establecer vínculos y sentar bases para un futuro accionar unitario.”⁸⁶

⁸⁴ Santucho, Mario Roberto: *Poder burgués, poder revolucionario*, Ed. El Combatiente, s/f, pág. 35 y ss.

⁸⁵ Boletín Interno N° 67, 11 de septiembre de 1974, en De Santis Daniel: *A vencer o morir. PRT-ERP Documentos*, tmo II, Buenos Aires, 2000, pág. 313. El resaltado es mío.

⁸⁶ “Propuesta de armisticio”, *El Combatiente* N° 138, 9 de octubre de 1974.

Ahora bien, si resulta difícil afirmar a partir de estos documentos una preeminencia de lo militar por sobre lo político, tan o más difícil resulta encontrar en esta proclamada “flexibilidad” la preeminencia inversa. Más bien lo que pareciera advertirse es una lógica de *expansión*, tanto en el plano militar como en el de las estrategias políticas –por estériles que se hayan demostrado-. Así lo explica Daniel:

“La clase obrera estaba dejando de ser peronista [...] la clase obrera en Argentina, sobre todo la de las grandes fábricas, estaba en los umbrales del socialismo, estaba en tránsito hacia el socialismo [...]. ¿Qué quería la burguesía? Desviar al movimiento de masas hacia la institucionalización burguesa. ¿Cuál era la línea del PRT? Sabotear la línea esa para evitar que fuera neutralizado el movimiento revolucionario. Entonces pusimos toda la carne al asador en esa línea política, militar, sindical...Porque también compramos el diario *El Mundo*, también multiplicamos la revista *Nuevo Hombre*. Siempre, siempre, siempre, el presupuesto de propaganda del PRT fue muchas veces superior al presupuesto militar”⁸⁷

Debe insistirse en que es precisamente en los meses de agosto, septiembre y octubre de 1974 en que se registran dos ataques a guarniciones militares, la declaración de una

⁸⁷ Daniel De Santis, 23 de junio de 2008. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta. El diario *El Mundo*, fue comprado por el PRT a comienzos de 1973. Recuerda Manuel Gaggero que antes del 25 de mayo de ese año Benito Urteaga convocó a varios militantes provenientes de organizaciones o movimientos “afines” al PRT planteando la necesidad de “pensar en un diario que consolidara el espacio democrático, que levantara las actividades de los movimientos sociales, de los sindicatos, la lucha antiburocrática, etcétera.” El grupo que editaba el diario *El mundo*, había presentado quiebra y tanto el nombre del diario como su archivo estaban a la venta. Fue entonces que el PRT compró el diario. Su primer director fue el abogado Luis Cerrutti Costa y Manuel Gaggero, el subdirector. Después del ataque al cuartel de Sanidad el diario fue clausurado una semana. Para quienes trabajaban en él (y no pertenecían al PRT-ERP) “les resultó muy complicado cómo compatibilizar una política de prensa legal con acciones de la envergadura del intento de la toma de Sanidad. Algunos compañeros que estaban en el Consejo de Redacción del diario dijeron ‘bueno, pero esto no es lo que habíamos acordado; habíamos acordado profundizar el espacio democrático’ A raíz de eso más una situación interna con el personal bastante complicada se resuelve que Cerrutti Costa haga una gira internacional para hacer contacto con otros países e ir armando lo que de alguna manera se pensaba en tiempos futuros como la ‘Solidaridad Internacional’ [...]. Entonces yo asumo la dirección el 7 o el 8 de diciembre y el 14 de marzo nos clausuran” (Manuel Gaggero, 24 de noviembre de 2003. Testimonio brindado al Archivo de memoria Abierta).

represalia indiscriminada contra los oficiales del Ejército en respuesta al asesinato de un grupo de combatientes del ERP en Catamarca, y una resolución de establecimiento de “grados y reglamentos” en el ERP con vistas a regularizar sus fuerzas⁸⁸ (sin mencionar la actuación desde unos meses antes de la Compañía de Monte en Tucumán).

¿Cuál era, entonces, la “racionalidad” perretista que descansaba debajo de una estrategia que conjugaba armisticios y represalias indiscriminadas, la “lucha por la legalidad” con la regularización de sus fuerzas militares, el “aprovechamiento” de la democracia parlamentaria con los ataques a cuarteles?

La persistente movilización popular, la incapacidad de la burguesía para dar respuesta a la crisis estructural que atravesaba el capitalismo argentino y la inoperancia, por todos señalada, del gobierno de Isabel Perón determinaban, para el PRT-ERP, una situación revolucionaria, antesala del “estallido final”. En ese contexto, aquello que quedaba configurado era el “doble poder”, es decir, la disputa a la burguesía de órganos y funciones de gobierno, ya sea ésta en sentido extraterritorial (justicia paralela, por ejemplo) o a partir del establecimiento de “zonas liberadas” (de ahí la importancia estratégica de la Compañía de Monte). Esta disputa por el poder exigía el más amplio acuerdo de fuerzas políticas y sociales (un Frente Antiimperialista). Pero aunque sustentado por la movilización de masas “por abajo” y los acuerdos políticos “por arriba”, el poder popular no podía subsistir “sin una fuerza material que lo respalde”. Y la intensificación de la represión legal e ilegal estaba allí para demostrarlo.

En efecto, motivadas quizás por el mismo diagnóstico –una situación revolucionaria– empresas, Fuerzas Armadas, bandas paramilitares y grupos de choque de la burocracia sindical se cobraban con sangre el desafío popular. Y si ni la movilización de masas ni las propuestas de armisticios lograban detener el avance represivo, el ERP, en su autoproclamado rol de defensor del pueblo no solamente “no dejaría de combatir”, sino que, más aún, ante la “agudización de las contradicciones” y la puesta en marcha de la “cruzada contrarrevolucionaria”, se prepararía para la batalla final de esa guerra revolucionaria finalmente no tan prolongada. Y lo hará, una vez más, apelando a “todas las formas de lucha”. Como profesaban las enseñanzas revolucionarias, había que golpear al enemigo en “todos los terrenos a la vez”.

⁸⁸ “Grados y reglamentos en el ERP”, *Estrella Roja* N° 42, 21 de octubre de 1974.

c. La acción armada entre el combate final y la resistencia

El 5 de febrero de 1975 Isabel Perón firmó el decreto 261 que daba comienzo al “Operativo Independencia” en la provincia de Tucumán. Aprobado por el Gabinete y refrendado por el Congreso, este decreto ordenaba al Ejército ejecutar las acciones militares necesarias a fin de “aniquilar el accionar de elementos subversivos” en la provincia. Cuatro días más tarde, comenzaron las operaciones. En respuesta, el PRT-ERP declaraba:

“nuestra organización y demás organizaciones progresistas y revolucionarias sabrán responder local y nacionalmente **con la acción militar y la propaganda de masas**, al ilusorio proyecto de la oficialidad asesina [...] Es el momento en que el proceso de guerra revolucionaria, de **combinación de lucha, armada y no armada, pacífica y violenta, legal o ilegal, política y reivindicativa**, etcétera, etcétera, se extenderá nacionalmente, prenderá en las más amplias masas y adquirirá un vigor hasta hoy desconocido”⁸⁹

Desde entonces y hasta derrota definitiva, el PRT-ERP redoblará sus esfuerzos por alcanzar la “democratización” del escenario político nacional. Ese intento, al calor de la movilización popular que alcanzaría su punto culminante en las jornadas de junio-julio de 1975, incluyó una nueva propuesta de tregua y la consigna de Asamblea Constituyente. Paralelamente, aquellos sentidos que el PRT-ERP le había otorgado a la acción armada desde su propio surgimiento (creadora de conciencia, defensora del poder popular) concurrían ahora a la escena de la confrontación final entre las fuerzas reaccionarias y las de la revolución. Que de esa confrontación se trataba, no había duda alguna. Las movilizaciones de junio-julio no sólo daban cuenta del “estado de ánimo de las masas”; más importante aún hacían tambalear a un ya impotente gobierno, forzando la renuncia de varios de sus funcionarios y provocando el abandono de su único y último aliado: la CGT. Y si las contradicciones de clase se agudizaban, eso se debía, a ojos partidarios, al desarrollo alcanzado por la lucha armada. En junio de ese año, *El Combatiente* diagnosticaba:

“el movimiento de masas ha tomado un giro claramente político-revolucionario; **el desarrollo impetuoso de la lucha armada ha llevado al**

⁸⁹ *El Combatiente* N° 155, 17 de febrero de 1975. El subrayado es mío.

rojo vivo las contradicciones, a tal punto que ningún sector, y mucho menos la camarilla gobernante, tiene hoy un plan coherente para el país”⁹⁰

Si la lucha armada había “llevado al rojo vivo las contradicciones” (legado guevarista) y el movimiento de masas había dado un “giro político-revolucionario”, las fuerzas guerrilleras deberían prepararse, entonces, para defender al pueblo del ataque que, en defensa de sus intereses, llevaría adelante el enemigo. En julio, el órgano de difusión del ERP lo advertía claramente:

“cuanto más aguda es la lucha de clases en la Argentina, más imperiosa es la necesidad de incorporar nuevos y nuevos contingentes de obreros, estudiantes, campesinos, hombres y mujeres patriotas a las filas del Ejército Guerrillero. El enemigo, acorralado por las fuerzas de las masas, recurrirá inevitablemente al uso contra ellas de su Ejército, de sus fuerzas represivas, intentando defender a sangre y fuego sus privilegios y sus riquezas. Sólo un poderosísimo Ejército Popular, de características regulares, logrará la derrota definitiva de las fuerzas enemigas”⁹¹

La preparación del ejército guerrillero no implicaba necesariamente la reducción de los esfuerzos partidarios al plano militar. Las distintas fuerzas políticas del país se avocaban a la búsqueda de una salida negociada ante el descalabro acelerado del gobierno. El PRT-ERP, intentaba establecer alianzas con las distintas organizaciones revolucionarias y “progresistas” en pos de una “democratización” de la escena política. Su objetivo era la conformación de un frente antigolpista. Manuel Gaggero cuenta que:

“Desde fines de 1974 mi tarea era las relaciones con los dirigentes de los partidos *democráticos*, para decirlo de alguna manera: con Alende, con Sueldo, con Alfonsín. Y además de verlos a ellos, ver a otros: Tosco, el Negro Amaya, Solari Yrigoyen. O sea, conversar con todos los políticos que podían estar de acuerdo o que podíamos coincidir en una evaluación de la situación. ¿Nosotros cómo evaluábamos la situación en ese momento? Bueno, había un incremento de la represión, la aparición de la Triple A, una confrontación dura con el gobierno... pero pensábamos que, a su vez, tras de esto había un golpe militar; no teníamos mucho dato todavía pero

⁹⁰ *El Combatiente* N° 171, 11 de junio de 1975. El subrayado es mío.

⁹¹ *Estrella Roja* N° 56, 9 de julio de 1975

teníamos claro que se venía una situación de golpe. Entonces lo que teníamos que hacer era ir generando las condiciones para un amplio frente democrático antigolpista”⁹².

Paralelamente, la organización levantaba la consigna de una salida institucional a través de una Asamblea General Constituyente.

“La clase obrera levantará su propuesta consecuentemente democrática de Asamblea Constituyente absolutamente libre y soberana, con la que propugnará la más amplia participación obrera y popular en la deliberación sobre los destinos del país, consciente de que la más amplia y genuina movilización democrática de las masas populares es parte inseparable de la lucha política y armada, de la guerra revolucionaria que nuestro pueblo libra por su liberación nacional y social”

Más abajo, exultante de optimismo, señalaba:

“la situación es de una riqueza extraordinaria. En todo el país gruesos destacamentos de combatientes populares acuden decididos a las primeras líneas de fuego, incorporándose a las organizaciones revolucionarias; miles y decenas de miles de trabajadores salen decididamente a la calle [...] abriéndose a las ideas revolucionarias [...]. El camino hacia la revolución socialista se ensancha e ilumina bajo el impulso de la multitudinaria usina de las masas. Nuestro Partido y nuestro Ejército Guerrillero rebosantes de ardor y combatividad, pondrán todo de sí para canalizar con efectividad el inmenso potencial revolucionario de las masas”⁹³

Y como demostración de su determinación de poner “todo de sí” para lograr la “democratización”, a comienzos de agosto de ese año, el PRT-ERP propuso una tregua. Sin embargo, sus propios vaticinios acerca de la conducta del enemigo (defenderá “a sangre y fuego” sus intereses) no hacían más que confirmarse. Y en consecuencia, aquel “todo de sí” exigía una respuesta también en el plano militar, después de todo, las armas debían estar al servicio de la defensa del pueblo y su vanguardia.

⁹² Manuel Gaggero, 17 de noviembre de 2003. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

⁹³ “Ante las posibilidades democráticas, forjar y fortalecer la unidad”, *El Combatiente* N° 174, 21 de julio de 1975

Pocos días después del ofrecimiento de tregua, en una conferencia de prensa que tuvo lugar el 12 de agosto, Benito Urteaga, miembro de la dirección partidaria, leyó una resolución sobre una nueva represalia indiscriminada contra las fuerzas represivas. Y, para desconcierto de los periodistas presentes, el dirigente perretista insistió en que entre el ofrecimiento de tregua y la resolución de represalia no había contradicción alguna:

“los periodistas le preguntaron sobre la relación existente entre la resolución que propone la tregua y la que ordena ejecuciones en represalia. El compañero explicó que ésta era independiente de la anterior, que se trata de una medida excepcional que el PRT tomaba en vista de la persistencia del enemigo en sus hábitos criminales y que con ella se busca poner límites a esta táctica y hacer que las Fuerzas Armadas enemigas respeten las leyes y convenciones de la guerra. Esta resolución [...] de ninguna manera anula la resolución anterior sobre ofrecimiento de tregua”⁹⁴

Un mes más tarde, en un boletín interno la organización se preguntaba “por qué no se ha concretado la democratización”. Allí, reconocía que:

“no se concretaron las contundentes movilizaciones generales que se requerían para forzar una situación de legalidad. Tampoco el Partido supo incidir lo suficiente en las masas como para influir en su estado de ánimo y en la lucha [...]. Hubo fallas en el accionar, en los métodos conspirativos, en la preparación militar, que impidieron golpear con mayor eficacia o que ofrecieron blanco a la represión”⁹⁵

El “reflujo de masas” no se había podido preveer. Pero sí fue advertido muy poco tiempo después. Las fallas habían estado en la incapacidad de la organización para incidir en el estado de ánimo de las masas y en una preparación militar ineficaz. Y es entonces cuando, en pleno “reflujo”, el legado guevarista y el fantasma del “espontaneísmo morenista” vinieron a recordarle a la organización su rol de vanguardia armada. Así fundamenta Daniel la decisión perretista de continuar el accionar militar:

⁹⁴ *Estrella Roja* N° 59, 27 de agosto de 1975, Colección Documento Histórico N° 7-Infobae.

⁹⁵ Boletín Interno N° 87, 25 de septiembre de 1975 “Situación Nacional. Por qué no se ha concretado la democratización” en De Santis, Daniel (2000): op. cit. pág. 490

“se visualizaba esa situación de un reflujo... pero un reflujo puede ser que después se sale del reflujo... No necesariamente es una cuestión que va a estabilizarse. Entonces, dejar de llevar adelante la lucha armada y la táctica ofensiva por un circunstancial reflujo era volver a la concepción morenista del año 68: ‘hay reflujo, quedamos a la espera del auge’. O sea que la vanguardia, el Partido, no juegan ningún papel, todo lo resuelven las masas. Bueno, eso era una posición espontaneísta, reformista. No era la posición del PRT”⁹⁶.

Convocado por su autoasignado rol y en el momento más álgido de la confrontación, el PRT-ERP emprendió la acción militar de mayor envergadura hasta el momento: el ataque al cuartel de Monte Chingolo. Demostraría así la vulnerabilidad del enemigo, obligándolo en consecuencia a retroceder y potenciando, en contrapartida, la movilización popular. Si el ataque no lograba detener el avance golpista, las armas allí “recuperadas” servirían para respaldar la resistencia del pueblo a la nueva dictadura. El resultado de la acción es, por todos, conocido. Un par de semanas más tarde, *Estrella Roja* concluía:

"el ejemplo de moral que recibimos y el apoyo masivo de la población hizo que nuestra confianza en el triunfo de la revolución y la decisión de seguir adelante fueran más fuertes que nunca. Compañeros: ésta no fue una derrota”⁹⁷.

“Seguir adelante” significaba continuar con “todas las formas de lucha”; era esta combinación, en definitiva, la única fórmula capaz de extender la movilización popular y, en consecuencia, poner frenos a las pretensiones represivas:

⁹⁶ Daniel De Santis, 14 de julio de 2008. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta. Resulta interesante mencionar, a propósito del comentario de Daniel, una reflexión de Hanna Arendt respecto del lugar del “retroceso” en el pensamiento hegeliano y marxista: “La idea de Marx, tomada de Hegel, según la cual cada sociedad antigua alberga en su seno las semillas de sus sucesores [...] es, desde luego, no sólo la más ingeniosa sino también la única garantía conceptual posible para la sempiterna continuidad del progreso en la Historia; y como se supone que el movimiento del progreso surge de los choques entre fuerzas antagónicas, es posible interpretar cada ‘regreso’ como un retroceso necesario pero temporal” (Hanna Arendt, op. cit. pp. 133-134).

⁹⁷ *Estrella Roja* N° 68, 19 de enero de 1976.

“el máximo despliegue de las energías de las masas será determinante en la obtención de las conquistas [...]. Y es precisamente la combinación de la lucha política con la lucha armada lo que permitirá ese máximo despliegue”⁹⁸.

Por supuesto que no faltaron voces que impugnaron la determinación perretista al señalar que las acciones armadas de la guerrilla ofrecían “argumentos” o “preparaban el terreno” para el golpe militar. Pero la organización encontraba la justificación histórica de su determinación en la experiencia de la anterior dictadura, contexto de su propia emergencia y consolidación. En efecto, rechazó aquellos argumentos del “reformismo y los espontaneístas” advirtiendo que antes ellos “se alza la experiencia de la lucha de nuestro pueblo, que ha demostrado con los hechos lo erróneo de estas concepciones”⁹⁹. La afirmación era seguida por la alusión a algunos eventos acontecidos en el período 1972-1973 (entre los que se destaca la fuga del penal de Rawson y el copamiento del Batallón 141 en Córdoba) que habrían extendido la potencia de la movilización popular. De allí, la certeza de que en el contexto de avance de las fuerzas represivas las acciones guerrilleras

“fuerzan al enemigo para pensar seriamente en la posibilidad de conceder momentáneamente en el terreno democrático [...]. Ante un enemigo feroz y despiadado [...] sólo la fuerza y la contundencia de las acciones guerrilleras, junto a la movilización popular, pueden paralizarlo, mostrar su debilidad y ganar la batalla de la democracia y la libertad”¹⁰⁰

Más allá de esta proclamada apuesta, lo cierto era que los esfuerzos guerrilleros no parecían torcer los planes golpistas. El PRT-ERP lo sabía: sus propios informes de inteligencia advertían “que no más allá de febrero o marzo los militares se alzaban, que ya había un acuerdo de las cúpulas de las tres armas y que había la decisión de llevar adelante este golpe”¹⁰¹. Esta información estaba acompañada por la sospecha, nada ingenua por cierto, de que este golpe sería distinto a los demás en su ferocidad

⁹⁸ *El Combatiente* N° 198, 7 de enero de 1976.

⁹⁹ *El Combatiente* N° 198, 7 de enero de 1976

¹⁰⁰ *El Combatiente* N° 198, 7 de enero de 1976

¹⁰¹ Manuel Gaggero, 17 de noviembre de 2003. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

represiva. De ahí, que la prensa partidaria de fines de febrero, advirtiendo que una de las primeras acciones que se llevarían adelante una vez consumado el golpe sería un gran operativo contra los activistas de fábricas y gremios, exhortara: “es el momento de cerrar filas, preservar a los activistas y dirigentes combativos, trasladar a la clandestinidad esas direcciones...”¹⁰².

Finalmente, el 24 de marzo de 1976, las Fuerzas Armadas encabezaron el último golpe de Estado de la historia argentina. Santucho, desde la editorial de *El Combatiente*, alentaba: “¡ARGENTINOS A LAS ARMAS!”. Anunciaba allí el inicio de una etapa de “guerra civil generalizada” cuyo desenlace –la derrota de la dictadura– situaría al pueblo argentino en “las puertas del socialismo”. Para ello era necesario no sólo consolidar las “fuerzas políticas y militares” sino también “movilizar a las más amplias masas por todo tipo de reivindicaciones.”¹⁰³

Si la movilización de masas se hallaba en pleno retroceso desde hacía varios meses, la ferocidad desatada de la represión, principalmente sobre el movimiento obrero organizado, no sólo profundizaba aquel repliegue sino que volvía francamente imposible las voluntades partidarias. El PRT-ERP no tardaría mucho en advertirlo, pero no por eso daría un paso atrás: si de “todas las formas de lucha” las legales quedaban definitivamente obturadas, allí estaban las armas para mantener vivo el fuego de la resistencia popular. En efecto, a menos de un mes de consumado el golpe, la organización anunciaba:

“la nueva etapa de nuestra lucha que se abrió con el golpe militar de Videla se caracteriza por la reducción al mínimo de las posibilidades legales y por lo tanto traslada el grueso de la lucha popular al terreno clandestino y violento”¹⁰⁴

Manuel Gaggero explica que “¡Argentinos a las Armas!” no era sólo una consigna agitativa; sino que encontraba su materialidad en una clara decisión de la dirección perretista que, aunque encontró tensiones en algunos frentes, fue acompañada por el colectivo partidario:

¹⁰² *El Combatiente* N° 205, 25 de febrero de 1976.

¹⁰³ *El Combatiente* N° 219, 31 de marzo de 1976

¹⁰⁴ *El Combatiente* N° 213, 14 de abril de 1976

“hubo una decisión de que todos los frentes fueran prácticamente pasados a la actividad militar. A nosotros nos sacaban gente que estaba en nuestro frente que no tenía ninguna experiencia y la pasaban a la actividad militar. A eso nosotros nos opusimos firmemente. Incluso pensábamos que la consigna no era... que no había una situación de masas de confrontación contra el golpe. Lo planteamos en varias minutas internas [...]. Igual, con el criterio de que vos discutís adentro pero salís afuera con una sola posición, salimos afuera a defender el criterio. De nuevo salir a hablar con los políticos democráticos para decirles ‘hay que prepararse para la resistencia armada’. Incluso proponíamos reestablecer el frente militar en el monte, ampliarlo y hacer como una zona liberada en donde se podían instalar los políticos democráticos para quedar protegidos de la represión”¹⁰⁵

No pasaría mucho tiempo para que el PRT-ERP se viera obligado a reconocer, como dato indiscutible, la profundización del “reflujo” de masas. Tal reconocimiento no podía menos que implicar una revisión de la línea partidaria. A comienzos de junio la organización admitía:

“cuando poco antes y después del 24 de marzo analizamos las perspectivas del golpe militar cometimos un error de cálculo al no señalar que el peso de la represión afectaría en un primer momento a la lucha popular, dificultando la movilización de masas y el accionar guerrillero [...] nos faltó taxativamente un período determinado de reflujo, error que desde ahora corregimos”¹⁰⁶.

No lo hicieron: en el mismo documento se dejaba bien en claro la continuidad de la lucha armada. No habría “período de reflujo” para las armas revolucionarias. Quizás, como afirma Mattini, porque “era realmente difícil invertir la marcha de una máquina militante como el PRT”¹⁰⁷. Pero más probablemente porque la subjetividad perretista no

¹⁰⁵ Manuel Gaggero, 17 de noviembre de 2003. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

¹⁰⁶ *El Combatiente* N° 220, 9 de junio de 1976

¹⁰⁷ El 19 de julio de 1976 Mario R Santucho, junto a otros miembros de la dirección del PRT-ERP, fue abatido en un enfrentamiento en el departamento en el que se encontraba. Tras su muerte, la organización concentró sus dudas en los problemas de seguridad. Luis Mattini, quien había sido designado para cubrir el puesto de Secretario General del PRT, recuerda que se intentó aplicar “el repliegue hacia las masas

había dejado de descansar sobre la certeza incommovible –heredada del guevarismo– de que la acción armada alimenta la conciencia revolucionaria, que la heroicidad del guerrillero se convierte en ejemplo y el ejemplo en semilla que germina aquí y allá abonando el camino hacia la revolución.

Fragmentos más abajo del aquel documento que postulaba “corregir” el error partidario el PRT-ERP pronosticaba:

“el accionar guerrillero mantendrá viva la llama de la resistencia popular [...] las operaciones de propaganda armada y aniquilamiento realizadas por las unidades guerrilleras jaquearán constantemente a la Dictadura Militar [...] Mientras más prenda el ejemplo guerrillero, más poderosa y decidida será la posterior movilización obrero-popular. **Por ello es que en el presente período, la lucha armada ocupa el centro de la lucha política, es y será el eje de la política nacional**”¹⁰⁸

Diversos testimonios afirman que, tras la caída de la dirección partidaria en julio de 1976 se intentó “profundizar el repliegue”: de hecho, una de las decisiones más importantes en este período fue la de sacar una gran cantidad de cuadros del país. Sin embargo, resulta innegable que las certezas revolucionarias hasta entonces sostenidas – y, como se verá más adelante, los mandatos de ellas derivados– habían calado profundamente en la subjetividad de la militancia.

En abril de 1977 se realizó en Roma una reunión del Comité Ejecutivo partidario. En esa reunión “el compañero que había quedado a cargo del Partido en Argentina, al finalizar su informe sobre la situación en el país, remató: *‘El Partido está formado esperando la orden de combate’*”¹⁰⁹.

Finalmente, la propia historia partidaria oficiaba de referente para ponderar la pertinencia de la resistencia armada. Hacia 1978, en el contexto de debates y diputadas internas que finalmente culminarían en la ruptura y disgregación partidarias, un

pero era realmente difícil invertir la marcha de una máquina militante como el PRT”; y advierte, paralelamente que el objetivo primordial seguía siendo “el entrenamiento de oficiales combatientes” (Mattini, Luis: op. cit. pág 480)

¹⁰⁸ *El Combatiente* N° 220, 9 de junio de 1976. El resaltado es mío.

¹⁰⁹ De Santis, Daniel, 14 de julio de 2008. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

miembro de la dirección le preguntó a Daniel, por entonces integrante del Comité Central, si estaba de acuerdo o no con la lucha armada. Daniel recuerda que recibió la pregunta con sorpresa y desconcierto:

“Yo me quedé... ‘Sí’, le digo, ‘yo soy del PRT’, veníamos haciendo la lucha armada desde el ‘69. Le habíamos hecho la guerrilla a Perón, ¡¡¡!!!no le íbamos a hacer la guerrilla a Videla ???!!!”¹¹⁰

En resumidas cuentas, porque con las armas se despierta la conciencia de las masas, porque con las armas se defiende el poder popular, porque con las armas se enfrenta al enemigo y porque con las armas se erige la resistencia del pueblo, lo cierto es que, en la *guerra revolucionaria*, la lucha armada “es el único camino” (1968); y en una Argentina en guerra “la política se hace en, lo fundamental, armada” (1970); por eso “el ERP no dejará de combatir” (1973), por eso, la lucha armada “es y será el eje de la política nacional” (1976).

¿Proceso de militarización?

El PRT-ERP fue una organización que apeló a la lucha armada como parte de su estrategia para la toma de poder. Y lo hizo a partir de una caracterización del proceso revolucionario como **guerra prolongada**. En esa guerra, en tanto el enemigo era inmensamente más poderoso, sólo la construcción de un ejército que fuera de lo “pequeño a lo grande”, templándose en “mil batallas”, tanto en el campo como en la ciudad, podía garantizar el triunfo popular.

El emprendimiento de acciones militares de envergadura creciente, la regularización de fuerzas, la apertura de un frente rural, no fueron determinaciones que “desviaron” a la organización de lineamientos teóricos que postulaban un rumbo distinto. Fueron, en todo caso, las posibilidades de concreción de las enseñanzas de los teóricos de la guerra revolucionaria que la organización abrazó en 1968. La lectura de las distintas coyunturas políticas y la inapelable promesa guevarista traerían consigo la oportunidad.

Hace ya algunos años, Oscar Terán escribía un artículo cuyo título no puedo dejar de evocar: “La década del 70: la violencia de las ideas”¹¹¹. Allí, citando a Koselleck, decía

¹¹⁰ De Santis, Daniel, 14 de julio de 2008. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria.

que en la historia pasa *más o menos* lo que tiene que pasar y que sobre ese *más o menos* están los hombres.

En esos hombres, en las figuras que poblaron su imaginario, en sus identificaciones, mandatos, valores, prácticas y sentires se centrarán los próximos capítulos.

¹¹¹ Terán, Oscar: “La década del 7º: la violencia de las ideas”, en *Lucha Armada N° 5*, año 2, febrero-abril de 2006, pp. 20-28

CAPÍTULO 3:

Enemistad y moral.

El odio como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal.

Hay que llevar la guerra hasta donde el enemigo la lleve: a su casa, a sus lugares de diversión; hacerla total. Hay que impedirle tener un minuto de tranquilidad, un minuto de sosiego fuera de sus cuarteles, y aun dentro de los mismos: atacarlo dondequiera que se encuentre; hacerlo sentir una fiera acosada por cada lugar que transite¹.

Sostiene Freud que “en la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social”; más adelante, agrega: “la psicología de las masas trata del individuo como miembro de un linaje, de un pueblo, de una casta, de un estamento, de una institución o como integrante de una multitud organizada”². Si de la identidad se trata, siguiendo a Freud, se advierte que todo proceso identificatorio es siempre ambivalente: reconoce un movimiento de asimilación (*ser como, asemejarse a*) y un movimiento de tono hostil de diferenciación, homologable al deseo de sustitución. De lo anterior se destaca que el análisis de un proceso de construcción identitaria colectiva debe tener presente el lugar que ocupa *el otro* como referente indispensable -tanto en su movimiento asimilatorio como en su movimiento de diferenciación y sustitución- en la definición de una identidad propia, de un *sí mismo*.

¹ Che Guevara: “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, 1967.

² Freud, Sigmund, “Psicología de las masas y análisis del yo” en *Obras Completas*, Tomo XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1997, pp. 67-68.

Como ha sido expuesto en el Capítulo anterior, el PRT-ERP inscribió su actuación en un escenario postulado como guerra revolucionaria; y toda guerra implica necesariamente ciertas definiciones y sentidos de la enemistad. La enemistad participa indefectiblemente en la construcción identitaria del grupo: el “enemigo”, en tanto *otro referente*, interviene en la definición de un *nosotros*, no sólo en lo que a rasgos particulares respecta sino también en lo relativo a la delimitación de un accionar. De ahí que la noción de “enemigo” haya ocupado un lugar determinante en el imaginario de la organización y en sus prácticas.

En el presente capítulo se intentará, en primer lugar, identificar las acepciones de “enemigo” implicadas en la subjetividad partidaria. En segundo lugar, se analizará las ejecuciones selectivas llevadas a cabo por la organización, no sólo en tanto prácticas directamente ligadas a aquellas acepciones de enemistad; sino también en tanto acciones que permiten advertir las modalidades que asumieron, en el proceso de construcción identitaria de la organización, los movimientos de asimilación y, más enfáticamente, los de diferenciación respecto del “enemigo”. Finalmente, a partir de las nociones elaboradas por Carl Schmitt en *Teoría del Partisano*, se explorarán los alcances y límites que para los militantes del PRT-ERP tuvieron las implicancias propias de la *guerra revolucionaria*, especialmente en relación al acto de matar.

I. La figura del enemigo

¿Quién era “el enemigo” para el PRT-ERP? Un análisis atento a la discursividad de la organización advierte la convivencia de dos acepciones de la idea de “enemigo”. Una de ellas se vinculaba con definiciones teórico-ideológicas. “El enemigo” aparecía asociado a la estructura de poder económico y político; era “la burguesía”, “la sociedad capitalista”, el “imperialismo”: “El enemigo era todo el sistema capitalista, con toda su superestructura ideológica, política, militar...o sea...la burguesía [...] ese era el enemigo”³.

³ Miguel, 2 de marzo de 2000. Testimonio brindado a la autora.

La otra acepción de la noción de "enemigo" se vinculaba con los efectos de ciertas particularidades de la historia y la cultura políticas argentinas; "el enemigo" aparecía fundamental y específicamente identificado con los agentes represores del Estado: Pregunta: *-ese enemigo que estaba "de la vereda de enfrente" ¿cómo era?*; Respuesta: - "Era...salvo los heladeros, eran todos los que llevaban uniforme"⁴

La dinámica a través de la cual se construyó esta noción de enemigo de doble acepción remite a la articulación y reatualización de la dimensión colectiva y la dimensión individual de la experiencia perretista, puesto que si, por un lado, el discurso institucional-partidario contenía y habilitaba esta doble acepción, el mundo de la experiencia individual, por otro, fue formador de sentido y marco a partir del cual se resignificaba el discurso partidario.

Como ya ha sido señalado, a mediados de de 1970 el PRT realizó su V° Congreso que diera carta de fundación al ERP. En esa oportunidad la organización declaraba que "la guerra civil revolucionaria ha comenzado en nuestro país" y que esa guerra "continuarán librándola la vanguardia obrera y sectores del proletariado y el pueblo y que, por último, será la lucha de la vanguardia obrera, la clase obrera y el pueblo, **contra la burguesía y el imperialismo**"⁵

La acepción de enemigo contenida en este párrafo es, sin lugar a dudas, aquella que asocia al enemigo con la estructura del poder del capitalismo dependiente. Es, en resumidas cuentas, un *enemigo de clase*; y es precisamente esta enemistad la que quedará plasmada en los estatutos partidarios determinando las "tareas principales" de los militantes del PRT. En el artículo 15 de estos estatutos quedaban así definidas aquellas tareas:

- a) dirigir a sus miembros y a las masas en el camino de la guerra revolucionaria y la aplicación viva del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario;
- b) prepararse constantemente para combatir y educar a los miembros del Partido y las masas en el espíritu de la guerra revolucionaria y la lucha

⁴ Carlos, 18 de marzo de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁵ *Resoluciones del V Congreso...* op. cit., pág. 66. El resaltado es mío

contra el oportunismo de derecha e izquierda y conducirlos a luchar resueltamente contra el enemigo de clase"⁶

Ahora bien, en las mismas Resoluciones del Congreso se advierte en distintos párrafos leves desplazamientos de sentido hacia la otra acepción de la idea de enemigo, aquella vinculada a los agentes represores del Estado:

"en la guerra revolucionaria lo que se busca no es la destrucción física de la masa enemiga: en todo caso podría interesarnos destruir una parte de sus cuadros de dirección pues la fuerza en su totalidad está compuesta por una mayoría de reclutas de igual origen de clase que nuestras propias fuerzas".⁷

En efecto, en esa guerra ya iniciada la "masa enemiga" está identificada con las FFAA, de ahí, la necesidad –y la urgencia– de la fundación de **otro ejército**, revolucionario y popular, construido en oposición a aquel identificado como enemigo. Acto determinante de una nueva etapa de la identidad partidaria:

"Considerando:

Que en el proceso de guerra revolucionaria iniciado en nuestro país, nuestro Partido ha comenzado a combatir **con el objetivo de desorganizar a las FFAA** del régimen para hacer posible la insurrección victoriosa del proletariado y del pueblo.

Que las Fuerzas Armadas del régimen sólo pueden ser derrotadas oponiéndoseles un ejército revolucionario [...]

El Vº Congreso del PRT resuelve:

1º Fundar el Ejército Revolucionario del Pueblo y dotarlo de una bandera [...]

3º Construir un Ejército Revolucionario del Pueblo incorporando a él a todos aquellos elementos dispuestos a combatir contra la dictadura militar y el imperialismo"⁸

La construcción del nuevo ejército implicaba necesariamente la apelación y el despliegue de un conjunto de símbolos, valores y referencias identificatorias.

⁶ *Ibíd*, pág. 115

⁷ *Ibíd*, pág. 77

⁸ *Ibíd*, pág 84-85

Así, el Ejército Revolucionario del Pueblo fue dotado de un himno que alentaba al combate. Uno de sus versos terminaría por erigirse como consigna identificatoria de la organización:

“Adelante compañeros
Hasta vencer o morir
Por una Argentina en armas;
De cada puño un fusil”.

Quizás más importante aún, el nuevo ejército necesitaba de referencias históricas que le otorgaran legitimidad y estrechara los lazos con ese pueblo que venía a representar. El modelo, el *ideal*, de identificación fue, como era esperable, un Ejército: aquel que librara las guerras de Independencia del S XIX. El carácter “antiimperialista” que necesariamente debía tener la revolución en la Argentina no podía menos que orientar la mirada hacia aquel pasado en el que la gesta independentista había triunfado. Así, el pasado nacional quedaba integrado a la cantera de referencias identificatorias de la organización. Y de aquel pasado se destacarían, fundamentalmente y al igual que para el Ejército Nacional, las figuras emblemáticas de la historiografía mitrista: San Martín, Belgrano, Güemes, etcétera⁹

El V Congreso había resuelto dotar al nuevo ejército de una bandera. El pabellón escogido fue el del Ejército de los Andes; pero en consonancia con el carácter mundial de la revolución, el escudo que según la historiografía tradicional había sido bordado por las damas mendocinas fue reemplazado por la estrella roja de cinco esquinas, símbolo de la lucha de los cinco continentes por el socialismo. “La adopción de la bandera del Ejército de los Andes llenaba de emoción a todos [...] simbolizaba la lucha

⁹Un año y medio antes de la fundación del ERP, en enero de 1969, había tenido lugar la primer acción armada del PRT: el asalto al Banco Provincia de Escobar. El comando que lo ejecutó, liderado por el propio Santucho, se denominó Sargento Cabral. Más adelante, batallones y compañías serían bautizados con nombres y hechos emblemáticos de las luchas por la Independencia: San Martín, Combate de San Lorenzo, etcétera. Por otro lado, autores como Luis Mattini y María Seoane han señalado que la lectura de la historia nacional de Mitre interesaba particularmente por la descripción que allí se hacía de las guerrillas libradas en Salta al mando de Güemes.

del pueblo argentino por su liberación nacional entrelazada por la lucha por el socialismo”¹⁰

Se trataba, entonces, de la continuación de aquella gesta truncada. Esta vez, el nuevo Ejército revolucionario, legítimo heredero de las tropas del XIX, culminaría una lucha popular de larga data. La guerra revolucionaria era la guerra “por nuestra Segunda y Definitiva Independencia”:

“Es nuestra participación combatiente en la guerra de la Segunda Independencia, continuación de la que los fundadores de nuestra nacionalidad, el pueblo y los héroes San Martín, Belgrano, Güemes, etcétera, sus soldados y guerrilleros, los anónimos hombres y mujeres que se sacrificaron junto a ellos, libraron de 1810 a 1824 contra la dominación española”¹¹

“El 9 de julio de 1816 nuestros antepasados declararon la independencia del país, apoyados en las guerras que libraban los patriotas [...]. Entonces, el pueblo libró junto a ellos una lucha heroica contra el poder opresor del imperio español. Hoy el pueblo argentino comienza una nueva lucha. Ahora por la Segunda, definitiva, Independencia, que libere al país del imperialismo yanqui y sus sirvientes nativos [...]. Derrotaremos a la burguesía y al imperialismo para imponer el Gobierno Revolucionario del Pueblo”¹²

El Ejército de los Andes se había constituido para enfrentar al dominio imperial y, en tanto heredero legítimo, el ejército revolucionario debía continuar y concluir aquella gesta emancipadora. Era, en definitiva, una lucha contra el nuevo poder imperial. Pero era, también, una lucha contra los usurpadores de las insignias del XIX, que no sólo *representaban* los intereses del imperialismo y la clase explotadora, sino que, además, formaban parte de su trama:

“El ejército de Lanusse, Onganía y Levingston no es una organización popular que busca una revolución. Todo lo contrario. Es precisamente un

¹⁰ Mattini, Luis, *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a la Tablada*, Buenos Aires: Ed. de la Campana, 1996, PP. 70-71.

¹¹ “Programa del ERP” en *La Tribuna de Rosario*, 20 de septiembre de 1970

¹² *Estrella Roja*, julio de 1971, Colección documento histórico N° 31 de Infobae

agente de este imperialismo, el fiel custodio de sus intereses y de los intereses de los explotadores nativos en nuestro país. **Los generales, coroneles y toda la milicada son además ejecutivos de los grandes monopolios**”¹³

Representante, custodio y parte de la estructura de poder económica, el Ejército Nacional se erigió a los ojos del PRT-ERP como punto neurálgico del poder político. De ahí, que la “lucha contra los explotadores” reconociera la necesidad primera e inmediata de su eliminación:

“EL EJÉRCITO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO ESTÁ INTEGRADO POR HOMBRES Y MUJERES QUE COMPRENDEMOS ESTA SITUACIÓN INJUSTA DE TODOS LOS OBREROS Y SECTORES POPULARES ARGENTINOS conscientes que la lucha que emprendemos es una lucha a muerte contra los explotadores apuntando a la destrucción de la base de su poder económico [...]. PERO SABEMOS QUE ANTES DEBEMOS DESTRUIR LA BASE DE SU PODER POLÍTICO, apoyado exclusivamente en la fuerza y la represión. Es decir en la policía y en el ejército. A ello apunta nuestra actual guerra revolucionaria”¹⁴

Decíamos más arriba que la dimensión de la experiencia individual fue tanto un marco a partir del cual se apropió el discurso partidario como una instancia formadora de sentido.

Como ha señalado María Matilde Ollier¹⁵, las personas que compusieron la militancia de la izquierda revolucionaria, nacidas en su mayoría en la década de 1950, habían aprendido a lo largo de su historia personal previa al ingreso partidario, a través de distintos espacios tanto privados como públicos, una versión de la política fundada en el paradigma amigo-enemigo.

¹³ “San Martín y su Ejército” en *Estrella Roja*, agosto de 1971, Colección de documento histórico N° 33 de Infobae. El destacado es mío.

¹⁴ “Por qué luchamos” en *Estrella Roja*, mayo de 1971 en Colección Documento Histórico N° 30 de Infobae. El destacado corresponde al original.

¹⁵ Ver Ollier, María Matilde: *La creencia y la pasión. Privado, público y político*, Buenos Aires, Ed. Ariel, 1998.

En la misma dirección parecen ir los señalamientos de diversos autores al referirse a las modalidades del enfrentamiento político de la década del setenta. En primer lugar, se destaca cierta percepción generalizada (o al menos ampliamente compartida) de la política como la confrontación de dos campos antagónicos, irreconciliables (peronismo-antiperonismo; imperialismo-patria; pueblo-antipueblo; explotadores-explotados, etcétera). En segundo lugar, se inscribe aquella percepción en la tradición y las características propias de la cultura política argentina.

Al referirse a la cultura juvenil que se iba constituyendo alrededor de la “crítica al sistema” (y uno de cuyos rasgos distintivos era cierta lectura dicotómica del mundo), Alejandro Cattaruzza advierte:

“No era nueva esta tendencia a pensar la sociedad y la política divididos en dos bloques homogéneos y enfrentados en un combate que, suponíamos, debía ser el final. Por el contrario, se alineaba con una actitud recurrente en la política argentina del siglo XX, aunque los tonos y los actores hubieran sido otros, más moderados. Una construcción muy semejante [tuvo] el radicalismo durante mucho tiempo, y luego el peronismo; el modelo aparece también en zonas de la izquierda en los años veinte y comienzos de los treinta. La cultura política argentina no parecía haber incorporado a su tesoro ideológico la noción de la existencia de posibles representaciones políticas plurales en disputa regulada”¹⁶

Por su parte, Claudia Hilb, al referirse a las formas de representación y de legitimación de la Nueva Izquierda -las de la guerra- reconoce que, en rigor, no era éste un lenguaje nuevo; fue, antes bien,

“el espejo de la sociedad de la cual emergió: una sociedad en la que “el otro” era el enemigo [...] Una sociedad en la que cada definición encuentra necesariamente su contrario en el “otro” y no admite más que dos

¹⁶ Cattaruzza, Alejandro: “El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil de los años setenta” en, *Revista Lucha Armada en la Argentina*, año 4, N° 10, 2008, pág. 19

enunciadores [...] y en la que única actitud resultante es la eliminación del contrario”¹⁷

Para la generación que integró la militancia revolucionaria de los setenta, en esa percepción del espacio político como uno signado y motorizado por el enfrentamiento terminal entre dos campos, la figura de “los militares” ocupó un lugar particularmente destacado, incluso antes de cualquier experiencia política directa. Dejando a un lado la indiscutida relevancia que el peronismo adquiriría en las conversaciones familiares, aquella figura (“los militares”) sobresale en los recuerdos de los entrevistados, las más de las veces connotada negativamente. Por ejemplo:

Pregunta: -¿Qué lugar ocupaba la política en la vida familiar?

Respuesta: -“Mi papá era el que más hablaba: que los militares esto que lo otro [...] Estaba presente en los comentarios de mi papá...los golpes de Estado...qué sé yo [...] siempre en contra de los militares, siempre escuché hablar mal de los militares, *estos militares, estos militares...*”¹⁸

Por vaga o enfática -según los casos- que resultara esta connotación negativa, se vería, en todo caso, reforzada o confirmada a partir de las primeras aproximaciones de estos jóvenes al mundo de la participación política; aproximaciones que, en el contexto de la dictadura instaurada en 1966, asumían la forma de un enfrentamiento violento y terminal cuya resolución sólo podía consistir en la destrucción física de uno u otro.

Tanto Carlos como Miguel, por ejemplo, participaron como estudiantes, antes de ingresar al ERP, de la ola de movilización político-social de fines de la década de 1960. Sus recuerdos, dan cuenta de las implicancias políticas y subjetivas que esta experiencia tendrá para sus vidas.

“Cuando ibas a una movilización, como estudiante, te encontrabas con los otros, los de a caballo, a sablazo limpio [...] te empiezan a manifestar que no ibas a vivir seguro, no vivías en democracia, bueno, tampoco vivías seguro”.¹⁹

¹⁷ Hilb, Claudia: “La legitimación irrealizable del sistema político y la aparición de la izquierda en los años ‘60” en Hilb, Claudia y Lutzky Daniel: *La nueva Izquierda argentina: 1960-1980*, Buenos Aires: Ceal, 1984, pág. 27

¹⁸ Carlos, 7 de febrero de 2000. Testimonio brindado a la autora

¹⁹ Carlos, 7 de febrero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

“Y bueno, el enemigo, los malos, eran la policía y la represión, viste, y empezar a constatar que era así, que la policía reprimía, que la policía no solamente estaba para poner presos a los ladrones...

Pregunta: *¿Qué efectos políticos tuvo el Rosariazo para vos?*

Respuesta: Yo creo que es la cara de la represión, qué es la policía, lo que son los muertos, lo que más me podía convencer, dos años después por qué la guerrilla...la fuerza bruta, digamos [...] y por el otro lado la fuerza de la gente [...] Ahí ya me quedó en claro algo: que entrar a la facultad significaba entrar a luchar en contra de la dictadura”²⁰

Para gran parte de la militancia perretista, el bautismo de fuego de estas primeras experiencias políticas fue elemento constitutivo de una construcción identitaria conformada por un "nosotros" y un "ellos" enfrentados bajo la lógica de la violencia material. La identidad que comenzó a construirse fue, justamente, en oposición a un “ellos” que eran, en principio "los de a caballo", "la policía" y los militares. Un enemigo enfáticamente vinculado a las fuerzas represivas, que actuaba a "sablazo limpio" y al cual sólo se lo podía interpelar con las armas.

A partir de los testimonios obtenidos, puede afirmarse que en una importante cantidad de casos, el ingreso al PRT-ERP estuvo más vinculado a estas primeras identificaciones que a claras opciones ideológicas. Al evocar los motivos que lo impulsaron a abrazar la causa revolucionaria, Carlos advierte: “Principalmente, yo lo que vi primero era el tema...que había que sacar a los militares [...] después, ya adentro, me empecé a dar cuenta, ahí empecé en profundidad...el tema de la desigualdad social, el tema del poder...”²¹

Por su parte, Miguel, ante la pregunta “*¿Y por qué el PRT-ERP?*”, responde:

“Bueno, la duda era entre el ERP y el peronismo. Estaba de acuerdo con el tema de la lucha armada, o sea que a los militares no se los iba a desalojar con buenos modales, sino que había que enfrentarlos con un ejército...esa era la idea”²²

²⁰ Miguel, 12 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

²¹ Carlos, 7 de febrero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

²² Miguel, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

Estas motivaciones iniciales no fueron exclusivas de estudiantes o de personas provenientes de las clases medias. Rubén, por ejemplo, que creció en un barrio pobre de Tucumán trabajando desde los trece años como pintor, parece haber tenido un recorrido similar:

Pregunta: -¿Qué recuerdos tenés del Tucumanazo?

Respuesta: “Y yo era un chango joven y me gustaba participar de esos conflictos. Allá... todos contra la policía...se daba mucho. El hecho de vos ir y juntarte con los estudiantes (que no teníamos contacto con los estudiantes) vos ibas y te ponías a la par de los estudiantes a tirarle hondazos o prepararle cosas para voltear a los tipos que venían en la moto...O sea, en ese sentido, porque conciencia política, no tenía en ese momento. O sea, decir ‘participo en esto porque lo que quiero es esto, esto y esto’, no. Era participar, viste, contra lo que sería la Policía...”²³

Como se verá en el Capítulo 5 el ingreso a la organización estuvo acompañado, en todos los casos, por diversas modalidades de formación política e ideológica. Y no fueron pocos los militantes que recién entonces conocerían las formulaciones básicas del marxismo-leninismo y las lecturas y nociones de él derivadas relativas a la estructura de poder económico y político. No obstante, cabe señalar, que esa formación no implicó una rectificación significativa de aquellas identificaciones primarias respecto del enemigo (aunque eventualmente las haya complejizado). Más aún, las definiciones partidarias originales que contenían una doble acepción de la idea de enemigo sufrirán eventualmente ciertos desplazamientos de énfasis y sentido en favor de un enemigo básicamente uniformado. A dos años de la fundación del ERP, *Estrella Roja* proclamaba:

“ASÍ DE IDENTIFICA A LOS ENEMIGOS DEL PUEBLO

1° Generalmente son policías, militares y delatores al servicio de nuestros explotadores

2° Son los que torturan y asesinan a nuestro pueblo

3° Son los que asesinaron a [...] nuestros mejores hijos

4° Son los defensores incondicionales de los amos de nuestras fábricas.

5° Son los que cuidan las fábricas con armas, garrotes y gases.

²³ Rubén Emperador, 20 de mayo de 2006. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

6° Son los que con la prepotencia y las balas nos quieren domesticar

7° Son los gusanos, parásitos de nuestro pueblo que no trabajan y se comen el presupuesto nacional”²⁴

Sólo la última de estas siete formas de caracterización publicitadas a viva voz por el órgano oficial del ERP aludía a un *enemigo de clase*. La jerarquía explícita de este orden no resulta ser un detalle menor en cuanto a las repercusiones que provocaba en la imaginaria militante. Esa imagen del enemigo se impondría como referente, las más de las veces, en la construcción identitaria colectiva. En esa misma proclama, a la derecha y en exacta oposición a las formas de identificación de los “enemigos del pueblo”, leemos:

ASÍ SE IDENTIFICA A UN GUERRILLERO

1° Porque son patriotas revolucionarios que dan la vida por la revolución

2° Porque luchan para que nuestra patria no sea una colonia yanqui

3° Porque siente odio ante la explotación despiadada de nuestra clase obrera y el pueblo

4° Porque ante la miseria y el hambre de nuestro pueblo combate con las armas en la mano a la dictadura militar

5° Porque ante la tortura y el asesinato, aplican la justicia revolucionaria

[...]

6° Porque se ha dado como tarea derrotar al ejército opresor y tomar el poder para la clase obrera y el pueblo

7° Por eso un guerrillero, un combatiente, es hijo digno de nuestro pueblo, es un compañero revolucionario que lucha día a día contra la dictadura y el imperialismo²⁵

Es evidente que en esta segunda enumeración la *cuestión de clase* adquiría una relevancia de la que la anterior carecía. Sin embargo, si de identificaciones se trata, resulta interesante destacar que en tanto los “enemigos del pueblo” eran, en primera instancia, los integrantes de las fuerzas represivas (legales o ilegales) su opuesto era la figura del guerrillero, reconocible ésta, en gran medida, por sus prácticas asociadas a la

²⁴ *Estrella Roja* N° 13, junio de 1972.

²⁵ *Estrella Roja* N° 13, junio de 1972

lucha armada (“da la vida”, “combate con las armas en la mano”, “aplica la justicia revolucionaria”; “se ha dado como tarea derrotar al ejército opresor”).

Ahora bien, atendiendo a las implicancias subjetivas –o aún emocionales o íntimas- de este énfasis en la identificación de un enemigo básicamente represor, resulta interesante advertir cierta incomodidad de los militantes al entrar en contacto directo con empresarios secuestrados en las “cárceles del pueblo”. Al evocar su experiencia de custodia allí, refiriéndose al prisionero, Miguel recuerda:

“Yo lo respetaba viste [...] no trataba de asustarlo, nada de eso. [...] No me parecía tan malo como decían. Me parecía un tipo bastante parecido a mí...que estaba ahí, viste. **No era un militar [...] era un empresario.** Me daba la impresión que era parecido a mí. O sea, la sensación, más allá de lo teórico, era decir *bueno, no sé por qué este tipo está acá* [risas] *no es tan malo.* Bah, no lo veía como una persona mala, **no lo veía como a un enemigo**”²⁶

Por su parte, Eduardo, que era fotógrafo y se le había adjudicado la tarea de registrar diversas escenas del cautiverio de Oberdan Sallustro, director general de la FIAT, secuestrado por el PRT-ERP en marzo de 1972, cuenta:

“Tuve varias charlas con Sallustro cuando él estaba en la cárcel del pueblo, que era un pozo, en una casa en la provincia de Buenos Aires, incluso le filmé unos reportajes donde él habla, saqué fotos [...] y tuve varias charlas con él que fueron difíciles porque es sumamente difícil hablar con una persona en esas condiciones... Y bueno, uno tiene un nivel de ingenuidad... y de...Y entonces era muy difícil sostener las argumentaciones de él. Yo sabía quién era y el papel que había jugado en política pero era una persona, que hablaba con vos y que...hablaba de sus hijos, de su familia, etcétera.”²⁷

Mencionaba anteriormente los efectos que tuvieron sobre estas subjetividades personales aquel aprendizaje político primario de jóvenes estudiantes bajo la dictadura de Onganía, en el cual el enemigo tenía el rostro de la represión policial y militar que caracterizaron las movilizaciones sociales de la época. De ahí que no resulte del todo

²⁶ Miguel, 2 de marzo de 2000. Testimonio brindado a la autora.

²⁷ Eduardo Menajovsky, 30 de octubre de 2007. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta

extraño el comentario de Miguel recientemente citado (“no era un militar, era un empresario [...] no lo veía como un enemigo”) o la incomodidad de Eduardo ante las conversaciones con Sallustro. Podría aducirse que en estos dos casos, se trata de jóvenes de clase media, cuya experiencia social (entendida ésta en sentido amplio) tornaba relativamente permeables ciertas identificaciones empáticas (“me daba la impresión que era parecido a mí”) que empañaban, de alguna manera, la imagen de enemigos de estos empresarios. ¿Qué pasaba entre los militantes perretistas de extracción obrera?

Si se remite a la documentación de época específicamente destinada a la propaganda partidaria en el movimiento obrero y presumiblemente producida por militantes que desplegaban allí su actividad se advierte, en primer lugar, que el énfasis del discurso partidario estaba puesto en el *enemigo de clase* (siempre emparentado con “el imperialismo”, por supuesto) más que en el enemigo asociado a las fuerzas represivas; y, en segundo lugar, que adquiriría una presencia inusualmente relevante **como enemigo** la “burocracia sindical”.

En una serie de proclamas destinadas a los obreros cordobeses de la empresa FIAT (y en las que sobresale su confección casera) se advierte claramente lo antedicho. Y, al incluir a la dictadura militar en la nómina de enemigos de los trabajadores se enfatiza su carácter de “representante” de los intereses del poder económico:

“Los compañeros de FIAT y su dirección demostraron que los obreros de Córdoba saben cuáles son sus verdaderos enemigos: LA DICTADURA, EL IMPERIALISMO Y LA BUROCRACIA SINDICAL” Y más adelante: “Compañeros: La Dictadura Militar (representante de los explotadores) está alerta...” Y la consigna final: CONTRA EL IMPERIALISMO Y SUS LACAYOS NATIVOS: LA BURGUESÍA Y LA BUROCRACIA SINDICAL”²⁸

El énfasis en la identificación de un *enemigo de clase* no obturaba en modo alguno la inscripción de aquella lucha en la semántica de la guerra; en todo caso insistía en su carácter revolucionario, en su sentido último de transformación radical.

“La clase obrera va comprendiendo así cuál es el verdadero camino de la lucha que históricamente debe librar: VENCER O MORIR CONTRA EL

²⁸ Volante/Proclama del PRT titulado: “DESARROLLEMOS LA GUERRA REVOLUCIONARIA DEL PUEBLO”. Sin fecha, presumiblemente, Córdoba 1970/1971. Los destacados corresponden al original.

CAPITAL para construir una sociedad nueva sin explotados ni explotadores. LA GUERRA A MUERTE ENTRE LA CLASE OBRERA Y LA BURGUESÍA IMPERIALISTA ESTÁ DECLARADA Y YA HA COMENZADO”²⁹

Esa “guerra a muerte” era precisamente contra el “capital”, contra “la burguesía imperialista”; y, si los agentes represores del Estado (como la Policía y el Ejército) tomaban parte en ella, eso se debía a su carácter de “servidores” de las clases dominantes que a través de ellos defendían su poder.

“Compañeros: Nuestros intereses como clase, como obreros ya no se pueden defender más con Paz y paritos domingueros [...] sólo los podemos defender intransigentemente desarrollando una Guerra Revolucionaria donde intervenga todo el pueblo contra nuestros enemigos de clase. Porque nuestros intereses son diametralmente opuestos a los de la Dictadura Militar, los capitalistas y los dirigentes obreros traidores. Nuestra lucha es contra el Sistema, es la lucha por arrebatarle el poder a las clases dominantes e instaurar el poder de la clase obrera y el pueblo. Y ellos no nos entregarán el poder PACÍFICAMENTE; para algo existe una Policía y un Ejército a su servicio”³⁰

Es evidente que el discurso partidario registraba variaciones particulares según la coyuntura específica en que se enunciaba y el sector social al cual iba dirigido; del mismo modo que resulta evidente que la configuración subjetiva de los militantes estaba de alguna manera determinada por su experiencia social. En este sentido, es esperable que la figura del *enemigo de clase* primara en las proclamas distribuidas en el movimiento obrero (al menos en algunos casos como el citado) al tiempo que esa misma figura perdiera peso frente a la del *enemigo represor* entre los militantes provenientes de los sectores medios³¹.

²⁹ Volante/Proclama titulado “¿CUÁL DEBE SER LA ORGANIZACIÓN DE LOS OBREROS?”. Sin fecha, presumiblemente Córdoba 1971/1972. Los destacados corresponden al original.

³⁰ Volante/Proclama del PRT titulado: “¿QUIÉNES SON NUESTROS AMIGOS Y QUIÉNES NUESTROS ENEMIGOS?”. Sin fecha, presumiblemente Córdoba 1970/1971. Los subrayados y destacados corresponden al original.

³¹ Del mismo modo, siguiendo a Pablo Pozzi allí donde advierte sobre ciertas diferencias regionales dentro del PRT-ERP, es esperable encontrar distintos énfasis discursivos según las características de la

No obstante lo anterior, son varios los testimonios de militantes provenientes de la clase obrera en los que la ambivalencia entre ambas acepciones de la noción de enemigo tiende a resolverse en favor del enemigo uniformado.

Raúl, por ejemplo, fue obrero metalúrgico desde los 16 años. Comenzó su actividad política a través de la participación sindical por reivindicaciones salariales y laborales. Sus broncas y sus odios crecieron en la fábrica al abrigo de una experiencia de explotación extrema. Para él, que también había sido reprimido por las huestes policiales en cuanta manifestación callejera participó, el enemigo estaba constituido, al inicio de su militancia, fundamentalmente, por la patronal. Se incorporó al ERP a mediados del 1973. Así recuerda algunos hechos significativos de su militancia.

Pregunta: *-De las acciones armadas en las que participaste ¿cuál es la que recordás como más importante?*

Respuesta: *-"Y de por sí, la primera, donde tomamos la fábrica donde yo estoy, que los patrones eran todos unos hijos de puta y...verlos en ese momento todos cagados, temblando...era algo que yo me acuerdo siempre como si fuera hoy, dónde estábamos parados cada uno...todo [...] Te imaginás que la gente siempre puteando contra la patronal 'que estos hijos de puta que nos hacen esto, que hacen tal cosa' y cuando vos llegabas y les juntabas los patrones ahí adelante de todos y los apretabas y los tipos se cagaban todos y te daban la llave del auto sin problema, no sabían en qué bolsillo buscar para dártela más rápido y eso...qué sé yo, entonces, era el goce después de los compañeros"*³²

En el fragmento citado, la imagen del enemigo remite a un *enemigo de clase* y la gratificación de "los compañeros" encuentra su significado en el efímero instante de reparación justiciera a través del cual se invierte el sentido del miedo y la humillación. En su experiencia cotidiana en la fábrica Raúl construyó un enemigo cuya acepción implicaba, básicamente, la noción de clase. Al igual que en otros testimonios, se advierte una percepción polarizada de la confrontación, una noción bélica del conflicto de clase. Cuenta Raúl, por ejemplo, que en las reuniones entre los delegados y la

regional partidaria (si alberga centros industriales importantes o no, características de la composición social de la organización en esa regional, etcétera.).

³² Raúl, 12 de marzo de 2000. Testimonio bridado a la autora.

patronal, el dueño de la fábrica, "el Turco", asistía con su inseparable escopeta de caño recortado. Y cuenta, también que:

“en esa fábrica, todo compañero que ingresaba, debutaba tiroteándole la casa al “Turco”, viste. Es más, él decía que estaba en guerra con el ERP, él personalmente estaba en guerra con el ERP y andaba siempre con tres o cuatro guardaespaldas. Además era presidente de la Cooperadora Policial de la provincia, la cana siempre a su disposición”³³

Pareciera entonces, hasta aquí, que es el *enemigo de clase* aquel que se impone en la experiencia de Raúl. Sin embargo, en una entrevista posterior, ante la pregunta *quién era el enemigo*, responde:

“Mirá, por ahí en los planes y en teoría, el enemigo sabíamos quién era: la burguesía, el imperialismo, el Estado. Pero en concreto el enemigo nuestro de ese momento era la cana que era con quien nos enfrentábamos por ahí, viste...Yo te digo, por mi experiencia, para mí, el enemigo concreto era la cana”³⁴

Por su parte, Luis, que había sido peón rural primero y obrero industrial después, se integró al ERP a comienzos de 1974. En su primera entrevista recuerda haber sido “preparado” en las escuelas de formación partidarias para enfrentarse al enemigo. Y explica que el militante:

“tiene que luchar contra el enemigo oculto, el enemigo invisible, el de las fuerzas de seguridad que trabaja científicamente, que usa las computadoras, que entrena a un agente para que se infiltre en un partido [...]. Ese enemigo es un enemigo peligroso, es el enemigo que te puede desarticular una organización, que puede hacer pelear, enfrentar a los mismos compañeros, que puede desviar la línea política [...] habíamos recibido cierta instrucción en cuanto a la operatividad del enemigo ...éramos concientes de infiltrados, éramos concientes de los servicios de inteligencia, éramos concientes de la policía común, del policía que anda con el Comando Radioeléctrico por la

³³ Raúl, 21 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

³⁴ Raúl, 15 de marzo de 2000. Testimonio brindado a la autora.

calle, del vigilante que dirige el tráfico o el vigilante que cuida un banco. O sea que... a ese enemigo yo lo tenía identificado”³⁵

Cabe señalar que el proceso subjetivo a través del cual *el enemigo* quedaba fuertemente identificado con los agentes represores del Estado era, en gran medida, la resultante de la radicalización de la confrontación política y del recrudecimiento de la represión. En su experiencia cotidiana la militancia se ve enfrentada principalmente a las fuerzas represivas (“en concreto el enemigo nuestro de ese momento era la cana que era con quien nos enfrentábamos por ahí”, como advierte Raúl). Y cabe señalar, además, que aquel proceso subjetivo no podía menos que acentuarse en aquellos militantes que, alejados de los “frentes de masas” por razones de seguridad y viviendo en la clandestinidad, se hallaban avocados exclusivamente a las tareas militares. No puede descartarse el hecho de que en algunos de estos casos, la figura del represor adquiría la dimensión de un enemigo casi personal:

“Lo que yo no tenía claro es que a mí no me iban a agarrar vivo. Yo me volaba la cabeza antes de que se divirtieran conmigo. Porque **tenía cuentas pendientes con ellos** y se iban a hacer la fiesta... me la iban a dar duro, viste, se iban a cagar de risa conmigo. **Me la tenían jurada** por lo del banco y otras cositas, viste”³⁶

Entonces, si en la dimensión colectivo-partidaria coexistían las dos acepciones del concepto de enemigo, la dimensión experiencial conducía a apropiaciones subjetivas que empujaban, desde diversos ángulos y razones a nuevos desplazamientos semánticos³⁷.

Ahora bien, hasta aquí simplemente se ha señalado la existencia de aquella doble acepción en el discurso partidario. Pero ese señalamiento y, más aún, el hecho de que la

³⁵ Luis, 14 de mayo de 2000. Testimonio brindado a la autora

³⁶ Ángel Abus, 2 de abril de 2008. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta. El destacado es mío. Con “lo del banco” Ángel se refiere al asalto al Banco Nacional de Desarrollo en febrero de 1972, operación de la que participó y a partir de la cual tuvo que pasar a la clandestinidad ya que hasta ese momento se había desempeñado como agente de seguridad del Banco (lo cual le había permitido realizar las tareas de inteligencia y de logística necesarias para la acción).

³⁷ Es interesante destacar que aún en casos como el del Raúl, en el que la experiencia de la explotación cotidiana no le era en absoluto ajena (más bien todo lo contrario), haya sido la experiencia de la represión (o el enfrentamiento “con la cana”) aquello que primara en la identificación del enemigo.

figura del *enemigo represor* adquiriera preeminencia por sobre el *enemigo de clase*, ameritan ser revisadas desde otros interrogantes vinculados a las particularidades del entramado político-institucional de los tempranos años setentas.

El primero de ellos remite, necesariamente, a la lectura que de ese entramado hacía el PRT-ERP o, más precisamente, a la forma en que éste pensaba la relación entre Estado y clase, entre FFAA y clase dominante en Argentina.

En esta dirección surge un primer elemento a destacar: el rol ambivalente que en sus análisis políticos la organización le atribuía a las FFAA en relación con las clases dominantes. Si bien, por un lado, aquellas aparecían tan sólo como garantes necesarios de un orden capitalista dependiente, por otro, ese rol se desplazaba hacia una suerte de autonomización política de las FFAA.

Por ejemplo, haciendo referencia a los intentos de acuerdos políticos entre Lanusse y los partidos políticos para garantizar una salida ordenada de la dictadura militar, el PRT-ERP entendía que: "sería el movimiento la Hora del Pueblo, donde se concretaría la alianza de la burguesía con el visto bueno del imperialismo, **permitiendo el retorno de los militares a los cuarteles, asegurada la estabilidad del régimen...**"³⁸ Casi un año más tarde, advertía: " un nuevo gobierno parlamentario se encontrará con las masas en la calle, con la ampliación de la lucha de masas, **obligado desde bambalinas por las FFAA a reprimir violentamente.**"³⁹

En la primera cita las FFAA aparecen representadas como garantes de un orden en crisis, rol que les "permitiría" volver a los cuarteles una vez que la alianza de la burguesía hubiera podido asegurar la estabilidad del régimen. De lo cual se deduce que la intervención de las fuerzas represivas del Estado encontraba su razón de ser en la imposibilidad de la clase dominante de garantizar por sí misma un régimen político estable que permitiera llevar adelante su estrategia de acumulación. En la segunda cita, son las propias FFAA –y no ya la clase dominante- las que "obligarían" al gobierno burgués a reprimir violentamente. El giro discursivo no resulta menor: de auxiliar armado de un orden social las FFAA pasan a ser identificadas como el núcleo dirigente del poder, el grupo hegemónico de las clases dominantes.

Otros documentos partidarios resultan más enfáticos y precisos al respecto:

³⁸ *Resoluciones del V Congreso y...* op. cit., pág. 163. El resaltado es mío

³⁹ *Ibid.* pág. 194. El resaltado es mío.

"Hoy en la Argentina, ante el embate de las masas, la persistencia de la guerrilla, la agudización de la crisis económica, **le es imperioso a la burguesía y a su dirigente el Partido Militar**, recurrir al engaño para reorganizarse [...]. Las concesiones con que el **Partido Militar como líder de la burguesía** intentará engañar al pueblo sólo pueden ser de carácter político y, por lo tanto, no significarán paliativo alguno a los sufrimientos de las masas [...]. Los planes del Partido Militar en abril de 1971 perseguían llegar a una elección muy condicionada, a un nuevo régimen con los Partidos burgueses como mascarón de proa y **los resortes del poder, el timón, como siempre, en manos del Partido Militar**. Los políticos burgueses, por su parte, [...] perseguían todo lo contrario: llegar a un régimen parlamentario lo más independiente posible de los militares. Esta contradicción entre los militares y los políticos es una contradicción no antagónica, en el seno de las clases dominantes..."⁴⁰

Hasta aquí, la lectura perretista. Ahora bien, el segundo interrogante gira en torno a cuál era efectivamente el grado de autonomía de las FFAA en la Argentina de los años setenta y cuál su tipo de relación con las distintas expresiones de los grupos dominantes. Desde diversas perspectivas, varios estudiosos han ofrecido respuestas bastante coincidentes a este interrogante.

En primer lugar, Alain Rouquié ha señalado el completo divorcio entre el sistema institucional formal y el sistema de poder en la Argentina de la época; subrayando que ésta puede ser considerada como una variedad de "estado pretoriano moderno" cuyo centro serían, precisamente, las FFAA, entendidas éstas como una fuerza política de relativa independencia. Los orígenes mediatos de esa fuerza podrían situarse, según Rouquié, en el golpe de Estado de 1930. Entiende el autor que ante una sociedad fragmentada por las rivalidades sectoriales y las divisiones provocadas por la dependencia externa, la homogeneidad institucional del ejército justifica su intervención. Como por definición los conflictos de clase no pueden existir en el seno de un ejército profesional disciplinado, los militares, cualesquiera sean las diferencias de origen de sus cuadros, se sienten ante las corporaciones y los grupos de interés *portadores de un interés universal*.

⁴⁰ *El Combatiente* N° 70, 30 de julio de 1972. El destacado es mío.

“Esta *clase universal* , para emplear el lenguaje hegeliano, se ve en cierto modo conminada, por las presiones antagónicas de las fracciones o sectores rivales, a tomar a su cargo la resolución de los conflictos internos de los grupos dominantes cuando estos llegan a amenazar la estabilidad y tal vez la existencia del sistema global”⁴¹

Así, concluye Rouquié, las FFAA sustituyen a una clase dirigente dividida y procuran una hegemonía burocrática de sustitución.

Por su parte, Prudencio García, en una obra titulada, precisamente *El drama de la autonomía militar*, ha señalado que los militares argentinos se han considerado a sí mismos “como actores legítimos y naturales del escenario político, como una fuerza política más, o, más exactamente, como la más importante de las fuerzas políticas actuantes en el ámbito político nacional”⁴².

Al igual que Alain Rouquié, García apela al concepto de *Ejército pretoriano* para caracterizar al Ejército Argentino (al menos desde 1950). Los rasgos principales de dicho ejército serían: el ejercicio de un fuerte poder político, una enorme capacidad de intervención en la vida política y una defensa a ultranza de la autonomía de la institución militar. Esta autonomía del estamento castrense sería, finalmente para García, el factor sobresaliente, el elemento causal determinante del drama desencadenado en Argentina (particularmente a partir de 1976).

Finalmente, en una dirección similar se destacan las interpretaciones de Pilar Calveiro y Hugo Vezzetti.

Calveiro advierte que entre 1930 y 1976 la pugna por el poder y la representación de diversos proyectos de los sectores dominantes le fueron otorgando a las FFAA un peso político propio. De hecho, prosigue, desde 1955 comenzaron a ser en forma cada vez más clara el canal de circulación de las políticas del poder, más que el brazo armado de alguno de sus componentes.

“El aparato militar fue el centro de resonancia de las distintas fracciones del poder que, sumidas en una profunda crisis de representación, no atinaron a conformar un proyecto nacional coherente ni encontraron las mediaciones

⁴¹ Rouquié, Alain: *Poder militar y sociedad política en la Argentina. II. 1943/1973*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1994, pág. 419.

⁴² García, Prudencio: *El drama de la autonomía militar*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, pág. 78.

para expresarse políticamente. **Las FFAA fueron convirtiéndose**, entonces, en el núcleo de las instituciones políticas, **en el núcleo duro y homogéneo del poder** con capacidad para representar y negociar con los sectores decisivos su acceso al gobierno. Toda decisión oficial debió pasar por su aprobación o bien ser directamente concebida por el Ejército. Así, el alma del poder político, fue militar. **La capacidad de negociación de las FFAA [...] le fue brindando al apartado militar una independencia creciente**, una autonomía relativa con respecto a los demás sectores sociales y políticos”⁴³

Hugo Vezzetti, por su parte, adscribiendo a la tesis de Prudencio García (la autonomía militar como componente central de la identidad y la cohesión corporativa de las FFAA) ha aportado un elemento de suma relevancia para el análisis que aquí se intenta: la imagen auto-representada de una *vanguardia*. Las FFAA, señala Vezzetti, compartían con las huestes revolucionarias la inscripción de la confrontación política local en un escenario mayor, esto es, una guerra de alcances mundiales. Para las FFAA, la guerra contra la subversión era parte de una guerra total contra el comunismo y la defensa de Occidente⁴⁴. Aceptada esta premisa mayor:

“las conclusiones surgían con facilidad y revestían a las funciones policiales y represivas del aura de una cruzada universal por la fe y la defensa patriótica. Más aún, este razonamiento sobre el orden mundial [...] era capaz de devolver a los autoproclamados guerreros de Occidente la imagen exaltante de una vanguardia espiritual y material que se adelantaba a su tiempo”⁴⁵.

Fuerzas Armadas y fuerzas revolucionarias compartían, entonces, una percepción de la confrontación local como expresión de una guerra de carácter mundial. Y si en esa guerra las FFAA se arrojaban al combate sustentadas en una representación de sí mismas que giraba en torno a la figura de la *vanguardia contrarrevolucionaria*, es plausible postular que su discurso y accionar favorecieran el hecho de que su enemigo

⁴³ Calveiro, Pilar: op. cit. pp. 70-71. El destacado es mío.

⁴⁴ Volveremos sobre este punto en el apartado IV del presente capítulo.

⁴⁵ Vezzetti, Hugo: *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, S XXI, 2002, pág. 73.

de guerra, *la vanguardia revolucionaria*, compartiera de alguna manera aquella representación.

De modo tal que, atendiendo a todo lo anterior, es posible afirmar que la lectura perretista –allí donde situaba a las FFAA en el lugar de núcleo duro del poder– encontraba, en gran medida, su justificación en las características propias que asumía el escenario de las disputas por el poder en la Argentina.

En resumidas cuentas, si el capitalismo dependiente argentino imprimía a la revolución el carácter de socialista y antiimperialista a la vez, de allí se recortaba, en primera instancia, un *enemigo estructural, de clase*: la burguesía y el imperialismo; y, en segunda instancia un *enemigo uniformado*, el “ejército opresor” custodio de los intereses de aquél, brazo ejecutor de sus designios. Pero la experiencia cotidiana de la represión y el propio rol que jugaban las FFAA en el entramado político-institucional (rol reforzado, además, por la representación que éstas tenían de sí mismas) empujaban al colectivo partidario hacia un énfasis inverso. De ahí que, en el imaginario perretista, la doble acepción de la noción de enemigo se fuera resolviendo a favor de un *enemigo represor*, el “ejército opresor”.

Como ha sido señalado al comienzo de este capítulo, toda afirmación identificatoria reconoce tanto un movimiento de asimilación como otro de diferenciación-sustitución. A partir de lo anterior –y anticipando en parte las páginas que siguen– se advierte, en primer lugar, que el Ejército Argentino (o más genéricamente la figura de “los uniformados”) primó como referente por sobre la burguesía en el movimiento asimilatorio de la identificación perretista. Y, en segundo lugar, que la voluntad de diferenciación (respecto de ambas figuras) estuvo sensiblemente asentado sobre de la dimensión de la moral.

Pregunta: -Antes de la cárcel ¿cómo te imaginabas que era ese enemigo?

Respuesta: -Yo me imaginaba nomás que me podían matar. No me imaginaba que me podían torturar, no me imaginaba el retorcimiento, no me imaginaba los desaparecidos, sabía que torturaban pero... [...] Yo pensaba que era un Ejército de línea, con una ideología... O sea me lo imaginaba a **imagen y semejanza nuestra pero al revés**⁴⁶ ...

⁴⁶ Miguel, 2 de marzo de 2000. Testimonio brindado a la autora.

II. Las ejecuciones perretistas

¡Ninguna tregua a las empresas explotadoras!

¡Ninguna tregua al ejército opresor!

¡A vencer o morir por la Argentina!⁴⁷

Las ejecuciones llevadas adelante por el PRT-ERP constituyen un espacio privilegiado de análisis ya que, como se intentará demostrar en las próximas páginas, formaron parte del proceso de construcción identitaria de la organización: no sólo dan cuenta de una determinada práctica frente al enemigo, sino que, además, ofrecen la oportunidad de reconocer el afianzamiento de un “nosotros” a partir de un movimiento de diferenciación.

Entre 1972 y 1977 el PRT-ERP realizó un total de 62 ejecuciones. 36 de ellas corresponden a integrantes de las fuerzas represivas legales o ilegales (incluyendo “infiltrados”); 17 corresponden a empresarios y personal jerárquico de diversas empresas tanto de origen nacional como extranjero; 4 corresponden a un conjunto heterogéneo conformado por “traidores”, “delatores” y/o “colaboradores”; 3 corresponden a sindicalistas y 2 corresponden a casos “dudosos” de personas que, además, no pertenecen a ninguna de las anteriores categorías. Si agrupamos estos datos según el grado de selectividad y certeza de cada ejecución tenemos tres categorías:

-Caso A: alto grado de selectividad y reconocimiento explícito de su autoría por parte del PRT;

-Caso B: ejecuciones reconocidas pero “no intencionales”; es decir, escaso o nulo grado de selectividad; y

-Casos Dudosos: ejecuciones atribuidas al PRT-ERP pero no reconocidas por la organización.

Cruzando los dos tipos de reagrupamientos, obtenemos el siguiente cuadro:

⁴⁷ Estas consignas solían estar al final de las declaraciones del ERP en las que se anunciaban las ejecuciones y sus motivos.

	Casos A	Casos B	Casos DUDOSOS	Totales
Fuerzas represivas	22	5	9	36
Sectores empresariales	12	1	4	17
“Traidores” y “colaboradores”	4	–	–	4
Sindicalistas	3	–	–	3
Otros	–	–	2	2
Totales	41	6	15	62

Una primera mirada sobre estos datos nos permite afirmar que el blanco privilegiado de las ejecuciones del ERP estuvo compuesto, en primer lugar, por integrantes de las fuerzas represivas y, en segundo término, por empresarios o ejecutivos de empresas. Ahora bien, en tanto dentro de ese vasto conjunto, no todo “enemigo” se constituyó en blanco de una ejecución resulta fructífero atender a los motivos esgrimidos ante las mismas a la hora de dar cuenta del esquema de valores y sentidos sobre los que éstas se sustentaron.

A diferencia de Montoneros, cuya carta de presentación pública y primera acción de envergadura fue el secuestro y fusilamiento de Pedro E. Aramburu, no hubo, en el caso del PRT-ERP una ejecución fundante de su identidad, aunque la modalidad que asumieron las distintas ejecuciones, la retórica y las nociones en ellas implicadas, fueron parte del proceso de construcción identitaria perretista.

Las primeras ejecuciones selectivas del PRT-ERP datan de los meses de marzo y abril del año 1972⁴⁸. Como ya ha sido señalado, entre esa fecha y febrero de 1977 se registraron un total de 41 ejecuciones con un alto índice de selectividad. Tomando únicamente los casos de integrantes de las fuerzas represivas y empresarios se advierte que dichas ejecuciones se sustentaron sobre el móvil de la represalia. Ésta conjugaba componentes propios de una cultura de la venganza con nociones y valores de una justicia *sustantiva*, “popular” o “revolucionaria” que, se advertía, iría reemplazando

⁴⁸ Éstas fueron: las del Comandante Principal Abel Pedro Agarotti (re), ejecutado el 17 de marzo en Quilmes; la del director general de FIAT, Oberdan Sallustro, secuestrado el 21 de marzo y ejecutado el 10 de abril en Capital Federal; y la del Gral. Juan Carlos Sánchez, comandante del II cuerpo de Ejército, ejecutado también el 10 de abril, en un operativo conjunto con las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) en la ciudad de Rosario. Durante ese año no se registraron más ejecuciones.

poco a poco a la del régimen. De ahí, la palabra “ajusticiamiento” con que la organización denominó estas acciones (volveremos sobre estas nociones en los apartados siguientes)⁴⁹.

A partir de las declaraciones públicas formuladas tras las ejecuciones de empresarios y de integrantes de las fuerzas represivas se puede constatar que los considerados delitos o crímenes en respuesta de los cuales el PRT-ERP condenó y ejecutó la sentencia de pena de muerte pueden ser agrupados en dos:

- 1) responsabilidad o culpabilidad directa respecto de situaciones específicas de injusticia social (explotación, despidos, bajos salarios, etcétera.) e instigamiento y/o complicidad con la actividad represiva en el movimiento obrero.
- 2) responsabilidad o culpabilidad directa en torturas y asesinatos de militantes “del campo popular” en general y combatientes del ERP en particular.

a. Empresarios

De los 12 empresarios ejecutados selectivamente, al menos 8 lo fueron en virtud del primer tipo de delitos⁵⁰. Estos fueron los casos de: Oberdan Sallustro, director general

⁴⁹ En reemplazo del término *venganza*, que puede o suele connotar una idea de “justicia por mano propia” y que remite a la dimensión de lo privado, se me ha sugerido para el presente trabajo el término *retaliación*. Sugerencia, de verdad, muy bienvenida. Aunque en muchas ocasiones uno y otro término se utilizan como sinónimos, hay quienes consideran que la *retaliación* tiene jerarquía jurídica en el derecho internacional (por ejemplo, cuando combatientes organizados en una guerra civil que recurren a la represalia intentando a través de ella hacer valer los derechos de los prisioneros de guerra) lo cual la aleja de la “vendetta”, individual o familiar. Como se verá más adelante, aunque en el presente texto se emplea el término *venganza*, la misma se entiende, precisamente, **como un intento de rectificación y normativización de la confrontación política y militar**. De ahí, que su equiparación con el término *retaliación* resulte completamente pertinente.

⁵⁰ Las cuatro ejecuciones restantes son las de Antonio Do Santos Larangeira, empresario pesquero, ejecutado el 14 de diciembre de 1974 en Mar del Plata; Alberto Abeigon y Manuel Martínez, gerente general y gerente de personal respectivamente de la firma MILUZ, ejecutados el 30 de diciembre de 1974 en la sede de la fábrica en Villa Martelli y Luis León Doménech, ejecutivo de la compañía Isaura, secuestrado el 12 de agosto de 1975 y ejecutado el 12 de septiembre de 1975. No se ha podido determinar los motivos de la primera de estas ejecuciones puesto que no se ha localizado la fuente original ni su reproducción en fuentes secundarias. Algo similar puede decirse del secuestro y ejecución de Luis Doménech: no se hallaron declaraciones partidarias en donde se expliciten los motivos de su secuestro, aunque sí la información de que fue ejecutado en situación similar a la de Sallustro (cuando las

de la FIAT (10 de abril de 1972), Ramón Samaniego, jefe de personal de La Cantábrica S.A. (4 de diciembre de 1974), Héctor B. Minetti, presidente de la Cámara de Cemento Portland Sudamericana y de la Compañía Juan Minetti e Hijos S. A. (28 de febrero de 1976), Antonio di Lorio, jefe de “Almacenes Pérez” de Ferrocarriles Argentinos (30 de abril de 1976), Pedro Rota, director de la fábrica de carrocerías Fiat Concord (4 de mayo de 1976), Miguel Salizotsky, jefe de seguridad industrial del Frigorífico Swift (28 de mayo de 1976), Adolfo Valis, vicecomodoro retirado y gerente de personal de La Cantábrica (9 de noviembre de 1976), Pedro A. Lombardero, gerente de relaciones laborales de TAMET (10 de febrero de 1977).

Resulta particularmente difícil deshilvanar la trama de sentidos y circunstancias que determinaron la ejecución de estos empresarios y, quizás, corresponda atenderlos separadamente. En principio, sería apresurado considerar estas ejecuciones como derivaciones necesarias de nociones de justicia revolucionaria preestablecidas y/o esgrimidas por el PRT-ERP. En ellas, se advierte que la pena de muerte se correspondía más con la figura del represor que con la del empresario, cuyos delitos podían ser “pagados” mediante otros medios: “es justicia popular la acción de ajusticiar a un torturador, de secuestrar a un explotador y sacarle aunque más no sea una parte de las riquezas que día a día nos roba”⁵¹; “así se irán enterando quienes se hacen los desentendidos, porque ejecutaremos a los asesinos del pueblo, llevaremos a la cárcel a quienes lo explotan y persiguen”⁵²

Conviene señalar al mismo tiempo, en relación con lo anterior, que no parece haber sido la ejecución sino el secuestro extorsivo la práctica más frecuente del PRT-ERP en relación con el sector empresarial⁵³. Estos secuestros, pueden ser inscriptos en el orden de un imaginario justiciero (al igual que la expropiación y repartos de alimentos) puesto que ofrecían la posibilidad de hacer efectiva la reparación al menos parcial —y en alguna medida particularizada— del daño cometido, al tiempo que le permitían a la organización erigirse ante las masas y ante sí misma como autora y referente de

fuerzas represivas localizaron la “cárcel del pueblo” donde permanecía secuestrado). Por su parte, las dos últimas se efectuaron en represalia por el asesinato de dos militantes obreros de aquella empresa.

⁵¹ *Estrella Roja* N° 23, 15 de agosto de 1973

⁵² *Estrella Roja* N° 12, marzo/abril de 1972 en De Santis op.cit. pág. 315.

⁵³ En *In Memoriam* op.cit. tomo III se computan 98 casos de secuestros extorsivos denunciados entre 1971 y 1976. De ese total, se presume que aproximadamente la mitad corresponderían al PRT-ERP.

pequeños actos de reversión de injusticias. De ahí que gran parte de las exigencias ante cada secuestro incluyera el reparto de bienes de primera necesidad a los trabajadores de la empresa en cuestión, reincorporación de cesanteados, mejoras en sus condiciones laborales y, por supuesto, una suma importante de dinero (producto del sudor de los trabajadores) que, de esa manera, le era “restituida” al pueblo a través de su vanguardia. Había, además, un componente al menos retóricamente presente en esa escena justiciera y que la organización no dejaba de resaltar: la realización, con pocos recursos, de una hazaña “limpia”, esto es, sin hechos de sangre. Y en eso radicaba el carácter ejemplar de estas acciones: los revolucionarios venían a demostrar a través de pequeños actos en qué consistía un orden socialmente justo.

El secuestro de Oberdan Sallustro podría haber sido una más de aquellas acciones “exitosas” y espectaculares, (como había sido un año antes el secuestro del gerente del Frigorífico Swift en Rosario, Stanley Silvester⁵⁴). Sin embargo, no lo fue.

Tras secuestrarlo el 21 de marzo de 1972 en la provincia de Buenos Aires, la justicia perretista declaró a Sallustro

“culpable y autor responsable de maniobras monopolistas perpetuadas por Fiat en perjuicio de la república Argentina, culpable e instigador responsable de la represión efectuada [...] a la planta industrial de Córdoba en septiembre de 1971 y culpable y autor responsable de la desocupación y miseria ocasionada por los despidos de más de 500 trabajadores de la planta Fiat Córdoba...La pena que le corresponde en razón de su culpa es la pena de muerte”⁵⁵.

Pero esta pena de muerte, a diferencia de la que pesó sobre reconocidos torturadores (que, según las propias advertencias perretistas, serían ejecutados “en el lugar donde se los encontrara”⁵⁶ sin mediar negociación alguna), podía quedar sin efecto. Para ello y para dejar en libertad al empresario el PRT-ERP exponía siete condiciones entre las que

⁵⁴ Secuestrado por el ERP el 23 de mayo de 1971 y liberado días después tras el éxito en las negociaciones con la empresa.

⁵⁵ Comunicado de prensa del 24 de marzo de 1972, reproducido en *In Memoriam* op.cit tomo III, pág. 115.

⁵⁶ Fórmula corriente empleada por el PRT-ERP en sus anuncios de condena a muerte de determinados represores. Véase, por ejemplo, “El pueblo castiga a sus torturadores” en *Estrella Roja* N° 23, 15 de agosto de 1973.

se destacaban: la liberación de los obreros detenidos en el mencionado conflicto y la reincorporación de los cesanteados, una indemnización “al pueblo” (en forma de repartos de víveres y útiles escolares), una al ERP (que se pactó en un millón de dólares) y aquella que finalmente obstaculizaría las negociaciones: la liberación y el traslado al exterior de 50 guerrilleros presos, varios de ellos miembros de la dirección partidaria, entre ellos, Santucho⁵⁷.

Si el cumplimiento de gran parte de estas exigencias estaba en manos de la empresa - que aparentemente se mostró dispuesta a concedérlas- la liberación de los presos políticos era una decisión que sólo la dictadura de Lanusse podía tomar pero que en ese punto se mostró inflexible⁵⁸. Por su parte, era precisamente ésa la condición primordial para el PRT-ERP que, pasando por alto la disparidad de intereses, posiciones y eventuales costos de unos y otros, aguardó a que Estado y capital respondieran conjuntamente ante la “justicia popular”. No lo hicieron. Fracasadas las negociaciones y en momentos en que las fuerzas represivas detectaron y rodearon la “cárcel del pueblo” donde permanecía secuestrado, Sallustro fue ejecutado el 10 de abril de 1972.

Su ejecución sin embargo, aunque probablemente prevista en determinadas circunstancias como las que finalmente se precipitaron, fue presentada por la prensa partidaria como responsabilidad de la

“dictadura militar [que] poniendo una vez más en evidencia, que nada le importa la vida humana con tal de salvaguardar sus intereses económicos, prefirió sacrificarlo; no negoció, siguió su insensata política represiva y obligó a nuestros combatientes a ajusticiar a Sallustro, tal como lo habíamos advertido”⁵⁹.

Esta suerte de autoexculpación pública por la ejecución del empresario, el tono y las palabras escogidas (*ellos, en su desprecio de la vida humana lo sacrificaron, nosotros*

⁵⁷ Al igual que para otras organizaciones guerrilleras de distintas partes del mundo, la liberación de presos de las propias filas (y, más tarde, ante el feroz recrudecimientos de la actividad represiva ilegal, la exigencia de garantías de vida y de integridad física) constituyó un reclamo constante en las distintas negociaciones que el PRT-ERP mantuvo principalmente con las Fuerzas Armadas. Desde el punto de vista de la subjetividad colectiva, esto contribuía no sólo al afianzamiento del sentido de pertenencia a la organización sino también al fortalecimiento de lazos simbólicos entre los militantes.

⁵⁸ Confrontar con Seonae, María, op. cit.

⁵⁹ “El largo brazo de la justicia popular”, en De Santis op.cit. tomo I, pág.316.

nos vimos obligados a ajusticiarlo), tan distintas de las declaraciones a través de las cuales se solían anunciar y reivindicar los “ajusticiamientos”, permiten pensar en cierta incomodidad ante esta muerte. Es plausible postular que la misma haya sido un acto de precipitación ante circunstancias no deseadas pero en absoluto ajenas al error de cálculo propio en la medición de fuerzas en negociación, a la voluntad de demostrarle a una dictadura en creciente crisis de legitimidad el poder de una guerrilla que se sabía en ascenso y, en consecuencia, al intento obstinado y errático por imponer las reglas del juego. La insistencia retórica en una ética militante inquebrantable que impedía *dar marcha atrás* sobre los propios actos y palabras (aún en una “negociación”), hizo el resto.

En refuerzo de lo anterior se constata que tras la de Sallustro no se registraron otras ejecuciones (de empresarios) hasta más de dos años y medio después.

En diciembre de 1974 -en el contexto de una crisis política e institucional que comenzaba a evidenciarse insalvable signada, entre otras cosas, por las luchas intestinas del peronismo, la persistencia de la protesta obrera, la intensificación del accionar represivo de la Triple A y una también creciente actividad guerrillera⁶⁰ el ERP “ajustició” a cuatro empresarios.

Exceptuando el caso del empresario pesquero Antonio Do Santos Larangeira para el que no se cuenta con la declaración perretista, se observa que sólo la ejecución de Ramón Samaniego, jefe de personal de La Cantábrica S.A., obedece al primer tipo de delitos mencionados anteriormente, en tanto las de Alberto Abeigon y Manuel Martínez, gerente general y gerente de personal respectivamente de la firma MILUZ, ejecutados el 30 de diciembre, corresponden al segundo grupo (su postulada responsabilidad en la muerte de militantes obreros). No obstante lo anterior, las tres ejecuciones responden a una misma voluntad rectificadora. El “ajusticiamiento” de Samaniego (4 de diciembre de 1974) se presentó públicamente

“como respuesta a la política represiva que viene llevando adelante la patronal explotadora, tratando de intimidar a sus obreros por medio de

⁶⁰ En septiembre de ese año Montoneros había pasado a la clandestinidad y retomado la actividad armada; al tiempo que hacia mediados de ese año, aproximadamente, el ERP abrió un frente militar en el monte tucumano.

matones que los amenazan o como ocurrió con el compañero Leal, delegado de Sección que fue víctima de un atentado con una bomba”⁶¹.

El énfasis en la actividad represiva de la patronal y el hecho de que esta ejecución haya tenido lugar en medio de una represalia “indiscriminada” contra las Fuerzas Armadas, (declarada por el ERP en septiembre de 1974 como respuesta al fusilamiento de un grupo de guerrilleros en Catamarca; volveremos sobre esto más adelante) permiten suponer que el punto neurálgico de la sensibilidad perretista que daba origen a la “respuesta” remitía menos al lugar y responsabilidad de la víctima en un orden social que se percibía como injusto que a las prácticas represivas desatadas en el seno de las empresas en complicidad con las fuerzas estatales y paraestatales. Fue porque

“las bandas fascistas (militares y policías) están apoyadas y patrocinadas por las patronales explotadoras que en su desesperación de frenar las justas luchas obreras no vacilan en perseguir y atentar contra la vida a los trabajadores [que] recaerá sobre ellas todo el peso de la justicia revolucionaria”⁶².

La ejecución en represalia busca un efecto ejemplificador y rectificador. La ofensa por la que responde ha roto alguna regla o norma establecida real o imaginariamente. Desde la óptica perretista, que el burgués, en el transcurso de la lucha de clases, defendiera con todos los medios a su alcance sus propios intereses era tan esperable como inevitable. La condición de la explotación, se sabía, no radicaba en la existencia del burgués en sí sino en la perpetuación del orden capitalista. El endurecimiento de esta defensa en el transcurso de la “agudización” del conflicto de clases (como entendía el PRT-ERP que tenía lugar en el país principalmente a partir del cordobazo) manifestada,

⁶¹ “Ajusticiamiento” en Poder Ejecutivo Nacional op.cit., pág. 323.

⁶² “Ajusticiamiento”, op. cit. La ejecución del sindicalista Antonio Magaldi, ocurrida el 4 de abril de ese mismo año (1974) obedece al mismo esquema. En la declaración pública del ERP se denunciaba que Magaldi “ha sido uno de los principales responsables del permanente ataque, persecución y vejámenes que sufren los trabajadores [...] por parte de las bandas de matones fascistas, armados por la burocracia sindical, por los directivos y dueños de las grandes empresas, en especial SOMISA, por el ejército y la policía federal. [...] Necesitan del terror para cumplir con sus planes de opresión al pueblo [...]. Frente a los crímenes de las bandas fascistas y parapoliciales, brazo armado de los opresores, el brazo armado del pueblo responde con la ejecución de Antonio Magaldi...” (“EL ERP AL PUEBLO” en *Estrella Roja* N° 32, 10 de abril de 1974, Colección Documento Histórico N° 29 de Infobae).

por ejemplo, a través de despidos y represión de huelgas o tomas de fábrica, constituía una conducta previsible. Formaba parte, por decirlo de otro modo, de las reglas del juego y de ahí que aquellas manifestaciones hayan sido percibidas como materia de “negociación”. Pero lo que a los ojos de los revolucionarios perretistas había roto aquella normatividad tácita era la irrupción en escena de “bandas de matones” o “bandas fascistas” que, desde la ilegalidad de un orden considerado ya de por sí injusto y violento, se cobraban en vidas el desafío obrero, sobre todo a partir de 1974.

Las ejecuciones de los ejecutivos de la empresa MILUZ, Alberto Abeigon y Manuel Martínez, fueron la respuesta perretista “a los asesinatos de dos obreros de esa fábrica, Jorge Fisher y Miguel Ángel Bufano⁶³, muertos en este mes por las ya tristemente célebres “Tres A”, brazo armado de las patronales y el gobierno de Isabelita⁶⁴. Y para que no quedaran dudas de la responsabilidad empresaria en el accionar de la organización parapolicial, el PRT-ERP la denunciaba en la explicación de su represalia: “¿Por qué el brazo de la justicia popular se abatió sobre dos miembros de la clase explotadora? [...] Son ellos, los patronos, quienes pagan a los mercenarios que alquilan su brazo y su conciencia”⁶⁵

Según Luis Mattini, estas determinaciones derivaban de la idea de que descargar la represalia sobre sus ejecutores directos,

“no sólo era difícil ya que se movían clandestinamente, sino también inoperante porque los matones eran reemplazables y se entraría en la no deseada *guerra de aparatos*. En consecuencia se decidió atacar directamente a los *mandantes*”⁶⁶

Por lo demás, un estudio detallado de la conflictividad gremial en las empresas donde se registraron ejecuciones perretistas resultaría iluminador en cuanto a los pormenores que seguramente confluyeron en la determinación de las mismas. Pero por lo pronto,

⁶³ Tanto Jorge Fisher como Miguel Bufano eran militantes de Política Obrera que se habían proletariado en la empresa hacía algún tiempo. A diferencia de otras represalias en ésta el ERP actuó en respuesta ya no del asesinato de sus propios militantes sino de los “militantes populares” en general.

⁶⁴ “MILUZ: Justicia Revolucionaria” en *Estrella Roja* N° 47, 13 de enero de 1975, en De Santis, op.cit. tomo II, pp. 336-337. Resaltado en el original.

⁶⁵ “Responder al terror con la justicia revolucionaria”, editorial de *Estrella Roja* N° 47, 13 de enero de 1975, Colección Documento Histórico N° 16 de Infobae.

⁶⁶ Mattini, Luis, op. cit. pág. 331. El destacado corresponde al original

parecería claro que los “ajusticiamientos” del PRT-ERP buscaban, a través del castigo ejemplar, la *rectificación* de esa modalidad represiva que involucraba la vida de los activistas. De ahí, que las declaraciones públicas sobre las ejecuciones realizadas no sólo refirieran al tiempo pasado del crimen sino que incluyeran la advertencia sobre el accionar futuro:

“La justicia revolucionaria, el **terror revolucionario**, que nace y se aumenta en el odio de clase contra nuestros explotadores y sus lacayos, [...] alcanzará implacablemente no sólo a quienes apuntan el arma y oprimen el gatillo, sino también -y principalmente- a quienes eligen el blanco y proporcionan los fondos para la cruzada contrarrevolucionaria [...]”⁶⁷

En la cultura perretista los delitos de explotación propios de la condición de clase del burgués podían “negociarse”, la *sangre derramada* no. Ante el crimen del asesinato sólo había lugar para un castigo equivalente. Al terror de la Triple A, el PRT-ERP buscó responder, entonces, con el “terror revolucionario”; a la muerte de dos militantes populares, con la de dos miembros de la patronal. Terror por terror, muerte por muerte. El año siguiente a los “ajusticiamientos” de Larangueira, Samaniego, Abeigón y Martínez estuvo determinado, en sentido exactamente opuesto a las certezas perretistas, por un sensible “reflujo” o repliegue de la movilización de masas (en el sector industrial principalmente después de las protestas que siguieron al “rodrigazo”) y un acelerado recrudecimiento de la actividad represiva legal e ilegal. Para el PRT-ERP en particular, fue el período en el que quedó determinada su derrota militar, no sólo por las desventuras de la Compañía del Monte en Tucumán y el trágico fracaso del asalto al cuartel de Monte Chingolo sino, además, por el desbaratamiento cotidiano de gran parte de sus estructuras operativas y el consecuente saldo de prisioneros, muertos y desaparecidos.

En las diezmadas y desarticuladas estructuras de la organización perduraron, sin embargo, como antecedentes de referencia (y quizás, también, como formas del “sentir” la justicia revolucionaria) la práctica de las ejecuciones sumarias.

Fue precisamente en ese marco de retracción de acciones colectivas y creciente desarticulación de la organización que tuvieron lugar las ejecuciones de:

⁶⁷ Ídem anterior. El resaltado es mío.

- Luis León Doménech, ejecutivo de la compañía Isaura, secuestrado el 12 de agosto de 1975 y ejecutado el 12 de septiembre de ese mismo año;
- Héctor B. Minetti, presidente de la Cámara de Cemento Pórtland Sudamericana y de la Compañía Juan Minetti e Hijos S. A., ejecutado el 28 de febrero de 1976;
- Antonio Di Lorio, jefe de “Almacenes Perez” de Ferrocarriles Argentinos, ejecutado el 30 de abril de 1976;
- Pedro Rota, director de la fábrica de carrocerías Fiat Concord, ejecutado el 4 de mayo de 1976;
- Miguel Salizotsky, jefe de Seguridad Industrial del Frigorífico Swift, ejecutado el 28 de mayo de 1976;
- Adolfo Valis, vicecomodoro retirado y gerente de personal de La Cantábrica, ejecutado el 9 de noviembre de 1976 en Ituzaingó; y
- Pedro A. Lombardero, gerente de relaciones laborales de TAMET, ejecutado el 10 de febrero de 1977.

A excepción del caso de Héctor Minetti, no se lee en las declaraciones partidarias mención alguna a crímenes de sangre por los que el ERP estuviera “ajusticiando” en represalia⁶⁸. Se encuentran, más bien, fórmulas repetidas de la retórica partidaria, vinculadas, todas ellas, a la propia condición de clase de las víctimas.

⁶⁸ En realidad tampoco lo hacía el “Parte de guerra del ERP” que anunciaba el “ajusticiamiento” de Minetti. En éste sólo se advierte que en tanto el empresario se resistió a ser “detenido”, “se procedió a ajusticiamiento en el acto”; y a modo de explicación de la determinación perretista: “Minetti había amasado fortunas con el sudor de miles de explotados en sus molinos harineros, en sus canteras de cemento y en otras fábricas por él controladas, ganándose el odio del pueblo cordobés” (“Parte de guerra del ERP”, en: Poder Ejecutivo Nacional, op. cit. pág. 261). Sin embargo, sería conveniente tener en cuenta, aunque la fuente citada no lo hubiera mencionado, que otro integrante de la familia Minetti, José Antonio, había matado a un integrante del ERP, Claudio Alberto Ludueña, en momentos en que este último “se aprestaba a expropiar un auto para utilizarlo luego en la guerra revolucionaria”. José Antonio Minetti era el propietario del automóvil. El hecho había tenido lugar en la ciudad de Córdoba, el 27 de abril (¿de 1974?) y el ERP lo denunció en su órgano *Estrella Roja*. Allí se explicaba que el apellido Minetti “es tristemente conocido por el pueblo de Córdoba, ya que pertenece a una de las familias burguesas que diariamente explotan a los obreros, autores del hambre y la miseria de los trabajadores, artífices de la opresión y la injusticia”. Y, tras una semblanza del militante muerto, se exclamaba: “¡La sangre derramada no será negociada! ¡No habrá tregua para los explotadores del pueblo!” Es probable, entonces, que se haya tenido en cuenta este antecedente en la determinación del “ajusticiamiento” de

Advirtiendo que actuaba interpretando el sentimiento de “centenares de trabajadores que debieron soportar sus arbitrariedades y abusos” el ERP ejecutó a Di Lorio por ser “uno de los principales partícipes de robo a los ferrocarriles argentinos [...]. Se enriqueció a costa del sacrificio del pueblo trabajador. Finalmente fue uno de los principales promotores de los despidos injustificados”⁶⁹.

Por su parte, la ejecución de Rota “obedecía al sentimiento unánime de los obreros de FIAT que se ven sometidos a una política de superexplotación por parte de la empresa y de la represión basada en despidos, aumento del control y de la vigilancia, detenidos, etcétera, siendo el Ingeniero ROTA uno de los principales impulsores”⁷⁰.

Salizotsky, fue ejecutado “por ser fiel defensor de la patronal del frigorífico”⁷¹; Valis, porque “cumplió hasta el final su misión de defender los intereses de la patronal explotadora, a costo [sic] del hambre y miseria de nuestro pueblo trabajador”. Y, casi como un reflejo mecánico, se advertía en este caso “a la patronal y a sus perros guardianes, las Fuerzas Armadas Contrarrevolucionarias, que de continuar sus atropellos y arbitrariedades, caerá sobre sus espaldas el largo brazo de la justicia popular...”⁷²

Finalmente, en el caso Lombardero, último empresario ejecutado por el ERP, se dejan oír (al igual quizás que en el de Rota) los ecos de aquel punto neurálgico de la sensibilidad perretista que mencionáramos anteriormente: “...uno de los más fieles ejecutores de los planes represivos implementados por los explotadores de TAMET y responsable directo del despido de 26 compañeros”⁷³.

Suponiendo un grado importante de autonomía de los comandos perretistas que decidieron y llevaron a cabo estas acciones (y esto por el ya mencionado proceso de desarticulación organizativa) resulta pertinente atender a la dimensión emotiva involucrada en las mismas. Clausurados los canales de la acción colectiva, ante la

Héctor Minetti, ocurrido dos años después. Las citas corresponden a *Estrella Roja* (s/f), Colección Documento Histórico N° 25 de Infobae.

⁶⁹ ERP: “Ejecución de Antonio Di Lorio. Comunicado”, 30 de abril de 1976.

⁷⁰ ERP: “Ejecución del directivo de Fiat Concord, Pedro Rota. Comunicado” 4 de mayo de 1976

⁷¹ *In Memoriam*, op. cit. tomo III, pág.421, no se han encontrado fuentes originales o reproducidas en otras compilaciones.

⁷² *In Memoriam*, op. cit. tomo II, pág. 225.

⁷³ *In Memoriam*, op. cit. tomo III, pág. 458.

aceleración de las “caídas” (con el consiguiente sentimiento de pérdida y derrota) y la constatación cotidiana de la complicidad de las empresas en prácticas represivas hasta entonces inéditas, se erigió la acción directa radical como uno de los únicos antecedentes de las prácticas partidarias que formaban parte de una identidad y a los que aún era posible apelar. Gesto final, quizás, de una impotencia y, también, del cumplimiento de un *compromiso de sangre* “con los compañeros caídos” tan propio de la militancia revolucionaria.

Es probable, entonces, que estos sentimientos, sumados a un “odio de clase” en el que la retórica partidaria no había cesado nunca de insistir, hayan constituido el motor de este último impulso “ajusticiador”.

b. Represores

Entre marzo de 1972 y enero de 1977 el PRT-ERP ejecutó entre 22 y 36 integrantes de las fuerzas represivas⁷⁴. La mayoría de esas ejecuciones constituyó la represalia perretista a la tortura, asesinato y desaparición de militantes y combatientes por parte de las fuerzas armadas y de las policías provinciales y federal (y tres casos de infiltrados de los servicios de inteligencia). Por su número y su regularidad y, desde la óptica del PRT-ERP, por representar la determinación implacable de *no negociar la sangre* de los caídos (figura central del imaginario guerrillero) éstas fueron las ejecuciones **por excelencia** de la justicia perretista.

Si bien la tortura a prisioneros no era una práctica nueva en Argentina (y en el caso de los prisioneros políticos se constata su uso por lo menos desde 1930 con la creación de Orden Político, más tarde, Sección Especial) lo cierto es que durante la dictadura instaurada por el General J. C. Onganía la tortura a prisioneros políticos y, especialmente, el uso de la picana eléctrica se generalizó al punto de quedar prácticamente institucionalizada. Lo mismo puede decirse del tercer gobierno peronista, principalmente a partir de 1974, cuando comenzó a intensificarse el accionar represivo ilegal. Los esfuerzos de los familiares de presos políticos y de sus abogados defensores (en uno y otro período) se concentraron, precisamente, en aquellas estrategias que pudieran no ya impedir pero al menos detener y limitar la tortura. Antecedentes similares se registran en el caso de asesinatos y fusilamientos de opositores y

⁷⁴ En este apartado se considerarán exclusivamente los 22 casos “A”.

prisioneros políticos (entre los que se destacan por su escandalosa alevosía los del 22 de agosto de 1972 en Trelew) que, sin ser novedosos, alcanzaron en este período índices sin precedentes.

En el universo de sentidos implicados en el imaginario guerrillero, el del militante fue un cuerpo destinado al servicio de la revolución (“una persona entregada de cuerpo y alma a la revolución”, alentaba el mandato partidario). Pero era la imagen de una muerte bélica, la del arrojo en el fulgor de una batalla o la de una valiente resistencia, en fin, *la caída en combate*, aquella convocada tanto por la retórica colectiva como por ese mundo íntimo de valores, expectativas y temores que conformaban la subjetividad del militante.

Los vejámenes y el deshonor de la tortura, el asesinato a sangre fría que robaba para siempre la posibilidad de aquella otra muerte, aunque en parte reparados luego por la glorificación de héroes y mártires de la iconicidad partidaria⁷⁵, constituían las más graves de las ofensas a la dignidad revolucionaria; y por tanto sólo podían admitir, en nombre de otra moral, el máximo de los castigos: la pena de muerte.

La represalia del PRT-ERP a integrantes de las fuerzas represivas por la tortura, asesinato y desaparición de militantes asumió dos modalidades distintas: una *personalizada* y otra *indiscriminada*. La primera fue aquella por la cual se individualizó y ejecutó a los responsables y/o culpables directos de los crímenes mencionados. La segunda, en cambio, recayó indistintamente sobre miembros de una determinada fuerza, en tanto tales: a través de estas ejecuciones no se castigaba al individuo en sí sino a la institución de la que formaba parte.

Las personas “ajusticiadas” en virtud de su responsabilidad o culpabilidad directa en la tortura y/o asesinato de militantes fueron:

-Comandante Principal Abel Pedro Agarotti, ex jefe de la Policía de Tucumán al momento de su ejecución, ocurrida el 17 de marzo de 1972 en Quilmes. La justicia perretista lo condenó por tener “a su cargo directo la más salvaje represión y tortura contra nuestros hermanos tucumanos, encarceló obreros, estudiantes y todos aquellos que levantaban su voz de protesta contra el régimen y su política de hambre y miseria”⁷⁶.

⁷⁵ Se retomará este tema en el Capítulo siguiente.

⁷⁶ “Para los ojos del pueblo NO HAY ESCONDITES”, en Estrella Roja, marzo/abril de 1972

-General Juan Carlos Sánchez, jefe del II cuerpo de Ejército, ejecutado el 10 de abril de 1972 en Rosario en un operativo conjunto con las FAR. Sánchez fue declarado culpable por haber propiciado

“en Rosario y toda la zona bajo su influencia, la instalación del más bárbaro régimen de tortura contra los combatientes populares de que se tenga noticia [...]. Él se sentía seguro. ¿Quién se atrevería a tocar a un “General de la Patria”. Pero la justicia del pueblo se atrevió”⁷⁷

-Hugo Guillermo Tamganini, inspector general de la Policía de Tucumán (sin fecha de ejecución,). Tamagnini fue considerado por la justicia perretista

“responsable de crímenes y de la tortura de numerosos militantes de nuestra organización, de organizaciones hermanas y de estudiantes y obreros [...] Responsable también de la represión al pueblo durante las movilizaciones [...] No habrá perdón para los criminales de guerra, para todos aquellos que a través del crimen y las torturas procuran sostener el régimen de los explotadores [...]”⁷⁸.

-Carlos Hugo Juncos: aunque era empleado del banco de la Provincia de Córdoba al momento de su ejecución, ocurrida en el 11 de septiembre de 1973 en Córdoba, había sido miembro de la División de Informaciones de la Jefatura de Policía Provincial. En la declaración de su “ajusticiamiento” se denuncia: “este sanguinario personaje que torturó en la policía a numerosos revolucionarios que durante la dictadura cayeron prisioneros, ya hace mucho tiempo atrás había sido sentenciado por la justicia popular”⁷⁹

-Suboficial (re) Mario Reduto, secuestrado el 22 de febrero de 1974 en Zárate y ejecutado presumiblemente el 13 de marzo del mismo año. Tras su detención por un comando del ERP, Reduto

“fue puesto a disposición del Tribunal Revolucionario por estar acusado de graves cargos que atentan contra la clase obrera y el pueblo. Estos cargos son: 1) Jefe del comando parapolicial; 2) Torturador; 3) Cómplice del secuestro y tortura a un combatiente caído en Azul, presumiblemente Héctor Antelo, que fue traído a Prefectura de Zárate para que se le efectúe un

⁷⁷ “El largo brazo de la justicia popular”, en De Santis, op.cit. tomo I, pág. 317.

⁷⁸ “El pueblo castiga a sus torturadores” en *Estrella Roja* N° 23, 15 de agosto de 1973.

⁷⁹ *Estrella Roja* N° 26, 20 de noviembre de 1973, Colección Documento Histórico N° 3 de Infobae

reconocimiento y ser interrogado en condiciones físicas próximas a la muerte; y 4) Participe a los allanamientos al pueblo del Zárate....”⁸⁰

-Cabo Rubén Oscar San Juan, ejecutado el 4 de septiembre de 1974 en Rosario. No se han encontrado fuentes de la ejecución pero el ERP lo había sentenciado a muerte en julio de 1973. Esta sentencia tuvo lugar tras la detención por parte del ERP de un ex oficial de policía, Jorge Alberto Colombo, el 17 de julio de ese mes. Colombo debía “rendir cuentas” ante el tribunal perretista por el “secuestro y posterior asesinato del compañero Ángel Brandozza”. En su declaración Colombo afirmó que habían sido Rubén San Juan y dos oficiales (Marcelo Olazagoita y Grande) los responsables de aquellos hechos. Fue a raíz de esa declaración que el Tribunal Revolucionario del ERP comunicó su decisión de “AJUSTICIAR A LOS CRIMINALES POPULARES GRANDI, SAN JUAN Y OLAZAGOITA”⁸¹

-Comisario Eudorio Ibarra, ejecutado el 20 de septiembre de 1974 en Tucumán (junto con quien estuviera acusado de ser su cómplice, Héctor Zaraspe, taxista). Ibarra y Zaraspe habían sido identificados como los responsables directos de la tortura y asesinato de un combatiente del ERP. En la declaración que anuncia estos ajusticiamientos leemos:

“Cuando la Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez tomó el nombre del inolvidable “Zurdo”, estaba siempre caliente en nuestra memoria su salvaje asesinato en manos de la policía de Santa Lucía. El viernes 20 de septiembre a las 20.30 la Unidad de Monte copó Santa Lucía y cumplió la sentencia contra **Eudoro Ibarra y Héctor Oscar Zaraspe**, ambos declarados culpables por un tribunal revolucionario de las torturas y posterior asesinato del combatiente del pueblo Ramón Rosa Jiménez”⁸²

-Jesús Rainer (alias el Oso) “agente confeso del Servicio de Inteligencia del Ejército infiltrado en nuestra organización”, ejecutado el 13 de enero de 1976. Este fue un “ajusticiamiento” excepcional puesto que a través de él no sólo se penaba la

⁸⁰“Comando Parapolicial Secuestrado” en *Estrella Roja* N° 31, 4 de marzo de 1974, Colección Documento Histórico N° 28 de Infobae.

⁸¹ *Estrella Roja* N° 23, 15 de agosto de 1973.

⁸²“Santa Lucía. Potrero de las Tablas-Justicia Revolucionaria” s/f, en Poder Ejecutivo Nacional, op. cit. pp. 127-128. El resaltado corresponde al original.

responsabilidad directa de Rainer en la muerte y desaparición de militantes sino también uno de los delitos más severamente castigados en todo grupo militar: la traición. Rainer, además, de provocar con su delación la “caída” de varios militantes durante los meses de noviembre y diciembre de 1975, fue quien informó al Ejército sobre los preparativos del asalto al cuartel de Monte Chingolo⁸³. “Detenido” y juzgado por el tribunal partidario, Rainer confesó

“ser miembro del SIE [Servicio de Inteligencia del Ejército] infiltrado en el ERP con el objeto de destruir su organización. Ser responsable de la muerte y/o desaparición de más o menos 100 compañeros [...] por la información que delató la acción del ERP sobre el batallón 601 de Arsenales Viejo Bueno”⁸⁴.

Tras su condena y ejecución el ERP declaraba:

“el cumplimiento de la sentencia de muerte dictada por el tribunal Partidario, ha puesto punto final a los crímenes del traidor. La justicia revolucionaria ha actuado descargando todo el peso de su fuerza sobre quien se atrevió a realizar actividades contrarrevolucionarias dentro de la organización. La justicia revolucionaria ha vengado a las decenas de compañeros muertos y desaparecidos y es un ejemplo y una advertencia...”⁸⁵

⁸³ Según la documentación partidaria aquello que estaba en conocimiento de Rainer era el tipo de acción (asalto a un regimiento), la fecha aproximada de la misma (navidad de 1975) y el número y localización aproximada de las “contenciones”. Esta información en manos del Ejército determinó el fracaso del ataque con el consiguiente saldo de muertos y desaparecidos. Más datos en Plis-Steremberg, op. cit.

⁸⁴ “Ajusticiamiento de un traidor” en *El Combatiente* N° 200, miércoles 21 de enero de 1976, en De Santis, op.cit. tomo II, pp. 517-520

⁸⁵ Ídem anterior. A la ejecución del “Oso” Rainer se le sumaron la de dos infiltrados más. Uno de ellos, cuyo nombre no ha sido identificado, fue ejecutado en Córdoba a finales de 1974. A raíz de este hecho, Enrique Gorriarán Merlo (“compañero Ricardo”) fue separado del Buró Político partidario. Esto último ha quedado registrado en el Boletín Interno partidario N° 74 del 31 de enero de 1975 (disponible en el CeDInCI) y es mencionado, además, en la biografía de M. Santucho escrita por María Seoane y en los libros de Mattini y Pozzi ya citados. Finalmente, la otra persona acusada de ser infiltrada, de alias “Láser” fue ejecutada en Tucumán en julio o agosto de 1976. Para más información sobre este último caso, ver Enrique Gorriarán Merlo op. cit. y Pablo Pozzi, op.cit.

En cuanto a la segunda modalidad de represalia, la *indiscriminada*, es posible afirmar a partir de las fuentes disponibles, que fue declarada por el PRT-ERP en dos oportunidades y llevada a cabo al menos en una.

La primera de ellas tuvo lugar en septiembre de 1974. El ERP había intentado asaltar, en agosto de ese año, el Regimiento 17 de Infantería Aerotransportada de Catamarca. El asalto no llegó a concretarse puesto que los guerrilleros fueron denunciados precipitándose entonces varios enfrentamientos con la policía provincial y el Ejército. Un grupo de guerrilleros logró huir; otro, integrado por 14 combatientes, se rindió. Sin embargo, nunca aparecieron con vida. Días después, en una conferencia de prensa, el PRT-ERP anunció que habían sido fusilados y que

“esa acción fue deliberada e inspirada en el salvaje principio de que *‘el ejército no toma guerrilleros prisioneros’* [...]. El Comité Central [...] tomó una grave determinación. Ante el asesinato indiscriminado de nuestros compañeros, nuestra organización ha decidido emplear la represalia. Mientras el ejército opresor no tome guerrilleros prisioneros, el ERP no tomará oficiales prisioneros, y a cada asesinato responderá con una ejecución de oficiales indiscriminada. Es la única forma de obligar a una oficialidad cebada en el asesinato y la tortura, a respetar las leyes de la guerra”⁸⁶.

Entre la publicación de esta “grave determinación” y los tres meses siguientes el PRT-ERP ejecutó, como respuesta a los fusilamientos de sus combatientes en Catamarca, a nueve oficiales del Ejército; éstos fueron:

- Coronel Jorge Oscar Gras, ejecutado 25 de septiembre de 1974 en Córdoba;
- Teniente 1º Luis Roberto Brzic, ejecutado el 25 de septiembre de 1974 en Rosario;
- Capitán Miguel Ángel Paiva, ejecutado el 2 de octubre de 1974 en Buenos Aires;
- Mayor bioquímico Jaime Gimeno, ejecutado el 7 de octubre de 1974 en Banfield;
- Tte. I Juan Carlos Gambande, ejecutado el 10 de octubre de 1974 en Santa Fe;

⁸⁶ “Declaración” en *Estrella Roja* N° 40, 23 de septiembre de 1974, en De Santis, op. cit, tomo II, pp. 326-326. También en: Colección Documento Histórico N° 19 de Infobae. Por su parte Enrique Gorriarán Merlo afirma en sus Memorias “atentaríamos indiscriminadamente sobre oficiales del Ejército **hasta igualar en número** a los compañeros asesinados en Catamarca” (Gorriarán Merlo, op. cit. pág. 236, el resaltado es mío)

- Teniente Coronel médico José Francisco Gardón, ejecutado el 23 de octubre de 1974 en el hospital Municipal de San Miguel;
- Mayor Néstor Horacio López, ejecutado el 7 de noviembre de 1974 en Santa Fe;
- Teniente 1º Roberto Eduardo Carbajo, ejecutado el 12 de noviembre de 1974 en San Nicolás;
- Capitán Humberto Viola, ejecutado el 4 de diciembre de 1974 en San Miguel de Tucumán.

Durante el desarrollo del operativo de este último “ajusticiamiento” la hija menor del capitán Viola, María Cristina, de tres años de edad, resultó muerta y su hermana, María Fernanda, de cinco años, gravemente herida. Aunque no se hayan encontrado declaraciones partidarias públicas al respecto⁸⁷, la memoria militante afirma que a raíz del trágico saldo inesperado el PRT-ERP puso fin a esta represalia indiscriminada (y, en efecto, no se registraron en los meses siguientes ejecuciones de integrantes de las fuerzas represivas).

Sin embargo, en agosto de 1975 y a pocos días de haber propuesto un armisticio el PRT-ERP declaró una segunda represalia de este tipo. La misma fue anunciada el 12 de agosto en una conferencia de prensa y publicada en *Estrella Roja* hacia finales de mes.

⁸⁷ La única fuente partidaria que se encontró de este episodio es “Ejecución de oficialidad enemiga. Unidad Compañía de Monte RRJ. Fecha: 1-12-74”. La misma es un relato pormenorizado del desarrollo de la acción en que fuera “ajusticiado” el capitán Viola. Allí se lee: “El automóvil operativo se aproxima hasta la misma altura que el objetivo [...]. Situación extraordinaria. Siempre en los chequeos el sujeto descendía, en esta oportunidad la que descendió fue la esposa, esperando él al volante a la espera para guardar el auto en el garage. Al frenar el automóvil operativo disparan el primer escopetazo que da en el parante delantero izquierdo del parabrisas, el sujeto se agacha en ese momento y los balines dan de rebote a la pibita de 3 años que estaba atrás...” Y, más adelante: “El compañero ametralladorista remata con un tiro a la cabeza, retoma el auto; inmediatamente el compañero de la escopeta le dispara a quemarropa un escopetazo y otro tiro de gracia con un revólver cal. 38. El compañero que maneja el auto de apoyo observa en ese momento que la hija de 5 años corre hacia delante a la altura del automóvil. Observaciones: las heridas de la hija de 5 años no hallan explicación, salió de rebote en los disparos de gracia. Las de la menor son las del primer escopetazo que se disparó, desviado al atravesar la chapa. Luego de la ejecución la retirada se cumple correctamente...” (en Poder Ejecutivo Nacional, op.cit, pp. 205-206) Por su parte Mattini afirma que el PRT hizo una declaración pública en aquel momento (publicada en *El Combatiente* N° 147) calificando el hecho de “un exceso injustificable” y anunciando su resolución de dar por cumplida la campaña de represalia “en homenaje a la sangre inocente de esas criaturas” (Mattini. Op. cit. pág. 345)

Esta nueva determinación volvía a encontrar su fundamento en la intensificación del accionar represivo ilegal y el agravante de la incipiente generalización de un fenómeno que en lo sucesivo no haría más que incrementarse, el de la desaparición de militantes. Esta vez, se advertía, la justicia perretista recaería sobre el amplio conjunto de fuerzas involucradas en la represión:

“Considerando: que la oficialidad del Ejército contrarrevolucionario, los cuerpos represores de la Policía Federal y los demás cuerpos represivos especiales, se ensañan asesinando, o haciendo desaparecer a cuanto activista popular, militante revolucionario o persona del pueblo apresan, no respetando ninguna ley sobre el trato a los prisioneros y siendo ya incontables los ejemplos y casos de éstos, el COMITÉ CENTRAL “VIETNAM LIBERADO” RESUELVE: 1) iniciar acciones de ejecución indiscriminadas contra la oficialidad del Ejército contrarrevolucionario, los cuerpos represivos de la Policía Federal, los cuerpos especiales de represión y demás fuerzas represivas implicadas en asesinatos contra el campo del pueblo....”⁸⁸

Es muy probable que esta última represalia no se haya llevado a cabo. Ya sea por el alto índice de muertos, prisioneros y desaparecidos que a esas alturas registraban las filas perretistas, ya sea porque sus últimos esfuerzos militares se concentraran en el envío de nuevos combatientes al monte tucumano o en los preparativos del asalto al cuartel Viejo Bueno de Monte Chingolo lo cierto es, en todo caso, que parece registrarse una sola ejecución tras el anuncio de esta segunda represalia⁸⁹.

Finalmente, la última ejecución registrada que tuviera por víctima a un integrante de las fuerzas represivas, fue la del Vicecomodoro Roberto Moisés Echegoyen. Este caso, por la similitud de circunstancias en que se precipitó dicha ejecución, remite al de Sallustro.

⁸⁸ “Resolución sobre represalias” en *Estrella Roja* N° 59, 27 de agosto de 1975, Colección Documento Histórico N° 7 de Infobae. A su vez, Mattini afirma que en el plenario partidario que tomó esta resolución un asistente, Luis Segovia, “lanzó la expresión *ojo por ojo, diente por diente*” y que “no hubo oposición por parte de los titulares a esta propuesta...”. (Mattini, Luis, op. cit. pág. 422)

⁸⁹ La misma fue la del Comisario Alfonso Vergel, el 3 de septiembre de 1975 en La Plata. No se han encontrado declaraciones relacionadas. Según consta en *In Memoriam* “sería el ERP quien se adjudicaría el atentado, mediante el llamado realizado por una mujer a los medios de prensa y policiales” (*In Memoriam*, op. cit. tomo II, pág. 495.)

Tras haber secuestrado a Echegoyen el 29 de abril de 1976, el ERP ofreció canjear su libertad

“por uno de los siguientes compañeros prisioneros del enemigo: Edgardo Enríquez, miembro de la comisión política del MIR chileno, secuestrado por las fuerzas represivas el 10 de abril⁹⁰ o Juan Eliseo Ledesma, comandante del ERP y miembro del buró político, en manos del enemigo desde el 10 de diciembre de 1975”⁹¹

Se desconocen los pormenores de las negociaciones si es que éstas efectivamente existieron. De todas maneras, el desenlace de este caso se precipitó el 10 de julio de 1976 cuando el Ejército localizó y rodeó la “cárcel del pueblo” donde Echegoyen permanecía secuestrado (una finca de la localidad de San Andrés, provincia Buenos Aires) produciéndose un tiroteo en medio del cual Echegoyen fue ejecutado. Juan Eliseo Ledesma y Edgardo Enríquez continúan desaparecidos.

Se ha señalado anteriormente que aquellas realizadas en represalia por torturas y asesinatos de militantes fueron las ejecuciones por excelencia del PRT-ERP. En esa modalidad de la “justicia revolucionaria” la organización recogía la tradición de las guerrillas latinoamericanas, tanto en su variante rural como urbana. En ella, los “ajusticiamientos” estaban directamente identificados con las figuras del torturador y del traidor-delator.

Por citar tan sólo dos ejemplos de amplia circulación e influencia en los grupos de la izquierda armada local, Regis Debray advertía, en tono pedagógico, que “la destrucción

⁹⁰ Edgardo Enríquez era hermano de Miguel Enríquez máximo dirigente del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) chileno, muerto en un enfrentamiento el 5 de octubre de 1974 en Santiago, Chile. El MIR mantenía estrechos vínculos políticos con el PRT-ERP. Las dos organizaciones, conjuntamente con el Ejército de Liberación Nacional de Bolivia y el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, conformaban la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR) del Cono Sur. A fines de marzo de 1976, pocos días antes de ser secuestrado, Edgardo Enríquez había logrado escapar con vida de la finca de la localidad de Moreno, provincia de Buenos Aires, donde el PRT celebraba un encuentro del Comité Central. El lugar fue detectado por fuerzas policiales y del Ejército precipitándose un tiroteo que duró varias horas. En él la organización perdió alrededor de 12 cuadros de envergadura. Otros dirigentes, entre ellos, Edgardo Enríquez, lograron escapar con vida. Días después sería secuestrado; hoy, se encuentra desaparecido.

⁹¹ “Parte de guerra. Detención de un vicecomodoro” en *Estrella Roja* s/nº, mayo de 1976, facsímil incluido en *In Memoriam*, op. cit. tomo II, pág. 221.

de un camión de transporte de tropas o la ejecución pública de un policía torturador hacen más propaganda efectiva entre la población vecina, propaganda alta y profundamente política, que doscientos discursos”⁹².

Por su parte, el brasileño Carlos Mariguella, también con voluntad pedagógica, en su *Minimanual del guerrillero urbano* definía al “ajusticiamiento” como

“la muerte de un espía norteamericano, de un agente de la dictadura, de un policía torturador, de una personalidad fascista del gobierno envuelta en crímenes y persecuciones de patriotas, de un chivato, delator, informante de la policía o un provocador policíaco”⁹³

La ejecución del torturador no sólo castigaba el martirio sufrido por los compañeros “en manos del enemigo”; era también la puesta en escena de una moralidad revolucionaria cuya voluntad de diferenciación con respecto a la de las fuerzas enemigas encontraba en la inadmisibilidad de la tortura uno de sus puntos nodales.

Las ejecuciones en castigo por el asesinato de compañeros o militantes en general no fueron exclusivas del PRT-ERP y, dejando a un lado el accionar de otros grupos armados de la época cuyas acciones de “ajusticiamientos” precedieron a las del PRT-ERP, puede afirmarse que en el campo de las izquierdas aquella determinación reconoce un antecedente emblemático en el anarquismo de principios de siglo XX. Y resulta interesante observar que, aunque ajeno a la tradición anarquista, es precisamente ese antecedente aquel recuperado, en sentido literal, por el discurso perretista.

En efecto, en una *Estrella Roja* de octubre de 1974 (el año que concentra el mayor número de ejecuciones), en la sección permanente dedicada a la divulgación de acontecimientos históricos “ejemplares” (guerras de la independencia, revolución rusa, guerra de Vietnam, revolución cubana, etcétera) se encuentra una reivindicación explícita de esa práctica anarquista. En una nota titulada “El ajusticiamiento del Fusilador de la Patagonia” se extraían varios párrafos del libro de Osvaldo Bayer *Los vengadores de la Patagonia Trágica* que relataban, según palabras perretistas, “la

⁹² Debray Régis: “¿Revolución en la revolución?” en *Lucha Armada en la Argentina*, año 1, N° 1, Buenos Aires, 2004, pág. 133.

⁹³ Mariguella, Carlos: “Minimanual del guerrillero urbano” en *Lucha Armada en la Argentina*, año 1, N° 2, Buenos Aires, 2005, pág. 137.

heroica acción de Kurt Wilckens” el obrero anarquista alemán que matara al Teniente Coronel Varela, conocido como “el fusilador de la Patagonia”⁹⁴.

Más difícil pareciera haber sido la apelación a tradiciones o antecedentes legitimantes en el caso de las represalias indiscriminadas, una medida verdaderamente excepcional aún para el universo revolucionario.

También en el mes de octubre de 1974, en otro ejemplar de *Estrella Roja* se publicó un artículo titulado “Las represalias”. En el copete del mismo se deja leer aquella búsqueda deliberada:

“cuando el ERP resolvió responder a los sanguinarios fusilamientos de nuestros combatientes en Catamarca por parte del Ejército enemigo con la REPRESALIA INDISCRIMINADA [...] tuvo en cuenta antecedentes internacionales que justificaban tan grave medida. Durante la Segunda Guerra Mundial el Ejército Soviético debió aplicar la represalia contra los Nazis, criminales de guerra de un salvajismo atroz y de quienes son excelentes discípulos el gobierno peronista, la policía y las FFAA contrarrevolucionarias”⁹⁵.

A continuación, el artículo reproducía un relato, seguramente fragmentado, de la ejecución de dos jefes nazis en la Ucrania ocupada de la segunda guerra. Es curioso constatar, sin embargo, que los hechos allí narrados no corresponden en absoluto a una represalia indiscriminada: dos [¿combatientes? ¿miembros del Partido Comunista? no se sabe, sólo figuran los nombres de pila] deciden ejecutar a uno de los máximos jefes nazis de la ciudad y a su lugarteniente, comprobando luego de la ejecución que habían cometido un error “ajusticiando” a otros dos nazis en su lugar.

Con independencia de lo errático de la referencia, resulta sumamente significativo que el escenario escogido haya sido el de una guerra nacional y los “ajusticiados”, integrantes de un ejército de ocupación. Y es significativo porque, como ha sido expuesto en el capítulo anterior, el PRT-ERP pronosticaba como etapa final de la guerra revolucionaria la invasión de las “tropas imperialistas” en apoyo al “ejército opresor” y, en consecuencia, el Ejército Revolucionario se enfrentaría, finalmente, a un ejército de ocupación.

⁹⁴ “El ajusticiamiento del Fusilador de la Patagonia” en *Estrella Roja* N° 41, 7 de octubre de 1974.

⁹⁵ “Las represalias” en *Estrella Roja* s/f, Colección Documento Histórico N° 39 de Infobae.

III. Venganza, guerra e identidad

*El brazo de la justicia popular es largo y sabe ajustar cuentas con los asesinos y torturadores del pueblo*⁹⁶.

*Es la única forma de obligar a una oficialidad cebada en el asesinato y la tortura, a respetar las leyes de la guerra*⁹⁷

“Ajustar cuentas” y “obligar a respetar las leyes de la guerra”: fue en el espacio configurado por estos vectores donde la ejecución perretista se erigió como acto moralizador y normativizador.

El ajuste de cuentas es un acto de venganza, un castigo inmediato (esto es, *sin mediaciones*) que recibe en forma personalizada el perpetrador de un crimen. El sentido de este castigo es la restauración de un orden, de un equilibrio que aquel crimen ha roto o dañado: “la venganza funda el mundo, no lo desordena, sino que le devuelve el orden”⁹⁸. El vengador restaura un equilibrio moral que nunca debió haber sido roto y, al mismo tiempo, normativiza lo que debe ser.

En su libro *The Virtues of Vengeance*⁹⁹, Peter French establece las condiciones de una venganza virtuosa (“última esperanza de la moral” allí donde no existe un sistema de administración de penalidades adecuadas o donde éste es corrupto). Estas condiciones serían: la autoridad moral del vengador; la culpabilidad de quien es objeto de la venganza; la adecuación de la venganza a la ofensa; la acción menos en nombre de la víctima que de la comunidad moral; la imposibilidad de quien es objeto de venganza de comprender el mensaje si el castigo hubiera sido administrado por la justicia.

⁹⁶ *Estrella Roja* N° 93, 28 de febrero de 1977 en: De Santis Daniel, op.cit. tomo 2, pág. 612.

⁹⁷ Declaración leída en conferencia de prensa y reproducida en *Estrella Roja* N° 40, 23 de septiembre de 1974 en: De Santis, op. cit, tomo II, pp. 325-326. También en Colección de Documento Histórico de Infobae N° 19.

⁹⁸ Beatriz Sarlo: *La pasión y la excepción*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2003, pág. 145

⁹⁹ French, Peter: *The Virtues of Vengeance*, USA: University Press of Kansas, 2001.

Del conjunto de estos componentes, aquellos en los que interesa hacer hincapié aquí son la autoridad moral del vengador y la acción en nombre de la comunidad moral.

El proceso de construcción identitaria de la militancia perretista estuvo fuertemente anclado en postulados y mandatos morales. Las distintas tramas de la discursividad partidaria, los símbolos y representaciones que poblaban su universo de referencias y los sentidos atribuidos a gran parte de sus prácticas confluían, como se verá en el próximo capítulo, en un *deber ser* del revolucionario, condensado en la figura del *hombre nuevo* y matizado por valores éticos morales. En la conjunción de su autoproclamado rol de vanguardia y la insistencia y prosecución de aquellos valores, el PRT-ERP buscaba erigirse ante los movimientos de masas no sólo como referente político sino también como referente moral.

El tono de las declaraciones partidarias antes o después de cada ejecución y la connotación de las palabras empleadas (“crímenes”, “atropellos”, “fechorías”, “verdugos del pueblo”, “actos bárbaros”, “régimen miserable”, “siniestros personajes”¹⁰⁰, etcétera) dan cuenta de una profunda indignación moral, de una inaceptabilidad ética principalmente de las modalidades cruentas que había asumido la represión. Pero esta indignación no era presentada como propia o exclusiva del PRT-ERP; en rigor, era la “indignación popular”¹⁰¹ aquello que se expresaba a través de la palabra y el accionar perretista. Si, como afirma French, el vengador se siente unido de manera única y especial a la víctima del crimen castigado y por ella responde, lo hace en nombre de una comunidad moral, en este caso, de una “justicia popular” que, si bien encarna, lo trasciende.

El ERP, integrado “por los mejores hijos del pueblo”¹⁰², era el “brazo ejecutor” de aquella justicia: “es por ello que el pueblo a través de su Ejército, el ERP y las demás organizaciones hermanas, ha comenzado a ejecutar el mandato popular y reprimir con la pena de muerte a todos los verdugos”¹⁰³.

¹⁰⁰ Éstas y otras expresiones similares se encuentran en prácticamente todas las declaraciones perretistas. Las citadas se extrajeron de los pronunciamientos del ERP tras los “ajusticiamientos del Comandante Agarotti, Oberdan Sallustro y el General Sánchez.

¹⁰¹ “Para los ojos del pueblo NO HAY ESCONDITES” en *Estrella Roja*, marzo/abril de 1972.

¹⁰² Fórmula acuñada para referirse a los integrantes del ERP

¹⁰³ “El ERP al pueblo” en *Estrella Roja*, marzo/abril de 1972

Los asesinados eran los hijos del pueblo, la indignación era la del pueblo como también lo eran las “cárceles”, los tribunales y las sentencias condenatorias.

Así, refiriéndose al caso Sallustro, se explicaba: “el ERP interpretando los justos reclamos del pueblo, que pedía el castigo de este explotador, procedió a detenerlo en la cárcel del pueblo”; y en relación a la ejecución de Sánchez:

“él se sentía seguro. ¿Quién se atrevería a tocar a un “General de la Patria”. Pero la justicia del pueblo se atrevió. Nuestro Comando, conjuntamente con los de la organización hermana FAR, ejecutaron la sentencia que el pueblo le había impuesto. El explotador y el jefe de la represión fueron objetivos del mismo odio del pueblo. Su ejecución era un deseo de las masas; el ERP y la organización hermana FAR sólo fueron el brazo ejecutor de este sentimiento”¹⁰⁴.

La autoridad moral que parecía arrogarse el PRT-ERP y en función de la cual vengaba los crímenes cometidos no sólo contra sus militantes sino también “contra el pueblo”, no se sustentaba únicamente en la autoasignada representación de aquella justicia popular sustantiva; también encontraba otra fuente de legitimación en la postulación de una superioridad moral respecto de las fuerzas enemigas en la que el discurso partidario insistía con énfasis particular.

El trato otorgado hacia los prisioneros constituía la oportunidad por excelencia de hacer manifiesta aquella superioridad puesto que permitía el señalamiento -y la denuncia- del envilecimiento de la conducta enemiga en situación inversa.

En la manifestación pública de esa superioridad el PRT-ERP creía reforzar su lugar de autoridad moral. La liberación de prisioneros en frágiles situaciones de salud, la publicación de cartas y “confesiones” de prisioneros que hacían particular hincapié en el buen trato recibido se orientaban en aquella dirección.

En una resolución sobre la liberación de un coronel del Ejército, Florencio Crespo, que se encontraba “a disposición de la justicia popular”, se explicaba que el detenido sufría de una enfermedad que de acuerdo al informe médico “no puede ser atendida eficientemente, como corresponde en un correcto tratamiento a prisioneros de guerra”, concluyendo que en tanto

¹⁰⁴ “EL largo brazo de la justicia popular” en De Santis, op.cit. tomo I, pp. 316-317

“este principio debe ser respetado y cumplido por los revolucionarios, a pesar de que las instituciones represivas de nuestra Patria [...] asesinan y torturan a nuestros compañeros [...] el estado Mayor Conjunto resuelve: 1) dejar en libertad al prisionero...”¹⁰⁵.

Otra determinación similar se tomaba y publicaba tras el secuestro de Alfred Laun, “agente de la CIA”. Durante su secuestro, Laun opuso resistencia intentando desarmar a uno de los integrantes del comando perretista, trabándose en lucha con éste por lo que fue herido de bala. Una vez reducido, fue trasladado a la “cárcel el pueblo” donde recibió las primeras curaciones y enseguida se hizo evidente que el prisionero necesitaba ser operado con relativa urgencia

“cosa que la Unidad Sanitaria de nuestra organización no estaba en condiciones de realizar hasta el día siguiente [...] El detenido corría peligro de perder la vida, razón por la cual el Estado Mayor Regional resolvió dejarlo en libertad dando aviso del lugar donde se encontraba a los órganos periodísticos y los centros asistenciales”¹⁰⁶.

Para el PRT-ERP, en esa guerra revolucionaria ya iniciada, el “ejército opresor” se fue convirtiendo en el principal sujeto interpelado. Con ese enemigo como referente la organización fue construyendo, a partir de un movimiento casi especular, su propia identidad (no hay que olvidar, además, que las distintas etapas de la guerra popular prolongada implicaban, fundamentalmente, la construcción de un ejército que creciera “de lo pequeño a lo grande” hasta alcanzar las características de un Ejército regular).

Así, y casi en coincidencia con la apertura de un frente militar en el monte tucumano, el ERP resolvió “dar un importante paso en la construcción de las Fuerzas Armadas de la

¹⁰⁵ “Resolución N° 252. Liberación del Cnel. Crespo” en *Estrella Roja* N° 34, 27 de mayo de 1974, Colección Documento Histórico N° 27 de Infobae.

¹⁰⁶ “Secuestro y liberación de Alfred Laun agente de la CIA. Parte de guerra” en *Estrella Roja* N° 34, 27 de mayo de 1974, Colección Documento Histórico N° 27 de Infobae. En la misma dirección pueden citarse, por ejemplo, la carta del Teniente Coronel Jorge Ibarzábal en la que insiste en el buen trato recibido (publicada en *Estrella Roja* N° 31, 4 de marzo de 1974) o en la “confesión” de Jesús Ranier, posteriormente publicada, en la que hace constar que “escribo esta declaración por propia voluntad y que no he recibido desde el momento de mi detención ni en ninguno de los interrogatorios, malos tratos ni torturas. Por el contrario, el trato ha sido firme pero correcto” (“Ajusticiamiento de un traidor” en *El Combatiente* N° 200, miércoles 21 de enero de 1976).

clase obrera y el pueblo”. Dicho paso consistió en una mayor estructuración de las fuerzas guerrilleras¹⁰⁷ y “el establecimiento de grados y la formulación de reglamentos...”¹⁰⁸. Esta estructuración incluyó el uso de uniformes, insignias y prácticas ceremoniosas propias de un Ejército regular:

“Junto con estas medidas se crearon los uniformes para los combatientes del ERP. Camisa y pantalón verde oliva y kepi con las insignias de graduación. Va de suyo que el uniforme no se podía prácticamente usar en las ciudades [...]. Estaba destinado fundamentalmente al monte, pero de todas maneras, se exigía su uso dentro de las *casas operativas* o en las escuelas y en toda ocasión que se celebrasen ceremonias del ERP [...]. La entrega de los grados se hacía con todo un ritual en donde una escuadra formada *presentaba armas* a los presentes con los saludos de rigor militar [...]. El graduado debía jurar bajo un reglamento que había redactado el propio Santucho en el castellano jurídico militar que se usa oficialmente”¹⁰⁹

La aspiración a la regularización de las fuerzas guerrilleras, con independencia de su alcance real, no podía menos que ofrecer al imaginario militante cierta noción de paridad respecto del Ejército enemigo (“a imagen y semejanza nuestra pero al revés”, al decir de Miguel). Y resulta interesante constatar esa noción de paridad en otros testimonios.

Hernán, por ejemplo, participó del ataque al Comando de Sanidad del Ejército (en Capital Federal) donde él mismo cumplía el servicio militar obligatorio. La acción fracasó y él fue detenido en una unidad militar. Así recuerda la relación con los oficiales del Ejército:

“Vivían mi acción como una traición al Ejército argentino. Y para mí era muy difícil hacerles entender que mi lealtad no era con ellos sino con mi organización [...] y la discusión para explicarles que teníamos en común, ellos y yo la defensa de la misma bandera. Que tenían que poder separar la

¹⁰⁷ Las unidades del ERP quedaron conformadas por: a) Escuadra (de 5 a 15 hombres); b) Pelotón (de 15 a 30 hombres); c) Compañía (de 30 a 90 hombres); y d) Batallón (de 200 a 300 hombres). Confrontar con Mattini, Luis, op. cit., pág. 270

¹⁰⁸ “Grados y Reglamentos en el ERP” en *Estrella Roja* [¿octubre de 1974?], Colección Documento Histórico N° 39 de Infobae.

¹⁰⁹ Mattinini, Luis, op. cit. pp. 271-272.

Patria de las instituciones. Que los dos éramos argentinos pero ellos eran de un Ejército y yo era de otro. Yo lo vivía así en ese momento. *‘Yo soy un soldado del Ejército Revolucionario del Pueblo y ustedes son soldados del Ejército argentino. Somos argentinos enfrentados [...] Estamos enfrentados por proyectos políticos diferentes y porque defendemos intereses diferentes. [...] Yo soy leal a mi organización y ustedes son leales a la organización de ustedes’*¹¹⁰

Ahora bien, como ya ha sido mencionado, el movimiento de oposición y diferenciación de este proceso identificatorio estuvo sensiblemente anclado en la dimensión de la moral. Y en tanto a los ojos del PRT-ERP el Ejército nacional había dejado de respetar el mundo de códigos compartidos de combate que toda guerra delimita, su retórica de interpelación estuvo signada por la insistencia normativizadora de la confrontación bélica.

La forma más usual de esa insistencia fue el reclamo del cumplimiento de las leyes y convenciones de Ginebra, especialmente aquellas referidas al trato de prisioneros (al tiempo que la demostración de su cumplimiento fue el sustento imaginario de la propia autoridad moral)¹¹¹.

El 16 de febrero de 1974, por ejemplo, el ERP exigió, mediante proclama pública, que se diera a conocer el estado en que se encontraban los militantes Jorge Antelo y Reinaldo Roldán, detenidos en el asalto al regimiento de Azul y cuya situación se ignoraba. En aquella proclama se otorgaba al Ejército un plazo

“de 48 horas, para responder sobre el estado en que se encuentran los compañeros [...] si no se registrara respuesta alguna, será ejecutado el Tte. Cnel. Ibarzábal, por recaer en su persona la responsabilidad de ser Jefe de la Institución Militar que viola los más elementales derechos humanos, negando los convenios internacionales firmados en Ginebra”¹¹².

¹¹⁰ Hernán Invernizzi, 11 de mayo de 2005. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

¹¹¹ Es interesante resaltar que en tanto los Protocolos Adicionales de Ginebra (que reglamentan el trato y la conducta en caso de conflictos armados dentro de las fronteras de un país incluyendo, por eso, a los ejércitos irregulares) se firmaron en 1977, aquellos a los que el ERP apelaba reglamentaban exclusivamente los conflictos bélicos entre Estados nacionales.

¹¹² “Resolución del Estado Mayor del ERR” en *Estrella Roja* N° 31, 4 de marzo de 1974, Colección Documento Histórico de Infobae N° 28. En ese mismo ejemplar de la *Estrella Roja* se publicaba otro

Ibarzábal sería finalmente ejecutado el 19 de noviembre de ese año en el transcurso de un traslado en el que fue interceptado el vehículo en el que se lo trasladaba

“produciéndose un enfrentamiento que obligó a ajusticiar al detenido. [...]

Debemos señalar que en todo momento nuestra organización procuró preservar la vida del detenido, teniendo en cuenta los principios humanitarios y las leyes internacionales [...]. Esta actitud ha sido demostrada permanentemente [...]. Sin embargo, no ha sido igual el tratamiento que han recibido nuestros combatientes al caer en manos de las fuerzas contrarrevolucionarias”¹¹³

Ni las ejecuciones ni los reclamos perretistas, ni las demostraciones de su superioridad moral en el trato de prisioneros, tuvieron efecto normativizador alguno. Los guerrilleros no hicieron más que enfrentarse a una “oficialidad cebada en la tortura y el asesinato”. El problema radicaba, quizás, en el intento de normativizar una confrontación que los propios alientos y postulados de la tradición revolucionaria (como aquellos contenidos en la cita con la que se abre este capítulo) postulaban como *guerra total*. Paradójicamente fue aquella “oficialidad cebada” quien asimiló más estrictamente las implicancias de aquella guerra.

IV. Entre la normativización y la guerra total. Las paradojas de la guerra revolucionaria

comunicado con fecha 17 de febrero en el que se anunciaba la suspensión de la ejecución de Ibarzábal puesto que el Ejército había respondido satisfactoriamente (quien habría actuado en dichas detenciones era la Policía Federal); en consecuencia, se advertía que: “se aplicará la justicia popular sin juicio sumario a la Policía Federal y a sus organismos especializados en tortura”. Un mes más tarde, el 13 de marzo, el ERP “ajusticiaría” al suboficial Mario Reduto.

¹¹³ “Parte de guerra, 20 de noviembre de 1974”, en Poder Ejecutivo Nacional, op.cit., pág. 322.

*Todo oficial que conduce soldados a la matanza de los obreros es declarado enemigo del pueblo y puesto fuera de la ley. Matadlo sin remisión. No hay piedad para los cosacos*¹¹⁴

*En la guerra no se excluye ningún tipo de golpes [...] y resulta totalmente indiferente que se ataque de frente, por la derecha, por la izquierda o por la espalda [...]. En la guerra, todo lo que puede infligir daño al enemigo cuenta; y, si se puede, debe hacerse*¹¹⁵

*El partisano está afuera del acotamiento. Incluso pertenece a su esencia y a su manera de ser el estar fuera de cualquier acotamiento. El partisano moderno no espera ni gracia ni justicia del enemigo. Él dio la espalda a la enemistad convencional con sus guerras domesticadas y acotadas y se fue al ámbito de otra enemistad verdadera, que se enreda en un círculo de terror y contraterror hasta la aniquilación total*¹¹⁶

En su obra *Teoría del partisano* Carl Schmitt advierte que el Derecho de guerra clásico, tal como lo concibe el derecho internacional europeo (y que dominara la beligerancia militar europea hasta la Primera Guerra Mundial) conocía distinciones inequívocas entre guerra y paz, entre combatientes y no combatientes entre enemigo y criminal. La guerra a la que remitía era de Estado a Estado, de un ejército regular y estatal a otro ejército de igual naturaleza, soberanos portadores de un *ius belli*¹¹⁷, que se respetaban como enemigos y no se discriminaban como criminales. Se trataba de una guerra que conservaba alguna significación de duelo con armas francas y sentido de la

¹¹⁴ Llamamiento fijado en las calles de Moscú, inmediatamente antes de la insurrección de diciembre de 1905; citado en Neuberg, A. *La insurrección armada*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1972, pág. 30.

¹¹⁵ Lussu, Emilio, *Teoría de los procesos insurreccionales contemporáneos*, Ed. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1972, pág. 126

¹¹⁶ Schmitt, Carl: *Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político*. Buenos Aires: Ed. Struhart & Cía., pág. 18

¹¹⁷ Término utilizado para referirse a la rama del derecho que define las prácticas aceptables mientras se está en guerra.

caballerosidad. Un conflicto donde la conclusión de paz no sólo era siempre posible sino que era, además, el desenlace lógico y esperado de toda confrontación. La guerra clásica, advierte Schmitt, era, fundamentalmente, una guerra **acotada**.

A partir del siglo XX, prosigue, esa guerra de estados, con sus acotamientos, quedó liquidada. La sustituyó la guerra revolucionaria de partidos. Esta guerra no es convencional, es auténtica, porque tiene en su origen una enemistad absoluta. La guerra de enemistad absoluta no conoce ningún acotamiento puesto que es precisamente la realización consecuenta de una enemistad absoluta aquello que le da su sentido y su justicia.

La absolutización de la enemistad proviene, precisamente, del carácter político y contestatario del partisano (en nuestro caso, el guerrillero) y es aquello que lo diferencia de otro tipo de combatientes. Haga muchas o pocas acciones armadas, el partisano es un *sujeto político* en tanto constructor real o potencial de un *orden público* (claramente diferenciado del bandido social, del pistolero). El partisano, dice Carl Schmitt, “está en el centro de una nueva clase de beligerancia [...] la intención y el fin de esta nueva clase de guerra es la destrucción del orden social existente”¹¹⁸

El carácter político del partisano asume, para el caso del revolucionario, la forma de una adherencia, de un compromiso total con su idea, su partido, su causa. Este compromiso total no implica únicamente la disposición de “dar la vida” (en rigor, la muerte) participa en la conformación de una ética combatiente que impide todo retroceso, toda capitulación, toda negociación. La de él es, literalmente, una guerra *sin cuartel*: “Hay que llevar la guerra hasta donde el enemigo la lleve: a su casa, a sus lugares de diversión; hacerla total. Hay que impedirle tener un minuto de tranquilidad, un minuto de sosiego fuera de sus cuarteles, y aun dentro de los mismos” como alentaba el Che Guevara.

En aquel proceso de sustitución de la guerra clásica por la guerra de enemistad absoluta Lenin es, siguiendo siempre a Schmitt, un eslabón fundamental. Y esto porque al hacer alusión a la idea de guerra civil revolucionaria contradecía la opinión de los socialdemócratas de que la revolución proletaria alcanzaría por sí misma sus objetivos en los países parlamentarios de manera que los métodos de aplicación directa de la fuerza resultarían inoportunos. La guerra civil revolucionaria es, para Lenin, una forma

¹¹⁸ Schmitt, Carl: op. cit. pág. 89.

de lucha “inevitable” y hay que servirse de ella sin dogmatismo ni principios preconcebidos. Hay que utilizar métodos legales o ilegales, pacíficos o violentos, regulares o irregulares según las circunstancias. El objetivo es la revolución proletaria, y en todos los países del mundo. Y es éste un objetivo justo en términos sustantivos; con lo cual, todo lo que sirve a ese objetivo es bueno y justo. El enemigo es de clase: el burgués, el orden capitalista en todos los países donde estuviera en vigor. Es, por tanto, un enemigo universal. “Sólo la guerra revolucionaria es guerra auténtica para Lenin, porque tiene su origen en una enemistad absoluta. Todo lo demás es juego convencional”¹¹⁹.

El otro eslabón quizás más destacable aún en este proceso lo constituye la figura de Mao Tsé Tung (“el mayor práctico de la guerra revolucionaria y su teórico más famoso”¹²⁰). A partir de él, se agregará a ese enemigo de clase universal un fundamento más bien telúrico ampliando el abanico de enemistades que confluyen y se concentran en la enemistad absoluta: el explotador colonialista, el invasor, el imperio.

“Mao [prosigue Schmitt] llevó más lejos la fórmula de la guerra como continuación de la política [...] El sentido de la guerra está en la enemistad. Si la guerra es la continuación de la política, también la política contiene siempre, por lo menos como posibilidad, un elemento de enemistad, y si la paz encierra la posibilidad de la guerra, también contiene un elemento de enemistad potencial”¹²¹

El lenguaje y las nociones de la guerra acotada y de la enemistad dosificada, concluye Schmitt, no resistieron la irrupción de la enemistad absoluta¹²².

¹¹⁹ Schmitt, Carl: op. cit. pág. 65

¹²⁰ Carl Schmitt, op. cit. pág. 72.

¹²¹ Carl Schmitt, op. cit. pp. 74-75.

¹²² En la misma dirección, señala Badiou, que si el siglo XX ha estado bajo el paradigma de la guerra, de la guerra decisiva, de la *última guerra*. Y fue Mao Tsé Tung, una figura típica de esa convicción. Hasta Mao, guerra y revolución eran términos contrarios. El concepto de guerra revolucionaria maoísta instaure diferentes tipos de guerras sustancialmente ligadas a políticas diferentes: guerras políticamente justas y guerras políticamente injustas. “Para suprimir la guerra hay un único medio: oponer la guerra a la guerra, oponer la guerra revolucionaria a la guerra contrarrevolucionaria [...] Cuando la sociedad humana llegue a la eliminación de las clases, a la supresión del estado, ya no habrá guerras [...] Será la era de la paz perpetua para la humanidad” (Mao Tsé Tung: *Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria de China*, 1936, citado en Badiou, Alain: *El siglo*, Manantial, Buenos Aires, 2005, pág. 55)

Ahora bien ¿en cuánto es posible inscribir la experiencia perretista en esta tradición de nociones de enemistad y guerra absolutas?

Es cierto, como se ha analizado en el capítulo anterior, que el modelo de la guerra popular prolongada y el legado guevariano -allí donde sostenía la promesa de que la acción armada era capitalizadora de la conciencia popular- empujaban a la línea partidaria a una ininterrumpida y creciente actividad militar. Es cierto también que la discursividad de la organización abundaba en imperativos de combate bélico (“la política se hace, en lo fundamental, armada”; “quien no pelea no existe”; “el ERP no dejará de combatir”, etcétera). Y es cierto finalmente que algunos de aquellos imperativos no reconocían acotamiento alguno: “¡A vencer o morir!”; “¡Ninguna tregua al ejército opositor!; ¡Ninguna tregua a las empresas explotadoras!”; “la guerra a muerte entre la clase obrera y la burguesía imperialista está declarada”, etcétera.

Pero ¿cuánto hay de aquellas nociones absolutas que Schmitt le atribuye a la guerra revolucionaria en la subjetividad militante y aún en las prácticas partidarias?

Si se atiende, por ejemplo, a las escenas descritas pormenorizadamente en la reconstrucción que Gustavo Plis-Steremberg realizó del ataque al cuartel de Monte Chingolo se advierte que: a) la dirección partidaria estaba en sobre aviso de la infiltración; b) buena parte de los que participaron (quizás la mayoría) no tenía experiencia de combate alguno; c) las armas que utilizaron no sólo no fueron probadas con anterioridad sino que -como pudo comprobarse durante el fracasado asalto- muchas de ellas no funcionaron o fallaron; y, d) en esas condiciones muchos de los que participaron de la acción se dirigieron al cuartel en alpargatas y cantando.

¿En cuánto se asemejan estos hombres del PRT-ERP a aquellas “efectivas, violentas, selectivas y frías máquinas de matar” que reclamaba el Che Guevara en su mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental?

Es evidente que esta última pregunta es particularmente difícil de responder: ¿cómo determinar cuando una persona que se alza en armas por una causa que considera justa deja de ser un combatiente para transformarse en una “fría máquina de matar”? O, en otras palabras ¿dónde está, cuál es el límite entre una y otra figura? La dimensión de los *hechos* ofrece poca o ninguna respuesta: en la guerra, en toda guerra, se mata. Y establecer una cifra de muertes precisa como límite entre aquellas dos figuras sería por lo menos arbitrario.

Si se atiende a la dimensión de la memoria el problema no es menor, no sólo por lo que en ella pueda haber de procesos subjetivos engañosos; es atendible, además, que sean muy pocos los testimoniantes que, lo crean o no, estén dispuestos a reconocerse a sí mismos como “frías máquinas de matar”¹²³. Por lo demás, el de las muertes perpetradas por la guerrilla fuera de situación de combate fue -y es- uno de los temas más silenciados en los relatos militantes (y basta leer el debate generado por la carta de Oscar Del Barco a la revista *La Intemperie* para advertir las crispaciones e hipersensibilidades que genera).

De todas maneras, vale la pena explorar la forma en que los entrevistados evocan la temática del matar dado que parece *hacer sentido* con otras manifestaciones de la subjetividad partidaria.

En principio, hay un dato cuantitativo a destacar: del conjunto de personas entrevistadas sólo tres han manifestado, de alguna manera, que el acto de matar estaba “asumido” (y uno de ellos, además, lo hizo refiriéndose exclusivamente a la situación de combate).

Pregunta: *Usted a lo largo de algunas respuestas da cuenta de haber tenido muy presente la posibilidad de morir. ¿Qué pasaba ante la posibilidad de matar?*

Respuesta 1: “Lo mismo. Estaba claramente asumida”¹²⁴

Respuesta 2: “no maté a nadie, no me tocó. Pero si no, me hubiera hecho cargo. No sé qué me hubiese pasado pero yo lo tenía completamente asumido”¹²⁵

Respuesta 3: “Bueno, si estás en un enfrentamiento... si te tiran ¿qué vas a hacer? ¿Paz y amor? No. Aparte, viste... el tipo que está enfrente tuyo, sabe que vos sos su enemigo. Y él está defendiendo algo también con conciencia o sin conciencia. Le dan un uniforme, le dan una bala, y el tipo va. Entonces...vos también, ese que está con ese uniforme y te está

¹²³ Quizás sea pertinente señalar que en el transcurso de esta investigación, al comentar con los entrevistados la cifra de las ejecuciones realizadas por el PRT-ERP (y reconocidas por la propia prensa partidaria) todos, sin excepción, se mostraron sorprendidos: ninguno recordaba si quiera una cifra similar.

¹²⁴ Eduardo Anguita, 4 de diciembre de 2001. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

¹²⁵ Daniel De Santis, 23 de junio de 2008. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

enfrentando, es tu enemigo también...Entonces cuando uno está convencido de lo que está haciendo...listo".¹²⁶

El resto de los entrevistados ofrecieron respuestas en las que el común denominador es, curiosamente, que no imaginaban la posibilidad de matar o que, en todo caso, era ésa una escena remota, "teórica", improbable. Y, cuando efectivamente intentaban representarse ese instante terrible, la situación evocada era la del combate y el acto de matar aparecía como un gesto de defensa.

Pregunta: *-Y en tu caso personal ¿cómo te imaginabas la posibilidad de morir o de matar?*

Respuesta: "Yo la situación de matar nunca la pensé como tal hasta mucho tiempo después porque no me imaginaba la situación de matar sino la situación de estar en un combate y tener que tirar y que me tiraran [...]. Vos no te imaginás la situación, digamos, demencial, de '*voy a matar a alguien*', porque nunca estuvo eso en la cabeza de un militante. En la cabeza de un militante de una organización armada lo que está es '*me puede pasar de estar en un enfrentamiento y me puede pasar que en el enfrentamiento me quieran matar y yo me defienda*' (...) En términos más universales o más morales, yo nunca conocí a un compañero que pensara distinto de lo que te voy a decir ahora: y es que la violencia nunca fue algo deseable ni querible ni bueno. Yo nunca conocí a un compañero que dijera que verse en situaciones de tiroteo era algo bueno [...]. Lo vivíamos como una especie de fatalidad, como algo que no podíamos eludir [...]. Yo nunca conocí a un compañero que fuera un herrero porque la cosa militarizada le gustaba. Jamás. Nunca me pasó, Nunca"¹²⁷

Pregunta: *-Vos en nuestro primer encuentro decías que ustedes estaban preparados para la tortura pero no para matar. Hablemos de eso*

Respuesta: "yo lo que he visto, en la experiencia, con los compañeros que yo he vivido y he convivido, es que no eran...máquinas de matar como Astiz, que dice: '*nosotros éramos preparados para matar*'. No, era por una

¹²⁶ Ángel Abus, 2 de abril de 2008. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

¹²⁷ Hernán Invernizzi, 11 de mayo de 2005. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

cuestión ideológica: *'bueno, acá hay un ejército. Hay que luchar contra este ejército, derrotar este ejército, y bueno'*. No había una ferocidad, digamos, de sangre en los compañeros. Había algunos que podían o que tenían más el rasgo militar. Pero en ningún momento yo los vi que tiraran por tirar, para matar a alguien, digamos. Al contrario, yo muy pocas veces he visto que se tiraran tiros”.

Pregunta:- *¿Y cómo te sentías vos frente a la posibilidad de matar?*

Respuesta: -“Y era muy teórica, viste. En algún momento yo pensé que había matado a alguien – después resultó que no, que no lo maté – y... me sentí muy mal. Y me llamó la atención cómo había reaccionado yo. Porque yo creo que había en mí toda una base cristiana de muy chiquito y toda una cosa... O algo de la especie, viste. Entre los perros no se matan, digamos. Algo que iba más allá de la convicción teórica de que había que ir a una guerra”¹²⁸

Podría objetarse que no es ésta una muestra representativa en tanto se trata de personas que no mataron mientras que hubo otras en la organización que sí lo hicieron. Y resulta por lo menos admisible suponer que si incluyéramos los testimonios de quienes, por ejemplo, protagonizaron las 62 ejecuciones analizadas en los apartados anteriores se obtendría un panorama diferente. Claro que en ese caso el problema estaría en determinar cuán representativos serían esos testimonios respecto del conjunto de la militancia perretista.

En todo caso, si se ha decidido considerar aquí los testimonios citados es porque parecen articularse significativamente con otras representaciones del imaginario de la organización.

Una de ellas es la propia acción de la guerrilla: además de la heroicidad, aquello que solía destacarse en los relatos partidarios era la *audacia* (la realización de una acción con pocos recursos), la *astucia* (el ardid, la burla del poder) y la *hazaña “limpia”* (sin hechos de sangre). Resuenan en esos relatos -algunos escritos, otros transmitidos de

¹²⁸ Miguel, 2 de marzo de 2000. Testimonio brindado a la autora.

boca en boca- los ecos del imaginario justiciero: “hombre que roba al rico para dar al pobre y que nunca mata salvo en legítima defensa o por justa venganza”¹²⁹

Pero más importante aún por el tema que aquí se analiza es el componente de *caballerosidad* presente en las representaciones imaginarias relacionadas con el enemigo.

Se ha señalado con anterioridad que la aspiración a la regularización de las fuerzas guerrilleras estaba acompañada por cierta noción de paridad respecto al Ejército argentino. Esto implicaba, entre otras cosas, un reconocimiento **mutuo**; y para que así fuera los guerrilleros construyeron una representación del enemigo en la que éste los “respetaba” o, al menos, los reconocía en sus virtudes.

“Yo creo que lo que primó, sobre todo en “X” es una cosa muy característica de él, de la extrema derecha argentina, que es el culto al coraje [...] el respeto por los hombres valientes [...]. El culto al coraje en el sentido de *‘este tipo es mi enemigo pero lo respeto porque va al frente y se la banca’*. “X” respetaba que los guerrilleros eran unos tipos valientes, que morían peleando por sus ideales [...] más allá que él era uno de los que quería matarnos a todos. Él decía: *‘si yo un día tengo que matar a un guerrillero voy a decir con honor que maté a un guerrillero porque son tipos valientes que mueren defendiendo sus ideas’* [...]. Y yo esto lo encontré después mucho en los militares, esta cosa del reconocimiento al coraje del adversario”¹³⁰

Resulta costoso hacer coincidir estas representaciones cercanas al duelo caballeresco con la constatación de los métodos criminales que asumía la represión, métodos que, por otra parte, la propia organización no cesaba de denunciar. Pero si no se postula algún tipo de reconocimiento entre los adversarios, difícilmente pueda sostenerse la autorepresentación de la caballerosidad.

¹²⁹ Hobsbawm, Eric: *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Ed. Crítica, Madrid, 2001, pág. 36.

¹³⁰ Hernán Invernizzi, 11 de mayo de 2005. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta. Es notable constatar que esta idea de que los guerrilleros del ERP eran respetados por los militares (o reconocidos en su coraje) haya perdurado en la memoria militante aún después de la masacre y de la barbarie que sobre sus cuerpos se descargó. ¿Reparación simbólica de la memoria?

En esa autorepresentación, en la permanente apelación de la normativa de guerra, en la búsqueda de un **acotamiento** del combate bélico, estos hombres esgrimían valores y nociones más cercanas a la *guerra clásica* que a la tradición de la guerra revolucionaria que en sus propias formulaciones teóricas sostenían¹³¹.

Paradójicamente, quienes actuaron **fuera de todo acotamiento**, fueron las Fuerzas Armadas. Prudencio García, ha señalado que la doctrina contrainsurgente inculcada en los ejércitos latinoamericanos durante la década de 1960 sirvió de base para el “desarrollo de una mística, de una verdadera *escolástica contrarrevolucionaria*, que, de hecho, iba mucho más allá de lo militar, y que incluía una concepción del mundo basada en la guerra permanente y total frente a un enemigo de ámbito universal”¹³². Y esta escolástica, agrega, se nutrió del esquema convencional de la guerra revolucionaria.

Entonces, si la guerra revolucionaria era (como indicaba el documento de formación militar *Instrucciones para la lucha contra la Subversión*) “permanente, integral, universal y multiforme” la guerra contrarrevolucionaria debía asumir esas mismas características y “abarcara todos los campos de la actividad humana”¹³³.

Los guerrilleros postularon un enemigo “a imagen y semejanza”, desconociendo el paradójico hecho de que ese mismo enemigo fue el que más seriamente había asimilado las implicancias de las nociones de enemistad absolutas que la guerra revolucionaria traía consigo.

Sería la experiencia de la cárcel y la tortura, el padecimiento infinito de los cuerpos y las psiquis, aquello que desvaneciera descarnadamente la ilusión de specularidad. Allí, el enemigo se revelaría como una otredad absoluta:

“Lo que nunca me llegué a dar cuenta hasta que caí era lo que era el torturador realmente; el nivel de degradación humana a que puede llegar un torturador. [...] ahí me encuentro, cuando caigo preso que el torturador es un policía, asalariado, especializado en castigar, en pegar, y en torturar, en

¹³¹ También en esta dirección, Hugo Vezzetti recientemente ha señalado en relación a los combatientes guerrilleros que “en el fundamento ético y los valores que los formaban para el combate predominaba una visión del honor y una psicología moral clásica” (Vezzetti, Hugo: *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, S XXI, Buenos Aires, 2009, pág. 152)

¹³² García, Prudencio, op. cit. pág. 98.

¹³³ *Instrucciones para la lucha contra la Subversión*, Secretaría de Guerra, Buenos Aires, 1962, pp 1-5, citado en García, Prudencio, op. cit., pág. 99.

hacer daño físico. Y yo me preguntaba ‘¿cómo puede ser que un tipo tenga como trabajo matar, violar a mujeres, torturar a mujeres embarazadas, meterte la picana, hacerte el submarino... cómo puede ser que un tipo vaya a su casa, después, se siente en la mesa con su familia, coma, se acueste a dormir la siesta o duerma con su mujer, le de un beso a su hijo?’ No entiendo, no entiendo cómo puede ser que siga siendo ser humano una persona después de hacer todo eso. Entonces ahí me encontré con la nueva figura del enemigo que era el torturador”¹³⁴

Allí también, la lucha por la revolución revelaría su gravedad, sus costos, su radicalidad:

“y ahí tomé conciencia exacta [...] de dónde estaba parado”

Pregunta-: *Y ¿qué cosas cambiaron al tomar “conciencia exacta”?*

Respuesta-: “Evidentemente, lo primero es ‘esto va en serio’, eso fue lo primero que sentí. Porque yo era un enemigo total para esta gente que me había atrapado. Entonces, obviamente esto va en serio. [...] Ahí sentís eso, lo sentís, sobre todo cuando estás en una parrilla y te están dando y vos... ‘¿pero qué hice yo hasta ahora para que esté acá?’...”¹³⁵

Y entonces recién allí, muy por fuera de los reglamentos convencionales del combate y de los duelos caballerescos, surgiría la fuerza visceral de ese “odio intransigente al enemigo” que reclamaba el Che Guevara y que “impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano”:

“en los ocho años que estuve preso yo adquirí algo que antes no tenía: que era el odio, el odio a los represores [...] el odio al enemigo, a los militares, a todo lo que viste uniforme. Ese odio lo adquirí en la cárcel [...] Cuando salí de la cárcel los quería matar a todos, les tenía un odio terrible [...] ya no porque se explota a la clase obrera, no, no, odio contra este hijo de puta que me torturaba, que me humillaba”¹³⁶

Hasta aquí, la figura del enemigo como *otro* referente en la construcción identitaria de la organización, *otro negativo* que permitía la afirmación de un *nosotros* de signo

¹³⁴ Luis, 14 de mayo de 2000. Testimonio brindado a la autora

¹³⁵ Carlos, 7 de febrero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

¹³⁶ Miguel, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

inverso. Como se ha señalado, ese movimiento de inversión se sustentaba en la dimensión de la moral; y tenía, como modelo ideal de referencia al *hombre nuevo*, objeto de las páginas que siguen.

CAPÍTULO 4

Hombres nuevos, héroes y mártires

Si queremos un modelo de hombre, un modelo de hombre que no pertenece a este tiempo, un modelo de hombre que pertenece a los tiempos futuros, de corazón digo que ese modelo, sin una sola mancha en su conducta, sin una sola mancha en su actitud, sin una sola mancha en su actuación... ese modelo es el Che [...]. Che llevó a su más alta expresión el estoicismo revolucionario, el espíritu de sacrificio revolucionario, la combatividad del revolucionario [...] sangre suya fue vertida en esta tierra cuando lo hirieron en diversos combates; sangre suya por la redención de los explotados y los oprimidos, de los humildes y los pobres.

Fidel Castro Ruz, La Habana, el 18 de octubre de 1967

Dentro del universo de referencias que intervino en la construcción identitaria del PRT-ERP, sobresalió una figura que se erigió como modelo ideal y, en consecuencia, como fuente de valores, modelo de conducta y mandatos irrenunciables: el *hombre nuevo*.

Fue ésta una figura de fronteras: entre el tiempo presente y el porvenir, entre la vida y la muerte, entre el cuerpo individual y el colectivo, entre el guerrero y el asceta. Fue, también, figura de horizonte: guía, promesa y, finalmente, imposibilidad.

Si bien el *hombre nuevo* reconoce tradiciones e inscripciones políticas diversas, en tanto para la militancia del PRT-ERP estuvo claramente identificado con el “Che” Guevara, este capítulo presentará, en primer lugar, una breve síntesis de los significados que tenía para Guevara aquella figura. En segundo lugar, se analizarán los sentidos particulares que la militancia perretista le atribuyó al *hombre nuevo*, especialmente allí donde éste parecía anudar “virtudes proletarias”, sacrificio, heroicidad y martirio.

Finalmente, se presentarán los mandatos partidarios emanados de aquel modelo ideal, al tiempo que se atenderá a las tensiones que conllevaron aquellos mismos mandatos para los militantes de la organización.

I. El “Che” Guevara y el *hombre nuevo*

El siglo se obsesiona con la idea de cambiar al hombre, de crear un hombre nuevo [...] Crear un hombre nuevo equivale siempre a exigir la destrucción del viejo [...] el proyecto es tan radical que en su realización no importa la singularidad de las vidas humanas; ellas son un mero material.

Alain Badiou¹

Antes de que el “Che” Guevara *encarnara* para los revolucionarios de los sesenta al *hombre nuevo*, había escrito sobre él en un texto célebre publicado en el semanario *Marcha*, de Montevideo, en marzo de 1965. El texto llevaba el título de “El socialismo y el hombre en Cuba”.

Varios autores han señalado que la pluma de Guevara estuvo directamente influenciada por el humanismo marxista que le habría llegado a través de los escritos de Aníbal Ponce, publicados después de su muerte como *Humanismo burgués y humanismo proletario*². Se trataba, en rigor, de un libro que reunía siete conferencias dictadas por Ponce en 1935 luego de un largo viaje por Europa que incluyó una visita a la URSS.

El hilo que recorre su obra es el proletariado soviético realizando el programa incumplido del humanismo burgués. En manos colectivas, la técnica y la cultura se convertían, en la “Nueva Rusia”, en poderosos instrumentos de emancipación humana. Liberado ya de la enajenación capitalista, el proletariado soviético, amo y señor de sus fuerzas, abría las puertas de un tiempo en el que el Hombre, en el despliegue de su

¹ Badiou, Alain: *El Siglo*, Manantial, Buenos Aires, 2005, pág. 20

² Según señala Tarcus en el estudio preliminar a una reciente reedición, esta obra fue editada por primera vez en 1938 en México bajo el título *Humanismo burgués y humanismo proletario. De Erasmo a Romain Rolland*, Editorial América. La primera edición en Argentina llevó el título *De Erasmo a Romain Rolland*, Buenos Aires, El Ateneo, 1939. Señala Tarcus, además, que el primero en conjeturar que Guevara habría leído a Ponce fue Michael Löwy, en su libro *El pensamiento de Che Guevara* (Buenos Aires, SXXI, 1971). Muchos años después, Carlos Infante testimonió que su hermana Tita y el Che efectivamente habían leído varios libros de Ponce, entre ellos, *Humanismo burgués y humanismo proletario* (Adys Cupull Reyes y Froilán González: *Cálida presencia. La amistad del Che y Tita Infante a través de sus cartas*, Rosario, Ameghino, 1997).

potencialidad infinita, comenzaba a realizarse. La última de las conferencias de Ponce llevaba muy significativamente el nombre de “Visita al hombre del futuro”. Y allí quedaban delineados varios de los tópicos que Guevara plasmará en su artículo. Un breve recorrido por las páginas de Ponce quizás resulte pertinente para abordar luego el texto de Guevara.

“De tiempos muy distintos son, sin duda, estos hombres y mujeres que en las fábricas y en las granjas, en los laboratorios y en las escuelas, sólo piensan en construir, en crear, en superar lo existente. Construir: he ahí en efecto el verbo de la Rusia Nueva; construir en las técnicas, construir en la cultura, construir en el alma.

Para esta sociedad en que el trabajo ha dejado de ser un tormento, han retrocedido los límites de lo imposible. En las estepas, en las montañas, en los desiertos, en los pantanos, en los torrentes, surgen como por ensalmo las maravillas del hombre [...].

El hombre, como factor consciente de la evolución; el hombre, transformando a la naturaleza y a la sociedad de acuerdo a un plan minuciosamente elaborado, el hombre que ha dejado de ser el esclavo sumiso o desesperanzado para convertirse en el dueño completo de sus fuerzas: ese es el hombre soviético que introduce su voluntad en lo que parecía inaccesible, el hombre soviético que invierte el curso de los ríos, renueva el alma de las viejas tribus, transforma a su antojo la flora y la fauna [...].

La Nueva Rusia es una enorme usina en que todos colaboran porque acrecientan así una riqueza que es común. *Y porque es común, los hombres trabajan más y más ligero de lo que pueden trabajar los hombres.* [...]

[Al socializar los instrumentos reproducción] el proletariado por primera vez en el mundo comienza a trazar la historia del hombre con plena conciencia de lo que quiere y lo que hace. *El desorden fantástico de la sociedad burguesa deja el puesto a la organización proletaria sometida a un plan* [...]

Expresión del dominio de una clase, la ‘cultura’, la ‘moral’, la ‘sabiduría’, nunca han sido hasta hoy valores absolutos con alcance general [...] *Todos*

los llamados 'valores absolutos' se han resuelto siempre en el más descarriado relativismo de clase [...].

Para su gloria le ha tocado [a la clase proletaria] la misión heroica de liberar al hombre, y de inaugurar de verdad el humanismo pleno. *En extensión y en profundidad, ella es la única que puede invocar sin mentira a los valores absolutos porque ella es la única que tiene derecho a hablar 'sub specie generis humani'.* Cuando ella dice del hombre, es del Hombre en su totalidad a lo que alude [...]

El proletariado [...] no disimula con palabras enormes promesas absurdas que no puede cumplir. *Sabe que el superhombre es innecesario porque el hombre todavía no se ha realizado.* Ayudarlo a nacer es su destino, y para ello no ha recurrido jamás al verbo apocalíptico de ningún Zaratustra con la serpiente y el águila: le ha bastado entrecruzar el martillo y la hoz para que el dedo de la historia señalara en ese símbolo, la humilde grandeza del Hombre”³

Casi treinta después de las conferencias de Ponce, Guevara escribía sobre “El socialismo y el hombre nuevo en Cuba”. El artículo, redactado “en viaje por África” tenía la declarada intención de responder a las acusaciones “de los voceros capitalistas” que impugnaban al socialismo aseverando que ese sistema “se caracteriza por la abolición del individuo en aras del Estado”.

En tanto, afirmaba allí Guevara, “la última y más importante ambición revolucionaria es ver al hombre liberado de su enajenación”, el escrito en su conjunto se internaba en una red de relatos y reflexiones orientados a dar cuenta de las formas en que en Cuba las condiciones enajenantes que las relaciones capitalistas imponen al hombre cedían paso a nuevas formas de emancipación humana. Pero esas formas, en rigor, eran tan sólo el comienzo; marcaban en todo caso un camino, abrían las puertas de un futuro en el cual, educado bajo el comunismo, “el hombre del siglo XXI”, alcanzaría por fin su libertad, se plenitud, su realización. De modo que el *hombre nuevo* era, en el escrito de Guevara, *el hombre emancipado del futuro comunista.*

³ Ponce, Anibal: *De Erasmo a Romain Rolland. Humanismo burgués y humanismo proletario*, Buenos Aires, Editorial Futuro, 1962pp. 149-161. Las itálicas corresponden al original.

A diferencia de la “Nueva Rusia” de Ponce en la que el trabajo socializado había “retrocedido los límites de lo imposible” y la mano laboriosa del hombre consciente modificaba “a su antojo la flora y la fauna”, el socialismo en Cuba estaba “en pañales”. En consecuencia: “no se ha producido todavía una educación completa para el trabajo social y la riqueza dista de estar al alcance de las masas mediante el simple proceso de apropiación”⁴.

De ahí que Guevara destacara del individuo “su cualidad de no hecho, de producto no acabado. Las taras del pasado se trasladan al presente en la conciencia individual y hay que hacer un trabajo continuo para erradicarlas”.

Mientras en la Unión Soviética que gustaba ver Ponce los hombres “sólo piensan en construir, en crear, en superar lo existente”, en Cuba, la *construcción del comunismo* debía realizarse, a la vez, en la base material y en la *creación del sujeto*. Para ello debía recurrirse a estímulos morales que apuntalaran una nueva conciencia.

“Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material, hay que hacer al hombre nuevo. De allí que sea tan importante elegir correctamente el instrumento de movilización de las masas. Este instrumento debe ser de índole moral”

La educación global del individuo, implementada desde los resortes del Estado era, desde luego, un instrumento imprescindible. Le cabía a la vanguardia, el Partido (y, especialmente al líder máximo y su círculo más cercano), el rol dirigente, protagónico de ese proceso. Así, si la escritura de Ponce ponía al proletariado en su conjunto en el centro de la escena, la de Guevara encontrará en la vanguardia el motor acelerador de la ingeniería emancipatoria:

“El grupo de vanguardia es ideológicamente más avanzado que la masa; esta conoce los valores nuevos, pero insuficientemente. Mientras en los primeros se produce un cambio cualitativo que le permite **ir al sacrificio en su función de avanzada** [...] En nuestra ambición de revolucionarios, tratamos de caminar tan aprisa como sea posible, abriendo caminos, pero

⁴ Los fragmentos que de aquí en adelante se citan corresponden a la versión digital del artículo de Guevara en: www.marxists.org [consultada por última vez en diciembre de 2009]

sabemos que tenemos que nutrirnos de la masa y que ésta solo podrá avanzar más rápido si la alentamos con **nuestro ejemplo**”⁵

A partir de aquí, quisiera dejar de lado el problema de la construcción de un nuevo hombre a través de su educación e integración en el trabajo colectivo para centrarme en un encadenamiento de sentidos que encuentro a lo largo del texto de Guevara: aquel que anuda *conciencia-moral* con *vanguardia* y *vanguardia* con *ejemplo de sacrificio*. Entiendo que es ese encadenamiento aquello que permitirá en el imaginario revolucionario encontrar en el *guerrillero heroico* la encarnación anticipada del *hombre nuevo*.

Evocando los tiempos de la guerrilla en Sierra Maestra y los primeros momentos de la revolución, Guevara advertía: “fue la primera época heroica, en la cual se disputaban por lograr un cargo de mayor responsabilidad, de mayor peligro, sin otra satisfacción que el cumplimiento del deber. En nuestro trabajo de educación revolucionaria, volvemos a menudo sobre este tema aleccionador. **En la actitud de nuestros combatientes se vislumbra al hombre del futuro**”⁶.

Y partiendo, entonces, de ese “tema aleccionador” Guevara insistirá, a lo largo de su artículo, en el anudamiento *vanguardia-ejemplo-sacrificio-futuro*

“El Partido es el ejemplo vivo; sus cuadros deben dictar cátedras de laboriosidad y sacrificio [...]

Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización [...]

El revolucionario, motor ideológico de la revolución dentro de su partido, se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte [...] Quien abre el camino es el grupo de vanguardia, los mejores entre los buenos, el Partido [...]

Todos y cada uno de nosotros paga puntualmente su cuota de sacrificio, conscientes de recibir el premio en la satisfacción del deber cumplido, conscientes de avanzar con todos hacia el hombre nuevo que se vislumbra en el horizonte [...]

⁵ El resaltado es mío.

⁶ El resaltado es mío.

Nosotros, socialistas, somos más libres porque somos más plenos; somos más plenos por ser más libres. [...] Nuestra libertad y su sostén cotidiano tienen color de sangre y están henchidos de sacrificio”.

Dos años después de publicado el artículo, el “Che” Guevara se dirigió por última vez “a los pueblos del mundo” a través de un largo mensaje emitido por la Tricontinental. Allí, exclamaba: “¡qué importan los peligros o sacrificios de un hombre o de un pueblo cuando está en juego el destino de la humanidad!”.

Seis meses más tarde, moría fusilado en Bolivia. Las fotografías tomadas a su cuerpo sin vida recorrieron el mundo, dando nacimiento no sólo a una extensa cadena de representaciones que lo enlazaban con el martirio de Cristo, sino además, a un ícono mítico -el *guerrillero heroico*- que impulsará a miles de jóvenes a exclamar: “¡Seremos como el Che!”.

Las palabras de Guevara fueron leídas, desde entonces, a partir del “ejemplo” que su propio recorrido personal ofrecía: de funcionario del nuevo poder en construcción (Director del Departamento de Industrialización del Instituto Nacional de Reforma Agraria, Ministro de Industria y presidente del Banco Nacional) a la experiencia guerrillera en África primero y en Bolivia después.

Y en ese recorrido (sustentado siempre en la certeza de la capacidad concientizadora de las armas) el empeño constructor había cedido terreno al arrojo sacrificial.

Es la “leyenda del guerrillero esencial”, advierte Vezzetti: “encarna y lleva al límite una tipología moral, fijada y reconocible en la tradición épica; el régimen del heroísmo reclama el sacrificio de la propia vida y culmina en la muerte bella”⁷.

Es evidente, por lo demás, que los discursos y relatos sobre el héroe caído contribuyeron, también, a reforzar un mito en el que el *guerrillero heroico* se emparentaba con el *hombre nuevo* allí donde encarnaba un “modelo de hombre que pertenece a los tiempos futuros”, como aseveraba Fidel Castro en el discurso citado al comienzo de este capítulo. Por lo demás, ese modelo de hombre “sin una sola mancha en su conducta, sin una sola mancha en su actitud, sin una sola mancha en su actuación”, generoso en sangre “por la redención de los explotados y los oprimidos, de los humildes y los pobres”, había quedado también prefigurado en las propias palabras de Guevara:

⁷ Vezzetti, Hugo: *Sobre la violencia revolucionaria*, Buenos Aires, SXXI, 2009, pág. 139.

“Ya habíamos identificado al guerrillero como un hombre que hace suya el ansia de liberación del pueblo [...]. Al comenzar la lucha lo hace ya con la intención de destruir un orden injusto y, por lo tanto, más o menos veladamente con la intención de colocar algo nuevo en lugar de lo viejo [...] Pero el guerrillero, como elemento consciente de la vanguardia popular debe tener una conducta moral que lo acredite como verdadero sacerdote de la reforma que pretende. A la austeridad obligada por difíciles condiciones de la guerra debe sumar la austeridad nacida de un rígido autocontrol que impida un solo exceso, un solo desliz, en ocasión en que las circunstancias pudieran permitirlo. El guerrillero debe ser un asceta [...] será una especie de ángel tutelar caído sobre la zona para ayudar siempre al pobre”⁸

II. El hombre nuevo perretista: moral, heroicidad y martirio

*Yo digo: bueno, yo voy a luchar por un mundo mejor y el futuro está en mis hijos. Ahí estoy diciendo de alguna manera que a mí me pueden matar. Es jugarse al todo o nada, al Cristo. Te imaginás que yo vengo ideológicamente con una educación cristiana. ¿Y cuál es la imagen cristiana del combatiente? Cristo, que muere crucificado. Después tengo la otra imagen, la del Che Guevara. Cristo, ojo, Cristo no era a nivel consciente, viste. Hoy yo lo veo que es a nivel inconsciente, cultural [...]. Es una cara que se superpone a la otra, la de Cristo y la del Che Guevara*⁹

La rectificación guevarista del pensamiento marxista confluyó en la matriz de un pensamiento que exaltaba los alcances casi ilimitados de la voluntad revolucionaria¹⁰. Si

⁸ Guevara Ernesto: “La guerra de guerrillas”, en *Obras completas*, tomo II, Buenos Aires, Ediciones 1973, pág. 47.

⁹ Miguel, 12 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

¹⁰En rigor, quizás fuera esa premisa guevarista la que inscribía al imaginario revolucionario latinoamericano en una corriente de pensamiento que, siguiendo a Badiou, signó a la revolución del siglo

de la acción de los hombres dependía el ritmo de la consagración histórica, la tarea primordial era dotar a los mismos de los valores, cualidades y atributos imprescindibles para llevar adelante la trascendental tarea.

Estos militantes no sólo venían a abonar –con su abnegación, con su sangre– el largo camino hacia el socialismo, sino que también *construían* día a día, a partir de su praxis, ese *hombre nuevo* que si bien habitaría el futuro parecía resultar claro para todos que podía identificarse básicamente por sus valores morales.

-“Desde la dirección del Partido se intentaba formar un militante que tuviera todas las virtudes del hombre nuevo”.

-¿Y cuáles eran esas virtudes?

-“Primero que fuera humilde, revolucionario en toda su vida, con una moral y una ética. Fundamentalmente se hacía hincapié en ese tipo de cosas [...] Intentaba ser un decálogo de lo que tenía que ser la conducta moral y ética del militante revolucionario [...] luchar contra los vicios pequeño burgueses sin hacer una lista detallada de los mismos”¹¹

-¿Cuáles eran los atributos del hombre nuevo?

-Y, por ejemplo, ser solidario, ser callado, ser austero, estar siempre dispuesto... preocuparse por el otro, ¿no? Era lo opuesto al pequeño burgués, digamos, que es charlatán, en el sentido de que habla mucho y hace poco...es pedante, individualista... Eso era muy importante: combatir el individualismo ¿te das cuenta? Y había mucho de eso, también, ojo. Pero lo combatíamos, sí. Porque lo que pasa en realidad es que el hombre nuevo era el del socialismo, el que venía con el socialismo... pero nosotros... íbamos por eso. El socialismo se hace, hay que luchar, no viene solo. El hombre nuevo, también... hay que hacerlo, todos los días, hay que dar el ejemplo”¹²

XX: “para esa corriente un sujeto es, por fuerza, evaluable en función de una historicidad o capaz de hacer resonar, en su composición, el poder de un acontecimiento. Es una de las formas de lo que he llamado pasión de lo real: la certeza de que, procedente de un acontecimiento, la voluntad subjetiva puede realizar en el mundo posibilidades inauditas; que muy lejos de ser una ficción impotente, el querer afecta íntimamente lo real” (Badiou, Alain: *El siglo*, Manatíal, Buenos Aires, 2005, pág. 130.

¹¹ Ángel, 1 de mayo de 2000. Testimonio brindado a la autora.

¹² Roberto, 23 de mayo de 2003. Testimonio brindado a la autora.

-¿Cómo era el hombre nuevo?

-“Mirá, yo te voy a decir una cosa: en esa época parecía muy claro; hoy día me parece absolutamente confuso [...] porque eran una serie de valores éticos sumamente difusos”¹³.

Rastreando en los distintos escritos partidarios aquello que el colectivo perretista consideraba “virtudes” y poniendo en conjunto los testimonios recolectados, resulta evidente que existía una serie de características que definían al *hombre nuevo* y por tanto al militante ejemplar: “ser humilde”, “ser callado”, “ser solidario”, “ser disciplinado”, “estar siempre dispuesto”, “ser sacrificado”, “dar la vida” (en las expresiones de los entrevistados); “las verdaderas virtudes proletarias: solidaridad, humildad, sencillez, paciencia, espíritu de sacrificio, amplitud de criterios, decisión, tenacidad, deseos de aprender, generosidad, amor al prójimo” (en los escritos partidarios)¹⁴.

Por el momento, aquello que interesa destacarse aquí de esas “virtudes” remite a las formas gramaticales en que son expresadas -y recordadas- (“ser humilde”, “ser sacrificado”, “ser callado”, “ser...”).

¹³ Silvia, 9 de abril de 2000. Testimonio brindado a la autora.

¹⁴ PRT: “Moral y proletarización. Pequeña burguesía y revolución”, PRT. s/l, 1972, pág. 20. Pablo Pozzi ha llamado la atención en su libro respecto de los puntos de encuentro entre la cultura partidaria y el cristianismo, señalando que fue principalmente el sector de la militancia del noroeste (aquella proveniente del FRIP), comenzando por la propia familia Santucho, aquella que habría aportado al conjunto de la organización una serie de valores tradicionalmente vinculados con el ideario cristiano. Como complemento, y en base a la muestra aquí reunida, se advierte que una cantidad importante de jóvenes porteños y litoraleños que ingresaron al PRT-ERP habían recibido educación religiosa y/o habían participado de diversas actividades sociales impulsadas por instituciones eclesíásticas (Acción Católica, Juventud Estudiantil Católica, entre otras). De todas maneras, quizás valga la pena advertir que el documento partidario que resumía las “verdaderas virtudes proletarias” (“Moral y Proletarización”) fue escrito por Luis Ortolani, bajo el seudónimo de Julio Parra. Y Ortolani fue uno de los militantes que, provenientes de Palabra Obrera, se había encolumnado tras las filas santuchistas en la ruptura de 1968. De ahí que quizás valga la pena llamar la atención sobre el hecho de que: a) aquello que se postula como “virtudes” son atribuidas a la clase proletaria (volveremos sobre esto en el capítulo siguiente); y b) que algunas de esas “virtudes” (“amplitud de criterios”, “deseos de aprender”) pueden considerarse como tributaria de la tradición de las izquierdas. Sobre los vínculos entre el “espíritu de sacrificio”, cristianismo y guevarismo, volveremos más adelante.

La connotación imperativa de la fórmula resultó fundamental en la dinámica de construcción de la identidad del militante en tanto participaba en la definición de mandatos partidarios: no enunciaba simplemente un conjunto de virtudes a emular, definía cómo *había que ser para ser un verdadero revolucionario*.

Y en el imaginario perretista el valor por excelencia que definía a ese revolucionario verdadero y ejemplar fue el *espíritu de sacrificio*. Fue ése no sólo un rasgo sino también una expresión crucial de la identidad perretista en construcción.

Desde las imágenes y representaciones contenidas en los distintos niveles y espacios de la discursividad partidaria, se fue imponiendo con relativo éxito y rapidez un modelo de militante cuyos atributos todos podían reconocer.

- *¿Cómo era el militante ideal?*

-“Y, los compañeros más sacrificados, con un espíritu de participación, de sacrificio. Qué sé yo... compañeros que [...] salían a las 6 de la tarde y seguían volando...a las 8 tenían una acción, a las 12 estaban en su casa, a las cuatro reunión de célula. O sea...se caracterizaban más así por el espíritu de sacrificio. Te digo que se daban muchos casos así, eh”¹⁵

Se mencionaba anteriormente que las formas gramaticales en que la discursividad partidaria expresaba las virtudes a emular, participaron de la definición de mandatos colectivos. Del conjunto de estos mandatos aquél que interesa destacar aquí, en tanto resultado último del “espíritu de sacrificio”, es el de “dar la vida”. Pudiendo ser éste un mandato relativamente polisémico (“dedicar la vida a...”, “ocupar la vida en...”) resultaba ser, por las implicancias subjetivas que disparaba, definitivamente unívoco: morir¹⁶.

¹⁵ Raúl, 13 de marzo de 2000. Testimonio brindado a la autora.

¹⁶El imperativo sacrificial de “dar la vida” por la organización no fue privativo del PRT-ERP; antes bien se reconoce en las diversas tradiciones de las izquierdas, pudiendo remontarse en alguna medida a la anarquista, aunque alcanzó sin duda una forma más acabada en la tradición comunista. Sin duda, en esta tradición, *ser del Partido* implicaba necesariamente una subordinación del individuo al colectivo. Y el Partido, desde luego, podía encomendar al militante una misión de riesgo. Sin embargo, aunque el riesgo de muerte haya estado siempre presente en el horizonte de ese modelo de militancia a menudo clandestina, no se trataba necesariamente de “ir a morir”, de “lanzarse al combate”. La expresión “dar la vida por la revolución” no significaba en la tradición comunista necesariamente la muerte, sino la consagración de la vida, infatigablemente, a la actividad revolucionaria; no consistía en ir en busca de

Ana Longoni ha analizado este modelo de militancia, sustentado sobre una *ética del sacrificio*, que, señala: “extendió como un mandato moral incuestionable el renunciamiento a la vida privada [...] y terminó convirtiéndose, al entrar en una cruenta lógica bélica, en una renuncia a la vida misma”¹⁷.

Dar la vida significaba ofrendarla. La muerte se convertía en fuente de legitimación; como había sentenciado el Che Guevara en su carta de despedida a Fidel Castro (y que la memoria militante no cesaba de evocar): “en toda revolución se triunfa o se muere cuando es verdadera”. La muerte venía, así, a otorgar el sentido de verdad a una revolución en marcha que para triunfar exige el sacrificio de sus “mejores hijos”.

Como esa muerte legitimante abonaba necesariamente el camino hacia una revolución que inauguraría una nueva era, fue, a su vez, una muerte redentora. Y en la prensa partidaria es notoriamente reiterada la apelación a esta figura:

“Militantes y cuadros, entre ellos miembros del Comité Central, han dado su vida con honor, cayendo algunos en combate, otros asesinados en la cámara de tortura, otros ejecutados fría y premeditadamente por el enemigo. Pero su sacrificio no ha sido vano, su ejemplo y su sangre se han convertido en formidable aliciente que galvaniza y une cada vez más a los mejores elementos revolucionarios de nuestro pueblo en torno al PRT...”¹⁸.

La creencia en la fuerza convocante de la *caída* de cada combatiente alentaba, así, el empeño revolucionario.

No había dudas de que quienes morían eran los mejores, porque esta forma de muerte era consagratoria. Como afirma Vezzetti “lo más importante en esta memoria mítica de la sangre y de la guerra, es la afirmación de que el valor supremo del combatiente es la ofrenda de la propia vida”.

La prensa partidaria lo expresaba claramente:

una muerte sacrificial, sino realizar pequeños sacrificios día a día en pos de las necesidades del Partido. Quizás sea una obviedad, pero esta diferencia explica que los comunistas hayan sido más “protectores” de la vida y la seguridad de sus militantes.

¹⁷ Longoni, Ana: “La pasión según Eduardo Favario. La militancia como ética del sacrificio”, en *El Rodaballo*, año VI, n° 11/12, 2000. Volveré sobre este artículo más adelante.

¹⁸ *Resoluciones del V° Congreso y de los Comité Central y Comité Ejecutivo Posteriores*, Buenos Aires, 1973, pág. 10.

“Así, paulatinamente el compañero Marcelo se convirtió en un revolucionario total que según nuestro Che Guevara es ‘el escalón más alto de la especie humana’, significando con esto que la actitud de un hombre que entrega su vida en por de los intereses de la mayoría del pueblo, poniendo este interés por encima de sus necesidades individuales, de sus deseos personales íntimos, es la más grande actitud que puede tomar un hombre ante la vida”¹⁹

En la misma dirección, en una suerte de semblanza de Mario Emilio Delfino, militante del PRT-ERP asesinado en la masacre de Trelew, se lee:

“... y cuando las balas asesinas troncharon su vida había llegado también a su plena madurez moral y política, había alcanzado la estatura de los grandes cuadros revolucionarios que nuestra revolución necesita. Por eso ocupaba uno de los primeros puestos en la lista. **Por eso murió primero, porque era uno de los mejores**”²⁰.

Algunos testimonios permiten pensar en ciertos efectos de esta consagración, tanto en la vida interna de la organización (“hay una instancia en la que no se puede discutir porque *el compañero dio su vida*”²¹); como en el fuero íntimo de quien se dirige al combate:

“la sensación que yo tenía era que me debía a mis compañeros, me debía a los grupos en los que estaba [...]. Muchos caían presos, a algunos otros los mataban...entonces...una cosa de cierto...pacto, digamos. Si a mí me pasaba lo que les pasaba a otros, claramente yo quería que... bueno, que mis compañeros siguieran mi lucha, que algún comando llevara mi nombre”²².

Es en esa consagración donde se erigió la figura del héroe en el universo de referencias de la agrupación guerrillera.

¹⁹ Colección Documento Histórico Infobae, N° 26

²⁰ *Estrella Roja* N° 23, 15 de agosto de 1973, en De Santis, Daniel (1998), op. cit., pág. 352.

²¹ Silvia, 9 de abril de 2000. Testimonio brindado a la autora. La aseveración de Silvia (“hay una instancia en la que no se puede discutir”) remite también al problema del disciplinamiento interno que se tratará en el próximo capítulo.

²² Eduardo Anguita, 4 de diciembre de 2001. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta. Quizás sea necesario señalar que era usual que las compañías, los pelotones y otras unidades de combate del ERP llevaban el nombre de militantes “caídos”. Otra fórmula usual de denominación era la de “Héroes de...”. Sobre el tema del “pacto” entre compañeros volveremos más adelante.

La historia cultural de Occidente ofrece un complejo racimo de tradiciones en torno a la figura del héroe que escapa a las posibilidades y sentidos del presente escrito explorar. Interesa destacar, sin embargo, aquella que se configuró a partir de las guerras de los estados nacionales libradas a partir de las últimas décadas del S XIX y, más aún tras la Primera Guerra Mundial, la “Gran guerra”. Estas guerras constituyeron la cantera por excelencia de un héroe clave de la modernidad: “el soldado caído”, “el muerto por la patria”.

La figura del héroe en el universo perretista es tributaria de esta tradición: la muerte en combate, y más precisamente *la caída en combate*, habilita lo heroico. “El topos es conocido en las narraciones épicas: la ‘muerte bella’ es la victoria final del héroe sobre sus enemigos moralmente inferiores. Morir combatiendo es la culminación de la moral del guerrero”²³

El componente bélico resulta fundamental en la construcción de esta figura. Debe estar presente aunque más no sea en sus representaciones colectivas objetivadas (imágenes, relatos, consignas, formas discursivas que establezcan una gloria) o contenidas en la subjetividad individual de cada militante. Y una vez más, entonces, si el *hombre nuevo perretista* estaba signado por su espíritu de sacrificio, su disposición a dar la vida –y eso implicaba el combate- *hombre nuevo y héroe* se fundían en la figura del guerrillero: “El más alto militante era el guerrillero. Ese que dejaba todo por enfrentarse a los militares [...]. Se sabía que el compañero más fuerte, más decidido era el que iba al combate”²⁴.

De modo que la ética sacrificial se articulaba en el imaginario perretista con el mandato de combatir. La *guerra revolucionaria* no podía menos que implicar una red de dispositivos que moldearan la identidad, la sensibilidad y las prácticas partidarias. Y, en consecuencia, el culto al heroísmo, y la exaltación de la muerte en combate ocupaban, un lugar rector en aquella red.

La documentación partidaria fue abundante en semblanzas heroificantes de militantes “caídos en combate”, en consignas que enarbolaban la ejemplaridad de cada muerte invitando a continuar la epopeya del caído y en una retórica sustentada en la certeza incommovible de que la sangre de cada combatiente abonaba el cuerpo colectivo de la revolución. Dicha certeza quedaba cristalizada en una expresión que acompañaría cada

²³ Vezzetti, Hugo: op. cit: pág. 136

²⁴ Miguel, 2 de marzo de 2000. Testimonio brindado a la autora.

muerte, cada sepelio, cada homenaje: “Ha muerto un revolucionario ¡Viva la revolución!”

Tan sólo a modo de ejemplo, se citan aquí algunas fórmulas tempranas en que estos componentes descriptos se plasmaron en el discurso partidario.

Marcelo Lezcano, José Alberto Polti y Juan del Valle Taborda fueron unos de los primeros militantes del PRT-ERP caídos en un combate callejero con la policía en abril de 1971 en Córdoba. En su primer número después de lo hechos, *Estrella Roja*, órgano de difusión del ERP citaba, al final de un pequeño relato de las circunstancias en que estos tres militantes habían perdido la vida, unos versos del poeta cubano Nicolás Guillén:

“Hay quien muere sobre su lecho
doce meses agonizando
otros hay que mueren cantando
con doce balazos sobre el pecho”²⁵.

Un mes más tarde, *Estrella Roja*, volvía a recordar a los caídos:

“...el 17 de abril las calles cordobesas se tiñeron con la sangre de tres de nuestros más queridos compañeros [...]. Fue necesario que los mercenarios enemigos los enfrentaran de a diez por cada uno de ellos. Fue necesario que los tomaran sin municiones y encontrándolos indefensos, heridos en el suelo, los acribillaran alevosamente para poder apagar estas vidas al servicio de la revolución. Ellos sabían que en esta guerra del pueblo la muerte podía sorprenderlos [...]. No le temían [...] porque confiaban seguros en que su lugar de combate iba a ser llenado inmediatamente y su fusil caído multiplicado por mil”²⁶.

Si bien la apelación al sacrificio, el relato heroificante y la exaltación de la muerte en combate no pueden menos que estar presentes en cualquier grupo de hombres que se dirijan a la guerra, es indudable que la figura del Che Guevara, su “ejemplo” (claramente sustentado, como se ha señalado, no sólo en su propio recorrido personal sino también en una postulada superioridad moral) y su retórica reforzaban de manera singular el demandado el altruismo perretista.

²⁵ Colección de Documento Histórico N° 26 de Infobae

²⁶ “Tres héroes del pueblo”, *Estrella Roja* N° 2, mayo de 1971

En la tapa de ese mismo ejemplar de *Estrella Roja* se reproducía un fragmento –que sería más tarde citado una y otra vez– del célebre mensaje del Che Guevara a la Tricontinental (1967):

“En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria”

Si a dos años de la muerte de Guevara en Bolivia, la tapa de *El Combatiente*, reproducía una foto del “Che” riendo y debajo de ella se leía: “VOLVERÁ Y SERÁ MILLONES”²⁷; la prensa partidaria, a lo largo de toda la vida activa de la organización, fue abundante en este tipo de apelaciones donde la figura del militante caído se erigía como héroe glorificado que impulsaba a otros, con su muerte, a sumarse a esa guerra revolucionaria cuyo triunfo inminente parecía no dejar lugar a dudas.

“se equivoca de medio a medio el enemigo si considera que la muerte de nuestros compañeros queridos nos abate o desmoraliza, esa ofrenda vital y conciente de los camaradas nos estimula y nos lleva a proseguir la lucha con mayor entusiasmo y fortaleza”²⁸

Interesa destacar en estas reivindicaciones la insistencia en que la muerte del combatiente traería consigo una multiplicación de brazos dispuestos a empuñar las armas:

“El arma dejada por Jorge Luis Montouto será recogida por muchos brazos que se tienden prestos para empuñarla, brazos de obreros, de estudiantes, de hijos del pueblo que han comprendido que el único camino para la liberación de la clase obrera es el de empuñar las armas. Jorge Raúl Montouto ha muerto luchando por la vida, sabiendo que en cada acción podía caer, pero sabiendo también que con cada acción se hacía más cercano el día de la victoria”²⁹

²⁷ El Combatiente N° 37, 8 de octubre de 1969

²⁸ “Los que luchan y los que lloran” en Colección de Documento Histórico Infobae N° 26

²⁹ Colección de Documentos Históricas de Infobae, n° 33.

“El día lunes 15 fuerzas policiales masacraron a sangre fría a cuatro combatientes de nuestro Ejército [...]. La sangre de los caídos nos marca el camino para nuestra verdadera liberación [...]. Los nombres de los caídos Guillermo Rubén Perez, María Elena Da Silva Parreira de Antelo, Pedro Uriz y Eduardo Villaverde, permanecerán vivos en la memoria de nuestro pueblo; y el fusil que dejaron los compañeros será levantado por cientos de obreros, de estudiantes, de campesinos y trabajadores que día a día se incorporarán a las filas de la revolución para construir una patria nueva, una PATRIA SOCIALISTA”³⁰

En estas apelaciones se erige la función movilizante-pedagógica del mito revolucionario. El héroe *muestra un camino a seguir, dinamiza voluntades, enseña con su ejemplo.*

Y esta figura, la del *ejemplo*, la de *lo ejemplar* fue otro dispositivo clave en el proceso de construcción de la identidad perretista. No se trataba únicamente de emular virtudes morales. Esas virtudes podían estar –y en rigor “estaban”- encarnadas en revolucionarios reales que “habían dado la vida”. En consecuencia, era posible alcanzar la más extrema exigencia. Imitándolos, no sólo se estrechaban los lazos simbólicos entre los militantes, no sólo se moldeaba la identidad del grupo; también se ponía de manifiesto allí una intención disciplinadora tan personal como colectiva.

En palabras de una entrevistada:

“Se entendía que se construía la moral del conjunto del Partido si se tenía héroes, figuras paradigmáticas y modelos de moral, modelos de heroicidad y modelos de entrega y modelos de militancia y modelos de no sé qué cosa [...] con el ejemplo del Che, con el ejemplo de... [...] con la idea siempre de la cosa ejemplar”³¹

Esa potencialidad del ejemplo moral del revolucionario combatiente se proyectaba, también, hacia el afuera de la organización, hacia las masas que, “heridas en su imaginación” por la fuerza del comportamiento heroico del guerrillero, se encolumnarían tras su causa:

³⁰ Volante “Han muerto revolucionarios. ¡Viva la revolución”, s/l, julio de 1974.

³¹ Silvia, 9 de abril de 2000. Testimonio brindado a la autora.

“Ante las dificultades, comportarse heroicamente. Ir dispuesto a matar o morir. La moral revolucionaria, base de nuestro heroísmo, es nuestra superioridad fundamental en el combate. **El comportamiento heroico hiere la imaginación de las masas despertando admiración, solidaridad y sentimiento de emulación**”³²

En este sentido es interesante el significado que la expresión “moral de combate” asumía en la voz del colectivo partidario. “Moral de combate” no remitía a un cuerpo codificado de conductas específicas; ni aun a la templanza que en situaciones difíciles debía evidenciar un combatiente. “Moral de combate” se traducía, sencillamente, en el imperativo de combatir.

Roberto relata, por ejemplo, que mientras esperaba la orden para atacar una comisaría él y una compañera que estaban “en posición” fueron sorprendidos por una vecina que rápidamente avisó a la policía. En pocos minutos se vieron rodeados por un número muy superior de efectivos. Su compañera intentó huir y la policía abrió fuego. Al constatar que su compañera había sido atrapada y que el poder de fuego enemigo era superior, Roberto se rindió. Ya en la cárcel, el Partido evaluó su conducta, aplicándole una pequeña sanción pues le había faltado “moral de combate”. Cuando le pregunté qué opinaba él de aquella sanción, admitió “que tenían razón. Me había faltado moral de combate. Yo tendría que haber tirado, aunque fueron mil y me reventaran. Pero me cagué... qué sé yo... Sí, es cierto. Me faltó moral de combate”³³

Resulta necesario destacar aquí otro rasgo –de origen cristiano– del héroe perretista: el martirio. Cuando de un guerrillero muerto se trata, las figuras del héroe y del mártir se entrelazan, se funden y confunden en el imaginario colectivo de la organización.

Es cierto que puede objetarse que, a diferencia de los militantes revolucionarios, el mártir cristiano “acepta” pasivamente el martirio (o “se entrega” a él). No se intenta aquí opacar esa diferencia ni desconocer las múltiples formas de resistencia que los militantes opusieron a la muerte y a la tortura, real o potencial. Se señala, simplemente, que cierta dimensión del mártir (aquella vinculada a una muerte violenta perpetrada a

³² *Resoluciones del Vº Congreso y de los Comité Central y Comité Ejecutivo Posteriores*, Buenos Aires, PRT, 1973, pág. 139

³³ Roberto, 23 de mayo de 2003. Testimonio brindado a la autora.

raíz de una creencia a la cual no se renuncia) constituyó uno de los elementos simbólicos que confluyeron en la figura del héroe perretista.

También Vezzetti se ha referido al entrecruzamiento de las figuras del héroe y del mártir en el imaginario de la guerra:

“La muerte es consustancial a esa imaginación revolucionaria en la exacta medida en que la política quedaba [...] capturada por el imaginario cristiano que condensaba en el martirio la ofrenda máxima y la entrada en la inmortalidad [Y, más adelante]:

El motivo de la muerte en combate no es el único que asegura una inmortalidad en el seno de una comunidad sostenida en un corpus de creencias comunes. Con el martirio, el cristianismo ha edificado otra figura del sacrificio que depende menos de las virtudes personales y de la búsqueda de la gloria futura del héroe, en la medida en que es una forma suprema del testimonio de una verdad y una fe que se imponen sobre el destino mortal”³⁴

La mayoría de las personas entrevistadas utiliza indistintamente las palabras "héroes" y "mártires" para referirse, por ejemplo, a los militantes fugados del Penal de Rawson el 19 de agosto de 1972 y fusilados en Trelew el día 22.

En la documentación partidaria los 16 militantes fusilados se convirtieron en "Héroes de Trelew", y fue el día 22 de agosto (y no el 19) el que se decretó "Día del combatiente heroico". La heroicidad provenía allí, entonces, menos de la acción de la fuga en sí misma, que de una muerte perpetrada desde la alevosía. Al mismo tiempo, algunos otros volantes y carteles se referían a "héroes y mártires de Trelew".

Para el PRT-ERP, entonces, héroe era el guerrillero que caía en combate, era aquél que moría asesinado a sangre fría, era aquel que moría luego de conocer las formas más extremas del sufrimiento físico, la tortura. Sin algunos de estos componentes, no había héroes.

-Dentro de los cánones del Partido ¿quiénes eran héroes?

- "Héroe era el que lo mataban, ése era el héroe...los Héroes de Trelew. O el Che, Guevara. Esos eran los héroes. Más héroes que los que triunfaban [...].

Bueno, una tortura donde el tipo muere sin cantar a nadie, porque lo

³⁴ Vezzetti, Hugo: op. cit., pp. 141 y 153.

revientan, también es otro héroe [...]. Pero una persona que no canta a nadie y se salva...no es un héroe [...]. Eso es lo esperable de un compañero"³⁵

Si de temprar la moral del guerrillero se trataba, la aceptación, o más bien la disposición, al sufrimiento físico tendrá también, en consecuencia, su lugar en la retórica de emulación partidaria. A un año de su fusilamiento en Trelew, la prensa partidaria destacaba de Clarisa que:

“En otra oportunidad, cuando militaba en su Tucumán de origen, durante una práctica militar realizaron una marcha por el monte. Sólo al finalizar la marcha los compañeros descubrieron que Clarisa tenía completamente rotas las zapatillas y que había hecho buena parte de la marcha prácticamente descalza, destrozando sus propios pies. En estas anécdotas, Clarisa queda vivamente retratada”³⁶

La fuerza simbólica del encadenamiento *hombre nuevo-guerrillero-héroe-mártir*, entrelazada al imperativo omnipresente del discurso partidario (“ser...”), no podía menos que alentar la decisión última y el trágico gesto de “jugarse al Cristo”:

III. Mandatos partidarios: alcances y límites

*Si te digo que era inconsciente no estoy seguro [...] pero no tenía miedo, por ejemplo, miedo, no. No tenía miedo.*³⁷

*Mucho temor. Yo cada vez que iba a una acción armada, sentía el temor. Y lo veía en los compañeros también eso, eh, ojo [...]. Temor de... de perder la vida.*³⁸

³⁵ Miguel, 2 de marzo de 2000. Testimonio brindado a la autora.

³⁶ *Estrella Roja* N° 23, 15 de agosto de 1973

³⁷ Carlos, 7 de febrero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

³⁸ Miguel, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

Señala Julio Santucho que aquello que definía al revolucionario era la percepción del **deber moral** de rebelarse contra esa especie de fatalidad histórica que había mantenido a los pueblos latinoamericanos sumidos en la miseria y la explotación³⁹.

El *deber*. La entera práctica partidaria de sustentó sobre la idea del deber y de la palabra perretista emanó un nutrido conjunto de imperativos que se postularon como irrenunciables para los verdaderos revolucionarios.

Sin embargo, debe admitirse que entra la dimensión de las ideas, de las creencias, de las proyecciones y la de los sujetos reales hay, cuanto menos, una zona oscura, poco compacta y habitada por una sinnúmeros de matices y tensiones.

A pesar de los esfuerzos partidarios por construir un militante a partir del modelo de un revolucionario ideal, los mandatos de sacrificio, heroicidad y coraje fueron apropiados e internalizados por los militantes del PRT-ERP con distintos niveles de solemnidad, exigencia y dramatismo. Del mismo modo, existieron distintos tipos y grados de conflictividad cuando los modelos de conducta y emoción impuestos desde la normativa colectiva se enfrentaban al mundo de la experiencia material del militante.

Ante la extendida imagen del guerrillero heroico y temerario, se alzaron algunas veces, se escondieron muchas más, la duda y el temor. Ante el pretendido militante disciplinado se alzó, también, la voz del disidente. El miedo y el valor, la pesadumbre y la alegría, la irreverencia y la solemnidad, las contradicciones y los conflictos fueron componentes inseparables de la experiencia perretista en su conjunto.

Sin embargo, todos estos componentes no son señalados en igual medida por cierta memoria más o menos extendida tanto en los relatos testimoniales más públicos como en la bibliografía dedicada al PRT-ERP. Más bien es frecuente la alusión a la eficacia del PRT-ERP en la construcción de militantes “duros”, al tiempo que la imagen que se ha popularizado en gran medida es la militantes de enorme “solidez moral”. No pretendo impugnar aquella postulada solidez; sí, en cambio, echar algo de luz sobre una zona poco explorada: la de las fisuras abiertas por la dimensión de la experiencia individual.

Ángel recuerda con cierta irreverencia y sin otorgarle mayor importancia un discurso pronunciado en una “Escuela de Cuadros” en la provincia de Buenos Aires. Corría el año 1975 y se le había encomendado asistir en calidad de instructor de impresión

³⁹ Confrontar con Santucho, Julio: *Los últimos guevaristas*, Vergara, Buenos Aires, 2004, pág. 65

(Ángel conformaba el frente de Propaganda de su Regional). Todas las mañanas, en la “escuela de cuadros”, se realizaba un acto donde, entre otros rituales, se izaba la bandera del ERP y a continuación se pronunciaban algunas palabras *en homenaje a...* Ángel me cuenta que esa mañana:

-“me dijeron: ‘*hablá de fulano*’, que era el héroe de la propaganda en Tucumán”

-¿Y por qué era el héroe?

-“Porque había logrado desarrollar un trabajo o un estilo de propaganda e impresión muy loable [...] Bussi lo logró levantar y quedó como ejemplo. – ‘¿Y yo qué puedo decir? -No sé, decí lo que se te ocurra’. Y bueno, dije algo así nomás, que se me ocurrió en el momento y listo [risas]. Se hacían ese tipo de formalismos -a veces- pero para mí no guardaba relación con lo que me tocaba vivir. Por ahí, para la gente que hacía instrucción militar guardaba mucho más relación ese tipo de actos donde se sublimaba el valor, el coraje...”⁴⁰

La mención de “lo que me tocaba vivir” resulta interesante en tanto el mundo de la experiencia fue determinando el marco a partir del cual se apropiaron y significaron los mandatos partidarios.

Uno de estos mandatos, de definitiva importancia para la subjetividad individual y colectiva (y va de suyo que para la vida material de la organización) se vinculaba con el miedo, o mejor dicho, con la temeridad.

Helios Prieto cuenta, por ejemplo, que muy tempranamente, en los debates que finalmente culminarían en el V° Congreso partidario y que giraban en torno al “lanzamiento inmediato” de la lucha armada:

“todo se había reducido a un debate testicular según el cual exclusivamente se trataba de saber ‘*quiénes tenían h. y quienes no*’. Y en la Argentina, en el medio en el que al menos yo nací y viví, no conocí a ningún hombre capaz de soportar el peso de semejante duda”⁴¹

⁴⁰ Ángel, 1 de mayo de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁴¹ Prieto, Helios: “Memorias volterianas con final maquiavélico” en *El Rodaballo*. Revista de política y cultura, año 6, n° 11/12, primavera/verano 2000, pág. 69.

Por su parte, diversos testimonios evocan los relatos transmitidos de boca en boca centrados en anécdotas en las que se festejaba la bravura y la temeridad de algún militante (que a Fulano lo apodaron “Dedo” porque desarmó a un policía fingiendo apuntarlo por la espalda con un arma cuando en realidad estaba desarmado y lo había apuntado con un dedo; que tal o cual, en vez de retroceder, embistió contra un cerco policial el camión expropiado que conducía cuando sólo contaba con un arma de dudosa eficacia, etcétera).

En el artículo de Ana Longoni mencionado anteriormente la autora elabora una serie de reflexiones en torno a lo que define como “moral de la violencia”, uno de cuyos tópicos principales es “la ausencia del miedo a la muerte”.

Es necesario referirse a ese tópico por dos motivos: en primer lugar porque, como se ha señalado, se confirma desde la documentación partidaria el imperativo de “no temer”, no al menos por la vida propia; y, en segundo lugar, porque este imperativo al contrastarse con los testimonios de los entrevistados evidencia distintos niveles de apropiación.

Una de las formas en que se intentó consolidar la “ausencia del miedo” fue, sencillamente, su impugnación moral: el miedo era, desde esta perspectiva, uno de los tantos síntomas de *debilidad ideológica*, de *individualismo pequeño-burgués*.

En las páginas de “Moral y Proletarización”, bajo el título de “El individualismo en las organizaciones revolucionarias” había un apartado titulado: “El temor por sí mismo”; allí se afirmaba:

“La prolongación frecuente [...] del individualismo es el temor por la propia persona [...]. El temor de perder la vida [...] lo corroe consciente o inconscientemente. Al encontrarse en momentos difíciles [...] cuando de su propia decisión depende avanzar o retroceder bajo el fuego enemigo, cuando de la propia decisión depende delatar o callar bajo la tortura, [...] el individualista tenderá a ser débil. Lo que en la práctica cotidiana aparecía como defectos menores de compañeros aparentemente excelentes, se revelará en esos momentos toda su magnitud, como el verdadero cáncer de cualquier organización, la lacra que puede llevar al desastre”⁴².

⁴² Moral y Proletarización: op. cit. pág. 26

Es difícil precisar cuán exitosa haya resultado esta condena del miedo en las emociones íntimas de los militantes. Es muy probable que las características personales y las particularidades de cada una de las experiencias (que conjugaban tareas partidarias disímiles y situaciones de violencia también disímiles frente a las fuerzas represivas) hayan determinado la existencia e intensidad del miedo en cada caso.

En algunos, como en el ejemplo de Carlos citado más arriba, podemos suponer que el miedo simplemente no existió. Otros casos, como el de Miguel, nos permiten entrever niveles de fracaso importantes en la pretensión partidaria de anular el temor.

De cualquier manera, hay algo que resulta innegable: la temeridad perretista era formalmente aceptada y apropiada desde ese claro límite entre lo que puede ser dicho públicamente y lo que debe ser silenciado. Otros testimonios vienen a ratificar esta sospecha:

-Esto que contás del miedo ¿lo hablabas con otros compañeros?

-“Mirá, vos sabés que, por lo general, no hablaba ninguno eso. Yo no recuerdo haberle dicho nunca a un compañero: ‘*mirá, tengo miedo*’. Aunque más de una vez lo tuve. Y tampoco un compañero me dijo: ‘*mirá tengo miedo*’, viste”

-¿Por qué que no lo hablaban?

-“No sé por qué...por ahí [...] tener miedo era una cosa medio...medio como de vergüenza [...] Lo que sí veíamos era que todos teníamos miedo, nadie lo decía, nada más, pero...”⁴³

En esta apropiación de la temeridad no participa únicamente aquello que está permitido declarar. Otro rasgo característico de la militancia revolucionaria y de no pocas implicancias en las formas de sentir y pensar el ejercicio de la violencia fue la *alegría*; una alegría definitivamente unida al amparo reparatorio de la identidad colectiva, al tiempo excepcional de la fiesta revolucionaria, a la certeza incommovible del destino triunfal de la revolución, al sentido de una épica:

“Ibas a copar un camión de garrafas para hacer un reparto, a levantar un auto para hacer una acción [...] y vos salías de tu casa y salías con miedo [...] pero te juntabas con los compañeros y ya el miedo...ya se te iba, ya venía la alegría, la seguridad, la confianza de que no te iba a pasar nada, de

⁴³ Raúl, 21 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

que todo salía bien [...]. Ibas en un auto y vos sabías que el auto era choreado y que si te paraban te enfrentabas pero íbamos haciendo jodas, contando cuentos”⁴⁴.

La alegría fue, también, una alegría sacrificial. Porque encontraba su fundamentación no sólo en la certeza del triunfo final de la revolución, también en una concatenación de sentidos que se extendió por las formas del decir y del sentir militantes en la que el presente de acción abría las puertas de un futuro luminoso (“el presente es de lucha, el futuro es nuestro”, rezaba la consigna): la muerte de hoy era un aporte a la vida colectiva de un mañana. Y la idea de que “se luchaba por la vida” aparece en forma más o menos recurrente en el discurso de los entrevistados.

-Vos podías perder la vida

“Estaba muy unido a la vida. Quizás la vida no tuviera mucho valor. Pero esa falta de valor no era porque no tuviera un precio estimado y bueno. Sino porque la vida vos la estabas entregando por otro. Era una entrega [...] Entonces vos entregabas tu vida pero por vida, no por la muerte”⁴⁵

Por su parte, Silvia, en una suerte de comparación entre la actitud de Montoneros y la de “nosotros” ante la represión aseguró que a ella siempre le había parecido “una barbaridad” la distribución de pastillas de cianuro entre los militantes: “¡¿Cómo vas a hacer eso?! ¡¿Cómo vas a entregar pastillas de cianuro para que se maten?! ¡No! Nosotros luchábamos por la vida, no por la muerte”⁴⁶.

Se ha mencionaba anteriormente que existieron distintos tipos de conflictividad cuando los modelos de conducta impuestos desde la normativa partidaria se enfrentaban al mundo de la experiencia material del militante.

Hubo una situación que resulta importante destacar: aquella en la que el militante por la exposición del cuerpo propio en una situación de violencia extrema pareciera invocar inútilmente el universo de referencias que el Partido ofrecía. Ese mundo de referencias se le revelaba, de golpe y justo cuando más lo necesitaba, insuficiente. Era allí cuando la instancia colectiva retrocedía poniendo en evidencia la soledad y desnudez última del

⁴⁴ Raúl, 21 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁴⁵ Carlos, 7 de febrero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁴⁶ Silvia 9 de abril de 2000. Testimonio brindado a la autora. Volveremos sobre este problema más adelante.

sujeto. El desconcierto, la frustración, las dudas y las culpas no constituyeron elementos ajenos a este tipo de experiencias.

Silvia, por ejemplo, al momento de su detención estaba embarazada. Pronto comenzó el interrogatorio:

“Me di cuenta que cuando uno pone el cuerpo, el cuerpo que pone es el de uno, no el de los compañeros [...] Nada más que ahí en el cuerpo propio estaba el cuerpo de un hijo. Entonces es otra cosa [...]. Más allá de que la norma fuera alta [...] sobre los hijos no había nada dicho, lo cual me dio una desolación que no te puedo decir...porque de golpe ese paradigma, tan perfecto estaba lleno de agujeros [...]. Porque, claro, ¿quién iba a hablar de eso? ¿Quién iba a poner en letra escrita: *‘bueno, querida, si vos tenés un hijo con vos tenés que resistir aunque lo torturen y lo maten delante tuyo?’* [...] *‘La revolución vale los niños, aunque los maten’* ¿quién lo iba a poner en letra? En todo caso yo no lo había visto escrito nunca [...] Las mujeres teníamos una enorme conflictividad con esto [...]. *‘La revolución para los niños’*... *‘Bueno, para mí también ¿y si el mío se muere?’*”⁴⁷

El conjunto de temáticas asociado al embarazo y a los hijos constituyó un foco de tensión en el que los mandatos y la moral partidaria encontraron sus mayores resistencias y fisuras.

Silvia no fue la única en señalar que “las mujeres teníamos una enorme conflictividad con eso”. Otra entrevistada, advirtió que la primera vez –y única – que sintió dudas (y que provocaron un enfrentamiento con su pareja) fue tras la reunión del Comité Central del PRT-ERP en una quinta de Moreno, a fines de marzo de 1976. El evento se vio interrumpido por el ataque de las fuerzas policiales y del Ejército. Tras un intenso tiroteo, ella y su pareja lograron escapar (y salvar la vida del pequeño hijo de ambos, de un año y medio de edad, que se encontraba en el lugar al igual que muchos otros niños, hijos de otros militantes). Fue a partir de ese evento que ella “basta [...] ya no se puede vivir así” o, en rigor, lo intentó, puesto que su pareja se opuso sosteniendo que el niño se “quedaba” con él.

⁴⁷ Silvia, 9 de abril de 2000. Testimonio brindado a la autora.

Por su parte, Miguel señaló que “eran sobre todo las compañeras las que planteaban críticas” y recordaba que en más de una oportunidad las discusiones derivadas alcanzaban como punto culminante la temática asociada a los niños y su crianza.

Es poco sorprendente que los hijos constituyeran el “punto débil” del militante. Lo destacable es, en todo caso, el intento partidario de erradicar esa “debilidad”. Un revolucionario debía estar dispuesto a renunciar a todo, aún a sus hijos, y el ejemplo del Che Guevara volvía a estar allí para recordarlo.

“Los dirigentes de la Revolución tienen hijos que en sus primeros balbuceos, no aprenden a nombrar al padre; mujeres que deben ser parte del sacrificio general de su vida para llevar la Revolución a su destino; el marco de los amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de Revolución. No hay vida fuera de ella”⁴⁸.

El apartado “La crianza de los hijos” de “Moral y Proletarización” era bastante enfático en torno “al problema de los hijos”, y contenía una clara “letra escrita” que hubiera resuelto trágicamente el dilema que Silvia planteaba en su testimonio:

“Es cierto que se pueden citar casos de compañeros que por temor por sus hijos han dado muestras de debilidad frente al enemigo [...] pero esto no quiere decir que los hijos sean las causas de estas actitudes individualistas, sino que constituyen por el contrario, un efecto, una manifestación más del individualismo burgués y pequeño burgués”

En una Argentina en la que la tortura a prisioneros políticos estaba prácticamente institucionalizada, cualquier organización insurgente de estructura celular y clandestina, no podía menos que incluir en sus nómina de mandatos la conducta a seguir en situaciones de tortura. La tradición revolucionaria ofrecía una cantera inagotable de íconos heroicos, de hombres, mujeres y hasta niños, que soportaron estoicamente los más terribles e inimaginables sufrimientos sellando sus gritos de dolor con el silencio hermético sobre el partido. El PRT-ERP no inscribió en esa tradición, y lo hizo sin fisuras ni concesiones.

“...es muy necesario dejar perfectamente claro que un militante o combatiente de nuestro Partido y de nuestra fuerza militar **nunca canta, nunca da datos a la policía** [...]. Siempre es posible que un detenido se

⁴⁸ Ernesto “Che” Guevara: “El socialismo y el hombre en Cuba”, op. cit.

entregue al enemigo. Pero el que lo hiciere será considerado un traidor y juzgado como tal”⁴⁹

Es cierto que tanto en la revolución como en la guerra la delación en manos enemigas pone en riesgo la causa entera y, en consecuencia, es castigada severamente, las más de las veces, con la pena muerte.

Lo que en este caso parece necesario advertir es que, a diferencia de otras organizaciones guerrilleras, el PRT-ERP no elaboró estrategia codificada para acotar el sufrimiento de la tortura y, al mismo tiempo, salvaguardar la seguridad de la organización⁵⁰. Su casi único reflejo frente a la extensión de la tortura fue el imperativo de resistir sin delatar. Más aún, consideraba un *error* la estrategia asumida por el Frente de Liberación Nacional de Argelia:

“Nuestro Partido no ha definido aún con precisión cuál debe ser la actitud de un militante y de un combatiente en el supuesto de caer en manos del enemigo. Peor aún, la única vez que se discutió esta cuestión, en el Comité Ejecutivo anterior, en enero de 1969, primó la concepción de que ante las torturas nadie aguanta. Es asimismo muy conocido en el Partido –nunca ha sido rebatido críticamente- el erróneo sistema argelino de permitir la confesión 24 horas después de la detención. [...]

Por todo lo antedicho el Comité Central resuelve:

1º) Un militante del Partido y un combatiente del Ejército NUNCA PROPORCIONAN AL ENEMIGO DATOS PERJUDICIALES A LA ORGANIZACIÓN. El que lo hace será considerado TRAIADOR y juzgado como tal.

⁴⁹ *Resoluciones del Comité Central del V Congreso...* op. cit, apartado "Resoluciones sobre la Moral ante el Enemigo", pág. 143. El remarcado corresponde al original.

⁵⁰ El Frente de Liberación Nacional de Argelia, por ejemplo, estipulaba un lapso de tiempo de las 24 horas en el cual el prisionero debía guardar silencio, dando tiempo así a la organización de poner a resguardo las personas y la infraestructura que el prisionero pudiera conocer. Pasado ese lapso, si la tortura persistía, el militante tenía expreso permiso de dar información a sus captores. Siguiendo el ejemplo argelino, Montoneros, hasta diciembre de 1975, estipulaba en su Código de Justicia Revolucionaria un lapso de 24 horas de silencio antes de dar información. A partir de 1976, la estrategia de esta última organización fue la célebre pastilla de cianuro que permitía al militante que la portaba optar por el suicidio para no enfrentar la tortura.

2º) La norma antedicha no debe disminuir la aplicación permanente de las más estrictas medidas de seguridad y la utilización permanente de sólidos métodos conspirativos”⁵¹

Debe señalarse, a su vez, que aquel imperativo de resistir la tortura sin delatar se complementaba con la confianza de que la “solidez” ideológica, política y moral del cuadro revolucionario garantizaba su silencio en la tortura. Y es de destacarse, también, que esta confianza, devenida muchas veces en certeza, parece haber sido compartida por el entero colectivo partidario.

El testimonio de Eduardo, detenido en la “causa Sallustro” ilustra bien lo antedicho:

“Una vez que entramos a la cárcel -entramos a Devoto- a las horas se acerca un compañero...Había habido dos caídas: una primera y una segunda. Nosotros éramos de la segunda. Los primeros también estaban vinculados a la casa que lo cuidaba a Sallustro. Entonces nos encontramos todos en un pabellón de Devoto [...] y se acerca un compañero llorando y nos dice ‘yo los canté’. Y entonces, la verdad, es que fue el segundo shock importante [...] y nos contó todo y lloraba y nos pedía perdón. Bueno... ‘¿qué hacemos con éste?’ Entonces salió un compañero y dice: ‘justicia revolucionaria, hay que matarlo’ [...] y entonces nos reunimos y discutimos. ‘¿Cómo lo vamos a matar? Es una locura... Pobre tipo... Tá bien, nos cantó pero ¡pobre tipo!’; “No, hay que agarrar un cuchillo y matarlo” [...]. Bueno, no sólo que entre los que estábamos ahí se impuso el ‘no lo vamos a matar’ sino que también ‘vamos a sentarnos con él a conversar. Esto es consecuencia del proceso de una debilidad política e ideológica’ ”.⁵²

Muchos otros entrevistados –aún aquellos que, como Eduardo, sufrieron la tortura en carne propia- han manifestado su propio “shock” o su perplejidad al enterarse tras la caída de algún militante que éste había “cantado”.

La expresión que aparece es “no lo podía creer” y es una expresión que debe ser considerada muy seriamente. La representación que de los compañeros se había construido y la premisa de que la solidez ideológica conjuraba la delación, tornaban

⁵¹ Resoluciones del Vº Congreso y...op. cit. pp. 143-144. El resaltado corresponde al original.

⁵² Eduardo Menajovsky, 30 de marzo de 2007. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

difícil el *poder creer* que un compañero cantara, principalmente si se ese compañero era un “cuadro”.

Si se evoca la experiencia de Monte Chingolo, por ejemplo, no puede dejar de señalarse que, además del sobre aviso de la infiltración, con anterioridad se registró una serie de “caídas” de cuadros que tenían información decisiva sobre el operativo (entre ellos, por ejemplo, Juan Eliseo Ledesma, jefe del estado Mayor del ERP, que estaba al mando de las planificaciones del ataque). Estas caídas no alteraron sensiblemente los planes de la acción. Y quienes estuvieron cerca de la dirección partidaria en aquellos momentos cuentan que el propio Santucho insistía en que un cuadro de la “solidez moral e ideológica” de Ledesma no “cantaría”.

Esa certeza, ese *no poder creer*, no deja de resultar algo sorprendente si se atiende a la propia historia de la organización que dentro de sus estructuras había conformado – mucho antes de 1975- organismos especialmente ocupados, entre otras cosas, de visitar a los prisioneros legalizados a fin de obtener información sobre su conducta en la tortura.

“Los compañeros daban un informe de caída al llegar al penal: su nombre, número de documento, cómo estaba compuesta su familia, si pensaba que dentro de la familia o los amigos había alguna persona que los había delatado o si habían caído en una tarea. Si habían caído en una tarea qué es lo que habían informado al enemigo, al represor que lo había tenido detenido, qué es lo que había informado del funcionamiento de la célula, de la casa operativa y fundamentalmente, de la organización. Qué información había entregado al enemigo para limpiar cuanto antes y salvar la mayor cantidad de compañeros”⁵³.

Se mencionaba anteriormente que en un ejército la delación suele castigarse severamente, las más de las veces, con la pena de muerte. Las organizaciones guerrilleras no representan una gran excepción en este terreno. Y en Argentina, son bien conocidos los casos de “ajusticiamientos internos” o sentencias de muerte a los

⁵³ María del Socorro Alonso, 24 de julio de 2001. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

“quebrados”, “desertores” o “traidores”⁵⁴. Y aquí, entonces, debe recalcarse que, a pesar de la advertencia partidaria (“será considerado un traidor y juzgado como tal”) y, aunque los testimonios ratifican que la aplicación de la “justicia revolucionaria” constituyó, más de una vez, una de las sanciones posibles, lo cierto es que, al menos en la presente investigación, no se han encontrado en la historia del PRT-ERP casos de ajusticiamientos internos por “delación”⁵⁵.

Esto no significa que los militantes que “cantaron” en la tortura no hayan sido sancionados, lo fueron; y estas sanciones tuvieron lugar generalmente en las cárceles cuando, al ser legalizado, el militante daba un informe sobre su “caída” al colectivo partidario. Las sanciones más comunes en esas circunstancias fueron la des-promoción y/o la prohibición de participar de las actividades comunes del Partido por un tiempo determinado.

Volviendo a los miedos, excepto un entrevistado (cuyo temor principal era la muerte), los demás han manifestado que era la tortura aquello que se erigía como el miedo mayor, como la escena aterradora. Esto puede resultar evidente, pero es necesario insistir en que ese miedo no se anclaba tanto en las fantasías de lo que podía significar el martirio en el cuerpo propio sino que se desplazaba hacia el terreno de la vida colectiva del grupo: era el miedo a “no aguantar y cantar”.

“Bueno, que te mataran, a nadie le gusta que te maten, qué sé yo. Tenías miedo que te mataran pero era una cosa muy asumida, completamente asumida [...]. En algunos momentos por ahí te asustabas más que en otros, pero eran circunstanciales. Y la preocupación, sobre todo después del golpe, la preocupación más grande no era que te mataran [...] la preocupación era que si te agarraban vivo, te torturaran una semana, dos semanas, un mes, dos

⁵⁴ Atiéndase, por ejemplo, a los fusilamientos de dos integrantes del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) en Salta que desataron la intervención de Oscar del Barco en la revista *La Intemperie*; o la más conocida sentencia de muerte anunciada por Montoneros ante la “traición de Quieto”.

⁵⁵ Dejando a un lado a los “infiltrados”, el único caso de “ajusticiamiento” interno que se ha encontrado es el de Miguel Ángel Pozo, ocurrido en Rosario, presumiblemente en febrero o marzo de 1976. Según explica la prensa partidaria, Pozo estaba a cargo de la custodia de un dinero obtenido a través de un secuestro extorsivo y habría “traicionado la confianza de sus compañeros” al usar ese dinero para su propio “disfrute personal” (*Estrella Roja* N° 71, 14 de marzo de 1976, original incluido en: Poder Ejecutivo Nacional, *El terrorismo en la Argentina*, Buenos Aires, 1979, pág. 342).

meses.. si ibas a poder ser...cumplir con el silencio... como correspondía a un militante revolucionario. Era mucho más tremendo para nuestra consciencia ser un....cantor, ni siquiera traidor, *un cantor*, que te mataran”⁵⁶.

Con la sangre en el combate o el silencio en la tortura, el cuerpo del militante fue, en definitiva, un cuerpo destinado a la Revolución. Un cuerpo cuya unidad ontológica ya no era el sujeto sino la Historia. Un cuerpo des-subjetivado; y los propios militantes se entrenaron, de alguna manera, en esa des-subjetivación.

“Es separar tu cuerpo de lo que es el dolor [...] En Sierra Chica [...] entran a darnos como en bolsa [...]. Cuando te entran a golpear ya directamente decidís no contestar, ya directamente decidís cerrar y que no pase nada. Entonces comenzás a tomar distancia... tu mente respecto de tu cuerpo. [...] Eso lo aprendí en la militancia [...] Es el día de hoy que uno tiene esa enfermedad: la dicotomía”⁵⁷

Por su parte, relatando la situación de tortura que sufrió, Miguel recuerda:

“En determinado momento yo... se ve que me agarré de ahí: el cuerpo no es el mío, el cuerpo no es el mío... Traté de agarrarme de esa idea a ver si podía lograrlo, viste. El cuerpo no es el mío [...], me parece que digo, me voy diciendo”⁵⁸.

Como se ha intentado demostrar, a pesar de los esfuerzos partidarios, la ética del sacrificio tenía sus fisuras. La heroicidad propuesta imponía un modelo “imposible de alcanzar”⁵⁹ y las conflictividades y disidencias, dudas y temores avanzaban en las subjetividades militantes a la par de la confrontación entre imperativos partidarios y experiencia individual.

Sin embargo no había negociación posible. Y el héroe tenía su opuesto indispensable: el traidor, el “quebrado”.

⁵⁶ Daniel De Santis, 23 de junio de 2008. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

⁵⁷ Carlos, 7 de febrero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁵⁸ Miguel, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora

⁵⁹ Miguel, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

Desde las tramas discursivas partidarias, y desde las prácticas que éstas imponían -y en las que otras nociones ligadas a la jerarquía y la disciplina jugaron un rol determinante- sólo había espacio para la oposición héroe-traidor/ héroe-cobarde/ héroe-quebrado.

-Refiriéndote al primer interrogatorio vos decías que de la literatura partidaria sólo podías reconocer las figuras del héroe y la del quebrado.

Entre el héroe y el quebrado ¿qué había?

-“Sanciones”⁶⁰

-En tu entrevista pasada vos oponías el héroe al cobarde. Entre uno y otro ¿qué hay?

-“No, no había espacio. Había que ser *el militante*. Había que ser *el revolucionario*, el que da todo [...] el que había que imitar era el Che Guevara”⁶¹

Ante la constatación de estas tensiones y conflictividades (en un contexto de sensible recrudecimiento de la represión) resulta casi imposible no hacerse la pregunta acerca de **por qué persistieron**.

Es ésta una pregunta que no admite una respuesta única. Existe, más bien, una encadenación de motivos que no pueden pensarse sino en estrecha imbricación. Una escueta mención de los mismos es, de cualquier manera, necesaria.

Por un lado, es cierto, como menciona Ana Longoni, que el sentido de la ética propia de este modelo de militancia “no permite regresar tras los propios pasos [...] sin ser considerado un traidor”⁶². Los testimonios verifican que, aún denunciando lo absurdo de la opción binaria que se planteara más arriba, esa opción no dejaba de calar profundo en los sentimientos que impulsaban la tenaz persistencia del militante. Para Miguel, “irse” podía significar, en su fuero íntimo “entrar a un lugar oscuro, desconocido, de la traición. [...] ser un Judas”⁶³.

⁶⁰ Silvia, 9 de abril de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁶¹ Miguel, 8 de abril de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁶² Longoni, Ana, op.cit, pág. 61.

⁶³ Miguel, 8 de abril de 2000. Testimonio brindado a la autora.

Por su parte, Verónica recuerda que, tras el tiroteo en la reunión del Comité Central de marzo de 1976 mencionado anteriormente, luego de que ella le dijera a su pareja que ya no podía “vivir así” y ante la negativa de él de abandonar el partido (“andate vos pero el nene se queda conmigo”):

“me sentí una traidora... pero de las peores [...] y no es que me fui. No, no; me quedé. Pero me sentí muy mal, ya te digo, TRAIIDORA por haber pronunciado esas terribles palabras de querer irme [...] Yo había estado ahí, con él, con mi hijo, con los compañeros, en medio del quilombo, del tiroteo [...] Y yo no te puedo explicar la sensación...[...] el miedo, el vértigo [...] y... nosotros...porque en medio de todo eso, te das la mano, te das aliento, te exponés por tus compañeros y ellos se exponen por vos...te mirás a los ojos... no sé...bueno, todo eso que pasa en una guerra...”⁶⁴

Entre “todo eso que pasa en una guerra” se configura, qué duda cabe, la *hermandad* entre los combatientes, el *compromiso de sangre*.

Ya se ha advertido en el capítulo anterior que ese compromiso se materializó, muchas veces, en las prácticas “ajusticiadoras” de una venganza colectiva que intentaba normativizar el enfrentamiento bélico. Pero en aquello que evoca Verónica en su relato, en esa mirada del momento fatal, en esa mano, en ese aliento, aquel compromiso asumía el peso de una *deuda*. Y no se trataba, por cierto, sólo una deuda simbólica, ni una deuda general con la causa o con la Revolución: se trataba de una deuda de *todos y cada uno* con el *compañero caído*, individualizado en su historia personal, con nombre y apellido, en las semblanzas partidarias. Era una deuda y, a la vez, una promesa:

“El 29 de julio pasado [...] un grupo de compañeros de nuestra Regional Córdoba se encontraba realizando pintadas [...]. El combatiente Eduardo Giménez, que estaba un tanto separado del resto, fue sorprendido por un patrullero policial y obligado a subir en él. Poco después, el compañero apareció en Colón al 500 [...] con una bala en la frente [...].

Su muerte, como expresaron los oradores que intervinieron en su velorio, no será en vano.

Todos nosotros tomaremos tu fusil, Eduardo”⁶⁵

⁶⁴ Verónica, 19 de junio de 2006. Testimonio brindado a la autora.

⁶⁵ *El Combatiente*, 10 de agosto de 1973.

“Los compañeros no huyen” fue la respuesta que obtuvo Verónica de Luis Mattini cuando, tras la desaparición de su esposo y su cuñado, ella quedó sola con su chiquito y fue a decirle “que no podía más, que ya no tenía dónde estar... que ya no podía”⁶⁶.

A pesar del “dolor, del horror que sentía”, Verónica siguió.

Entonces, vuelve la insistente pregunta: ante el miedo a la muerte, ante el miedo a la tortura, ante la certeza íntima de no poder o no querer llevar aquella promesa hasta las últimas consecuencias ¿por qué persistieron?

Las respuestas ofrecidas por los propios entrevistados a esta pregunta permiten afirmar que desde el punto de vista subjetivo abandonar la identidad colectiva conllevaba, necesariamente, a una soledad nueva, asimilable a la pérdida de sentido que esa identidad ofreció: “Tal vez, haya sido... eso... quedarme solo. Preso y solo”⁶⁷.

El Partido pareciera ser, además, en varios testimonios, el único espacio posible de pensar para estos jóvenes que necesitaban ser parte de ese colectivo so pena de “quedar afuera” de una historia anunciada que, a sus ojos, avanzaba veloz hacia la victoria revolucionaria: “y si yo me iba... ¿a dónde iba?”⁶⁸

Desde un punto de vista más “objetivo”, vinculado con ese “a dónde iba”, debe pensarse, además, el problema que enfrentaban aquellos militantes que tenían pedido de captura o estaban “fichados” por su participación en operativos puntuales.

El caso de Ángel Abús, mencionado en el capítulo anterior, resulta ilustrativo: tras el asalto al Banco Nacional de Desarrollo en febrero de 1972, en tanto él era el empleado de guardia que facilitó la acción, tuvo que pasar a la clandestinidad y a partir de allí fue “un tipo del aparato”.

Otro ejemplo ilustrativo es el caso de Eduardo Favario (el artista y militante del PRT-ERP cuyo final motivó el artículo de Ana Longoni): el diario *Clarín* del 4 de octubre de 1974 anunciaba que Favario había sido identificado en la investigación policial como el responsable directo del asesinato del Capitán Miguel Ángel Paiva, ocurrido unos días antes. Indicaba, además, que también una mujer –presumiblemente su pareja- tenía pedido de captura puesto que el automóvil identificado en el episodio se encontraba registrado a su nombre.

⁶⁶ Verónica, 19 de junio de 2006. Testimonio brindado a la autora.

⁶⁷ Miguel, 8 de abril de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁶⁸ Silvia, 9 de abril de 2000. Testimonio brindado a la autora.

Suponiendo que algunos militantes en situaciones como las descritas tuvieran el deseo de “irse”: ¿a dónde irían? Resulta bastante obvio que, en esos casos, el “aparato” partidario se vislumbraba como un espacio más “seguro” que el “afuera”; aunque el propio despliegue de la línea partidaria sellara, de alguna manera, el destino final de muchos militantes en las situaciones mencionadas: “incluso no era casual, tampoco, que los compañeros por ahí cuando ya estaban muy quemados, muy perseguidos...terminaban en el monte, viste. Se iban a Tucumán. Ahí teníamos zona liberada”⁶⁹

La afirmación de Raúl (“ahí teníamos zona liberada”) nos remite nuevamente al problema de las certezas partidarias.

Volviendo sobre el asalto al cuartel de Monte Chingolo, resulta interesante recordar el balance que desde la prensa partidaria se ofreció:

“...el ejemplo de moral que recibimos y el apoyo masivo de la población hizo que nuestra confianza en el triunfo de la revolución y la decisión de seguir adelante fueran más fuertes que nunca. Compañeros: ésta no fue una derrota, los Héroes de Monte Chingolo vencieron y vencerán porque junto a todos los caídos son el alma de la Revolución. ¡HÉROES DE MONTE CHINGOLO: HASTA LA VICTORIA SIEMPRE!”⁷⁰.

Más allá de la obvia voluntad de justificar una acción que cobró la vida de casi cien militantes ¿qué es lo que hace que esta dirección partidaria sólo pudiera ver en la realidad que la rodeaba la inminencia más o menos prolongada, más o menos costosa, de una victoria segura?

Las nociones bélicas que poblaron la forma de pensar y concebir la política, la fuerza religiosa de los mandatos e imperativos resultantes de una iconografía signada por la heroicidad, el sacrificio y el martirio, no pueden, sin lugar a dudas, estar ausentes de la respuesta. Y tampoco la forma en que determinados acontecimientos y procesos (como la caída de Salvador Allende en Chile; la persistencia de la protesta social y el fracaso del Pacto Social, el triunfo de Vietnam; la “agudización de las contradicciones en el

⁶⁹ Raúl, 21 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁷⁰ Texto titulado “Relatos de la Acción”, publicado en *Estrella Roja* N° 68, 19 de enero de 1976; en: De Santis, Daniel (2000), op. cit., pág. 508. Una vez más el texto comenzaba con un epígrafe del Che Guevara: “Si en medio del combate la muerte nos sorprende, bienvenida sea”.

escenario local”, etcétera) fueron inscriptos por el colectivo partidario en un conjunto de certezas previamente establecido que, con el devenir de aquellos acontecimientos, no hacía más que ratificarse a sí mismo. Y es interesante constatar que ninguna de las personas entrevistadas recuerda haber dudado del triunfo más o menos inminente de la revolución, no por lo menos hasta la “caída” de la Dirección partidaria en julio de 1976. Más aún, manifiestan haber estado *convencidas* que ganarían esa “guerra revolucionaria”.

Cuatro meses antes de su muerte, en marzo de 1976, Mario Santucho escribía en *El Combatiente*:

“... el golpe militar reaccionario, impone al pueblo argentino la histórica responsabilidad de rebelarse masivamente, tomar en sus manos los destinos de la Patria, afrontar con heroísmo los sacrificios necesarios y librar con nuestra poderosa clase obrera como columna vertebral, la victoriosa guerra revolucionaria de nuestra Segunda y definitiva Independencia. Es una tarea grandiosa que nos honrará y purificará, que despertará y activará las mejores virtudes, que hará surgir de nuestro pueblo miles y miles de héroes...”⁷¹

Mientras tanto, en las prisiones, la continuidad de la vida partidaria significó, para muchos, la única forma de resistencia frente al poder, el último refugio. Y en las calles asediadas por el cerco represivo, los militantes, sin mayores opciones, intentaban básicamente sobrevivir:

“uno no tenía tiempo para pensar, vos terminabas confiando [...] al menos en el caso mío había una confianza bastante ciega en la Dirección [...] yo no lograba reaccionar [...] ‘bueno, hay que resistir, reorganizarse...’ [...] Pensar en el futuro de forma cada vez más limitada [...] y estaba eso de que el que no quería militar más, era un quebrado”⁷².

¿Por qué persistieron?

Persistieron porque fueron en camino del *hombre nuevo*. Y, como señalan las palabras de Alain Badiou al comienzo del primer apartado de este capítulo, el proyecto es tan radical que no importa la singularidad de las vidas humanas, ellas son un mero material.

⁷¹ *El Combatiente* N° 210, 31 de marzo de 1976.

⁷² Ángel, 30 de abril de 2000. Testimonio brindado a la autora.

“¡Qué importa el sacrificio de un hombre o de un pueblo cuando está en juego el destino de la humanidad!”, exclamaba Guevara antes de morir.

Persistieron, porque el *hombre nuevo* quedó teñido en el imaginario perretista por el sacrificio de hoy en pos de la emancipación y “la vida” del mañana. Signando esa conjunción *hombre nuevo-sacrificio* se erigió el *deber moral*.

“El deber de todo revolucionario es hacer la revolución”; y en toda revolución “se triunfa o se muere cuando es verdadera”.

“Santucho dijo que aunque estuviéramos seguros de que nos matarían a todos teníamos que iniciar la lucha armada porque alguien tenía que dar una lección de dignidad en la Argentina”, afirma Helios Prieto⁷³.

Persistieron porque confiaron en que esa “lección de dignidad” alentaría a otros a seguir su ejemplo, a sumarse a esa “marcha de gigantes” que “ya no se detendrá”.

Persistieron porque habían jurado persistir, “tomar el fusil” de los muchos otros que habían “caído”.

Y persistieron, finalmente, porque el *compromiso*, el *deber moral* y el *ser perretista* se valieron, también, del disciplinamiento de los cuerpos y la colonización amparatoria de las almas.

Sobre las formas y sentidos de ese disciplinamiento y sobre sus tensiones y alcances en las subjetividades y sentires militantes nos detendremos en las páginas que siguen.

⁷³ Prieto, Helios: op. cit. pág. 64

CAPÍTULO 5

Disciplinamiento interno. Moral y totalidad.

*Nada se puede hacer si no contamos con células fuertes y homogéneas, constituidas por profesionales de la revolución [...] Células fuertes disciplinadas [...] homogéneas, serán las escuelas fundamentales en que nuestro Partido forjará millares de revolucionarios....*¹

La militancia del PRT-ERP se caracterizó –y es recordada hasta el día de hoy- por la insistencia y promoción de una conducta intachable que conjugaba disciplina, austeridad, estudio, abnegación.

Ideología, valores morales y prácticas se entrelazaron en un estilo militante que rozaba el ascetismo y, más importante aún, encarnaba un modelo de revolucionario profesional entregado en *cuerpo y alma* a la revolución.

Pero no se trató, por supuesto, de una conducta espontánea. Antes bien, desde el mismo ingreso a la organización, los jóvenes perretistas fueron objeto de un intenso proceso de homogenización y disciplinamiento.

Este último capítulo de la historia del PRT-ERP se centrará en los sentidos y las formas que asumió el dispositivo disciplinatorio partidario.

En primer lugar, se analizarán las características propias de la disciplina perretista.

En segundo lugar, se explorarán los sentidos y tensiones de dos de las formas de las que se valió el dispositivo disciplinatorio interno: la proletarización y la normativización de la vida íntima y aún sexual de los militantes.

Finalmente, se explorará la subjetividad implicada en una organización modelada por las figuras de la *adherencia* y la *totalidad* .

¹ *Resoluciones del Vº Congreso y de los Comité Central y Comité Ejecutivo Posteriores, PRT, Buenos Aires, 1973, pág. 158.*

I. La disciplina partidaria

En el Partido debe haber un permanente control, control para que se cumplan las tareas, control para que no haya déficit, errores o desviaciones, control para que se avance de conjunto, ayudando a los más débiles a fortalecerlos políticamente [...] Asimismo debe haber autocontrol²

Si bien el PRT-ERP formó parte del diverso conjunto de organizaciones que integraron lo que se ha dado en llamar Nueva Izquierda; y a pesar de que en su vasta impugnación a lo que por entonces comenzaba a considerarse como Izquierda Tradicional se incluía el autoritarismo interno y la burocratización, lo cierto es que esta organización reprodujo en su seno gran parte de aquellas características cuestionadas. Este hecho encuentra su origen, quizás, en la marca que dejó el paso del morenismo en la etapa formativa del PRT-ERP. En efecto, como señala Eduardo Weisz:

“esta organización adopta como propia la estructura organizativa que conoce con el morenismo. Lenin, quien en discusión con los mencheviques elabora una teoría organizativa que moldea a toda la Izquierda Tradicional, se convierte así en el referente de la organización de Santucho”³

El heredado modelo leninista de organización, de estructura celular compartimentada, condensado en la figura del partido de cuadros integrado por profesionales de la revolución se caracterizó, entre otras cosas, por su énfasis prescriptivo en una férrea disciplina interna. La fórmula del “centralismo democrático” –según la cual las decisiones son debatidas en primera instancia en las distintas células para luego ser concentradas y ponderadas en el epicentro de la jefatura partidaria y a partir de allí se comunica a las bases la decisión democráticamente tomada– ocultaba mal una clara praxis jerárquica (cuando no la jerarquía como valor en sí mismo), en la que la dirección partidaria sellaba con la fuerza consensuada de su autoridad la línea política a seguir. Los distintos escalafones de la pirámide perretista constituían la correa de transmisión de la palabra así acordada-decretada.

² “La formación multilateral de cuadros”, material publicado en *El Combatiente* N° 154, febrero de 1975.

³ Weisz, Eduardo, op. cit. pág. 141.

La mayoría de los testimonios destacan el lugar central que ocupaba la autoridad partidaria en la dinámica interna. Alicia, describe así, su experiencia militante en este terreno:

“...una disciplina muy estricta [...] Teníamos un responsable y todo se manejaba a través del responsable. [...] Una militancia de mayor disciplina porque estaban las reuniones semanales, las discusiones internas, los boletines internos...los materiales internos que **se bajaban** del Partido, discusiones sobre política nacional, sobre política internacional, la **obligación** de leer cierto tipo de libros... a parte de las actividades que uno tenía que realizar en ese momento que eran actividades de dar a conocer las ideas del Partido, tratar de captar más militantes y todo ese tipo de cosas”⁴

Si prestamos atención a la narrativa de los entrevistados, encontramos sin mayores dificultades las fórmulas discursivas que dan cuenta de aquella jerarquía: la línea y/o los materiales del partido “se bajaban” (lo cual denota, además, de que en materia de línea política el Partido no estaba necesariamente constituido por un *nosotros-militante* sino que refería a otra instancia, colectiva sí, pero cuyo rumbo y decir estaba determinado por un *saber-guía* expresado en la palabra de la dirección); esta línea se “comprendía” y se “aplicaba correcta o incorrectamente”; los textos de los clásicos del marxismo, las editoriales, los informes no se interrogaban, no se analizaban ni discutían, “se estudiaban”; a los militantes se les adjudicaban “tareas” y, por supuesto éstas “se cumplían”. Como advierte el texto “La formación multilateral de cuadros”:

“los cuadros dirigentes no deben permitirse ni deben permitir a otros cuadros ningún tipo de justificación para el incumplimiento de alguna tarea”⁵

Los propios estatutos partidarios eran bastante claros en este aspecto. El Artículo 2 establecía las obligaciones que para ser militante del Partido se debían cumplir; la

⁴ Alicia Sanguinetti, 6 de septiembre de 2002. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta. El resaltado es mío.

⁵ “La formación multilateral de cuadros”, op. cit.

quinta de esas obligaciones era “acatar fielmente la línea del Partido, las resoluciones de su equipo y de las direcciones partidarias”⁶.

Es cierto, por otra parte, que el discurso partidario no dejaba de ofrecer ciertas licencias que podían ser interpretadas como márgenes de autonomía y expansión personal. En el mismo documento dedicado a la formación de cuadros citado más arriba, se insiste en que el cuadro del partido debe tener la capacidad:

“para orientarse creadoramente en la aplicación de la línea política del Partido [...] El cuadro debe tener una amplia flexibilidad para la aplicación de la línea, a la par que una estricta firmeza para no desviarse de los principios esenciales de la misma”⁷

Al mismo tiempo, los estatutos establecían como primer derecho de los militantes el de “participar de la elaboración de la línea partidaria, aportando sus puntos de vista y su experiencia de acuerdo a los principios del centralismo democrático”⁸.

El problema, en todo caso, es que aquella “amplia flexibilidad” permitida y demandada –en contraste con la vasta normativa partidaria– carecía de codificación respecto de sus límites y evaluaciones y quedaba sometida, en definitiva, a criterios y mecanismos tanto más sutiles y extendidos de fiscalización.

Ahora bien, la imposición de la disciplina partidaria debe pensarse en estrecha imbricación con una aceptación (muchas veces resignada) por parte del conjunto de la militancia y/o con una internalización-apropiación entusiasta tanto de los valores que expresaba como de su imprescindibilidad político- práctica (no debe olvidarse el hecho de que se trata de una organización político-militar, proscripta durante la mayor parte de su vida activa). Por añadidura, el mérito y el reconocimiento de pares y responsables vehiculizaban el ascenso –y por ende la designación de mayores niveles de responsabilidad– dentro de un Partido que, autoasumido como vanguardia –y conformado por tanto por los “mejores hijos del pueblo”–, estaba llamado a conducir los destinos de la revolución y encarnar la construcción histórica del *hombre nuevo*. De

⁶ *Resoluciones del Vº Congreso y...op. cit.*, apartado “Estatutos del Partido Revolucionario de los Trabajadores”, pág. 111.

⁷ “La formación multilateral de cuadros”, *op. cit.*

⁸ *Resoluciones del Vº Congreso y...op. cit.*, apartado “Estatutos del Partido Revolucionario de los Trabajadores”, pág. 112.

ahí que, por un lado, quedara desalentado todo gesto que pudiera desencadenar la condena “del Partido” (expresión que remitía a una instancia colectiva emancipada de los individuos que la integraban); y, por otro, que se encontrara, precisamente, en el reconocimiento partidario la confirmación íntima de estar moldeando “cuerpo y alma” en ese sendero de exigencias que ponía al militante a la altura de la necesidad histórica.

Eduardo reconoce:

“había una cosa muy jerárquica [...] un exceso de vida interna, no? [...] Discutía mucho internamente pero...en realidad me angustiaba mucho... [...] Pero la sensación que yo tenía era que yo me debía a mis compañeros [...] yo tenía la mentalidad de que si uno formaba parte de un grupo revolucionario tenía que aceptar la disciplina, dar el debate en la medida en que uno pudiera [...] Incluso en algunos casos creo que hasta quería sobreactuar esta cosa de disciplina y rigor y cumplir con la línea política”⁹

Miguel, por su parte, lo explica de la siguiente manera:

“Era muy valorada la persona que hacía mucho y hablaba poco. O sea, no...la persona que planteaba cuestiones ideológicas, o de debate. A ese...se lo podía acusar de una desviación pequeño-burguesa, viste. [...] Y toda la estructura te llevaba a que siempre la palabra del responsable político tenía más peso que la del militante de base. O sea: la adhesión a una línea. La adhesión, la adhesión. [...] Había una línea: había que hacer esto, esto y esto [...] yo me daba cuenta de eso. Pero ¿qué sucedía? En un determinado momento, como yo quería hacer la revolución y quería avanzar y tener cada vez más responsabilidades [...] decía: *‘bueno, no, pero si yo entro a cuestionar, acá me van a hacer a un lado. No me van a dar la posibilidad de desarrollarme en esto’*. Entonces, yo me lo callaba. Me callaba”¹⁰

Las homogenización y disciplinamiento de la militancia perretista asumieron formas diversas y fueron instrumentadas tanto a partir de prácticas punitivas como de otros mecanismos tanto más sutiles e intangibles (ligados, por ejemplo, al valor del mérito y la búsqueda del reconocimiento colectivo). Algunas de estas formas fueron comunes a

⁹ Eduardo Anguita, 4 de diciembre de 2001. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

¹⁰ Miguel, 2 de marzo de 2000. Testimonio brindado a la autora.

prácticas bastante extendidas en los partidos de la Izquierda Tradicional: escuela de formación de cuadros, lectura de los clásicos del marxismo, análisis conjunto de la prensa y/o materiales partidarios, etcétera, a los que se suma, dado el carácter armado de la organización, el entrenamiento militar.

Pero hubo dos modalidades del disciplinamiento partidario -la proletarización y el control de la vida íntima de los militantes- que fueron excepcionalmente normativizadas en un escrito de tipo prescriptivo, citado en el capítulo anterior: *Sobre Moral y Proletarización*¹¹. Este escrito tuvo una amplísima circulación interna y se erigió como una referencia obligada entre la militancia. Se convirtió, al decir de unos entrevistados, en una suerte de “Biblia partidaria”.

En el universo cultural de una organización que se proponía la construcción de un *hombre nuevo* -signado, como ha sido expuesto, por la portación de valores morales- ambas modalidades de disciplinamiento no remitieron tanto a la dimensión político-ideológica como a la necesidad de “combatir la hegemonía pequeñoburguesa dentro del Partido” y modelar, en su lugar, una postulada moral revolucionaria.

“Si la burguesía nos tiene aún bajo su dominio, no es solamente en virtud de su aparato represivo, sino y ante todo, porque una parte considerable del pueblo continúa adherida a las concepciones burguesas y porque prácticamente la totalidad del pueblo continúa viviendo según el sistema de vida que la burguesía ha construido [...] Aquí es donde el problema de la hegemonía entronca con el problema de la ética, de la moral [...] Y si entendemos correctamente la hegemonía proletaria, vemos que ella no consiste solamente en la adhesión de la mayoría del pueblo a las ideas y el programa político propuesto por el proletariado, sino que plantea también el problema de la ‘nueva moral’”¹²

¹¹ En enero y febrero de 1971, en los números 54 y 55 de *El Combatiente* se publicó el texto “Pequeña burguesía y Revolución”. En julio de 1972 *“La gaviota blindada”*, revista editada por los presos del PRT en la cárcel de Rawson editó el escrito “Moral y proletarización”. Su autor es Julio Parra, seudónimo de Luis Ortolani. Ese mismo año, el PRT editó ambos escritos en una publicación titulada: *Sobre Moral y Proletarización. Pequeña burguesía y Revolución*. Ésta incluía, además, un apéndice con una selección de textos de Mao Tse Tung y fragmentos de “El socialismo y el hombre en Cuba” de Ernesto Guevara.

¹² “Moral y Proletarización”, op. cit, pp. 15-16

II. La proletarización

La así llamada “proletarización” fue una práctica extendida en varias organizaciones políticas de la izquierda revolucionaria argentina de las décadas del sesenta y del setenta (aunque es necesario advertir que no fue exclusiva ni original de estas organizaciones)¹³ Para el PRT-ERP se trataba, en términos generales, de “compartir la práctica social de la clase obrera” y “adquirir sus características y puntos de vista”. En términos prácticos, consistía en que los militantes provenientes de las clases “no proletarias” ingresaran a trabajar en la industria y/o se mudaran a los barrios pobres.

A continuación se analizarán las premisas sobre las que se sustentaba la proletarización en el PRT-ERP y se intentará echar luz sobre las tensiones -y eventuales sentidos- a que esta práctica dio lugar.

a. Intelectuales y obreros en la construcción de la vanguardia

En el pensamiento marxista el pasaje de “la clase en sí” a “la clase para sí” (y por tanto la relación vanguardia-masas) constituye un problema teórico que parece no haber encontrado soluciones satisfactorias. Como afirmara Antonio Carlo desde las páginas de *Pasado y Presente*¹⁴ dicho pasaje quedaba sin resolver en los propios padres fundadores (que tan sólo lo describieron a nivel fenomenológico sin lograr esclarecer sus nexos internos). Y los intentos por saldar esta deuda por parte de quienes los sucedieron, entre

¹³ Dejando a un lado los antecedentes “de ir hacia pueblo” que pueden reconocerse en la historia de Occidente y del cual el populismo ruso del siglo XIX constituye un ejemplo resonante, o algunos emprendimientos individuales de la intelectualidad europea de entreguerras (como Simone Weil que ingresó voluntariamente como operaria manual a Renault en la década de 1930) podemos mencionar, como antecedentes, fundamentalmente, a los “curas obreros” franceses de las décadas de 1940 y 1950 y a diversos movimientos maoístas franceses y brasileños de la década del sesenta.

¹⁴ Carlo, Antonio (1973).

los que se destaca la figura de Lenin, no están libres de proposiciones complejas y aún contradictorias¹⁵.

En todo caso, la escisión entre la teoría revolucionaria y el sujeto históricamente destinado a conducir el derrocamiento del orden burgués representó un problema tanto teórico como político para los pensadores y las organizaciones de tradición marxista.

Dejando a un lado los debates al respecto que tuvieron lugar en la II Internacional, se mencionan aquí escuetamente algunos momentos del pensamiento de Lenin sobre este punto (y esto por la enorme influencia que el líder de la revolución rusa habrá de tener en las izquierdas revolucionarias).

En 1895, en su texto “Proyecto y explicación del Partido Socialdemócrata” Lenin sostenía que la ideología revolucionaria nace en el seno mismo de la fábrica, de la materialidad de la relación patrón-obrero. De allí se deducía que de la lucha de los obreros se desprende “inevitablemente” la conciencia revolucionaria (aún cuando hubiera que acelerarla insertándose en las luchas fabriles). Es decir, la lucha económica deviene espontánea y necesariamente en lucha política.

Dos años más tarde, en un folleto denominado “Las tareas de los socialdemócratas rusos”, anticiparía tibiamente algunas de las ideas expresadas en su célebre obra *Qué hacer*, principalmente aquellas referidas a la importancia de la lucha política y, por ende, a la necesidad impostergable de la agitación y la propaganda en el movimiento de masas. No obstante, el balance que en 1897 ofrecía del rol de los intelectuales en el proceso revolucionario resultaba, aún, bastante pesimista: éstos debían ser “hegemonizados” por el proletariado.

Hacia 1902, en *Qué hacer* el esquema postulado es otro. Allí Lenin advertía claramente que “al obrero se le puede dotar de conciencia política de clase *sólo desde fuera*”. La

¹⁵ Manuel Pérez Ledesma señala que el problema de la ‘esencia’ revolucionaria del proletariado industrial encuentra su origen en las propias formulaciones de Marx: “fueron exigencias teóricas y no constataciones empíricas las que le llevaron [a Marx] a dotar al proletariado de una esencia revolucionaria”. Tal caracterización de la clase no dependía de lo que un proletariado concreto (o incluso el proletariado en su conjunto) considerase sus fines en un momento determinado sino, como el propio Marx afirmara en *La sagrada familia*, de “lo que el proletariado es y lo que está obligado a hacer, con arreglo a ese SER suyo”. Cfr. con Pérez Ledesma (1987) pp.11- 18. En la misma dirección, Hobsbawm advierte que para Marx la característica revolucionaria del proletariado se debe a la naturaleza de su existencia social y no a causa de la conciencia de sus fines. Cfr. con Hobsbawm (2000), pág. 348.

clase obrera, cerrada en sí misma y en relación de fábrica, no puede llegar a la conciencia revolucionaria (que exige una visión global de lo social) sino, a lo sumo, a la conciencia política tradeunionista¹⁶. Es decir, no puede superar los límites corporativos sin el aporte de algunos elementos de la intelectualidad burguesa que elaboran la ciencia revolucionaria donándola al proletariado (y esto fundamentalmente a través de la constante denuncia política, de “la propaganda y la agitación entre todos los sectores de la población”¹⁷) y organizando su lucha.

Del mismo modo, para que la lucha del movimiento obrero traspase aquella dimensión determinada por las relaciones patrón-obrero y “ascienda” a lucha política, resulta imprescindible la conformación de una organización de revolucionarios profesionales. Esa es la tarea impostergable, puesto que esta organización –el Partido– es el espacio de confluencia entre los obreros más “avanzados” y la intelectualidad revolucionaria; y es precisamente en esta confluencia donde se conforma la vanguardia del proletariado, conductora del proceso revolucionario.

Para Lenin, la característica destacable –y, al mismo tiempo condición necesaria– de los integrantes de la organización es precisamente que hagan de la actividad revolucionaria su profesión;

“ante este rasgo común de los miembros [...] *debe desaparecer en absoluto toda diferencia entre obreros e intelectuales* [...] debe entenderse por ‘inteligentes’ en materia de organización sólo a los *revolucionarios profesionales*, sin que importe si son estudiantes u obreros”¹⁸.

Por lo demás, la organización de los revolucionarios debe ser además “no muy amplia” y rigurosamente clandestina. Se destaca, en todo caso, la necesidad de un partido fuerte, centralizado, que ejercite una constante acción de guía, educación y politización de las masas. El cuerpo de funcionarios partidarios debe tener una gran autonomía de sus bases aunque esto implique cierta relativización del principio democrático¹⁹.

¹⁶ Es probable que el cambio de ideas expresado en *Qué hacer* se vinculara con el “primitivismo” dominante en los círculos socialistas rusos a comienzos del siglo XX, corriente a la cual Lenin se opuso sistemáticamente y a la que definió como la raíz del economicismo y del espontaneísmo.

¹⁷ Lenin (1902), Cap. III, E: “La clase obrera como combatiente de vanguardia por la democracia”

¹⁸ Lenin (1902), Cap. IV, C: “La organización de los obreros y la organización de los revolucionarios”.

¹⁹ Entre 1905 y 1907 se observa un cambio nada desdeñable en el pensamiento del líder ruso. Durante ese período, a la luz de las impugnaciones que le hiciera Rosa Luxemburgo (quien lo acusó de “centralismo

Tributario del marxismo-leninismo, el PRT apelará a esta noción de vanguardia (en tanto espacio de confluencia entre los intelectuales provenientes de la pequeña burguesía que acercan la teoría y la ciencia revolucionarias al proletariado y los obreros políticamente “avanzados”²⁰) postulada en el *Qué hacer* y su consecuente modelo organizativo. Sin embargo, y quizás a partir del aporte de otras referencias marxistas como el trotskismo y el maoísmo la valoración de unos y otros adquirirá nuevos matices, disímiles de los postulados en el *Qué hacer*, que aparecerán cristalizados en las premisas de la *proletarización* perretista.

b. Proletarizar la moral

En la Argentina de la década del sesenta el problema de la escisión entre teoría revolucionaria y clase obrera no era menor. Ésta, con independencia de sus niveles de organización y combatividad —por cierto, sensiblemente altos—, integrada a las estructuras partidarias y sindicales del peronismo se mostraba poco permeable al marxismo-leninismo; y las organizaciones políticas que adscribían a esta ideología, no obstante su intensa labor de agitación y propaganda, no lograban engrosar satisfactoriamente sus filas con el aporte proletario.

Dentro de la corriente trotskista, tanto la práctica del “entrismo” (ingreso de los militantes trotskistas al movimiento peronista) como la de la proletarización (ingreso de los militantes al trabajo fabril) pueden ser leídas como estrategias orientadas a sellar aquella fisura.

Como ha sido expuesto en el capítulo 1, a comienzos de 1957, el Partido Obrero Revolucionario (POR) creó el Movimiento de Agrupaciones Obreras (MAO). Esta

burocrático” y “paternalismo”), de la reciente experiencia de conformación de los soviets (de la cual no participaron los bolcheviques) Lenin matizará los postulados del *Qué hacer*, reconociendo la capacidad del movimiento de masas de “elevarse” sin tutelajes al nivel de la conciencia revolucionaria. Al mismo tiempo se inclinará hacia un modelo organizativo más flexible y democrático. No obstante todo lo anterior, son las premisas del *Qué hacer* aquellas referenciadas explícitamente por la discursividad y la militancia perretistas. Para un análisis específico sobre las nociones de vanguardia y partido en el pensamiento de Lenin, ver Carlo Antonio (1973).

²⁰ Se entiende por éstos a “los elementos más conscientes del proletariado [...] aquellos obreros que han comprendido cabalmente el papel histórico de su clase y están dispuestos a dedicarse por entero a la revolución que derribe el régimen burgués”. *El Combatiente* N° 56, marzo de 1971.

corriente sindical fue pensada como un acuerdo entre el trotskismo y los activistas gremiales política o ideológicamente afines y apuntaba a constituirse “como el motor de la independencia política de los trabajadores y/o de una corriente obrera revolucionaria”²¹. La experiencia del MAO llevó al POR al replanteo acerca de las estrategias y posicionamientos frente al movimiento peronista. El eje del planteo era si la estructuración de una corriente clasista podía llevarse a cabo *por fuera* del peronismo o si, por el contrario, implicaba el ingreso de los militantes trotskistas a las agrupaciones gremiales peronistas con el fin de orientarlas “desde su propio campo político”²². Estas consideraciones concluyeron, finalmente, en el diseño de una política “entrista” en el peronismo; y los objetivos de la misma aparecían claramente en la advertencia que a la militancia se hacía: “se trata de un proceso de asimilación de elementos extraños al trotskismo, como todo proceso exige ser cuidadosos pero inflexibles en nuestro objetivo: disciplinar y captar a estos elementos para la fracción trotskista del peronismo”²³.

Por otro lado, la militancia de Palabra Obrera, con anterioridad a la fusión FRIP-PO, llevó adelante la práctica de la proletarización de sus militantes. Es probable que la misma, conjuntamente con el declarado objetivo de “captar” a los elementos más conscientes del activismo sindical y/o influir directamente en sus orientaciones políticas, encontrara otra fuente de motivación en la necesidad de evitar el aislamiento – y por ende cierta pérdida de sentido de la realidad- de la militancia. Al menos en esa dirección parece advertirlo Carlos Brocato:

“la profesionalidad política en general conlleva siempre un ingrediente muy fuerte de artificiosidad social que exige cuidado. [...] Exactamente esto es lo que subraya todo el marxismo revolucionario, al margen de que lo cumpla: para evitar la burocratización, los cuadros profesionales deben alternar su profesionalidad con períodos de retorno a la actividad productiva”²⁴

²¹ González, Ernesto: *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina, tomo2. Palabra Obrera y la Resistencia (1955-1959)*, Buenos Aires, Ed. Antidoto, 1996, pág. 277.

²² *Sobre tareas del Partido y su dirección*, Informe al Buró Político del POR, 30 de agosto de 1958; citado en González, Ernesto: op. cit., pág. 278.

²³ “Sobre la experiencia del MAO y del entrismo”, Informe del Buró Político al Comité Central del POR, mayo 1958, destacado en el original. Citado en González, 1996, pág. 279.

²⁴ Brocato, Carlos, *La Argentina que quisieron*, Buenos Aires, Sudamericana/Planeta, 1985, pp. 160-161.

Finalmente, y aunque resulta difícil fechar con precisión sus inicios, el PRT incorporará tempranamente a su política interna la proletarización de militantes.

Como organización que se reservaba para sí la misión histórica de conducir al proletariado en un proceso revolucionario que juzgaba ya iniciado, el PRT enfrentaba el problema de la composición social de sus filas. El propio Santucho se lamentaba, en agosto de 1974 que

“...nuestro Partido encuentra aún grandes dificultades para cumplimentar eficazmente su misión revolucionaria. Ello se debe principalmente a insuficiencias en la penetración orgánica en el proletariado fabril, débil composición social que alcanza a sólo a un 30 por ciento de obreros fabriles”. Concluyendo a partir de allí que “la construcción del PRT, tarea capital de todos los revolucionarios argentinos [...] pasa por el desarrollo de las zonas y los frentes fabriles. Formar células en las grandes fábricas, influir o dirigir la lucha reivindicativa del proletariado, llegar constantemente con hábil propaganda de Partido al conjunto de los obreros fabriles, incorporar y organizar en el Partido decenas de obreros en cada fábrica grande, es el punto de partida actual [...] para que el PRT esté en condiciones de jugar su rol dirigente y organizador”²⁵.

Ante aquel cuadro es esperable que el PRT delinear y privilegiara estrategias de captación y “concientización” de obreros fabriles y volcara hacia aquellas estrategias sus esfuerzos militantes. Y en gran medida así lo hizo. No obstante, aunque ciertamente vinculada a aquellas estrategias, la proletarización asumió orientaciones y sentidos más complejos.

Los postulados de la proletarización fueron desarrollados y sistematizados en el texto “*Sobre moral y proletarización. Pequeña burguesía y revolución*” (aunque la práctica de la proletarización en el PRT fuera anterior a la publicación). Nos sumergiremos en la lógica y perspectiva de este texto.

En la Introducción encontramos su declarada intencionalidad (y que le impondrá a la proletarización matices decisivos en lo que a sus sentidos respecta): en tanto la hegemonía burguesa alcanza también a las organizaciones revolucionarias y la lucha de clases se desarrolla también dentro del Partido, se trata de ofrecer orientaciones para

²⁵ *El Combatiente*, 23 de agosto de 1974

combatir las manifestaciones de aquella hegemonía dentro de la organización y en los propios militantes. La forma de hacerlo es “incorporando al Partido a los obreros de vanguardia y proletarizando a los elementos intelectuales honestos”²⁶ A partir de allí el texto, de evidentes pretensiones normativas, dejará prácticamente de lado el primero de estos caminos para centrarse en las razones del segundo.

La proletarización de militantes se sustentará sobre la clásica premisa marxista de que la práctica social (derivada del lugar que el individuo ocupa en la estructura productiva) determina la conciencia del sujeto:

“El que tiene una práctica social de obrero tenderá a tener una conciencia de obrero. El que tiene una práctica de policía tendrá una conciencia de policía, he aquí la primera clave de la cuestión PROLETARIZACIÓN”²⁷.

El individualismo, “esencia de la moral burguesa” (y principal blanco de los intentos rectificadores del texto) no es otra cosa que el efecto encarnado, en la propia subjetividad, de las relaciones sociales promovidas por el capitalismo. Resulta evidente, sin embargo, que no alcanza con ser obrero para deshacerse del “nefasto individualismo” más aún siendo el propio obrero quien “sufrir más que nadie”²⁸ aquella hegemonía. De ahí, se explica, que en la clase obrera exista tanto la tendencia al igualitarismo como la tendencia al individualismo.Cuál de ellas primará finalmente en la conciencia del obrero es algo que pareciera resolverse natural e inevitablemente “en el desarrollo de la lucha de clases”: cuanto más elevado en su conciencia política sea el obrero, menor será la manifestación de los rasgos individualistas en él.

En sentido paralelo no alcanza con abrazar la ideología de la clase obrera para alcanzar la dimensión moral que la guerra revolucionaria necesita para triunfar, “empuñar las armas resulta incluso insuficiente”²⁹ si la vida cotidiana del militante continúa encerrada dentro de los límites de la práctica social burguesa. Es sólo en el lugar específico que la clase obrera ocupa en la estructura productiva donde se encuentran las posibilidades de surgimiento y desarrollo de la moral revolucionaria:

²⁶ M&P, pág. 13.

²⁷ M&P, pág. 19.

²⁸ M&P, pág. 19.

²⁹ M&P, pág. 21.

“en la condición misma del obrero, objetivamente, por el carácter de su papel en la producción, se contienen las posibilidades de superar el individualismo [...] Este es el meollo del planteo de la proletarización que se quiere decir pues, adquirir las características y puntos de vista del proletariado [...] que emanan objetivamente de su carácter de clase”³⁰

Ciriza y Rodríguez Agüero han señalado la “tensión en su máxima expresión” que estos supuestos y esta práctica contenían:

“una organización que insistía de una manera recurrente sobre la subjetividad revolucionaria parecía no dejar espacio en la subjetividad para ninguna otra dimensión que la internalización de la estructura objetiva”³¹

La conducta moral, entonces, tiene profundas bases objetivas y las virtudes revolucionarias son, por tanto, producto de la internalización de la situación de clase [obrero]. La moral revolucionaria no puede surgir por fuera de esa condición donde sí, en cambio, puede desarrollarse la teoría revolucionaria.

Retomando en primera instancia la idea leninista de una fisura entre ideología y clase revolucionarias el planteo perretista de la proletarización postulaba una escisión claramente definida entre ideología y moral revolucionarias. Sólo la conjunción **ideología-condición de clase** posibilitaba el surgimiento y desarrollo de la “nueva moral” cuyo problema “se vuelve particularmente importante en la etapa actual de la revolución mundial”.³²

El sentido de la proletarización aparecía entonces algo alejado de las prácticas de “concientización de masas” o de las tareas orientadas a facilitar la apropiación de la ideología revolucionaria por parte los obreros industriales.

Claro que, aunque ciertamente diluida, la voluntad de captación u “orientación” de los “elementos” obreros más combativos continuaba presente (tal como aparecía en las experiencias del entrismo y la proletarización trotskista mencionadas anteriormente). Sin embargo, en la etapa del proceso revolucionario que el PRT-ERP postula el énfasis del discurso adquiriría el sentido inverso de la direccionalidad primera —aquella

³⁰ M&P, pág. 20.

³¹ Ciriza A. y Rodríguez Agüero E. (2005), pág. 87.

³² M&P, pág. 16.

determinada por el Lenin de *Qué hacer* a la que expresamente se apelaba y citaba— del vínculo entre intelectuales y obreros.

Reconocido el “aspecto positivo” que históricamente había jugado la pequeño-burguesía, esto es, haber acercado la teoría revolucionaria a la clase obrera (fundamentalmente a lo largo del período 1955-1969), se volvía necesario ahora (en un período caracterizado por el sensible ascenso de la conciencia proletaria) que aquélla asumiera la “forma de ser y vivir” de esta última. Y si bien seguía siendo cierto que la conformación del Partido de vanguardia exigía un doble movimiento, aquello que necesitaba ser aprehendido en el nuevo contexto de la conformación partidaria (y de la lucha de clases en el seno del Partido) anidaba en la clase obrera y no ya en la intelectualidad pequeño burguesa.

En rigor, la tensión del vínculo entre pequeño-burguesía (intelectuales) y proletariado ha atravesado el universo marxista. Mientras que, como ha sido señalado, en el Lenin del *Qué hacer* este último está de hecho asimilado a la intelectualidad revolucionaria puesto que solo y cerrado sobre sí mismo tiende al espontaneísmo y al tradeunionismo, en pensadores como Trotsky y Mao Tse Tung se encuentra el énfasis opuesto. En efecto, ambos han subrayado que la pequeño-burguesía puede tomar parte en el proceso revolucionario sólo al seguir al proletariado y ser hegemonizada por él. En sustancia, sólo la clase obrera es verdaderamente revolucionaria y autónoma.³³

³³ La mención a estos dos autores resulta pertinente en este caso puesto que ocupan un lugar importante en el universo de referencias teóricas del PRT. De hecho, ambos son citados en el propio texto *Sobre Moral y Proletarización*, por no mencionar el hecho de que su autor, Luis Ortolani, proviene del trotskismo. Por lo demás, muchas de las ideas plasmadas en *Sobre Moral Proletarización* (entre las cuales vale la pena destacar aquellas referidas a las manifestaciones de la ideología burguesa en el seno mismo del partido y las formas de combatirlas a partir de una ligazón particular con las masas y de la constante práctica de la crítica y autocrítica) pueden encontrarse en los escritos de Mao Tse Tung: “Para adquirir una verdadera comprensión del marxismo, hay que aprenderlo no sólo de los libros, sino principalmente a través de la lucha de clases, del trabajo práctico y del contacto íntimo con las masas obreras y campesinas. Si además de leer libros marxistas, nuestros intelectuales logran cierta comprensión del marxismo a través del contacto con las masas obreras y campesinas y de su propio trabajo práctico, hablaremos todos el mismo lenguaje [...]: la concepción comunista del mundo” (*Citas del Presidente Mao Tse Tung*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1966, pag. 329).

Recapitulando la perspectiva perretista: planteada la escisión entre ideología y moral revolucionarias, las necesidades de “la etapa actual de la revolución” determinan la subordinación de la intelectualidad pequeño burguesa a la clase obrera.

Pero la hegemonización de los intelectuales por parte del proletariado (o, al menos de sus elementos políticamente más “conscientizados”) no respondía al orden de lo político-ideológico sino al de la moral. Aquello que los militantes no proletarios debían aprehender estaba conformado, precisamente, por valores morales. Se entendía por éstos a las:

“auténticas virtudes proletarias: humildad, sencillez, paciencia, espíritu de sacrificio, amplitud de criterios, decisión, tenacidad, deseos de aprender, generosidad, amor al prójimo”³⁴.

Es interesante el señalamiento de Alejandra Oberti relativo a la caracterización de aquellos valores como virtudes proletarias:

“se trata en todos los casos de valores burgueses y cristianos, aquellos mismos que Max Weber analizara en su estudio acerca de la relación entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo”³⁵

Era entonces la moral proletaria lo que los militantes provenientes de la pequeño-burguesía debían adquirir en su experiencia de proletarización. Ese era el significado latente del mandato de “asumir los puntos de vista y las características” de la clase obrera. Porque aquellas atribuidas a la pequeño-burguesía -con independencia de la ideología de sus integrantes- remitían también al orden de la ética y la moralidad pero enunciadas en correspondiente oposición a aquellas que conforman la moral proletaria: “el individualismo, la pedantería, la vacilación ante las grandes decisiones, la visión política mezquina que los arrastra al sectarismo y al esquematismo, la disputa encarnizada por cuestiones secundarias y rencores personales”³⁶.

Siendo ésta la distribución postulada de vicios y virtudes, no resulta extraño que se fuera consolidando en la discursividad y en las prácticas partidarias la exaltación de todo aquello que el imaginario perretista vincula a la tradición obrera –y aún la de los militantes obreros mismos.

³⁴ M&P, pág. 20

³⁵ Oberti, Alejandra, *La moral según los revolucionarios*, en *Políticas de la memoria*, n° 5, verano 2004/2005, pág. 79.

³⁶ “Pequeño burguesía y Revolución” en *El Combatiente* N° 54, enero de 1971.

Como otros autores han señalado³⁷ una de las formas en que esta exaltación se materializó fue la promoción voluntariosa y entusiasta de militantes obreros a puestos de jerarquía dentro de la estructura partidaria. Muchas veces, la formación política de estos militantes se revelaba como precaria³⁸. Sin embargo, la propia imagen que del militante proletario construía el Partido y el lugar que aquél ocupaba en el entramado simbólico impedían que se erigieran –y aún se pensarán, si quiera- intervenciones de impugnación, o de sospecha:

“Esa es una de las características que tiene el trotskismo: la adoración al movimiento obrero sea cual sea su característica. Como que el obrero tiene la verdad. [...] Se combatía ese obrerismo primario [...] pero sin embargo, se lo mantenía a través de varios conceptos, entre los cuales estaban: intentar convertir en cuadros, rápidamente, a obreros que por ahí no estaban preparados para asumir esa función. [...] Lo cual me llevó, por ejemplo, en un momento posterior, a tener una conversación [con] un miembro del Comité Central en la que me preguntaba ‘¿y vos creés que eso del marxismo es cierto?’ Entonces yo lo miré...no dije nada... porque en ese momento ‘si es obrero debe tener razón’”³⁹

³⁷ Cfr. Mattini, Luis: op. cit y Pozzi, Pablo, op. cit.

³⁸ En algunas conversaciones informales con historiadores del período, se me ha señalado que esta constante debe ser leída, también, a partir del contexto de “competencia” entre las organizaciones políticas de la izquierda revolucionaria por contar con obreros “genuinos” en sus filas y en las direcciones partidarias. Más aún, la ausencia o escasez de los mismos y la extendida cantidad de militantes “pequeñoburgueses” parece haber sido corrientemente motivo de “chicana” entre organizaciones “hermanas” -pero no por ello menos rivales a la hora de intentar capitalizar las simpatías proletarias-. Resulta difícil no imaginar la impotencia de estas organizaciones frente al avance arrollador del peronismo en el movimiento de masas en general y en el movimiento obrero en particular. Puede suponerse, entonces (y quisiera destacar el carácter tan sólo especulativo de estos renglones), que en el imaginario más o menos compartido de las organizaciones de la nueva izquierda, también se impuso sobre este punto cierta lógica excluyente: así como “quien no combate, no existe”, quien no tiene obreros reales en sus filas, no es un partido revolucionario.

³⁹ Ángel, 22 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora. Es posible añadir, si Mattini no exagera, que la “pobre formación teórica” de los militantes y/o dirigentes no se consideraba un problema en sí, puesto que era la misma dimensión de *lo teórico* lo que comenzaba a despreciarse cada vez más explícitamente: “Toda la trayectoria del marxismo europeo en las tres Internacionales se la desdeñaba y

Al mismo tiempo, todo gesto condenado, al igual que las disidencias de diversa índole, fueron entendidos y catalogado como “desviaciones” y atribuido a la pequeño-burguesía, fuente indiscutida de toda conducta inmoral:

“había compañeros que venían de la *pequebú* que no obstante de ser compañeros revolucionarios tenían germen jodido, eh. Había unas desviaciones jodidas”⁴⁰

Para ofrecer un ejemplo de lo que estaba aseverando, Oscar se refirió al caso de un cuadro importante de la Regional que engañaba a su mujer, también militante, con otra compañera del Partido:

“Y el compañero Santucho decía que eran ‘*desviaciones de clase*’ ¿te das cuenta? Porque eso, en la clase obrera, cuando se es sano, no pasa eso, viste. Capaz que el que es lumpen, el que es escoria, sí, viste [...] pero en la clase obrera prácticamente no existe eso, viste. Existe de la pequeño- burguesía para arriba”⁴¹

Si el discurso partidario planteaba la existencia de una escisión clara y reconocible entre ideología y moral, lo cierto es que, en todo caso, la hegemonía burguesa (y la conducta individualista e inmoral de ella derivada) alcanzaba en ese discurso a todas las clases sociales. Pero en el testimonio de Oscar, en cambio –y seguramente debido a la sistemática exaltación y entronización que de la figura del obrero realizaba la retórica partidaria–, la clase obrera en su conjunto se encontraba ya liberada de todo mal al tiempo que la “desviación” en sí misma era percibida como propia y -exclusiva-de “la pequeño-burguesía para arriba”.

c. Tensiones de la proletarización

La proletarización dio lugar a un conjunto de tensiones –y aún sinsentidos aparentes– que provinieron tanto de los supuestos que anidaban en su propia formulación, como de las condiciones particulares de su puesta en práctica.

pasó a ser una regla no escrita que cuanto más analfabeto, más proletario sería el militante” (Mattini, 1996, pág. 47). Por su parte, Pablo Pozzi también ha señalado el “anti-intelectualismo” del PRT-ERP

⁴⁰ Oscar, 22 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁴¹ Oscar, 22 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

Una fuente de tensiones radicaba en la constatación de que los valores de los proletarios reales parecían, muchas veces, ser otros de aquellos atribuidos por el Partido a los obreros políticamente “más avanzados”.

Pablo Pozzi considera que la visión de la moral proletaria del PRT-ERP tenía poco que ver con las prácticas culturales de los obreros argentinos. Sin postular una cultura obrera monolítica, se agrega aquí que se distanciaba, asimismo, de algunos de los valores que aquellos sostenían, entre otros, el del ascenso social (máxime en una Argentina que no sólo conservaba en su memoria colectiva la experiencia del ascenso social sino en la que además, éste era aún posible).

Varios de los testimonios citados por Pablo Pozzi en su libro dan cuenta de esta tensión. Uno de sus entrevistados cuenta, por ejemplo, que al Negrito Fernández, militante de origen proletario que integraba el Comité Central del PRT:

“un día lo acusaron de que era un pequeño burgués. Me acuerdo que me dijo: *‘¿Qué más quiero que ser pequeño burgués yo! [se ríe] Te imaginás, para mí sería más importante. De ser un rasposo a ser un pequeño burgués, la verdad que me vendría bien’*. Él estaba contento porque le habían dicho pequeño burgués ¿Me entendés?”⁴²

Esta distancia entre los valores atribuidos y los portados, conjugándose con las características personales de muchos militantes y las condiciones de obligada clandestinidad en que la proletarización de éstos tenía lugar, convertía varias veces a esta experiencia en un gesto estéril que rozaba el sinsentido aún desde los propios parámetros postulados por la organización.

Miguel, por ejemplo, que había abandonado su carrera universitaria y padeció muchísimo su experiencia de proletarización cuenta:

“era un inútil yo con las manos... era inútil. ¿Viste que en una casa siempre hay alguno que se da más maña con la cuestión práctica: cambia el enchufe, pone la lamparita, arregla algo? Bueno, yo era el otro, el que no sabía hacer

⁴² Entrevista a “Poroto”, en Pozzi, P. y Schneider, A.: *Los setentistas. Izquierda y clase obrera (1969-1976)*, Buenos Aires, Eudeba, pág. 341. Otro ejemplo ilustrativo de lo anterior es el caso de un militante proveniente de una familia obrera que comenta: “Era gracioso. Para mis viejos yo era todo un éxito porque soy abogado. Pero para mis compañeros soy un fracaso, porque tendría que haber sido metalúrgico” (citado en Pozzi, Pablo, op. cit. 2001, pág. 157)

nada. [...] Y yo estaba al lado de compañeros [se refiere a sus compañeros de trabajo en el taller] que a mí no me iban a valorar por mi conocimiento de filosofía, de matemática. Ellos me valoraban -porque de eso no podía hablar- por cómo agarraba el martillo. ¡Entonces yo era un boludo, viste!⁴³

La experiencia de quienes ingresaban a grandes plantas industriales o empresas en las que distintas formas de organización obrera se encontraban desarrolladas difería sensiblemente de quienes, por diversos motivos (incumplimiento del servicio militar obligatorio, rechazo de la medicina laboral, etcétera), sólo tenían posibilidades de llevar adelante su proletarización en pequeños talleres. Allí, los trabajadores, en su mayoría “en negro”, se encontraban más expuestos a la arbitrariedad patronal, los márgenes de negociación obrera eran menores y, por ende, también los índices de combatividad y politización. En esas circunstancias la disparidad de mundos culturales entre proletarios y proletarizados (que involucraban esquemas de valores, de solidaridades y sensibilidades diferentes) se volvía más nítida que en aquellos otros espacios en los que la actividad o el conflicto gremial podían dar lugar a experiencias y códigos compartidos.

Más aún, aunque por falta de datos cuantitativos sea difícil estimar una proporción certera, lo cierto es que muchas veces el militante proletarizado no ingresaba a la producción con el objetivo de impulsar la organización obrera en ese espacio –puesto que sus tareas específicas de militancia se desplegaban en otro ámbito– sino como forma de manutención, convicción o cumplimiento de mandatos partidarios. En esas circunstancias, para evitar “quemarse” o “ser marcado”, debía cuidarse estrictamente de no dar cuenta alguna de aquello que, en definitiva, constituía una apuesta vital: su ideología y su voluntad revolucionaria. En esos casos la experiencia de la proletarización difícilmente podía significar para el militante algo más que la experimentación “en carne propia” de la explotación y el abuso patronal.

Las condiciones de clandestinidad en que tenía lugar la proletarización constituyeron otra fuente de tensiones. La necesidad y primacía de la clandestinidad se vinculaba, por un lado, con el modelo leninista de organización y, por otro, con el contexto represivo en que se desarrollaba y las características culturales y políticas de la población en la que se “insertaba” el militante proletarizado. Describiendo el proceso de

⁴³ Miguel, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

“transformación completa” de su apariencia y de sus hábitos tras mudarse a un barrio pobre Miguel explica:

“ya me empecé a vestir de otra manera porque si vos estás en un barrio no podés, en esa época era más marcado, no podías ir vestido como un chico de clase media. Entonces ¡hasta la forma de vestir tuve que cambiar! [...] Nosotros éramos clandestinos; entonces, si aparece en una casa operativa un melenudo, vestido de chico de clase media, ‘*este es un guerrillero*’, viste, es lo primero que van a pensar, y te denuncian. Entonces tenía que cambiar el pelo, [...] hasta la forma de hablar, también. O sea, [...] tenía que adaptar un lenguaje también, una forma de...o sea, una transformación total completa.”⁴⁴

Las precauciones partidarias ante la posibilidad de la denuncia ilustran bien la paradoja de la escena: los jóvenes revolucionarios, tras “abandonar” su clase, debían transformar su apariencia y adoptar la del otro, para evitar que ese otro, en cuyo nombre habían iniciado la empresa revolucionaria y del cual debían asumir “su forma de ser y vivir”, los denunciara. La admisión de la posibilidad de la denuncia no conducía a una reflexión acabada sobre la debilidad del vínculo entre el movimiento de masas y su autoasumida vanguardia. Dicha reflexión hubiera implicado admitir que las masas eran menos permeables a la teoría revolucionaria de lo que esa misma teoría postulaba⁴⁵. Y

⁴⁴ Miguel, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁴⁵ Al respecto, resulta bastante elocuente la reflexión -sin concesiones- de Helios Prieto (quien abandonara las huestes del PRT hacia 1971, aproximadamente): “Nuestra fanática fe en la clase obrera había pasado por innumerables pruebas desde hacía años y nada lograba conoverla. Los obreros nos habían partido la cara cuando íbamos a repartir octavillas castristas en los actos peronistas, nos habían echado a patadas de las puertas de las fábricas, cuando de madrugada acudíamos a recordarles su “misión histórica”. Después de soportar eso, nada podía minarla. Hoy sabemos que el obrerismo fue una falsa teología dogmática del siglo XX, pero entonces no lo sabíamos [...] Como no queríamos admitir simplemente que ‘al mundo le faltaba un tornillo’, nos pusimos a buscar el tornillo. Y como no lo encontrábamos, lo fabricábamos [...] siempre convencíamos a algunos [...] de que la única manera de superar el trabajo enajenado era hacerse un revolucionario profesional, de allí un salto lógico aunque mediado por la premisa mayor – la revolución la harían los obreros – llevaba a la conclusión de que para ser un revolucionario profesional ¡había que proletarizarse! [...] Decenas de estudiantes estropearon sus carreras profesionales y entraron a trabajar en las fábricas, la mayoría de las veces en los trabajos más duros, en esos que convierten a cualquier persona en un zombie”. (Prieto, Helios: op. cit. pp. 66-67)

esto último no podía ser reconocido (ni advertido, ni proclamado) a partir de una mirada encandilada por la intensidad de la protesta obrera⁴⁶

Otra fuente de tensiones radicaba en la práctica partidaria de “sacar” al obrero militante de la fábrica y pasarlo rápidamente a la clandestinidad.

“Se suponía que, proletarizarse quería decir algo así como adoptar la forma de vida y los puntos de vista de la clase obrera. Nunca me quedaba muy claro qué significaba...porque si nosotros pretendíamos que...esa clase obrera...digamos, formarla dentro [...], de un punto de vista teórico marxista, por otro lado lo sacábamos de su medio natural...entonces no sabías vos muy claramente cuál era el ejemplo que tenías que seguir...”⁴⁷

Otros testimonios e investigaciones vienen a ratificar la recurrencia de esta situación⁴⁸. Resulta por lo menos injusto considerar a esta práctica como un absurdo producto de una “desviación” o “alejamiento” de una teoría que no la postulaba. Por el contrario, el pase a la clandestinidad de los cuadros obreros del Partido, anidaba en el seno mismo del modelo leninista de organización de revolucionarios profesionales. El propio Lenin sostenía que:

“Un agitador obrero que tenga algún talento y “prometa” *no debe* trabajar once horas en la fábrica. Debemos arreglarlo de manera que viva de los fondos del partido, que pueda pasar a la clandestinidad en el momento preciso”⁴⁹

⁴⁶ Esto último se vincula además, con el importante crecimiento que el PRT-ERP registra en el período 1973-1975. La mención a un ingreso significativo de obreros industriales a las filas partidarias durante el período señalado puede encontrarse no sólo en los testimonios sino también en investigaciones específicas: “Los datos disponibles indican que la incorporación de obreros al PRT-ERP fue en aumento a partir de 1972 y que fue muy notable en 1975” (Pozzi, Pablo: op. cit. pág. 77). Aunque sabemos que existió, no podemos sopesar en términos tanto absolutos como relativos dicha incorporación. Lo importante, en todo caso, es el lugar que este ingreso de obreros ‘reales’ ocupó (la lectura que de él se hizo) en el sistema de creencias partidario: “la clase obrera estaba dejando de ser peronista” afirmó Daniel De Santis en sus entrevistas.

⁴⁷ Ángel, 22 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁴⁸ Ver, por ejemplo, Pozzi, Pablo, op. cit, pág. 193.

⁴⁹ Lenin, op. cit, 1902, Cap. IV, C: “La organización de los obreros y la organización de los revolucionarios”.

Pero más importante aún, independientemente de la recurrencia de esta práctica y de su pertinencia en cada caso particular, no puede obviarse el hecho de que la clandestinización de cuadros obreros obedecía a la necesidad de preservarlos de su situación de exposición en la cotidianeidad de la fábrica y en las actividades “de superficie” que los convertían en blancos fáciles de la represión. El problema mayor radica, en todo caso, en el destino que se les adjudicara a esos mismos cuadros en la estructura clandestina partidaria. No resulta para nada descabellado sostener que una parte importantísima de los mismos haya sido destinada a la actividad militar (o a tareas subordinadas a la misma) que implicaban niveles de exposición equivalentes o aún superiores de aquellos que se intentaban sortear.

Finalmente, esa misma lógica-necesidad terminaría imponiéndose también, sobre los propios militantes proletarizados. A medida que el accionar de las fuerzas represivas encrudecía, los militantes perretistas iban siendo reubicados en la estructura partidaria, a veces, para garantizar su propia seguridad; otras, como parte de una dinámica impuesta por las necesidades logísticas de la organización:

“en 74 sí, empecé a trabajar en un lugar hasta principios del 75, creo tuve que dejar porque a la persona que me había presentado ahí la matan [...] Y a partir de ahí a nadie se le ocurrió decir ‘*mirá tenés que ir a trabajar*’. Era al revés, viste. Se hace todo lo posible para que yo me dedicase a mi trabajo específico en el cual me había especializado que era propaganda, imprenta”⁵⁰

Cuántos militantes, en su convicción revolucionaria, han asumido y llevado a cabo el mandato partidario de la proletarización, es difícil de determinar. Al mismo tiempo, es necesario advertir que la forma en que los militantes entendieron la premisa de “convivir con las masas” no fue homogénea. Al parecer fue mayor la cantidad de militantes que se mudaron a barrios pobres de aquella que abandonó sus estudios o empleos para ingresar al trabajo fabril. Por otra parte, establecer la forma particular en que cada uno de los que se proletarizó vivió aquella experiencia no resulta una tarea más sencilla.

⁵⁰ Ángel, 22 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

Es muy probable que muchos la hayan vivido (y la recuerden hoy) con orgullo, cariño, nostalgia, o cuanto menos como una experiencia de gran aprendizaje, necesaria para su formación política y su crecimiento moral o humano. Algunos, inclusive, han señalado su definitivo sentimiento de frustración ante la imposibilidad de materializar su propia proletarización. Es cierto, por otra parte, que existen relatos de militantes que, tras haberse proletarizado, se erigieron como dirigentes en conflictos obreros (aunque también sea necesario mencionar experiencias exactamente contrarias a estas últimas)⁵¹. De cualquier manera, se ha preferido prestar particular atención a las tensiones de la proletarización, por un lado, porque fueron parte inseparable de la experiencia perretista; por otro, porque en la prosecución de sus propios objetivos (“ganar el corazón y la mente” de las masas y constituirse en vanguardia del proceso revolucionario) el PRT apostaba a encontrar en la proletarización una de las estrategias más certeras⁵². De ahí, entonces, que sus supuestos explícitos e implícitos puedan contribuir a pensar su propio fracaso en aquella dirección.

Ahora bien, es plausible pensar que si la práctica de la proletarización se mantuvo en forma sistemática, a pesar de los problemas mencionados y a pesar incluso de no haber rendido -aún a los ojos de los propios dirigentes- los frutos esperados, fue porque resultó bastante efectiva en otros aspectos y dimensiones de la vida partidaria, especialmente aquellos referidos a la *construcción* del militante.

⁵¹ Contrástese, por ejemplo, la reivindicada experiencia de Daniel De Santis (relatada en *Entre Tupas y perros* o en su testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta) con el testimonio citado por Pozzi, en el que se relata el conflicto desatado a partir de la toma de Miluz impulsada por cuadros proletarizados de la dirección y que culminó con una asamblea que decidió expulsar al cuerpo de delegados y a la comisión interna. Con esta expulsión el PRT perdió entre diez y doce delegados, dos de ellos integrantes la comisión interna. (Pozzi, Pablo: op. cit. pp. 230-233). En todo caso, no contamos con investigaciones suficientes que nos permitan establecer conclusiones generales sobre la incidencia de los militantes proletarizados en el mundo del movimiento obrero.

⁵² En las Resoluciones del Comité Central, de marzo de 1971, en el apartado “Nuestras Tareas”, leemos, por ejemplo: “Hemos comenzado a ganar ‘el corazón y la mente’ de importantes sectores de masas; nuestro prestigio es grande y contamos con singulares posibilidades de alcanzar un papel hegemónico en la vanguardia obrera [...] El objetivo inmediato al que debe dirigirse el Partido es precisamente conquistar esa hegemonía [...]. La ampliación y profundización del trabajo del Partido y del Ejército entre las masas serán logradas acentuando la tendencia a la proletarización, a vivir y trabajar entre las masas” (De Santis, op. cit, 1998, pp. 204-205).

Recordando su experiencia de proletarización Miguel, admite:

"¡Yo no estaba para fábricas, clavar clavos! Era un esfuerzo sobrehumano, realmente. Yo no estaba para la jornada laboral, para las 8 horas, 10 horas [...] Recuerdo, el primer trabajo, fue una cajonería, donde se hacían cajones para la sidra Real [...] Entonces, el tema era armar cajones [...] clavar, clavar, clavar, clavar [...] no me bancaba, no me bancaba, las 8 horas no me las bancaba, no me lo bancaba... ¿Y vos sabés cómo me lo bancaba? Cantaba, despacito, La Internacional [...]. Era la Internacional cantada pa' poder clavar cajones [...] Y me lo trataba de aguantar y no sabía cómo manejar esa situación. [...] ¡Ojo! esto yo no se lo contaba a los compañeros"⁵³

La proletarización empalmaba o más bien constituía otra de las formas que asumió el mandato partidario del sacrificio. Más importante aún, aquella entrega era la condición indispensable, el punto de partida mismo, no ya para abonar sino para iniciar la larga marcha a la victoria que comenzaba claramente en el seno de la clase obrera:

"Este largo y maravilloso camino de la liberación del hombre de todas sus cadenas sólo puede comenzar en un punto de partida que todo revolucionario y organización revolucionaria debe alcanzar para iniciar la marcha a la victoria. En el seno mismo de la clase que con sus manos, sus mentes y sus corazones está diariamente creando los valores y haciendo andar *las ruedas de la historia*"⁵⁴.

Parece evidente que el mandato y la opción por la proletarización derivaron también -y paralelamente- de mecanismos más complejos y difusos propios de la dimensión de las valoraciones y los reconocimientos intersubjetivos o, dicho en otras palabras, del mundo de la afectividad.

No obstante, es necesario reconocer que la resistencia a ese mandato fue también parte de la experiencia perretista y la proletarización de militantes tuvo lugar, en más de un caso, a partir de situaciones conflictivas de las que la coerción implícita jugó un rol nada menor:

⁵³ Miguel, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁵⁴ M&P, pág. 21.

“yo amaba a mi carrera [...] rendía materias a lo loco, trabajaba, estudiaba de noche, qué sé yo, me mataba, militaba, no dormía nunca, bué. Llegó el verano y yo me quise ir nada una semana a descansar a Córdoba [...] Y entonces: *‘la revolución no se toma vacaciones ¿qué te pasa a vos?’* Yo dije: *‘escuchame, yo tengo un nivel de stress, estoy medio loca, ya. Me tengo que ir a descansar porque no puedo más.’* *‘¿No ves? [...]... dejó la facultad’*. Bué... [...] había un coro que acompañaba esta opinión, por supuesto, *‘¿cómo descansar?’* [...] estas cosas [...] yo las discutía a muerte. *‘Escuchame. Los obreros han luchado por tener las vacaciones. Todo el mundo ha reconocido el derecho al descanso’* [...] A comienzos del 74 [...] rendí el último examen y dejé.

-¿Por qué?

Por la presión del Partido. Lo digo con muchísima pena [...] me proletaricé, trabajaba muchísimo... Después, quedé embarazada. Entonces yo me dormía [...] a la noche si había que hacer una reunión yo me dormía, si no podía más ¡me levantaba a las cinco! *‘No, caminar alrededor de la mesa si me dormía’*⁵⁵

Se advierte, entonces, que en la construcción de una organización de “revolucionarios profesionales”, la proletarización funcionó también como mecanismo de disciplinamiento. Entrega, disciplina y homogeneidad fueron pilares fundamentales en la construcción identitaria de la organización. Y para la construcción de subjetividades disciplinadas, respetuosas de las jerarquías y eficientes en sus tareas, la *vida en la fábrica* parece ser un lugar bastante propicio. Como advertía la propia voz de la organización:

“Las características de la vida en las fábricas, la necesidad del cumplimiento estricto de los horarios, la existencia de superiores, capataces, el ritmo de producción y la forma de producción social, ayuda a la comprensión inmediata de la necesidad de la disciplina en la actividad revolucionaria”⁵⁶

No resulta extraño, entonces, si de disciplinamientos se trata, que la proletarización haya ocupado un lugar específico en el sistema de premios y castigos partidarios:

⁵⁵ Silvia, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁵⁶ *El Combatiente* N° 154, 10 de febrero de 1975.

“cuando alguien cometía algún error, una falla, se mandaba alguna cagada, mejor dicho, lo mandaban a la base a que se proletarizara”⁵⁷.

Que el “ir a la bases a proletarizarse” constituyera un castigo resalta, en principio, no sólo la dimensión penosa y poco atractiva de la proletarización, sino también lo que en ella había de gesto represivo partidario.

De todos modos, la proletarización perretista encontraba su fundamento, por un lado, en aquel postulado de que la superación de la hegemonía burguesa anida únicamente en la condición objetiva de clase [obrera]; y, por otro, en la aceptación de la dimensión pedagógico-disciplinadora de la práctica punitiva.

Lo más probable que esta aceptación se vinculara con ciertos postulados de Mao Tse Tung. Con independencia de la tensión presente en los textos del líder chino entre una *pedagogía de masas* (es decir, un énfasis en la necesidad de su educación constante) y una *confianza en las masas* y en su poder rectificador y hasta *purificador*, lo cierto es que puede encontrarse en su pensamiento tanto la idea de la re-educación punitiva a través del trabajo físico, como la de remodelación de los intelectuales a partir del contacto cotidiano –y hasta afectivo- con obreros (y campesinos)⁵⁸.

Desde esta perspectiva, la proletarización puede leerse también como una manifestación del “control ideológico” (aunque éste deviniera más bien en control moral). En efecto, constituyó una de las modalidades de corrección de las “desviaciones pequeño-burguesas” que sin lugar a dudas anidaban en los gestos de disidencia y en los alejamientos de ese modelo de revolucionario “entregado en cuerpo y alma” que la revolución necesitaba y que el partido, en su nombre, exigía.

El endurecimiento de este control y el rol que la proletarización ocupó en él fueron impulsados desde la premisa de que la lucha de clases se manifestaba en el seno del Partido, siendo la contradicción antagónica entre el proletariado y la pequeño-burguesía su núcleo dinámico. Esta idea provenía del esquema marxista más general según el cual el proceso revolucionario avanza a partir de la resolución de los antagonismos de clase principales y secundarios. En este cuadro, la pequeño-burguesía constituye, en las primeras etapas del proceso revolucionario, un aliado del proletariado, en tanto que en

⁵⁷ Ángel, 22 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁵⁸ Para estos temas en particular, ver “El problema de los intelectuales” y “Confiar firmemente en la gran mayoría de las masas”, ambos textos en Mao Tse Tung (1977).

la fase ascendente del mismo comienzan a hacerse notorios los conflictos antagónicos entre aquella y éste. “Al avanzar el proletariado por las sendas de la revolución grandes sectores de la pequeño burguesía comienzan entonces a cumplir un nefasto rol de clases: frenar y distorsionar el avance de las masas obreras y populares”⁵⁹

Por su propia composición social –y, quizás también por el efecto y persistencia de la hegemonía burguesa- la organización de los revolucionarios no podía escapar a aquel antagonismo. Más aún porque era precisamente en aquella etapa del proceso revolucionario en la que el PRT-ERP reconocía su presente inmediato.

La elaboración del documento *La lucha de clases en el Partido*, escrito por Santucho, había tenido lugar a partir, precisamente, de las disputas político-ideológicas con el morenismo. Mattini afirma, que tras la llegada de este documento a las bases quedó establecido como principio marxista que toda conflictividad o diferencia interna era reflejo de la lucha de clases⁶⁰.

Para orientarse y dirimir aquellas disputas internas, Santucho ofrecía el “criterio práctico” para determinar “la verdad o el error” de las respectivas posiciones internas (estableciendo en su propia formulación un lazo indisoluble entre verdad y proletariado):

“el contenido proletario de una línea en el seno de un partido revolucionario, en especial cuando se manifiesta abiertamente la lucha de clases en él, es la orientación de la base obrera en esa lucha.”⁶¹

Fue, quizás, de esos mismos criterios que establecían la existencia de antagonismos internos irreconciliables, de “verdades proletarias” y “errores” o “desviaciones pequeño-burguesas” en la configuración del debate político, de donde provenía la generalización de una forma de entender y dirimir la disidencia política, ideológica o simplemente organizativa.

“La respuesta a cualquier planteo era ‘*es una desviación pequeño-burguesa*’. Entonces, con estas dos palabras se [terminaba] cualquier clase de análisis, no importaba la seriedad que tuviera el análisis [...] tuve que ir a trabajar a una fábrica porque me tenía que proletarizar. Porque además

⁵⁹ “Pequeño burguesía y revolución”, *El Combatiente* N° 55, febrero 1971.

⁶⁰ Cfr. Mattini, L: op. cit, pág. 66.

⁶¹ Citado en Mattini, L: op. cit, pág. 66

proletarizándome, posiblemente mis desviaciones pequeño-burguesas se solucionarían. Qué sé yo...no sé”⁶²

Combatir las características pequeño-burguesas en los propios militantes del Partido fue, en definitiva, el sentido último de la proletarización. Al igual que otras prácticas y manifestaciones de la vida partidaria, la proletarización perretista llevó el sello de una dinámica de construcción identitaria sensiblemente sustentada sobre los principios del sacrificio, la disciplina y la moral.

III. Sexualidad y moral

La militancia del PRT-ERP estuvo compuesta por una abrumadora mayoría de jóvenes. Determinar la forma en que cada uno de ellos “se acercó” a la organización, no es tarea sencilla. Sin embargo, puede decirse que aquel acercamiento reconoció motivos menos vinculados a opciones político-ideológicas previamente analizadas que a ansias emancipatorias de diverso tipo. Esas ansias, alcanzaban, en el contexto cultural de “los sixties”, el espacio de los cuerpos y la sexualidad. Modernización cultural y radicalización política encontraron –sin mayores tensiones en principio- lazos empáticos que situaban a *la juventud* en el lugar protagónico de los cambios.

Como ha señalado Alejandro Cattaruzza, una industria cultural en crecimiento favorecía entre los jóvenes la circulación de textos, imágenes y referencias que contribuía “a alentar una actitud contestataria en expansión, imprecisa, errática, quizás, en muchas ocasiones sin traducción política reconocible o de perfiles nítidos, pero que operaba efectivamente en la conciencia de aquellos jóvenes”⁶³

Esa actitud contestataria devino, para muchos, en la asunción de lo que por entonces recibía el nombre de *compromiso* y cuya manifestación primaria fue el ingreso a la militancia. Un conjunto de formulaciones genéricas y certezas compartidas entre

⁶² Silvia, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado por la autora.

⁶³ Cattaruzza, Alejandro: “El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta”, en Revista *Lucha armada en la Argentina*, Buenos Aires, año 4, n° 10, abril 2008, pp. 12-24.

quienes integraban las agrupaciones políticas revolucionarias y quienes formaban parte de esa franja siempre difusa de jóvenes que las miraban con simpatía, favorecía aquel tránsito, a tal punto que para muchos resultara “natural”⁶⁴.

Sin embargo, entre la figura del joven rebelde y la del profesional revolucionario medió un proceso de transformación poco explorado. La irreverencia devino en solemnidad, la rebeldía en disciplina y el “amor libre”, en moral revolucionaria.

a. “Amor libre” y revolución

*[Existe] una creencia muy extendida según la cual hay algún tipo de relación entre movimientos revolucionarios sociales y permisividad en el comportamiento sexual público o en otras formas de comportamiento personal. No hay ninguna base real para esta opinión.*⁶⁵

*No se trata de intentar nuevos tipos de relaciones sino de vivir con el mayor desprendimiento y austeridad una plena moral revolucionaria: un hogar honesto y sólidamente constituido, una fidelidad inquebrantable [...]. El hombre debe subordinarse a la sociedad pero nunca a otra persona: eso es explotación. A no ser que la subordinación sea mutua y entonces se llama amor; y esa entrega mutua [...] no puede cesar nunca porque la persona cuando realmente se entrega lo hace total y definitivamente, sin cálculos ni límites. Es lo mismo que la entrega a la revolución.*⁶⁶

En el heterogéneo abanico de su repertorio disruptor, la cultura juvenil en expansión esgrimía el valor y reclamaba el ejercicio de una sexualidad más libre, no

⁶⁴ Como señala Alejandro Cattaruzza, esas certezas compartidas giraban en torno a la idea de un sistema social esencialmente injusto, sustentado sobre una violencia inicial (y de ahí la legitimidad de la violencia contestataria) y la posibilidad cercana, cuando no inminente, de transformar el mundo a través de esa figura capaz de prometerlo todo: la revolución. Confrontar con Cattaruzza, Alejandro: op. cit.

⁶⁵ Hobsbawm, Eric: *Revolucionarios*, Barcelona, Crítica, 2000, pág. 304.

⁶⁶ Carta de Mario R. Santucho a su hermano Julio, 1969. Citada en Seoane, María: op. cit, pág. 113.

necesariamente desenfadada pero reacia en todo caso a las pautas tradicionales de una moralidad que, recibiera o no el epíteto de burguesa, se juzgaba tan opresora como mojigata.

En el bullicio efervescente de los distintos espacios de sociabilidad joven (universidades, colegios, centros culturales, cafés, etcétera) esta dimensión más bien personal del anhelo emancipador parecía convivir e integrarse armoniosamente con otros que remitían a la dimensión más estrictamente colectiva del proyecto de transformación social. De ahí que el pasaje de la irreverencia social y cultural a la actividad revolucionaria no reconociera en sus inicios motivaciones exclusivamente políticas. Dicho en otras palabras, el acercamiento a la militancia formaba parte de un movimiento de apertura mayor, de un asomarse al mundo para explorarlo, desafiarlo, conquistarlo, revolucionarlo.

Al preguntarle a los entrevistados cómo fue su vinculación a la militancia política, la abrumadora mayoría (especialmente aquellos provenientes de las clases medias) evoca, en principio, aquel mundillo juvenil donde el sexo, el “amor libre” y la revolución parecían ir de la mano.

Así lo recuerda Silvia:

“Sucedó que yo empecé la facultad [...], entonces para mí aquello fue una fiesta. Yo me encontré con un mundo [...] donde la facultad hacía propuestas muy de avanzada, muy desatinadas para la tradicional clase media rosarina. Allí se hablaba de todo... por ejemplo: amor libre, tema que en mi casa era imposible hablar. Nadie podía hablar de sexo antes del matrimonio. Muchos temas que eran tabú en la sociedad allí se manifestaban con mucha libertad. Estaban los movimientos hippies, estaban los movimientos políticos de toda la gama política. Era una facultad embanderada de la puerta para todos lados [...]. Yo tenía muchas dificultades con mi familia, a causa de todo esto yo quería más libertades personales [...] Yo tenía ganas de no ser enjuiciada por mis conductas”⁶⁷

Por su parte, Miguel reconstruye así, su propio recorrido:

“Estaba muy influenciado por la literatura. Y por la poesía, por la filosofía [...] Me parecía que había que tener pelo largo... Los Beatles [...] Estaba el

⁶⁷ Silvia, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

tema de la dictadura pero estaba en lo político; pero a lo mejor pesaba más una actitud hacia la vida, rechazando todos los moldes sociales, sumándose...siendo parte de la juventud en ese momento [...]

—¿Y cómo empezó a vincularse la facultad con la militancia?

Y, por un lado, yo iba con la idea del tema de la dictadura. Por el otro lado, era un chico que...había tenido una característica [...] de adolescente, tímido. Entonces era un abrirse al mundo, [...] de abrirse a la cuestión sexual. Bueno, ahí había chicas muy hermosas... Entonces, ese despliegue que yo hacía también era una forma de mostrarme [...] Porque yo siempre digo que, en ese momento, el que no era de izquierda -y más en esa facultad- le era imposible atracarse a una mujer [risas]. Si vos no eras de izquierda ¡eras un boludo! Así que eras de izquierda o eras de izquierda, digamos. Mientras más a la izquierda, más atractivo”⁶⁸

Y Julio, concluye:

“en esa militancia se mezclaba todo... la revolución, la libertad sexual... En esos años apareció la pastillita, las relaciones prematrimoniales que en una generación anterior a la mía estaban como vedadas. Nosotros irrumpimos con que *‘ya está, esto es así’*. La mujer con nuevos roles, la minifalda... es decir, era una militancia muy hormonal la nuestra, ¿entendés? donde se juntaban muchas cosas al mismo al tiempo”⁶⁹

Poco a poco a veces, de manera bastante abrupta otras, la preasumida armonía entre el “amor libre” y la revolución cedió terreno ante la evidencia de un vínculo ciertamente tenso y conflictivo entre ambos términos.

En efecto, las aspiraciones libertarias del “afuera” respecto de una vida íntima y sexual sin mayores restricciones y prejuicios se verían finalmente enfrentadas, sofocadas y/o moldeadas (según los casos) por una disciplina partidaria que codificaba los permisos del deseo y el placer e intentaba normativizar los vínculos íntimos entre los militantes, encorsetando así el inasible y misterioso mar de deseos y pasiones humanas en un fruncido puñado de preceptos.

⁶⁸ Miguel, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁶⁹ Julio Menajovsky, 4 de septiembre de 2002. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta

En el marco de una organización armada que buscaba construirse a imagen y semejanza del modelo leninista de partido clandestino de cuadros la pulseada entre licencias personales y disciplina colectiva no podía menos que resolverse en favor de esta última. Ya fuera a través de la internalización franca de los preceptos partidarios o de la sanción punitiva ante conductas poco afines a ellos, lo cierto es que en la experiencia perretista se observa un persistente proceso de disciplinamiento interno que encontraba en el control de las relaciones afectivas y sexuales entre los militantes otro de sus puntos de anclajes más notorios.

Eduardo, por ejemplo, al evocar su ingreso a la organización, advierte:

“para mí el límite de incorporación al ERP no era un límite muy preciso, era el límite entre grupos de amigos, grupos de militantes, [...] de amistades y además de relaciones amorosas. Porque además se realimentaba en el grupo de adolescentes y de jóvenes al que uno pertenecía [...] donde también las chicas valoraban eso, aceptaban eso, se comprometían en eso...”⁷⁰

Minutos más tarde, al referirse a su propio perfil militante, da cuenta no sólo de una franca internalización de la normativa partidaria en la materia, sino también de cierta horizontalidad lograda a partir de aquella y que muy presumiblemente operara como mecanismo (¿efectivo?) de control.

“Yo era bastante moralista...qué sé yo...[...] estaba bastante compenetrado con eso de la moral revolucionaria... Incluso perseguía a algunos que se andaban metiendo en historias”⁷¹.

Por su parte, Silvia, aquella para quien el descubrimiento del espacio universitario fue “una fiesta”, aquella que se sintió tan atraída por ese mundo de consignas políticas y discursos “de avanzada” precisamente porque “no tenía ganas de ser enjuiciada por [sus] conductas” (como sentía serlo en su familia y otros espacios sociales), recuerda con pesar sus propias decepciones que incluyeron –ironías del destino– una sanción por asuntos de moral:

“Yo me integré al Partido porque creí, en el fondo, que iba a ver reflejado todo lo que yo venía madurando en esos años. Sin embargo, había un único

⁷⁰ Eduardo Anguita, 4 de diciembre de 2001. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

⁷¹ Eduardo Anguita, 4 de diciembre de 2001. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

discurso. [...] Pero yo pensaba que estaba incluido, que la Patria Socialista traía un mundo de cambio total”

—¿Qué pasaba con el tema de la moral en el Partido?

Era muy jodida. Te digo que era muy jodida porque en realidad yo pensé que era moderna. Pero no, era tan antigua como la que había dentro de mi casa. Yo tuve una sanción por temas de moral [...]. Mi sanción fue pasarme a la posición de simpatizante [...] con lo cual me quedaba excluida de la discusión política [...] tenía vedada la palabra. Pero sí atendía: [...] yo preparaba la comida, lavaba los platos, hacía todo el servicio”⁷².

b. El disciplinamiento de la sexualidad

*La forma de la hegemonía burguesa que se pretende imponer [...] predica un supuesto ‘amor libre’ que aparentemente liberaría a los miembros de la pareja, particularmente a la mujer de la sujeción tradicional. Pero lo que en realidad hace es establecer nuevas formas de esclavización de la mujer y de cosificación de las relaciones entre ambos sexos. Por un lado se despoja al amor de su carácter integral, de la relación armónica entre los múltiples aspectos de la personalidad humana a través de la pareja, para cosificarlo y unilaterizarlo en un solo aspecto: el del sexo en sus manifestaciones más elementales. Se degrada así al sexo a su aspecto animal y se presenta esta relación degradada como la panacea de todos los males.*⁷³

Advierte Foucault que los partidos revolucionarios, en su combate contra el Estado, han debido modelarse en su interior, precisamente, como aparatos de Estado, con los mismos mecanismos de disciplina, las mismas jerarquías y la misma organización de poderes⁷⁴. Desde esta perspectiva,

⁷² Silvia, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁷³ M&P, pág. 28.

⁷⁴ Confrontar con Foucault, Michel: *Microfísica del poder*, Ediciones de La Pipeta. Madrid, 1992.

“la sexualidad no es fundamentalmente lo que teme el poder sino más bien el instrumento por el que éste se ejerce [...] formulada y prohibida, la sexualidad es algo de lo que no puede prescindir ningún sistema moderno de poder”⁷⁵

Siguiendo a Foucault, entonces, no resulta extraño que el espacio de la vida íntima, sexual y afectiva de los militantes perretistas haya sido objeto de debate colectivo, de codificación y de prácticas punitivas (llegado el caso) dentro de la organización. Los testimonios son absolutamente coincidentes en este sentido. Insatisfacciones, infidelidades, recelos, reclamos y reproches trascendían el espacio de la intimidad del cuarto para ser saldados en la reunión de célula o, si la gravedad del caso lo ameritaba, en alguna instancia superior. Tomemos el caso de Silvia:

“Yo me había casado con [X] y él era un super militante. Y... nuestra pareja no andaba. Pero yo no podía discutir de eso ni con él, porque a la noche, en la cama, había que leer *El Combatiente*. Y si había un problema, se discutía en una reunión que se armaba especialmente”⁷⁶

Uno de esos problemas se precipitó cuando ella, en un entrenamiento militar, mantuvo un affaire con otro compañero. A su regreso, se lo contó a su marido quien rápidamente propuso discutirlo en la reunión de célula. En dicha reunión, los otros compañeros trataron de aplacar el malestar y la insatisfacción de Silvia evocando las virtudes revolucionarias de su marido:

“- ‘pero el compañero es un buen compañero [...]’ - ‘Bueno, está bien, pero esto no va, no sé lo que pasa’. Entonces era una cosa absolutamente absurda pero yo en ese momento creía que ellos tenían la autoridad moral para opinar, eh. Y a pesar de que a mí no me gustaban las decisiones, las acataba todas, ojo.”⁷⁷

Finalmente, como ya ha sido señalado, Silvia fue sancionada. Ahora bien, cuando le pregunté qué le pasaba a ella internamente con esta intromisión del Partido en su vida privada, casi fastidiada por mi incompreensión respondió:

⁷⁵ Foucault, Michel: “No al sexo rey. Entrevista por Bernard-Henry Levy”, en Terán, Oscar (comp.) *Discurso, poder y subjetividad*, Ed. El Cielo Por Asalto, Bs. As., 1995, pp. 122-123.

⁷⁶ Silvia, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁷⁷ Silvia, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

“Yo lo veía como retrógrado, me parecía una barbaridad. Pero no porque era una injerencia en mi vida privada, no era un problema individual. Yo veía que los criterios no eran correctos”⁷⁸

Es decir, la existencia de una gramática partidaria en la materia, no pareciera haber sido el problema. Más bien, éste se hallaba en los valores morales que encerraba. Y también aquí los testimonios son abrumadoramente coincidentes:

“—Contame un poco cómo era la moral del Partido

Y...rígida en todos sus aspectos [...] realmente yo creo que el PRT tenía una estructura muy, muy conservadora respecto de la moral y las buenas costumbres de un militante [...] creo que pecaba de ser casi reaccionario, desde un punto de vista de hoy, yo lo veo como reaccionario, quizás en ese momento lo veía como recto [...] Tendríamos que agarrar la Biblia”⁷⁹.

Por su parte, en su testimonio, Verónica ofrece recuerdos que pueden ilustrar muy bien aquella moral:

“Yo internamente nunca pude ser contestataria con respecto a eso, pero me daba por el quinto forro ... [...] Mi compañero era responsable del tribunal partidario, el responsable de la moral interna, donde se juzgaba si dos compañeros se habían encamado o qué conducta había que seguir con un filtro o con un entregador. [...] Yo tenía relaciones con uno de los compañeros que vivían en la casa [operativa] pero no lo comentábamos hacia fuera [...] porque de alguna manera había algo... de una cosa bastante oscurantista, muy moralista. Mi pareja [...] era muy estricta en eso. Y me acuerdo...con mucho, mucho dolor (porque no tuvimos tiempo después de ver estas cosas) [...] Me acuerdo que había desaparecido [“X”, alguien muy cercano] en esos días. Estábamos desesperados [...]. Y yo había salido recién de la cárcel [...]; y me acuerdo que una noche yo me acerqué porque quería hacer el amor y él me dijo: *‘¡cómo vamos a hacer el amor cuando*

⁷⁸ Silvia, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁷⁹ Carlos, 18 de marzo de 2000. Testimonio brindado a la autora.

hay compañeros que están cayendo'! ¡¡¡Ayyy!!! [...] desde ese momento me sentí culpable”⁸⁰

Si analizamos los documentos partidarios en busca de los rasgos de esa moralidad prescripta encontramos que el impulso normativizador queda prácticamente circunscripto a un valor claramente burgués: la **monogamia**. Es decir, en consonancia con las nuevas prácticas y subjetividades que la modernización cultural de los años sesenta trajo aparejada, la organización se muestra permisiva, por ejemplo, en lo referente a las relaciones sexuales prematrimoniales o a separaciones seguidas de formación de nuevas parejas; en rigor, no se encuentra en la documentación partidaria mención alguna a ellas, lo que nos permite suponer que no constituyeron tema-problema alguno. Sí se encuentra, en cambio, un claro e insistente énfasis, reforzado con la apelación a postulados teóricos, en la monogamia

“Es importante destacar que Engels rescata y defiende la pareja monogámica burguesa como forma de relación familiar superior a las anteriores [...]: la poligamia, matrimonios por grupos y promiscuidad.

Esta afirmación teórica de Engels va siendo confirmada en la práctica de los estados obreros. La construcción de una nueva familia parte en todos ellos de la pareja monogámica como célula básica [...] Este es un elemento importante a tener en cuenta para los revolucionarios”⁸¹

Esta reivindicación consciente de un valor burgués no deja de llamar la atención en una organización que no sólo se proponía combatir la hegemonía burguesa en todas sus manifestaciones sino que, además, encontraba en la pequeño-burguesía la fuente indiscutida de vicios morales del más amplio espectro que incluían, por supuesto, la infidelidad (tal y como aparece plasmado en el testimonio de Oscar en el apartado “Proletarizar la moral”)

Dejando a un lado esta tensión irresuelta de la discursividad partidaria que encontraba en la experiencia burguesa tanto el origen de la monogamia como la fuente de la infidelidad, no puede evitarse el interrogante de por qué una organización revolucionaria que combatía el orden social burgués y la hegemonía cultural de él

⁸⁰ Verónica, 24 de abril de 2006. Testimonio brindado a la autora. Su marido, al que se refiere, se encuentra detenido- desaparecido.

⁸¹ M&P, op. cit. pág. 28.

derivada no sólo reivindicaba un valor moral que reconocía acertadamente como burgués sino que, además, lo incorporaba en su esquema de codificación disciplinaria⁸². Debe advertirse primeramente, que el énfasis en la monogamia, sin ser exclusivo del PRT-ERP, no fue necesariamente compartido por otros agrupamientos de la izquierda de los años sesenta y setenta.

Carlos Brocato, por ejemplo, al analizar la dimensión de la sexualidad en grupos trotskistas de la época, advierte que las prácticas y la discursividad partidarias condenaban enfáticamente lo que entendían como sexualidad burguesa y alentaban en contraposición una sexualidad “permisiva” que incluía, por ejemplo, el intercambio de parejas y los acoplamientos ocasionales. En estos grupos los mandatos respecto de la vida sexual se orientarían más bien a la prosecución de una sexualidad “transparente” impugnadora de aquellos valores y prácticas que entendían propios de la pequeño-burguesía (el pudor del cuerpo, por ejemplo, sería desde esta perspectiva un prejuicio pequeño-burgués, al igual que lo juegos eróticos preliminares que estarían ligados a una ideología hipócrita que no asumía la franca materialidad del acto sexual)⁸³.

Para la experiencia perretista, debemos suponer que la monogamia, incorporada al dispositivo prescriptivo partidario, cobraba varios sentidos.

En principio, sería absurdo pensar esta moral sin atender a los específicos contextos de clandestinidad y represión en que la experiencia perretista tuvo lugar. Como señala Eduardo:

“También servía mucho por la clandestinidad esa moral ejemplar. Porque en realidad para la clandestinidad las relaciones afectivas, personales son un contrapeso [...] Entonces lo de la moral no era sólo esta cosa de coger o no coger, serle fiel a tu pareja o no serle fiel a tu pareja, sino el compromiso con la lucha revolucionaria, la posibilidad de caer en cana y que te

⁸² Un entrevistado de la ciudad de Rosario aseveró en una de sus entrevistas que el texto de Luis Ortolani debe leerse atendiendo al hecho de que lo escribió en momentos de mucha ofuscación al enterarse o al sospechar que su esposa, Liliana Delfino, por aquel entonces presa en la cárcel de Villa Devoto, mantenía relaciones con Mario Santucho. No he tenido oportunidad de comprobar esta aseveración. Por lo demás, más allá de la indiscreción, lo interesante parecería ser no ya el motivo de Ortolani sino las razones por la cual su texto se convirtió en una “Biblia” partidaria.

⁸³ Ver: Brocato, Carlos: “Crisis de la militancia (notas sobre la sexualidad)”, en *Praxis. Estudios-debates-documentos*, año III, n° 5, verano de 1986, pp. 55-73.

torturaran [...] O sea que este tipo de cosas también formaban parte de una moral. ¿Cómo delimitar qué era esta cosa de una moral proletaria, revolucionaria de mantener la fidelidad a la compañera ejemplar revolucionaria y qué era esta cosa de entrega ante la cuasi certeza de que el militante moría más joven que el promedio de los jóvenes?... bueno... no sé”⁸⁴

Disciplina-monogamia-fidelidad (a la compañera, al Partido, a la línea, a la causa): un encadenamiento de nociones y sentidos del cual se decanta la figura de la **adherencia** como modelo colectivo donde los cuerpos militantes debían fundirse en un todo sin fisuras.

IV. Un Partido Total

El cuadro debe actuar como profesional al servicio de la causa obrera [...] Su vida está dedicada por entero al servicio del movimiento revolucionario. El cuadro actúa como un hombre que piensa, reflexiona, vive en función de la Revolución. ‘No hay vida fuera de ella’, al decir del Comandante Ernesto Che Guevara⁸⁵

La sencillez, la austeridad total, la proletarización, el seguimiento de la moral revolucionaria. Desde el punto de vista cotidiano había un orden, había tareas, había una concepción del mundo, una concepción del amor, de la crianza de los hijos, del objetivo de la vida... bueno era todo...

*-¿Qué pasó con tus relaciones anteriores cuando empezaste a militar?
-Nada, no había nadie más. Todo pasaba por la gente del Partido⁸⁶*

⁸⁴ Eduardo Anguita, 4 de diciembre de 2001. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

⁸⁵ “La formación multilateral de cuadros”, op. cit.

⁸⁶ Verónica, 24 de abril de 2006. Testimonio brindado a la autora.

Una de las características más sobresalientes del PRT-ERP –aunque en absoluto exclusiva– fue la de erigirse como *totalidad*. Los miembros del partido están unidos por un *vínculo total*, vínculo que representa el único lazo social de sus integrantes. Hacia dentro del grupo hay identidad pura, hacia fuera sólo hay lugar para la diferencia absoluta y la amenaza. El *yo* que integra el partido se diluye en un *nosotros* y en esa disolución deviene en lo que “debe ser” y, por tanto, se realiza. Como señala Badiou:

“puesto que el ser del sujeto es la falta-en-ser, un individuo sólo puede contar con atribuirse algún real subjetivo si se disipa en un proyecto que lo supera. Por eso el ‘nosotros’ construido en ese proyecto es lo único verdadera y subjetivamente real para el individuo que lo sostiene. El individuo, en rigor, no es nada. El sujeto es el hombre nuevo que se ubica en el punto de la falta-en-sí. Por lo tanto, el individuo es, en su esencia misma la nada que debe disiparse en un nosotros-sujeto”⁸⁷.

Paralelamente, la palabra del partido se sostiene sobre una forma ideológica signada por la certeza de ser capaz de decirlo todo, de explicarlo todo, de desentrañar el misterio de las relaciones sociales y las prácticas cotidianas, de lo lejano y lo cercano, de lo pasado y de lo por-venir, de dar cuenta, a partir de un mismo hilo conductor, de la historia y del mundo. Y en complemento con la tradición pedagógica-disciplinaria de gran parte de las izquierdas, la palabra del Partido se encuentra escrita en textos-manuales que deben servir de guía y de consulta para **cualquier** y **para toda** dificultad o interrogante. Todo está contenido en la palabra escrita del Partido.

En el apartado “Moral de combate leninista” de “La formación Multilateral de los cuadros”, por ejemplo, leemos:

“En el transcurso de la guerra revolucionaria surgen y surgirán infinitas dificultades que un cuadro del Partido ha de ser capaz de resolver y superar [...] **El uso de la bibliografía debe tomarse como enciclopedia para resolver todos los problemas.** Muchas dificultades que se nos presentan en la práctica están resueltas en la línea del Partido, y por un insuficiente estudio y conocimiento de la misma, nos cuesta resolverlas”⁸⁸

⁸⁷ Badiou, Alain: op. cit., pág. 132.

⁸⁸ Material publicado en *El Combatiente* N° 154, febrero de 1975.

En su materialidad cotidiana y en su apropiación por parte de la militancia, ese mismo decir no puede sino codificar y establecer la conducta a seguir en las más variadas dimensiones:

“Había una línea para todo. Hasta para cebar mate. Había una línea de izquierda y una de derecha pequeño-burguesa incorregible. Que eso se podía expresar en cebar mate, que el mate cómo hay que cebarlo para que no se te...lave, como hace la clase obrera [...]. Para todo había línea, digamos. O sea, llegaba a tal extremo la cosa que se pensaba que con el marxismo-leninismo se iba a solucionar todo, todo”⁸⁹

Desde el punto de vista de los vínculos entre militantes, ese lazo total se fue entretejiendo a partir de diversas circunstancias. En principio, se vieron permanentemente reforzados tanto por la discursividad partidaria como por ciertas prácticas de sus modalidades de intervención política. Si se atiende, por ejemplo, a dos de los tipos de acciones de mayor resonancia pública de la organización, los secuestros extorsivos y los “ajusticiamientos”, se advierte que se trata de acciones donde se ponían en juego aquellos lazos al tiempo que se los estrechaba⁹⁰.

La palabra partidaria que comenzó a definir el vínculo entre militantes fue *compromiso*, y fue ésta una palabra que intentaba expresar mucho más que un conjunto de valores. El *compromiso* fue, sobre todo, un sistema codificado de conducta que regía la entera vida de la militancia, aún, de la intimidad.

⁸⁹ Miguel, 2 de marzo de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁹⁰ Como ha sido expuesto en el capítulo 3, la liberación de presos de las propias filas y/o la exigencia de garantías de vida y de integridad física constituyeron un reclamo constante en las distintas negociaciones que, tras los secuestros extorsivos de empresarios y/o integrantes de las fuerzas armadas y de seguridad, mantuvo el PRT-ERP. Desde el punto de vista de la subjetividad colectiva, esto contribuía al fortalecimiento de los lazos simbólicos entre los militantes. Si se atiende a los “ajusticiamientos”, por su parte, debe decirse que en tanto representaron la determinación implacable de *no negociar la sangre* de los caídos, contribuían a la construcción de un lazo capaz de trascender la vida y la muerte. En definitiva, un lazo de sangre. Algo similar podría decirse de la retórica y la iconografía partidarias. Como ha sido analizado en el capítulo anterior, tras la muerte de un militante su glorificación perpetuaba un vínculo que recordaba un deber, una deuda (para con él y para con la causa) y, al mismo tiempo, garantizaba que, llegado el caso, la sangre propia no correría en vano.

Una de las circunstancias fundamentales en este proceso fue, qué duda cabe, la clandestinidad. Así lo explica Miguel:

“entrar en la guerrilla y aspirar a ser un militante del PRT significaba un desclasamiento total. [...] Estaba el tema de la *proletarización* [...] Entonces eso significaba dejar la facultad, dejar de ser un estudiante y ponerse a trabajar en una fábrica. En los hechos era abandonar a mis amigos, que venían de la escuela [...] era abandonar mis salidas, o sea yo no podía ir a las confiterías, no podía ir a los pubs [...] [ni a la] playa donde me podía encontrar con esos chicos, ni a los clubes donde me podía encontrar, ni a los bares donde me podía encontrar, ni al barrio donde me podía encontrar. Yo me tenía que cambiar de club, de barrio.... [...]. Irme a vivir al barrio, a una casa distinta, pobre, eso no me chocó tanto [...]. Dejar de ver los amigos, sí. Porque dejar de ver los amigos era dejar de ver las amigas.”⁹¹

Había definitivamente un punto de inflexión, un antes y un después, en la vida de aquellos que ingresaban a la militancia perretista. No se trataba únicamente de la apertura a nuevas ideas o a nuevas prácticas; ni aún del hecho de que el abrazo de la causa revolucionaria implicara la disposición a morir y, eventualmente, a matar. El ingreso a la organización marcaba un punto de ruptura con las más variadas dimensiones de la cotidianeidad. Porque ingresar “al Partido” no era sólo incorporarse a la lucha por “un mundo mejor”; era, además –sino sobretodo– sumergirse en un proceso de transformación que tenía al *hombre nuevo* como puerto de llegada. Y, como ya ha sido expuesto, ese *hombre nuevo* era la encarnación de una nueva moral que se construía, se templaba y se evidenciaba en el día a día, en cada acto, en cada decisión. De ahí la necesidad de la prescripción y de la vigilancia permanente de la conducta cotidiana.

“Era muy difícil entrar al Partido y los compañeros sabían que estaban dejando un montón de cosas atrás. Y bueno, después que ingresaba tenía el curso de ingreso...y había escuelas de entrenamiento militar [...]. Fundamentalmente también lo que había era una serie de reglas de conducta que los compañeros tenían que respetar con respecto a la moral revolucionaria, el no individualismo, la no competencia burguesa [...].

⁹¹ Miguel, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

Corregir todo lo que nosotros veíamos que alejaba al hombre del hombre nuevo, del Che, del hombre del futuro y que esto era perjudicial para las relaciones humanas, entonces esto se combatía. [...] había sanciones cuando un compañero a lo mejor por ser mejor compañero caía en competencias que no eran buenas. El individualismo, ni hablar, eso era absolutamente mala palabra. Entonces, ya ves, había toda una formación integral del compañero [...]. Nosotros en la casa operativa -te digo honestamente- teníamos compañeros que tenían veintipico de años y nunca habían lavado un plato; y en la casa operativa esto rotaba todo el tiempo: todos hacíamos la cama, todos lavábamos, todos íbamos a hacer las compras”⁹²

Es probable y esperable que para quienes el ingreso a la militancia estuvo acompañado por la entrada a la clandestinidad, los cambios en la vida cotidiana representaran rupturas más fuertes o evidentes: un nuevo nombre, un nuevo documento, a veces una nueva apariencia, y una nueva casa, *la casa operativa*. Ese pequeño espacio constituía casi un mundo donde las costumbres y moral de la sociedad burguesa cedían paso obligatoriamente a las normas igualitarias de la sociedad socialista que nacería tras la revolución pero que se podía construir desde el vamos entre *compañeros*. Como advierte Hobsbawm:

“Los revolucionarios no solamente imponen un patrón de moralidad más alto que el de cualquiera salvo santos, sino que, en momentos tales, lo llevan de hecho a la práctica, aunque ellos implique considerables dificultades técnicas, como ocurre en las relaciones entre los sexos. En momentos tales es la suya una versión en miniatura de la sociedad ideal [...], en la que todos los hombres son hermanos, y en la que todos se sacrifican por el bien común [...] Si esto es posible en el seno de su movimiento ¿por qué no ha de serlo en todas partes?”⁹³ (90)

Pero, más importante aún, en la cotidianeidad de la casa no sólo reinaba una nueva organización y una nueva moral: allí circulaba una verdad que fuera de ella era secreto. Sólo allí había lugar para la complicidad franca de la conspiración revolucionaria. Sólo

⁹² María del Socorro Alonso, 24 de julio de 2001. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

⁹³ Hobsbawm, Eric: *Rebeldes Primitivos*, Barcelona, Critica, 2001, pág. 90.

allí, la apuesta decisiva podía ser compartida con otros, con *los compañeros*. Y en lo cotidiano, los lazos que forjaba el *compartir* no podían menos que trascender las fronteras de lo ideológico. Porque la rutina *compartida*, el secreto *compartido*, la moral *compartida* abrían paso a los afectos, a los deseos, al acercamiento de los cuerpos y las almas. Por fugaces o prolongadas que fueran estas convivencias, lo cierto es, en todo caso, que establecían un tipo de sociabilidad en la que *los compañeros* comenzaban a ser también, los amigos, las parejas, los hermanos, la familia.

“Cantar a mis compañeros era como cantar a mi madre, cantar a mi hijo, traicionar... Yo creo que es una cuestión de afectos, más que una...una cuestión ideológica. Sí es una cuestión ideológica... pero la ideología es, era, un conglomerado de afectos y creencias. No es una ideología algo racional. Está entrelazado y es lo mismo, son las mismas cosas, el sentimiento y la razón... ahí, en la misma ideología, digamos. Lo que me une a los compañeros esos es la ideología; y les tengo afecto. Y los afectos se embeben en la ideología y la ideología se embebe en los afectos”⁹⁴.

Para quienes no estaban clandestinos, el emulado modelo de una militancia “full time” conllevaba las mismas implicancias. Alicia, por ejemplo, detalla:

“Yo trabajaba, era legal en esa época, cumplía mis horarios de trabajo de 8 horas y posteriormente teníamos las reuniones de célula que prácticamente eran todos los días porque se planificaban acciones, eran las reuniones de trabajo, eran las reuniones de estudio, eran las reuniones de chequeos... O sea, ese tipo de actividad en cierta manera impidió que yo pudiera seguir en la universidad. Porque yo trabajaba hasta las 7 de la tarde y después hasta las doce de la noche, una, dos de la mañana estábamos constantemente en actividad, reunidos, trabajando [...] Era salir de trabajar y estar en ese grupo pequeño de 5 personas que se había convertido en una especie de...tu equipo de trabajo, tu familia y tu grupo de amigos. Se rompían otros lazos personales. O sea, era prácticamente incompatible. Además, a medida que iba avanzando el compromiso con la militancia había una cantidad de cosas que ya con los otros lazos personales vos no podías compartir...”⁹⁵

⁹⁴ Miguel, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

⁹⁵ Alicia Sanguinetti, 6 de septiembre de 2002. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

En todo caso, más allá de estos condicionantes político-prácticos cotidianos, lo cierto es que la discursividad partidaria y los mandatos de ella derivados, alimentaban y reforzaban una sociabilidad afectiva claramente endogámica. Y el espacio de la sexualidad y el amor no podía estar excluido de la normativización implicada en la construcción de un partido sustentado en la certeza de que serán “células fuertes, disciplinadas, homogéneas” las canteras de “millares de revolucionarios” para quienes “no hay vida” fuera de la revolución.

Y si *no había vida fuera de la revolución*, la fiesta de los cuerpos y los andares irreverentes del deseo debían también someterse a la semántica y a las razones revolucionarias. La revolución era, en definitiva, una instancia trascendental y devoradora de cuerpos, de deseos, de secretos y de amores. Su autoproclamada vanguardia no podía menos, entonces, que encausar aquellos desordenados y centrífugos impulsos en el sendero que abonaba la consagración histórica: los hombres y mujeres que integraban el PRT-ERP, eran (o *debían ser*), ante todo, militantes revolucionarios.

“la creencia de que el sexo es la base material de la pareja caracteriza la mayoría de las relaciones, incluso entre algunos compañeros revolucionarios. Sin embargo, la psicología moderna y diversas experiencias demostraron lo contrario: sólo cuando una pareja tiene relaciones armoniosas en los demás terrenos logra al mismo tiempo la plenitud sexual [...] las relaciones que pretenden basarse puramente en el sexo, terminan por frustrarse en todos los demás aspectos, incluso en el sexo. La pareja sólo puede, pues, basarse en una relación integral entre sus miembros, que tiene como base material la actividad social de los mismos, el rol concreto que juegan en la sociedad: el de militantes revolucionarios. [...] La relación será armónica y positiva en la medida que contribuye al avance como revolucionarios de los compañeros de la pareja y al enriquecimiento de sus relaciones con la organización revolucionaria [...] la pareja es una actividad política, también. Sus integrantes deben y pueden encontrar en ella una verdadera célula básica de su actividad política”⁹⁶

⁹⁶ M&P, pp. 28-29.

Si la fórmula de una relación armónica y positiva se encuentra en la contribución que haga al “enriquecimiento de la organización revolucionaria” podemos suponer, entonces, que la monogamia resulta un valor apreciable en tanto contribuye –o al menos no entorpece– la armonía partidaria. En una organización “con exceso de vida interna”, al decir de uno de los entrevistados, las disputas amorosas no pueden dejar de transformarse en fuente de conflictividades. De ahí la importancia de la monogamia, su inclusión en el esquema disciplinario del partido.

Raúl, por ejemplo, explica que el hecho de haber mantenido una estricta disciplina sobre la sexualidad de sus “subordinados” evitó en su grupo “los quilombos que se armaban entre los universitarios”. Para él, la falta de disciplina en la conducta sexual atentaba contra la seguridad partidaria. Así lo explica: “ponele que un compañero deja a una mina, ella se pone a llorar, se lo cuenta a la otra, van, vienen, hablan, discuten... y ¡te descompartimentan todo!”⁹⁷.

Porque sucedía, además, que en una suerte de entrampamiento, sólo comprensible en el marco de una organización total, se estimulaba el ensamblaje objetivo de la pareja en el colectivo partidario.

Si, recuperando a Engels, la construcción de una nueva familia partía (en todos los estados obreros) de la pareja monogámica como célula básica, pareciera que en la proyección perretista la pareja monogámica debía ceder terreno –en tanto célula básica– a fórmulas más comunitarias:

“...esta pareja puede y debe integrarse a una forma de vida comunitaria constituida por el grupo de compañeros que comparten una unidad de vivienda [...]. **Este grupo constituye la célula básica**, no sólo de la actividad político-militar de la organización sino de un estilo de vida que constituye una adecuada transición hacia el futuro estilo de vida socialista. En el seno de la organización de la casa, los compañeros, tanto los que constituyen pareja como los que no, compartirán todos los elementos de la vida cotidiana [...] sus recursos [...], las tareas domésticas, [...] los ratos libres, la diversión, el estudio, etcétera. En este embrión y proyecto de vida en común la pareja revolucionaria constituida contribuye a la estabilidad del

⁹⁷ Raúl, 12 de marzo de 2000. Testimonio brindado a la autora.

grupo y encuentra en él el medio adecuado para proyectar su propia relación en el conjunto de sus relaciones sociales”⁹⁸

Cuán internalizados hayan estado los mandatos morales partidarios en las prácticas de los militantes es algo difícil de precisar. Lo esperable es, en todo caso, un cuadro habitado por resultados disímiles, desparejos. Abundan testimonios que permiten sostener que entre la dimensión de lo prescripto y la de lo efectivamente real hay cuanto menos una brecha; brecha que entiendo inevitable y que ha llevado a varios a referirse a una “doble moral” (concepto que, por otra parte, encuentro poco ajustado a la experiencia perretista). Lo que en todo caso, interesa destacar aquí, es que el decir moral partidario caló en lo más profundo de los poros del cuerpo y de la subjetividad militante, moldeando también, el mundo afectivo y amoroso. Las fronteras entre ideología, moral y afectos se tornaron difusas, movedizas, débiles en la experiencia perretista.

“la vida amorosa durante la cárcel... mi contacto con el Partido era a través de él. ¡Cuántas veces he añorado una carta de amor y de extrañeza y me llegaba *La historia de la revolución Rusa* de León Trotsky, en papelitos! Por supuesto que yo lo decodificaba como un gesto de máximo amor”⁹⁹

Y efectivamente, el gesto de su pareja puede ser leído como un gesto de enorme amor. No sólo por el esfuerzo y trabajo que le debe haber llevado copiar las tantas páginas de aquel libro en diminutos papelitos que entraban clandestinos a la cárcel, sino, sobre todo, porque quizás creyera o supiera que esa historia en clave épica contribuiría a templar la moral de Verónica, ofreciéndole así la posibilidad de erigir su dignidad aún en lo más crudo del encierro. Porque la moral partidaria constituyó ese elemento clave del proceso —siempre complejo— a través del cual la empresa colectiva otorga un *sentido absoluto* al sujeto. Porque en ese *sentido*, éste encontraba el amparo; y entonces podía pensarse a la altura de esa gigantesca tarea que lo hacía parte y protagonista de la consagración histórica que en su imaginario se erigía como la de muchos. Esa moral y ese sentido apuntaban, en definitiva, a su propio *ser revolucionario*.

“Tengo que dar fe de que estas cosas a mí y a muchos nos han servido para sobrevivir. Yo lo remito a la cárcel. Las compañeras del PRT teníamos una

⁹⁸ M&P, op. pp. 29-30

⁹⁹ Verónica, 24 de abril de 2006. Testimonio brindado a la autora.

moral diferente a las compañeras del peronismo. Creíamos que era mejor, que teníamos una fortaleza mayor, una disciplina mayor [...] La disciplina, el orden nos ayudaba a vivir mejor [...] A mí eso me ayudó a crecer [...] esa moral, esa disciplina a nosotras nos fortalecía y nos servía para juntar fuerzas [...] era una lucha por la sobrevivencia”¹⁰⁰.

Y fue, en muchos casos, una lucha efectiva, exitosa. Todos aquellos que en sus investigaciones sobre las experiencias revolucionarias de los años setenta han recurrido a testimonios de antiguos militantes no pueden dejar de advertir que, con independencia de balances políticos o aún de revisiones ideológicas, la experiencia de la militancia es recordada con una profunda y sentida emotividad. Y no ya por el dolor del fracaso y la derrota o por el de los “compañeros caídos”. Se trata, más bien, del recuerdo de una etapa signada por la intensidad, por una plenitud que se advierte como difícilmente repetible. Y entrelazado con la fuerza de lo desanudable a las certezas revolucionarias que signaron esos años se halla el mundo de los afectos, de los amores, de las ternuras, de los compromisos irrenunciables. Se trata, en definitiva, del recuerdo de una experiencia en la que “cuerpo y alma” se fundieron, literalmente, al servicio de la revolución.

“Alguna vez un amigo me dijo, ‘¿pero por qué vos siempre hablás de esa época?’. Yo no es que hable, como otros, melancólicamente de aquella época, sino que realmente tuvo un peso... fueron cosas que tuvieron un peso, ocuparon un espacio... que para mí siguieron como prolongándose en mi vida. Las recuerdo con mucho cariño, con mucho afecto... Fueron sólo cuatro años y sin embargo tuvieron un peso importantísimo en mi vida. Yo estuve un año presa y sólo seis meses con mi pareja... y sin embargo es con el único hombre que deseé tener un hijo (que, además, lo tuve). Y es el día de hoy, treinta años después, que él sigue ocupando un lugar importantísimo [...] [Los compañeros] afectivamente tienen una vigencia... esa convivencia con los compañeros, jugarse la vida y la muerte... Yo recuerdo los ojos, recuerdo las miradas, recuerdo el tacto, recuerdo los olores [...] O sea, la vigencia de los afectos, la vigencia total y absoluta”¹⁰¹

¹⁰⁰ Verónica, 24 de abril de 2006. Testimonio brindado a la autora

¹⁰¹ Verónica, 24 de abril de 2006. Testimonio brindado a la autora.

CONCLUSIONES

A lo largo de las páginas precedentes he intentado *desplegar* la perspectiva, la lógica implicada en la experiencia perretista, atendiendo a los vínculos entre su ideario, su proyección imaginaria, sus valores y sus prácticas. No he intentado buscar “en qué se equivocaron”, sino más bien, echar algo de luz sobre la compleja trama que configuró su identidad y determinó su hacer.

El conjunto de las formulaciones ideológicas que la organización abrazó durante su etapa formativa (1963-1968) se inscribieron en el contexto más general de los cambios sufridos por las izquierdas latinoamericanas tras la Revolución Cubana. Y esos cambios se concentraron fundamentalmente en una “caracterización de la revolución” distinta a aquella sostenida por la hasta entonces hegemónica corriente comunista, y en la definición de una también distinta estrategia para la toma del poder.

Allí donde el comunismo planteaba la sucesión de etapas, el recorrido de la Revolución Cubana parecía instalar en el horizonte de lo posible la meta final del socialismo y, a la vez, ofrecía la clave para una acción aceleradora de los tiempos: “la lucha armada”.

Inmersos en las conflictividades de los ingenios azucareros de la provincia de Tucumán, morenistas y fripistas confluyeron en su voluntad revolucionaria. El morenismo le ofreció a un FRIP en proceso de radicalización un lenguaje, el marxista-leninista. Ambos grupos acordaron que en la Argentina la revolución debía ser antiimperialista y socialista simultáneamente, y que para llevarla a cabo se necesitaba la dirección de un partido de vanguardia. Y lo fundaron.

Si la aceptación común respecto de la “lucha armada” formó parte de los acuerdos iniciales (una larga historia de represión y frustraciones políticas así parecía corroborarlo), las diferencias en torno a las estrategias específicas que aquella debía asumir terminaron dividiendo al grupo.

A partir de entonces, los hombres nucleados alrededor de Santucho, volvieron la mirada sobre el ideario marxista-leninista en busca de una teoría que les ofreciera las claves para llevar adelante lo que ya sabían que era “el único camino al poder obrero y el socialismo”: la lucha armada. Y encontraron esa teoría en los escritos de los líderes asiáticos: la *guerra popular prolongada*. Construirían un Ejército que, dirigido por el Partido, fuera de “lo pequeño a lo grande templándose en mil batallas tácticas” hasta

alcanzar la envergadura de un ejército regular. Y, cuando entendieron que el Cordobazo anunciaba el comienzo de “la guerra civil revolucionaria” en la Argentina, lo fundaron. El nuevo Ejército tuvo sus símbolos identificatorios: una bandera que enlazaba la nacionalidad argentina con la lucha por el socialismo en los cinco continentes y un himno que alentaba *Adelante compañeros/ A vencer o morir/ Por una Argentina en armas/ de cada puño un fusil*.

Como en una Argentina que “está en guerra, la política se hace, en lo fundamental, armada”, *los combatientes*, apropiados del legado guevariano, se lanzaron al combate para “despertar la conciencia popular”; alguien tenía “que dar una lección de dignidad a la Argentina”. Y, cuando esa conciencia popular se expresó en las urnas, combatieron para “defender el poder popular”: la experiencia chilena les enseñaba que bajar las armas podía ser el inicio de la derrota. Y cuando ese poder se vio acorralado, combatieron para mantener viva “la flama de la resistencia”.

En ese recorrido, en esa dinámica que fue asumiendo la “guerra revolucionaria” se fue erigiendo la figura de su gran *enemigo*: una “oficialidad cebada en la tortura y el asesinato”. Frente a ese enemigo, *los combatientes* afirmaron su propia identidad en un doble movimiento: uno de asimilación especular (“a imagen y semejanza nuestra pero al revés”) y otro de diferenciación, sensiblemente anclado en la moral. Y esa moral rigió su conducta en el combate: procuraron acciones “limpias” de sangre, y cuando mataron lo hicieron fue en venganza; así obligarían a su *enemigo* a “respetar las leyes de la guerra”.

La identidad de *los combatientes* se sustentaba, además, sobre otra figura referencial: el *hombre nuevo*. Era éste, en rigor, el hombre emancipado del futuro socialista, anuncio de la humanidad venidera, portador de las “virtudes proletarias”. Pero ese *hombre nuevo* parecía definir sus rasgos particulares al anticiparse en la estampa de Guevara, el *guerrillero heroico*. Su heroicidad no radicaba únicamente en la temeridad guerrera, antes bien, brotaba de su disposición a *dar la vida*, a sacrificarla en esa acción aceleradora de los tiempos históricos. Y esa disposición sacrificial se expresó en la palabra *deber*.

“Por el camino del Che” rezaba el himno del ERP. Y sus *combatientes* hacia allí fueron, convencidos que “la Historia”, en su despliegue inexorable y doloroso, los convocaba para su consagración. Y fueron bajo su propio mandato inapelable (*A vencer o morir*),

sin concesiones, catapultados por la fuerza tan irresistible como arrasadora de los vientos revolucionarios.

Advirtieron, desde un comienzo, que el costo era alto, pero ese costo se les revelaba tan admisible como inevitable en tanto parecía prometer que la sangre generosa, la de “los compañeros” y la propia, abriría las puertas del futuro.

Decidieron “tomar el mundo entre sus manos para transformarlo”, y si la empresa exigía, en un mismo movimiento, nada más y nada menos, que “cambiar al hombre en lo que este tiene de más profundo”, a esa transformación revolucionaria de su propio ser también se entregaron.

Los combatientes se proyectaron como *vanguardia*, como “los mejores hijos del pueblo” y, en consecuencia, emularon las virtudes morales que a ese mismo pueblo le atribuyeron. No les fue fácil, hubo tensiones, conflictos, sufrimiento, pasos en falso. Pero allí estaba en todo caso, la mano disciplinadora del colectivo partidario para moldear a *los combatientes* de modo tal que alcanzaran la “estatura política y moral de los grandes cuadros” que la Revolución necesitaba. De esa Revolución, no dudaron: la imaginaron inminente y triunfal. Y si bien ésta exigía el sacrificio de los mejores, “no había vida” fuera de ella. La vida de *los combatientes*, en todas sus dimensiones, transcurrió, en consecuencia, subsumida a las razones de aquella Revolución.

En ese transcurrir, signado por el sacrificio y un deber moral que no admitía “un solo desliz, una sólo mancha” en la conducta, los cuerpos y las almas de los combatientes debieron fundirse en un todo sin fisuras.

Triunfo inexorable de la Revolución, sacrificio, deber, disciplina, fidelidad, adherencia, totalidad: es a partir de ese encadenamiento de certezas, mandatos y rasgos colectivos que, entiendo, debe leerse la experiencia perretista. Porque fue allí donde se consolidó una subjetividad casi impermeable y donde esos hombres y mujeres encontraron el sentido total de sus vidas y de sus muertes. Y fue por ese sentido que persistieron.

Los militantes del PRT-ERP no se “equivocaron”, no se “desviaron” ni se empecinaron caprichosamente. Fueron, en todo caso, terriblemente fieles al ideario y a los imperativos que ellos mismos enarbolaron en pos de una revolución en la que creyeron incommoviblemente.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes partidarias de edición periódica

Norte Revolucionario

Palabra Obrera

La Verdad

El Combatiente

Estrella Roja

Bibliografía específica sobre el PRT-ERP

-Antognazzi, Irma: "La lucha armada en la estrategia política del PRT-ERP (1965-1976)" en *Razón y Revolución*, Buenos Aires, nº 3, invierno de 1997.

-Blixen, Samuel: *Treinta años de lucha popular. Conversaciones con Gorriarán Merlo*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988.

-Caviasca, Guillermo: *Dos caminos. ERP y Montoneros en los setenta*, Buenos Aires, Ed del Centro Cultural de la Cooperación, 2006.

-Ciriza Alejandra y Rodríguez Agüero Eva: "Militancia, política y subjetividad. La moral del PRT-ERP", en *Políticas de la Memoria*, Buenos Aires, nº 5, verano 2004-2005, pp. 85-92.

-De Santis, Daniel: *A vencer o morir. PRT-ERP documentos*, Tomos I y II, Buenos Aires, Eudeba, 1998-2000.

De Santis, Daniel: *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP. Documentos, Tomo I, vol 1, (Desde los orígenes hasta la fundación del ERP)*, Nuestra América, Buenos Aires 2004.

-De Santis, Daniel: *Entre Tupas y Perros*, Buenos Aires, RyR-Nuestra América, 2005.

-Diez, Rolo: *Los compañeros*, Buenos Aires, Ediciones de la Campana, 2000.

-Gorriarán Merlo, Enrique: *Memoria de Enrique Gorriarán Merlo. De los Setenta a La Tablada*, Buenos Aires, Planeta/Catálogos, 2003.

-Gutierrez, Roger: *Gorriarán. Democracia y Liberación*, Buenos Aires, Ed. Reencuentro, 1985.

-Longoni, Ana: "La pasión según Eduardo Favario. La militancia como ética del sacrificio", en *El Rodaballo*, Buenos Aires, año VI, nº 11/12, 2000.

- Mattini, Luis: *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a la Tablada*, Buenos Aires, Ed. de la Campana, 1996.
- Mattini, Luis: *Los Perros. Memorias de un combatiente revolucionario*, Buenos Aires, Ediciones Continente, 2006.
- Méndez Eugenio: *Santucho. Entre la inteligencia y las armas*, Buenos Aires, Ediciones de La Toma, 1999.
- Mori, Miguel Ángel: *Las rondas y los sueños*, Rosario, Ediciones de la Sexta, 1997.
- Oberti, Alejandra: "La moral según los revolucionarios", en *Políticas de la Memoria*, Buenos Aires, n° 5, verano 2004-2005, pp. 77-84.
- Pittaluga, Roberto: "La historiografía sobre el PRT-ERP", en *El Rodaballo*, Buenos Aires, año VI, n° 10, 2000, pp. 36-45.
- Pittaluga, Roberto: "Por qué el ERP no dejará de combatir", ponencia presentada en las VIII Jornadas Interescuelas y Departamentales de Historia, Salta, 2001. Mimeo.
- Plis-Sterenber: *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2003.
- Pozzi, Pablo: "Los perros. La cultura guerrillera del PRT-ERP", en *Taller. Revista de Sociedad, cultura y política*, vol.1, N° 2, noviembre, 1996
- Pozzi, Pablo: *Por las sendas argentinas". El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Buenos Aires, Eudeba, 2001.
- Pozzi, Pablo: *Historias del PRT-ERP*, Buenos Aires, Imago Mundi- Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2005
- Prieto, Helios: "Sobre la historia del PRT-ERP. Memorias volterianas con final maquiavélico" en *El Rodaballo*, Buenos Aires, año VI, n° 11/12, 2000, pp. 62-71.
- Santucho, Julio: *Los últimos guevaristas*, Buenos Aires, Vergara, 2004.
- Seoane, María: *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Buenos Aires, Planeta, 1991.
- Simeoni, Héctor: *¡Aniquilen al ERP! La "guerra sucia" en el monte tucumano*, Buenos Aires, Ediciones Cosmos, 1985.
- Weisz, Eduardo: *El PRT-ERP. Claves para una interpretación de su singularidad. Marxismo, Internacionalismo y Clasismo*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 2006.

Bibliografía de referencia sobre el período estudiado

- Altamirano, Carlos: *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas grupo editorial, 2001.
- Altamirano, Carlos: *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001.
- Altamirano, Carlos: “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio” en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, año 1, n°1, 1997, pp. 105-123.
- Amaral, Samuel y Plotkin, Mariano: *Perón del exilio al poder*, Buenos Aires, Universidad de Tres de Febrero, 2004.
- Anzorena, Oscar: *Tiempo de violencia y utopía*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988.
- Bergstein, Jorge: *El “Cordobazo”. Testimonios, memorias, reflexiones*, Buenos Aires, Cartago, 1987.
- Bonasso, Miguel: *Diario de un clandestino*, Buenos Aires, Planeta, 2000.
- Brennan, James: *El cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
- Brocato, Carlos: “La Argentina que quisieron”, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1985.
- Brocato, Carlos: “Crisis de la militancia (notas sobre la sexualidad)” en *Praxis. Estudios-debates-documentos*, año III, n° 5, verano de 1986, pp. 55-73
- Bufano, Sergio (2007): “La guerrilla argentina. El final de una épica impura” en *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, año 3, n° 8, 2007, pp. 42-53.
- Calveiro, Pilar: *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2005.
- Calveiro, Pilar: “Antiguos y nuevos sentidos de la política y la violencia” en *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, año 1, n° 4, 2005, pp. 4-19.
- Casullo, Nicolás: *París 68. Las escrituras, el recuerdo y el olvido*, Buenos Aires, Manantial, 1988.

- Cattaruzza, Alejandro: "El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta", en Revista *Lucha armada en la Argentina*, Buenos Aires, año 4, n° 10, abril 2008, pp. 12-24.
- Curi, Humberto: "Cuando lo político se vuelve privado, la política se vuelve guerra" en *Ciudad Futura*, Buenos Aires, N° 3, diciembre 1986.
- De Riz, Liliana: *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*, México, Folios Ediciones, 1981.
- De Riz, Liliana, *La política en suspenso 1966-1976*, Buenos Aires, Paidós, 2000.
- García Prudencio: *El drama de la autonomía militar*, Madrid, Alianza, 1994
- Gasparini, Juan: *Montoneros. Final de cuentas*, La Plata, Ed. De la campana, 1999.
- Gavino Casco: *Yo fui testigo. Historia de un desencuentro. Dos maneras de interpretar y vivir el Evangelio*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2003.
- Gillespie, Richard: *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987.
- Gilly, Adolfo: *La senda de la guerrilla*, México, Ed. Nueva Imagen, 1986.
- González, Ernesto (coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo 2: Palabra Obrera y la resistencia (1955-1959)*, Buenos Aires, Editorial Antídoto, 1996.
- González, Ernesto (coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo 3, vol 1: Palabra Obrera el PRT y la revolución cubana (1959-1963)*, y Tomo 3, vol. 2: *Palabra Obrera el PRT y la revolución cubana (1963-1969)*, Buenos Aires, Editorial Antídoto, 1999.
- González, Ernesto (coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo 3, vol 1: Palabra Obrera el PRT y la revolución cubana (1959-1963)*, Buenos Aires, Editorial Antídoto, 1999.
- Gorbato, Viviana: *Montoneros. Soldados de Menem. ¿Soldados de Duhalde?*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
- Guglielmucci, Ana: "Dar la vida y la muerte por la revolución: moral y política en la praxis militante" en *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, año 2, n° 5, 2006, pp. 72-91.
- Halperín Donghi, Tulio: *La larga agonía de la Argentina Peronista*, Buenos Aires, Ariel, 1994.

- Hilb, Claudia y Lutzky Daniel: *La nueva izquierda argentina 1960-1980. Política y violencia*, Buenos Aires, CEAL, 1986.
- James, Daniel: *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina (1946-1976)*, Buenos Aires. Ed. Sudamericana, 1990.
- James, Daniel: *Nueva historia Argentina: violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.
- Larraquy, Marcelo: *López Rega. La biografía*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.
- Larraquy, M. y Caballero R.: *Galimberti. De Perón a Susana. De Montoneros a la CIA*, Buenos Aires, Ed. Norma, 2000.
- Leis, Héctor R.: *Intelectuales y Política (1966-1973)*, Buenos Aires, CEAL, 1991.
- Löwy, Michael: *El marxismo en América Latina (De 1909 a nuestros días)*, México, Ediciones Era, 1982.
- Löwy, Michael: *Guerra de Dioses. Religión y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1999.
- Marín, Juan Carlos: *Los hechos armados. Argentina 1973-1976*, Buenos Aires, La Rosa Blindada/ P.I.CA.SO, 2003.
- Martínez, Tomás Eloy: *La pasión según Trelew*, Buenos Aires: Planeta, 1997.
- Melgar Bao, Ricardo: "La dialéctica cultural del combate: morir, matar y renacer en la cultura guerrillera latinoamericana" en *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, año 1, n° 4, 2005, pp. 90-107
- Mercado Lucía: *Santa Lucía de Tucumán: La Base*, Buenos Aires, edición de Autor, 2005.
- Oberti, Alejandra y Pittaluga, Roberto: *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 2006.
- Ollier, María Matilde: *El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973)*, Buenos Aires, Ceal, 1986.
- Ollier, María Matilde: *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*, Buenos Aires, Ariel, 1998.
- Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro: *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*, Buenos Aires, Eudeba, 2000.
- Pucciarelli, Alfredo (ed.): *La primacía de la política*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

- Romero, Luis Alberto: *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, FCE, 1994.
- Rot, Gabriel: *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 2000.
- Rouquié, Alain: *Poder militar y sociedad política en la Argentina. II. 1943/1973*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1994
- Salas, Ernesto: "El errático rumbo de la vanguardia montonera" en *Revista Lucha Armada en Argentina*, año 3, n° 8, 2007.
- Sarlo, Beatriz: *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001.
- Sarlo Beatriz: *La pasión y la excepción*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- Sidicaro, Ricardo: *Los tres peronismos. Estado y poder económico 1946-55/ 1973-76/ 1989-99*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- Tarcus, Horacio (1996): *El marxismo olvidado*, Buenos Aires, Ed. El cielo por asalto, 1996.
- Tarcus, Horacio (2007): "Notas para una crítica de la razón instrumental. A propósito del debate en torno a la carta de Oscar del Barco", en *Políticas de la Memoria. Anuario de investigación e información del CeDInCI*, N° 6, Buenos Aires, 2007.
- Terán, Oscar: *Nuestras años sesenta*, Buenos Aires, Ed. El cielo por asalto, 1993.
- Terán, Oscar: "Década del 70: violencia de las ideas" en *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, año 2, N° 5, 2006, pp. 20-28.
- Torre, Juan Carlos: *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- Tortti, María Cristina: "Protesta social y Nueva Izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional" en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, vol.3, N° 6, abril 1998.
- Tortti, María Cristina: *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva izquierda"*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.
- Verbitsky, Horacio: *Ezeiza*, Buenos Aires, Planeta, 1998.
- Vezzetti, Hugo: *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

-Vezzetti, Hugo: *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, S XXI, 2009.

-Zarrabeita, César Héctor: *La rebelión estudiantil del '69 en Corrientes*, Corrientes, Moglia, 2003.

Bibliografía teórica y general de referencia

-Arfuch, Leonor: "Problemáticas de la identidad" en Arfuch, Leonor (comp) *Identidades, sujetos y subjetividades*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

-Arendt, Hannah: *Crisis de la república*, Taurus, Madrid, 1999.

-Arendt, Hannah: *Sobre la revolución*, Buenos Aires: Alianza, 1992.

-Baczko, Bronislaw: *Los imaginarios sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.

-Badiou, Alain: *El Siglo*, Buenos Aires, Manantial, 2005.

-Bodei, Remo: *Destinos personales. La era de la colonización de las conciencias*, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2006.

-Bonnet, Gabriel: *Las guerras insurreccionales y revolucionarias*, Ediciones Cid, Madrid, 1967

-Buci-Glucksmann, Christine: *Gramsci y el Estado. Hacia una teoría materialista de la filosofía*, España, Siglo XXI, 1978.

-Campbell, Joseph: *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

-Carlo, Antonio: "La concepción del partido revolucionario en Lenin", en *Pasado y Presente*, año IV (nueva serie), Buenos Aires, n° 2/3, julio-diciembre de 1973, pp. 303-349.

-Cohn, Norman: *En pos del Milenio*, España, Alianza Editorial, 1989.

-De Ipola, Emilio: *Las cosas del creer. Creencia, lazo social y comunidad política*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

-Eliade, Mircea: *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona, Paidós Orientalia, 1998.

-Feinmann, José Pablo: *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política*, Buenos Aires, Ariel, 1998.

-Foucault, Michel: *Microfísica del poder*, Ediciones de La Pipeta, Madrid, 1992

-Freud, Sigmund: *Psicología de las masas y análisis del yo*, en *Obras Completas*, Tomo XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1997.

- Gentile, Emilio: *Le religión Della politica. Fra democrazie e totalitarismi*, Roma, Editori Laterza, 2001
- Gentile, Emilio: *El culto del Vittorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, Buenos Aires, SXXI, 2007.
- Giap, Vo Nguyen: *Vietnam liberado. Guerra del pueblo-Ejército del pueblo*, Buenos Aires, sin datos de edición.
- Hobsbawm, Eric: *Revolucionarios*, Barcelona, Crítica, 2000.
- Hobsbawm, Eric: *Rebeldes Primitivos*, Madrid, Crítica, 2001.
- Joas, Hans: *Guerra y Modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo XX*, Barcelona, Paidós, 2005.
- Löwy, Michael: *La pensée de Che Guevara*, Paris, Maspero, 1970.
- Löwy, Michael: *Redención y utopía*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1997.
- Lussu, Emilio: *Teoría de los procesos insurreccionales contemporáneos*, Editorial Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1972.
- Mannheim, Kart: *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, México, FCE, 2004.
- Merleau-Ponty, Maurice: *Humanismo y Terror*, Buenos Aires, Leviatán, 1986.
- Michaud Yves: *Violencia y Política. Una reflexión post-marxista acerca del campo social moderno*. Buenos Aires, Sudamericana, 1989.
- Mosse, Georges: *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World War*, Oxford University Press, 1990.
- Neuberg A.: *La insurrección armada*, Ediciones La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1972.
- Pérez Ledesma, Manuel: *El obrero consciente*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- Pittaluga, Roberto: "Reflexiones en torno a la idea de espontaneidad en Rosa Luxemburgo" en *El Rodaballo*, Buenos Aires, año V, n° 9, 1998, pp. 42-47.
- Schmitt, Carl: *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- Schmitt, Carl: *Teoría del Partisano. Acotación al concepto de lo político*, Buenos Aires, Editorial Struhart & Cía, 2005.
- Simmel, Georg: *El problema religioso*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Sorel, Georges: *Reflexiones sobre la violencia*, Madrid, Alianza Editorial, 1976.

- Suriano, Juan: *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910*, Buenos Aires, Ed. Manantial, 2001.
- Tarcus, Horacio: "La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de los sagrado en la modernidad", en *El Rodaballo*, año V, N° 9, 1998, Buenos Aires, pp. 23-33.
- Terán, Oscar (comp.): Foucault: Discurso, poder y subjetividad.
Ed el cielo por asalto Bs As 1995
- Weber, Max: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Ediciones Península, 1993.

Bibliografía referente al uso de testimonios orales

- Aceves Lozano, Jorge (comp): *Historia Oral*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1993.
- Anderson K. y Jack, D.: "Learning to listen: Interview Techniques and Analyses" en Sherna Berger Gluck and Daphne Patai (eds), *Women's Words. The Feminist Practice of Oral History*, Routledge New York and London, pp. 11-26.
- Carnovale, V., Lorenz F., Pittaluga, R.: "Memoria y política en la situación de entrevista. Reflexiones y experiencias en torno a la constitución de un archivo oral sobre el terrorismo de Estado en la Argentina", en Carnovale, V., Lorenz F., Pittaluga, R., (comps), *Memoria, Historia y Fuentes Orales*, Buenos Aires, CEDINCI / Memoria Abierta, 2005.
- Carnovale, Vera: "Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente" en Franco, Marina y Levín, Florencia (comps.): *Historia reciente. Perspectivas y desafíos de un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007.
- Grele, Ronald: "La historia y sus lenguajes en la entrevista de historia oral: quién contesta a las preguntas de quién y por qué", en *Historia y Fuente Oral*, 5, 1991, Barcelona, pp.111-129.
- James, Daniel: *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Buenos Aires, Manantial, 2004.
- Jelin, Elizabeth: *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 2002.
- Joutard, Philippe: *Esas voces que nos llegan del pasado*, Buenos Aires, FCE, 1999.

- Hammer, D. y Wildavsky A.: “La entrevista semi estructurada de final abierto. Aproximación a una guía operativa” en *Historia y Fuente Oral*, 4, 1991, Barcelona, pp. 23-63.
- Lozano Jorge (comp): *Historia Oral*, México, Antologías Universitarias, 1997.
- Lummis, Trevor: *Listening to history*, London, 1988.
- Marinas José M. y Santamarina Cristina (comps.): *La Historia Oral: métodos y experiencias*, Madrid, Debate, 1993.
- Niethammer, Lutz: “Para qué sirve la historia oral?” en *Historia y Fuente Oral*, 2, 1989, Barcelona, pp. 3-27.
- Passerini, Luisa: “Italian Working Class Culture Between the Wars: Consensus to Fascism and Work Ideology” en *International Journal of Oral History*, Vol. 1, N° 1, 1980, February, pp. 5-27.
- Passerini, Luisa: “Oral History in Italy After the Second World War: From Populism to Subjectivity” en *International Journal of Oral History*, vol 9, n° 2, june 1988.
- Patai, Daphne: “Ethical Problems of Personal Narratives, or, Who Should Eat the last piece of Cake?” en *International Journal of Oral History*, Vol 8 N° 1, pp. 5-27.
- Portelli, Alessandro, “Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli”, en *Historia, antropología y fuentes orales*, núm. 1, 1989, Barcelona, pp. 5-33.
- Samuel, Rápale: “Desprofesionalizar la historia” en *Debats*, n° 10, 1990, Valencia, pp. 57-71.
- Sarlo, Beatriz: *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Schwarzstein, Dora (comp.): *La historia oral*, Buenos Aires, CEAL, 1991.
- Yerushalmi Yosef: *Usos del Olvido. Comunicaciones al Coloquio de Royamuont*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1998.